SE SEGUIRÁN EL UNO AL OTRO
HASTA SALVARSE... O DESTRUIRSE



OSCURIDAD SALVAJE

UNDERWOLVES 2

LAYLA RUIZ

CONTENIDO

- Derechos
- Sinopsis
- Nota de autora
- Advertencias de contenido
- Lista de reproducción
- Dedicatoria
- Prólogo
- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis
- Siete
- Ocho
- Nueve
- Diez
- Once
- Doce
- Trece
- Catorce
- Quince
- Dieciséis
- Diecisiete
- Dieciocho
- Diecinueve
- Veinte

- Veintiuno
- Veintidós
- Veintitrés
- Veinticuatro
- Veinticinco
- Veintisiete
- Veintiocho
- Veintinueve
- Treinta
- Treinta y uno
- Treinta y dos
- Treinta y tres
- Treinta y cuatro
- Treinta y cinco
- Treinta y seis
- Treinta y siete
- Treinta y ocho
- Treinta y nueve
- Cuarenta
- Cuarenta y uno
- Cuarenta y dos
- Cuarenta y tres
- Epílogo 1
- Agradecimientos
- Dedicatoria especial

DERECHOS

Primera edición: Mayo 2026
Título original: Oscuridad Salvaje
Serie Underwolves
Maquetación realizada por Laila Ruiz Bravo
Corrección realizada por Victoria Villasclaras Enamorado
Publicado a través de Amazon KDP
Copyright © Layla Ruiz, 2026
ISBN: 978-84-09-86094-4
Sello: Independently published

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser ni total ni parcialmente reproducida, almacenada, registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, ni mediante fotocopias o sistemas de recuperación de la información, o cualquier otro modo presente o futuro sin la autorización previa y por escrito del autor.

SINOPSIS

Él la salvó.
Literalmente impidió que cometiera el mayor error de su vida, sin saber todo lo que vendría después.
Karla Álvarez empieza su segundo año en la universidad de Ashmont con la herida de la muerte de su mejor amiga aún presente e intentando mantener las distancias con él. Porque sí, le salvó la vida... ¿Pero qué será capaz de hacer a partir de ahora? ¿Se lo contará a sus amigos? ¿Se acercará a ella? ¿Hará como que no ha pasado nada?
Callum Walker, en cambio, no pasa desapercibido para nadie, aunque él así lo quiera. Se le conoce por ser un genio de la informática y despreocupado en lo que respecta a los demás, menos a la manada. Un terrible secreto obligará a Callum a tener que acercarse aún más a ella por la fuerza, generando una obsesión que no está del todo listo para soportar. En cambio a Karla no le quedará otra que encontrárselo en cada esquina, como si siempre la estuviera siguiendo a todas partes. A cualquiera esto le daría pavor, pero Karla no es como el resto y estará esperando a que el lobo la cace con los brazos abiertos.

NOTA DE AUTORA

La historia que estás a punto de leer es el segundo libro de la serie Underwolves, un universo creado por mí para aquellas personas que les gusta mezclar el romance, la velocidad y las fantasías más oscuras. Entre estas páginas encontrarás marcas registradas de las que no tengo apropiación, tanto de coche, ropa, y otros elementos. Su aparición tiene un propósito estrictamente narrativo. Antes de sumergirte en la trama, encontrarás la lista de advertencias de contenido. Aconsejo que las leas atentamente antes de adentrarte en esta historia para que puedas informarte sobre los distintos temas que se tratan en esta historia.

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO

Oscuridad salvaje **es una historia de romance oscuro que contiene escenas que pueden herir la sensibilidad de ciertas personas, por ello se ruega leerla con detenimiento antes de leer.**

- Intento de suicidio (escena explícita)
- Ideación suicida
- Duelo por fallecimiento
- Extorsión sexual (amenazas con difusión de contenido íntimo y menciones)
- Depresión y pensamientos autodestructivos
- Sexting gráfico
- Contenido sexual explícito
- Stalker y obsesión por ambas partes
- Abuso físico y psicológico parental
- Lenguaje sexual explícito
- Fantasías de dominación
- Carreras ilegales
- Muerte inducida por amenazas
- Violencia verbal
- Ansiedad Manipulación y control coercitivo
- Uso de armas de fuego
- Crimen organizado
- Muerte y violencia
- Trata de seres humanos con fines sexuales y prostitución (mención)
- Referencias a menores en situaciones de explotación sexual (mención)

Si después de leer las advertencias quieres adentrarte en esta historia, solo me queda darte la bienvenida.

La manada ha echado de menos...

LISTA DE REPRODUCCIÓN

«Dios Es Un Stalker» → ROSALÍA
«Two Birds» → Regina Spektor
«21 Questions» → 50 Cent, Nate Dogg
«The Oldskool Vibe» → Kevin D'Angello
«Freaks» → Surf Curse
«Shadow Of A Man» → Lady Gaga
«Imposter» → Louis Tomlinson
«Everything is romantic» → Charli xcx, Caroline Polachek
«Dark Paradise» → Lana Del Rey
«Darkness» → Eminem
«PILLOWTALK» → ZAYN
«Friction» → Imagine Dragons
«Cicatrices» → Natos y Waor
«Mask Off» → Future

Lista completa en Spotify.

DEDICATORIA

Para aquellos que sienten cosas con los enmascarados sin nombre, la oscuridad siempre estará ahí esperando a devorarte, mi querida sombra.

PRÓLOGO

KARLA

Jueves 3 de julio

Lo que estoy a punto de hacer puede que sea la cosa más cobarde que se me haya pasado por la cabeza, aunque para hacerlo haya que tener una valentía que, en realidad, no sé si poseo.

La brisa acaricia mi pelo suelto y hace que vuele hacia mi derecha, provocando ciertos escalofríos mientras mantengo mis ojos cerrados en todo momento. Bajo mis botas siento el borde firme pero, a la vez, efímero.

Un paso más y se acabó.

Un paso más y... todo a la mierda.

Tan difícil no tiene que ser, ¿verdad?

No debería, al menos.

Por desgracia lo está siendo. Sobre todo cuando antes de avanzar, antes de que decida ser valiente, una imagen de mi hermana aparece por mi mente.

Va vestida con su traje de gitana con apenas cinco años, bailando torpemente con esos zapatos de tacón que le quedan diez tallas más grandes. Todo aparece muy lentamente: su sonrisa radiante, como se mueve mientras mi padre toca las palmas sentado a mi lado, mi madre soltando una carcajada cuando hace resonar los tacones contra las baldosas...

¿Y yo? Siendo la hermana con más orgullo sobre la faz de la Tierra.

La cobardía regresa durante un instante.

¿Cómo sería ahora esa imagen si yo no estuviera?

¿Me echarían de menos?

¿Julia dejaría de bailar?

No puede hacerlo. Es mucho mejor que yo, y eso que yo hace años que no bailo. Lo suyo es un talento natural. Le sale solo, casi como respirar o andar.

¿Y mamá? Seguramente no soportaría esto. No aguantaría perder a su hija la rarita, aunque siempre le ha encantado que siguiese mi propio camino y no encajase en los estándares de esta mierda de sociedad.

Y papá...

Siempre dice que quemaría el mundo por las mujeres de su vida.

Que nos protegerá de todo y de todos.

Pero hay una cosa de la que no puede protegerme: mi propia cabeza.

Ignoro las lágrimas que llevan minutos descendiendo por mis mejillas hasta llegar a mis labios, dándole ese gusto salado que lleva teniendo mi vida desde que la persona más importante de mi existencia se fue.

Mónica seguramente no apoyaría esta decisión.

Probablemente soltaría el mismo discurso que llevan mis padres contándome estos meses.

Ella querría que siguieras con tu vida.

Pero no puedo. Siento la ansiedad en mitad de la noche cuando me despierto por culpa de las pesadillas, bañada en sudor, con la respiración agitada. En todas ellas siempre aparece Mónica diciendo la misma frase.

Que podría haberla salvado.

Y todas las mañanas me hago la misma pregunta.

¿De qué?

Lo he intentado. Juro de veras que he intentado seguir mi vida como una persona normal y funcional.

Pero ella ya no está.

Así que lo mejor es hacer esto, dejarme llevar y...

—Oye.

Me tenso por completo y vuelvo a la realidad: mis botas de plataforma encima del borde de un puente —que da a la autopista que se encuentra ya casi vacía—, mi pelo azul ondeando con el viento y de fondo el rugido de... ¿una moto?

Abro los ojos lentamente, recibiendo la oscuridad de la noche ligeramente iluminada por las farolas. Apenas giro mi cuerpo cuando me encuentro a un chico detrás de mí, con un casco negro en la mano, mirándome con la otra levantada hacia mí con la palma extendida y el semblante reflejado por las sombras de las farolas.

Apenas puedo distinguir sus rasgos, pero sí vislumbro su boca entreabierta; tiene un piercing en forma de aro en el labio inferior... Sus ojos me observan con cautela, esperando a que no continúe con lo que estoy a punto de hacer.

Trago saliva y vuelvo a mirar al frente.

—Vete.

Es lo único que se me ocurre decir, y me sorprende con la firmeza que sale de mis labios.

Siento el ligero temblor de mis dedos, mis rodillas a punto de ceder y un escalofrío en la espalda que hace que me encoja para reprimirlo.

Durante varios segundos solo puedo oír el ronroneo del motor y los coches que pasan por la autopista. Escucho cómo avanza un paso y me giro hacia él violentamente.

Se detiene de golpe y baja la mirada.

—Escucha, quiero ayudarte...

—He dicho que te vayas —repito.

Mueve la cabeza en señal de afirmación, mostrándose comprensivo con mis palabras, pero no retrocede. Empieza a agacharse poco a poco hasta dejar el casco de su moto en el suelo.

Lo hace despacio y con una calma que me crispa los nervios. Como si no quisiera hacer ningún movimiento para asustarme. Igual que Julia cuando era pequeña y se quería acercar a los gatos de la vecina para acariciarlos.

Aunque siempre acababan huyendo.

—Me llamo Callum...

—Me da igual como te llames —espeto con un temblor evidente en mi voz—. No necesito ayuda.

Noto que contiene la respiración y alza la mirada hasta mis ojos.

—No quieres hacerlo —afirma con un tono casi amenazante.

—¿Y tú qué coño sabes?

—Sé demasiadas cosas de ti, Karla.

Me tenso de pies a cabeza.

¿Este tío conoce mi nombre? ¿Quién coño es?

Vuelvo la vista a mis botas y después le miro de nuevo.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Si bajas de ahí, te lo cuento.

Una risa amarga y sin una pizca de humor abandona mi garganta. No sé cómo soy capaz de reírme en una situación así, pero este chico acaba de conseguirlo.

—Eso es chantaje.

—Ya, no me digas —murmura y da un paso más. Después mueve los dedos, instándome a que baje del borde—. Baja de ahí.

Contengo la respiración y me muevo hacia el frente, solo para que él se quede quieto donde está. La amenaza que lanzo es completamente vacía, porque estoy dispuesta a saltar de todas formas.

—No avances más. No... te acerques.

Me gustaría decir que esas palabras son una orden directa, pero suenan más a una estúpida súplica.

Pero él no se mueve. Solo baja las manos y se endereza levemente. El silencio que nos sigue ahora dura mucho más tiempo, pero ninguno de los dos retira la mirada.

Intento mantenerme firme.

Intento ser fuerte.

Aunque mis intenciones me hagan parecer débil.

Al ver que no tengo pensamiento de bajar del borde, alza los brazos a modo de rendición y retrocede hasta su moto, dejando el casco donde estaba. Me tenso automáticamente ante su talante impasible y el cambio de actitud.

Estaba preocupado hasta hace un momento y ahora... ¿le da igual?

—¿Q-Qué haces...?

Ignora mis palabras cuando mete su mano en el bolsillo de su pantalón de chándal negro, y saca una caja de chicles. Desde aquí no puedo ver mucho más, aparte de como coge uno y se lo lleva a la boca.

Cuando guarda el paquete de nuevo —esta vez en el bolsillo de su sudadera—, se cruza de brazos y levanta la mirada.

—Comprobar si de verdad quieres hacerlo.

Las palabras me golpean de la misma manera que si alguien me hubiese estampado una maldita raqueta de tenis.

No me quiero imaginar mi semblante ahora mismo.

Pura incredulidad.

Hasta hace un momento estaba pidiendo que me bajase del borde y ahora solo me observa como un mero espectador.

No sé si es que ahora le da morbo ver cómo me tiro o...

—La verdad es que hubiese estado bien que alguien me diera algún sermón cuando lo intenté en su día.

Sus palabras llenan el ambiente y mis pensamientos mueren a medio camino.

Tienen un peso que se instala en lo profundo de mi pecho, como si estuviesen atadas a ladrillos. Pero él las suelta como si nada. Como si leyera en voz alta la lista de la compra.

Es en ese momento en el que me doy cuenta de que, inconscientemente, me he alejado del borde y las manos me han dejado de temblar. Aun así, no retiro mi mirada de la suya. No logro distinguir el tono de sus ojos, pero siento como si me anclara a él. Al presente.

—Tú intentaste... —La palabra se me queda atrapada en la garganta—. Tú...

Él asiente lentamente, mascando todavía su chicle.

—Las pastillas no hicieron el efecto que deseaba. Se supone que mi progenitor no volvía hasta tarde, pero ese cabrón apareció antes. —Veo cómo se pasa la lengua por el piercing y suspira—. Ojalá alguien me hubiese llamado por mi nombre antes de haber hecho eso.

De nuevo, silencio.

Detesto la ausencia de palabras, sobre todo en una situación en la que sólo ellas pueden ser las capaces de sacarme de este borde.

No sé qué decirle. No quiero que me salve, pero algo me arrastra hacia él.

—¿Lo volviste a intentar?

Levanta sus ojos hacia mí. La tenue luz me deja ver un atisbo de verde, muy similar al color del pino en plena primavera cuando las orugas procesionarias ponen sus nidos en ellos.

Me observan con culpa, como si él fuese el causante de esta estúpida decisión.

—No —dice de pronto—. Los días que pasé ingresado en el hospital odié a todos, incluso a mí mismo. Pensaba que debería de haber terminado con el problema de raíz... pero en realidad solo era un cobarde.

Un huracán de emociones se cierne sobre mí al escucharle, pensando de cierta manera como me podría reflejar yo en ellas si bajase de aquí por el lado correcto.

Pero, ¿cuál es ese lado?

—¿Por qué sabes cómo me llamo?

Su mandíbula se aprieta y durante varios segundos deja de mascar. Después, se endereza y se separa de la moto roja, pero no avanza.

—Si bajas, te respondo a eso también. Si no, siempre puedo subirme a la moto y seguir mi camino. Decide.

Por tercera vez el silencio regresa y una ráfaga de viento me azota ligeramente, moviendo mi pelo esta vez hacia atrás. Él no se mueve, sigue mascando el maldito chicle de manera rítmica, cruzado de brazos y separado de la moto.

—¿Serías capaz de dejarme... aquí? No puedes hacer eso.

—He pasado por aquí por casualidad, claro que puedo. Siempre puedes volver a coger el bus si decides no tirarte.

—¿De verdad crees que no voy a saltar?

—Haces demasiadas preguntas.

—Y tú eres... —intento hablar, decir algo, pero no me salen las palabras.

Está convencido de que no quiero hacerlo, pero esta idea lleva tiempo arañando mi cabeza con sus garras y succionando mi vitalidad poco a poco, como si fuese un parásito.

Aunque ahora he olvidado los motivos. Lo único que siento es rabia y únicamente quiero demostrarle que soy capaz de hacerlo solo para cerrarle la puta boca.

Una de mis botas avanza hacia delante, presa de la ira, y con el miedo revoloteando a mi alrededor. Me permito mirar hacia abajo, sintiendo el vacío bajo mis ojos. A esta distancia, los coches son como pequeñas cucarachas moviéndose de manera nerviosa, huyendo de un lado a otro, esquivando mis botas...

Mi otro pie se mueve y es entonces cuando escucho su voz.

—Karla.

Me tenso de pies a cabeza al escuchar mi nombre en sus labios.

Suena bien. Suena incomparable.

Cierro ligeramente los ojos y aprieto los puños, reprimiendo las lágrimas.

—Karla, mírame.

Niego con la cabeza y los abro de nuevo para mirar al vacío.

—Tú lo has querido.

Esas palabras se mezclan con el rugido de un motor bajo mis pies. Estoy a punto de avanzar hacia el vacío cuando unos brazos me rodean por la cintura.

Un grito de terror abandona mi garganta y, de un momento a otro, me encuentro sobre el hombro del chico con el mundo del revés y mis puños aferrados a su sudadera negra. Apenas le cuesta esfuerzo levantarme, a pesar de mis pataletas y mis gritos.

—¡¿Qué coño haces?! ¡Bájame ahora mismo!

Camina hacia su moto, como si mis palabras y golpes fueran pajaritos cantando y cosquillas del viento. Finalmente, mis botas de plataforma tocan el suelo y rápidamente me aparto de él, aunque no me atrevo a mirar de nuevo hacia el borde.

«Menos mal.»

No acabo de pensar eso.

No.

No me ha sal...

—De nada.

Levanto la mirada hacia el chico enfrente de mí. La cercanía entre nosotros me hace distinguir un aroma a menta, azafrán y cuero que al instante decido desechar. No estoy dispuesta a pensar que huele demasiado bien.

—No tengo que agradecerte nada.

Veo como se agacha para recoger el casco del suelo y después me mira ladeando la cabeza.

—En una semana lo pensarás mejor.

Su pelo negro como la noche queda cubierto por el casco cuando se lo coloca y el visor, que está subido, me deja ver ese verde varios segundos más antes de que lo baje. No dice nada más cuando se sube a la moto —que ha estado encendida todo este tiempo—, y retira el apoyo lateral que la estaba sujetando.

Es entonces cuando regreso a la realidad y me doy cuenta de mi situación.

Son cerca de las tres de la mañana. A esta hora ya no hay autobuses que puedan llevarme a casa.

Elegí esta hora para que nadie me ayudase. Y más teniendo en cuenta que mañana es el día de la Independencia y los estadounidenses suelen celebrarlo hasta altas horas de la madrugada.

Por eso he venido hoy.

Una decisión bastante estúpida.

Justo cuando va a avanzar, me adelanto un paso.

—¡Oye!

Se detiene y me mira, aunque no sé si es exactamente a mí.

Tú tienes que encontrar a tu H, Karla.

No sé por qué las palabras de Mónica aparecen ahora por mi cabeza. La escena de esa estúpida película que le gustaba mucho parece que va a desarrollarse ahora mismo, y me siento completamente patética. Me acuerdo que estaba obsesionada con Mario Casas y siempre decía que nosotras éramos como Katina y Babi.

—No puedes dejarme... aquí sola.

Callum —así creo que dijo que se llamaba—, ladea la cabeza con el casco, un gesto que parece casi sombrío.

Durante unos segundos se queda en silencio y puedo sentir su mirada penetrante sobre mí a través del casco, hasta que finalmente le escucho.

—Estoy seguro de que esas bonitas piernas que ibas a utilizar para saltar, pueden llevarte a casa.

Bajo la vista y entonces me doy cuenta.

Voy vestida con un mono corto negro vaquero, mis botas de plataforma y unas medias de rejilla del mismo color para cubrirme la piel. Levanto la mirada con el ceño fruncido.

—Son las tres de la mañana y mi casa está en la otra punta de la ciudad.

—Lo sé —responde con frialdad—. Vives con Saori Takahashi y Vesna Vetrovic.

Levanto las cejas incrédula.

Si es cierto que es mi segundo año de universidad y que ellas son bastante conocidas, pero igualmente... ¿cómo coño sabe eso?

—¿Cómo sabes...?

—Mira... si no haces más preguntas, te llevo.

La respuesta me atraviesa el pecho y siento como el pulso se me empieza a acelerar. No sé si debería fiarme de un tío que sabe cierta información de mí, pero no tengo más opciones siendo ya tan tarde y a dos horas andando de mi casa.

Por suerte, soy una amante de las películas de terror, así que tengo un buen manual de cosas que debo hacer en una situación de peligro.

Un toque al acelerador me detiene mi divagación mental, sintiendo los ojos de este idiota a través del casco de nuevo. A pesar de amenazar con irse, no lo hace, así que aprovecho para moverme.

—¿Y el casco?

Se encoge de hombros.

—No tengo otro.

Se endereza en la moto y desabrocha el suyo para después quitárselo de la cabeza. Su cabello azabache está húmedo por culpa

del sudor y cae sobre su rostro. Me lo tiende y durante un instante la duda regresa como un boomerang, pero lo agarro antes de que cambie de opinión.

Una vez que me lo pongo, me acerco y me subo con cuidado de no tocarle.

«No es Mario Casas. No estás en esa estúpida película.»

Aunque la verdad, a mí siempre me gustó más Pollo.

Me aferro al asiento como puedo. Nunca he ido en moto, así que no tengo mucha idea de donde agarrarme. La respuesta llega cuando él da un acelerón apenas moviéndose y mi pecho se choca con su espalda.

Un jadeo escapa de mis labios.

—Agárrate.

—No pienso tocarte.

De nuevo, se encoge de hombros y no me mira cuando dice lo siguiente.

—Tú decides.

El fuerte acelerón me lleva hacia atrás y de manera instintiva —y completamente obligada—, tengo que aferrarme a la sudadera para rodear su torso con los brazos con fuerza.

Siento su pecho vibrar bajo mis manos mientras conduce, como si se estuviese riendo.

Como si esto le causara gracia.

Las luces de la ciudad iluminan su rostro, el cual me permito admirar sin ningún tipo de vergüenza bajo el casco.

No lo voy a negar, es muy guapo. El pelo negro le baila con el viento a medida que le golpea y se mueve a su merced. Tiene los ojos verdes entrecerrados, unas cejas perfectamente perfiladas y una nariz recta e incluso pequeña que se mimetiza bien con su rostro.

Por último me fijo en sus labios.

Son pequeños, pero bastante carnosos, lo que ayuda a que ese aro en su labio inferior se amolde perfectamente a la carne.

—¿Por qué sabes mi nombre?

—Te dije que nada de preguntas —dice como respuesta.

—Y tú dijiste que me contestarías cuando bajase de ahí —repongo, inclinándome sobre su hombro con cuidado—. ¿Cómo sabes esas cosas?

Gira en una calle y noto que se encoge de hombros.

—Alguien tiene que hacerlo, teniendo en cuenta que ni la gente de tu alrededor se da cuenta de... ciertas cosas.

Sé por qué lo dice. Entiende que si he llegado a ese punto, es porque nadie de mi alrededor se ha dado cuenta de lo jodida que estoy. El tono que emplea no es frío. En todo caso, está cargado de una comprensión similar a la que empleó cuando me contó que él también lo había intentado.

Trago saliva y no digo nada más. Dejo que el silencio —ahora más agradable—, se apodere de nosotros. Solo con el rugido de la moto como acompañante. Su cuerpo es cálido bajo el mío, algo que contrasta con la frialdad de las últimas noches de primavera.

Mi plan era venir antes de verano para instalarme y prepararme para el segundo año de universidad. Después, tenía pensado volver a España para pasar las vacaciones allí, pero no pensaba que el primer aniversario de su muerte fuese a afectarme tanto.

Callum me dijo que me daría una semana para pensarlo mejor, pero sin duda, solo me han bastado unos minutos para darme cuenta de que eso no es lo que quiero.

Ni para mí. Ni para mi familia.

Ni tampoco para *ella*, aunque ya no esté.

La moto se detiene y rápidamente me separo de él, dándome cuenta de la situación y la cercanía. Me bajo sin perder el tiempo y me retiro el casco, absorbiendo una bocanada de aire fresco cuando lo consigo.

Le tiendo el casco y él lo agarra.

Es entonces, cuando una palabra sale de mis labios en contra de mi voluntad.

—Gracias.

Justo antes de colocarse el casco, puedo ver un tirón en la comisura superior del piercing justo cuando el metal negro le cubre. Tras abrocharse, asiente lentamente y se sube el visor, mostrando la intensidad de sus ojos verdes.

—Descansa, Karla.

Se baja el visor y arranca, desapareciendo por la calle sin decir ni una sola palabra más.

UNO

CALLUM

Jueves 17 de julio

—En el nombre del padre, del hijo, y del espíritu santo. Que nuestro señor le tenga en su gloria.

Jamás pensé que terminaría mis vacaciones acudiendo al funeral de una persona que no he conocido en mi vida. Podría estar haciendo algo más de provecho que llorar la muerte de un hombre que se dedicaba a lo mismo que mi progenitor, pero hay que mantener las apariencias, supongo.

Eso es lo que he hecho durante toda mi vida.

Aparentar.

Ser tranquilo.

Ser dócil.

Ser maleable.

El recuerdo de lo que pasó las veces que no lo fui, me cosquillea en la espalda bajo el gran tatuaje que lo cubre.

Un recordatorio que hizo la misma persona que ayudó a mi creación.

El hombre que está a mi lado mira al frente fijamente, observando la fotografía del fallecido como si de verdad le tuviese un cariño real.

Aunque yo sé la verdad, y eso me revuelve el estómago.

Patrick Miller era uno más en los negocios del hombre que se encuentra a mi derecha. Al parecer eran socios y tenían varios casinos en común, consiguiendo cantidades millonarias entre ambos a lo largo del año.

Pero, al igual que yo, nunca estuvo de acuerdo con una parte del "otro negocio" que lleva el señor Maxwell Walker, y le amenazó con chivarse a la policía.

Una semana después apareció muerto en un hotel.

Se había volado la tapa de los sesos.

Varios bancos delante de nosotros, escucho a una mujer llorar rota y desesperada repitiendo lo mismo todo el rato.

¿Por qué?

A lo largo de toda la misa y antes de entrar, solo he escuchado esas dos palabras.

¿Por qué lo ha hecho, si era un hombre feliz?

¿Por qué lo ha hecho, si tenía una mujer que lo amaba?

¿Por qué lo ha hecho, si tenía más dinero del que cualquiera podría desear?

Tal vez las amenazas de mi progenitor pudieron con él, diciéndole que si decía una palabra a la policía, sería su mujer la que estuviera en ese mismo ataúd.

Así que Patrick decidió quitarse la vida antes de ver a la mujer que amaba sin vida ante sus ojos.

No me siento orgulloso de saber esto, y mucho menos de que el señor que tengo a mi lado sea el causante de que esa cabeza haya decidido tomar esa decisión.

Pero la verdad es que me importa una mierda.

Las campanas de la iglesia empiezan a sonar cuando la misa termina y ambos nos dirigimos a la fila que hay montada cerca del féretro para dar el pésame a la familia.

Por suerte, Patrick no tenía descendientes, así que por esa parte puedo respirar más tranquilo. Eso no quita que en el fondo de mi podrida conciencia me duela ver a una mujer llorando en el funeral de su marido.

Odio los funerales. Suerte que no podré ver el mío.

—Señora Miller, mi más sentido pésame.

El hombre a mi lado estira la mano a la mujer y ella la acepta, con un pañuelo manchado de negro y un vestido que refleja lo oscura que se ha quedado su vida ahora mismo.

—Max... —susurra al mirarle—. Muchas gracias por venir.

La mujer le agradece el gesto y luego posa sus ojos castaños enrojecidos por el llanto en mí. Me fuerzo a mantener un semblante similar a la lástima, sin llegar a la rabia de saber la verdad de lo que ha pasado, y estiro la mano.

—Este es mi hijo, Callum —dice el hombre cuando la mujer me tiende la mano—. Él coincidió alguna vez con Patrick.

Mentira.

Jamás le conocí y nunca le he visto. Ni en persona ni en fotos o vídeos. Intento mantenerme alejado de los negocios de este señor todo lo que puedo.

Menos cuando me extorsiona y amenaza y me veo obligado a hacer lo que me pide para no acabar como Patrick.

—Es un placer, señora Miller —susurro con una pequeña mueca. Nunca sé cómo actuar en estos casos—. Le doy el pésame.

—Gracias, joven —agradece mientras se limpia más lágrimas—. No se parece mucho a usted.

El hombre a mi lado frunce el ceño y sus ojos azules me miran de reojo.

Sé que no le gusta que nos comparen, sobre todo por el físico. La vida es muy cabrona cuando tienes un hijo y acaba saliendo igual de parecida a la mujer que te follaste una noche de borrachera.

A diferencia de mí, mi progenitor tiene un pelo castaño claro, sin llegar del todo al rubio y unos ojos azules que chocan completamente con el verde de los míos. Su nariz es mucho más grande y lo único que he sacado de parecido a él es su boca, pequeña pero carnosa.

Solo por ese parecido, decidí hacerme el piercing del labio.

No quiero parecerme en nada a este monstruo.

—Tiene más parecido a su madre.

La mujer asiente y mira a nuestro alrededor, como si estuviera buscando a alguien.

—¿Y ha venido?

Veo que frunce el ceño.

—¿Quién?

—Su mujer.

Me meto las manos en los bolsillos y aprieto los puños.

—Estamos divorciados.

Más mentiras.

La mujer forma una «O» con la boca y asiente a modo de comprensión. Tras varias palabras más, finalmente nos despedimos y salimos de la iglesia.

Ni siquiera piensa en quedarnos para el entierro.

Cuando llegamos al Mercedes, entro en el asiento del copiloto y espero a que él se suba en el conductor. Me limito a sacar mi paquete de chicles y empezar a masticar uno.

Que empiece la función.

—Ojalá y se pudra en el infierno —espeta cerrando la puerta cuando entra y enciende el motor. Se coloca el cinturón y comienza a conducir—. Me follaré a su mujer antes de que se acabe el año.

Que puto asco.

Esos comentarios afectarían a cualquiera, pero el poco tiempo que paso con él al año me ha hecho acostumbrarme a ese tipo de barbaridades.

Las farolas tenues de las calles nos rodean y, al fondo, se ven las luces artificiales de la zona más asquerosa de esta ciudad, podrida de dinero, drogas y prostitución.

Las Vegas.

—¿Cuándo te marchas entonces? —pregunta mi progenitor con un tono paternalista jodidamente asqueroso.

Me dan arcadas cuando actúa así. Como si me... quisiera.

—En dos días.

—¿Y la moto?

Le miro de reojo a la vez que masco el chicle.

—Mañana por la tarde.

No sabe que tengo dos, y menos mal. Bastante es pedirle que me pague el transporte cuando vengo a Las Vegas con una de ellas.

Por supuesto, él no sabe que gracias a mis grandes dotes con la tecnología, tengo trabajillos que me dan una buena cantidad de dinero para subsistir cuando a él se le cruzan los cables y decide cortarme el grifo. No son cosas ilegales del todo, o al menos no al nivel de lo que hace mi progenitor.

Y mejor que no lo sepa nunca. No quiero tener que añadir más tinta a mi espalda.

Veo como asiente, complacido por mi respuesta, y gira en la esquina que lleva a la zona de mansiones de la ciudad.

Los pelos se me ponen de punta cuando entramos y en estos momentos agradezco llevar puesto un traje para que no se me vean los brazos.

Odio estar aquí.

Odio este lugar.

Y le odio a él.

—Espero que antes de irte te pases por uno de los clubes —bromea cuando se detiene, esperando a que la reja se abra—. Tenemos nueva mercancía que seguro te interesa.

Me limito a fingir una sonrisa antes de que la arcada abandone mi garganta.

Sí es cierto que he pisado sus casinos, pero jamás he ido a ninguno de sus clubes. O al menos, no por voluntad propia. No soy capaz de mirar a las mujeres que hay sin acordarme de *ella*. Y tampoco soy capaz de pisarlos sin recordar mi infancia entre sus paredes.

Por eso las arcadas.

—En otra ocasión quizás.

—Bueno... a menos que la próxima vez que vengas me digas que te estás follando una neoyorquina con buenas tetas, algún día tendrás que venir a conocer tu futuro negocio.

Y una mierda, Maxwell Aaron Walker.

Y una putísima mierda.

Sábado 19 de julio

Una pequeña brisa de aire me revuelve cuando salgo de la terminal arrastrando mi maleta y miro a todos lados, buscando al rubio irlandés que se supone que tiene que venir a buscarme.

No tardo en divisar al otro lado de la calle un Mustang de color negro que grita agresividad por cada costado. Su dueño, está

apoyado sobre el mismo con la mirada puesta en el móvil.

Me acerco a él y cuando estoy a unos metros, levanta la mirada y me dedica una pequeña sonrisa.

—*Skywalker.*

Me río soltando la maleta a un lado y me choca la mano, para después abrazarme sin tocarme demasiado la espalda. Aunque por una vez, no tiene de qué preocuparse.

—*Horan.*

Él también se ríe y cuando guardo el equipaje en el maletero y ambos entramos en el coche, la conversación nace sola.

—Conrad ha echado de menos con quién meterse. Amenazó con robarte la moto si no volvías pronto.

Pongo los ojos en blanco colocándome el cinturón.

—Solo ha sido una semana.

—Pero sabemos lo que pasa cada vez que vas a ver a tu padre. —Veo que me mira de reojo, como si me estuviera analizando—. ¿Todo bien?

Resoplo y asiento.

—Si, mamá.

Suelta una risilla a la vez que adelanta a un coche y después frena para detenerse en el semáforo.

—Ya estamos pensando en las carreras para agosto. Luka ya tiene programadas las revisiones a los coches.

Una pequeña sonrisa se forma en mis labios cuando saca el tema de las carreras.

Porque eso es lo único que me hace sentirme en casa, aunque no sea yo el que corra.

Luka, Ken, Niall, Conrad y yo tenemos formado una especie de grupo con el que corremos las carreras ilegales en Ashmont, tanto de coches como de motos. Se nos suele conocer como los *Underwolves*, todo porque jugamos en el equipo de *lacrosse* de los Wolves de Ashcrest, nuestra universidad.

El japonés y Conrad son los que se enfrentan al resto de grupos conduciendo las motos. Sí es cierto que yo también llevo moto, pero digamos que me siento mucho más cómodo con la cabeza detrás de un portátil que demostrando a un niñato que sé conducir.

No conduzco para ser mejor que el resto como ellos o para demostrar algo.

O como Niall, aunque lo del irlandés es más complicado.

Él es el corredor principal del grupo en lo que respecta a coches y normalmente, nadie le gana. Pero lo suyo con los coches va mucho más allá. Digamos que tenemos un pequeño secreto y muchas noches, se dedica a vacilar a la policía con un bonito M4 mientras que yo le guío por las calles para evitar que la policía le cace.

Tal vez mi manera de sentirlo no sea de la misma que él lo percibe, pero el nudo en el estómago, la tensión en los dedos mientras tecleo y el sudor por la frente mientras narro las calles es una sensación que, por raro que parezca, se siente mucho mejor que la maldita droga.

Y joder, somos los mejores en lo nuestro.

Por último, y más importante, tenemos a Luka.

Sin él, ninguno de los tres podrían hacer lo que hacen: arriesgarse el pellejo en las carreras ilegales y las calles.

Gracias a tener su propio taller y ser hijo de una de las familias más importantes y poderosas del clan serbio de todo el país, tenemos acceso a bastantes truquitos para salir con el culo intacto: matrículas y documentación falsas —también gracias a mis habilidades—, policías comprados, y algunas importaciones y exportaciones de coches gracias a las conexiones que tienen con la familia de Ken: la Yakuza.

Todos salimos ganando y cada uno de nosotros es como un órgano vital del cuerpo que forma nuestro grupo.

Somos familia y estos cabrones son lo mejor que puedo tener en mi vida, a pesar de la mierda que sigue siendo todo hoy en día.

—¿Vas a venir luego al gimnasio? Habrás estado toda la semana sin poder entrenar.

Y es cierto.

Max no está muy de acuerdo que juegue al *lacrosse*, porque sabe que soy bueno. Cada uno tenemos una forma de ser en el campo, y mi estrategia e inteligencia no se limita solo a los ordenadores, sino también cuando sujeto un *crosse*.

—No creo —respondo quitándome las gafas para pellizcarme el puente de la nariz—. Me pasaré por el taller para echarle una mano a Luka en lo que haga falta.

Niall está a punto de decir algo seguramente con el fin de convencerme cuando un móvil empieza a sonar. Siento como el bolsillo de la sudadera me vibra, así que me coloco las gafas y saco el móvil.

La persona que sale en pantalla me hace fruncir el ceño.

Niall lo nota. Por supuesto.

—Joder. Acabas de llegar y ya te está jodiendo.

Suelto un bufido sonoro a la vez que descuelgo y me lo llevo a la oreja.

—Dime.

—Imagino que ya has aterrizado. Tienes trabajo.

Su voz es cortante, como siempre, y esas dos palabras hacen que todo en mi interior se remueva.

Asiento como si me estuviera viendo y cuelgo. Al guardar el móvil, puedo sentir la mirada interrogativa de Niall a mi lado.

—¿Te dejo en el taller entonces? —pregunta a la vez que se detiene en otro semáforo en rojo.

Sacudo la cabeza.

—No. Tengo mierda que hacer.

—¿Te acuerdas del pobre señor Miller? —La voz del hombre al otro lado del teléfono tiene un tono fingido, simulando una añoranza que sé que no siente—. Fue un funeral precioso, la verdad.

Aprieto la mandíbula mirando la pantalla vacía de mi portátil a la espera de que quiera empezar a soltar prenda del *trabajo*. De fondo escucho un pequeño gemido que hace que se me revuelva el estómago, pero lo deshecho a un lado sacudiendo la cabeza.

—Bueno... resulta que toda la información que tenía en su nube no ha sido borrada por el estúpido *hacker* que contraté después de que muriera en esas trágicas circunstancias.

Capullo.

La tensión en mi mandíbula se relaja y no evito esbozar una pequeña sonrisa arrogante.

Lo barato acaba saliendo caro.

Y sabe que yo soy *muy* caro.

Porque aunque sea su hijo y no le caiga bien, sabe que mis trabajos no son gratis. Aunque me torture si no los cumplo.

—Antes de que mis chicos se encargaran de él les pedí que te enviasen todo lo necesario. —No quiero saber si se refiere al *hacker* o a Patrick. Su voz tiene un tono divertido, igual que si me estuviera contando como empezó a andar en bicicleta a los cinco años—. Limpia todo lo que haya en esa nube. Que no quede ni rastro.

Inhalo aire lentamente mirando la pantalla vacía de mi ordenador.

—¿Todo?

—Todo lo que lleve mi nombre —me confirma contundente—. Correos, transacciones, conversaciones, archivos... Todo lo que tuviera para chantajearme. Y, si hay algo que crees que se pueda utilizar en contra de alguien más, me haces un *Power Point* como si fuese una presentación para el colegio y me lo mandas.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Para cuándo?

—Para ya. No me decepciones, Remus.

Y cuelga.

Odio cuando me llama por mi segundo nombre. El que eligió él.

Me hace gracia esa última frase porque claro, para nada ha estado él toda la vida decepcionando a su hijo.

Me pongo los auriculares, abro el archivo que me han enviado con los accesos a la nube y me crujo los dedos mientras que dejo que la voz de Eminem me inunde los oídos mientras carga.

Una vez que siento que los dedos me dejan de temblar y la nube del muerto se abre en mi portátil, consigo entrar sin problemas, solo utilizando varios códigos y tirando algunas barreras de seguridad.

—Putos aficionados...

Tener ego es de idiotas y engreídos, pero yo soy muy bueno en lo mío. Así que realmente no es ego, sino una realidad.

Tras acceder, empiezo a desplazarme por todo lo que veo: carpetas, archivos, *backups*, nombres de empresarios, paraísos

fiscales, empresas pantallas, fondos de dinero sucio...

Este tío tenía mierda suficiente no solo para hundir a Max, sino también a todos sus putos socios.

Joder, ojalá no le hubiesen pillado.

El señor Patrick Miller podría haberme solucionado la vida, pero tuvo que abrir la bocaza y amenazar sin tener en cuenta las consecuencias.

Gilipollas.

Empiezo a deslizarme entre los archivos con calma y empiezo a borrar todo lo que lleve el nombre de mi progenitor.

Después de casi dos horas revisando cada documento de los socios, todo lo que lleva de nombre Maxwell Aaron Walker queda borrado de la nube como si nunca hubiese existido.

Salgo de las carpetas de socios y empiezo a navegar por el resto, copiando la información que creo que puede resultar útil para cualquier chanchullo de Max .

Una carpeta en particular me llama la atención y me obliga a fruncir el ceño ante su nombre.

«Sugar.»

Ladeo la cabeza y clico sobre ella sin dudar.

Lo que se abre ante mis ojos me revuelve el estómago.

Nombres, nombres y más nombres de chicas. Una lista putamente interminable a medida que voy bajando que me va dejando un regusto amargo en la garganta anunciando las ganas de vomitar.

No es ningún secreto para mí que Max se dedique a esto también. Pero ver los nombres...

Hace que sea real.

Entonces lo veo. Me obligo a subir cuando siento que he leído un nombre familiar, uno que conozco de algún lado. Tal vez una conversación que escuché de fondo y que ahora resuena con fuerza. Subo para buscarlo y, una vez que lo localizo, un escalofrío me recorre la columna.

Los pelos de la nuca se me erizan casi instintivamente y siento como el pulso se me acelera.

El cursor está encima de su nombre, pero no sé si debería de pulsarlo. Los dedos me tiemblan sobre el ratón por primera vez desde que empecé hace ya un par de horas, pero sin dudarlo mucho más, entro en la carpeta.

Y al momento, me arrepiento.

—La hostia...

Más carpetas con distintos nombres: conversaciones, fotografías, información...

Me quito los auriculares al instante junto con las gafas y me pellizco el puente de la nariz sin dar crédito a lo que mis ojos están viendo. Joder, me da pánico seguir entrando y encontrar más cosas.

Tal vez no debería, pero no voy a quedarme con la duda.

Vuelvo a ponerme las gafas y tomo aire.

Pulso en capturas y un montón de códigos de conversaciones se abren ante mis ojos. Clico sobre una de ellas y me centro detenidamente en leerlas.

La mayoría son conversaciones de una persona pidiéndole fotos desnuda de cierta manera a cambio de dinero. Pero a medida que avanzo, noto como ella empieza a mostrarse reacia a querer seguir compartiendo fotos.

Ya no me interesa el dinero.
De verdad que gracias, pero no.

Y más abajo lo veo.

Si no me das lo que quiero, haré públicas todas las fotos tan bonitas que me has enviado en este tiempo a cambio de mi dinero, niña.

La rabia me corroe por dentro y frunzo el ceño apretando los puños. Los hijos de puta la estaban extorsionando. Seguramente empezó como una manera de buscarse su propio dinero, pero para su poca suerte, acabó dando con el tipo de gente que no acepta un no por respuesta.

Los socios de mi progenitor.

Cuando termino de leer no me molesto en abrir la carpeta de fotografías. Sé de sobra lo que voy a encontrar ahí dentro.

Viajo el cursor hasta el apartado de información y cuando pulso, me arrepiento al instante.

Nombres, familiares, trabajos, empresas, amigos, números de teléfono, cuentas bancarias...

Todos ellos puestos en una hoja de cálculo con un enlace que lleva a una carpeta con fotos y más información. Son demasiados los nombres que me encuentro. Una lista interminable, hasta que leo uno que no quería encontrar.

—No, no, no...

Me paso las manos por el pelo y cierro los ojos a la vez que las bajo hasta mi rostro con frustración. Las gafas me resbalan por el puente de la nariz y caen en la mesa. Ni siquiera me preocupo de si se me han roto o no.

Siento el corazón latirme en la sien, como si realmente me importara. Los dedos me tiemblan sobre el teclado y frunzo el ceño.

No tiene que importarme, ¿verdad?

No deberían de importarme ninguno de los nombres, pero tras su muerte...

Fue lo único bueno y puro que he tenido en la vida.

Pero incluso *ella* estaba mancillada por él.

Sacudo la cabeza y me vuelvo a poner las gafas.

Un vistazo. Solo entrar y...

Mierda.

La primera frase que leo me revuelve las tripas y siento la sangre fluir con rabia por mi cuerpo.

Contacto directo. Alto potencial.

Por supuesto que sí. Esta gente no deja nada al puto azar. Son capaces de aprovecharse hasta del mínimo detalle.

Por suerte no hay fotos, pero sí todo tipo de información: direcciones, cuentas bancarias, redes sociales, números de teléfono, amistades...

Todo está ahí.

Muerdo el piercing del labio con demasiada fuerza y un pensamiento se me pasa por la cabeza: borrarlo todo.

O hacer una copia, aunque yo no quiero esa información para nada.

Estoy a punto de empezar a borrar cuando la pantalla de mi móvil se ilumina. Cierro los ojos, descuelgo y le pongo en altavoz.

—¿Y bien?

Cierro los ojos y apoyo los codos en la mesa, pasándome las manos por el pelo.

—Todo borrado.

De nuevo, como en la pequeña charla anterior, escucho más gemidos de fondo, aunque esta vez son más constantes y ahogados.

—Hazme una copia de lo que ha quedado y envíamela.

Lo siguiente que escucho es un golpe fuerte y la línea colgándose.

Puto sádico de mierda.

Abro y cierro las manos, estirando los dedos para después convertirlos en puños una y otra vez.

Es un gesto nervioso que llevo teniendo tantos años...

Y él lo detesta.

Antes de pensarlo dos veces, hago una copia del archivo y lo pego en otra carpeta externa de mi ordenador. Después lo borro de la fuente original y tras asegurarme de que no hay nada más que lleve su nombre, eso es lo que le envío a mi progenitor.

Me quito las gafas y cierro la pantalla del portátil, sintiendo como el corazón me sigue palpitando en las putas sienes.

Esto cambia las cosas radicalmente.

DOS

KARLA

Domingo 20 de julio

Todo mi alrededor estalla en aplausos cuando el grupo de chicas termina de bailar sobre el escenario. Yo soy una de las que se levantan y silba para vitorear a mi hermana y sus compañeras, que saludan y se inclinan para agradecer los gritos de alegría del público.

Mi madre a mi lado también aplaude, casi llorando sin apartar la mirada de mi hermana. La apariencia imponente que muestra normalmente siendo la jueza Jessica Lianna Álvarez queda completamente a un lado mientras observa con orgullo a su hija pequeña.

Julia y yo hemos bailado flamenco desde pequeñas porque nuestra madre nos lo inculcó, aunque yo lo dejé después de terminar la secundaria. En cambio, Julia ha seguido bailando y ahora va a empezar a estudiar artes escénicas en Madrid, algo que no le gusta nada a mi madre.

Odia que sus dos hijas estén lejos de casa.

Ambas caminamos hacia la zona trasera del escenario y los guardas de seguridad nos dejan pasar cuando ven a mi madre. Para mi desgracia —o mi suerte en algunos casos—, el pelo rubio, la altura y su rostro es bastante conocido en el mundo mediático en España, así que cuando nos ven, no nos ponen ningún impedimento.

No tardamos en encontrar a Julia, la cual está abrazando a una amiga con una gran sonrisa, ambas bastante emocionadas ante la actuación que acaban de hacer. Ella siempre ha sido así con todo el

mundo: cercana, amable y con la capacidad de transmitir felicidad hasta a aquellos que se levantan con el pie izquierdo.

Es un rayo de luz en mi vida y en la de mis padres.

Cuando su moño castaño se gira hacia nosotras, la sonrisa no desaparece, sino que se ensancha aún más. Sus pecas, ahora ocultas por el maquillaje, se estiran en su rostro y mi copia, con cuatro años menos que yo, se acerca a nosotras.

—¡Mamá!

Ambas se abrazan y yo las miro con una pizca de orgullo. También envidia.

Estar lejos de ellas todo el año pasado me dolió; la distancia y la diferencia horaria nos ha distanciado un poco. Ellas... bueno, *solo* tienen una diferencia de 600 kilómetros.

Nosotras tenemos todo un *océano* de por medio.

—Has estado increíble, cariño —murmura mi madre acariciando los volantes de los hombros del vestido de mi hermana—. Cada día me sorprendes más.

—Aprendí de la mejor.

Tiene razón.

Mi madre bailaba muy bien cuando era joven, pero está claro que esos genes los ha heredado ella. Yo en cambio, soy mejor dibujando y diseñando, algo que he sacado de mi padre.

Julia se gira hacia mí y me abraza. No dudo un instante en devolverle el abrazo y cerrar los ojos, dejando pequeños toques con el dedo índice, algo que ella repite en la mía.

Un pequeño código de hermanas.

—Estoy muy orgullosa de ti, Juls.

Noto como se ríe y se separa ligeramente con el mismo semblante radiante.

—Y yo de ti, Kar.

—No me gusta ese chico, Julia —menciona mi padre mientras termina de fregar los platos.

—A ti no te gusta ningún chico, papá —replico por mi hermana mientras limpio la encimera.

A mi espalda escucho la risa de mi madre y mi hermana, que están terminando de guardar el mantel y colocar las sillas.

—No sé si conocerle por una aplicación es... —empieza a decir mi madre, pero Julia la interrumpe inmediatamente.

—Otra vez esta charla no, por favor.

Mi padre carraspea y frunce el ceño.

—Es que ningún hombre se merece a mis pequeñas —espeta cerrando el grifo y acercándose para coger el trapo y secarse las manos.

Mateo Álvarez es ese tipo de hombre que da ternura cuando le ves. Su cabello castaño ya afectado por las canas y esa barba poblada siempre han sido sus rasgos distintivos en él desde que era pequeña. Recuerdo que me podía pasar horas en su regazo jugando con ella entre mis dedos. En cambio a Julia, siempre le ha dado repelús.

Es dueño de una cadena hotelera española que se extiende por toda la costa mediterránea, tanto en el norte como en el sur del país. También participa en múltiples asociaciones para personas sin hogar en actos de beneficencia y gran parte del dinero que gana va destinado a ayudas a la juventud, viendo los problemas que tiene dicha generación con la vivienda en nuestro país.

De pronto mi madre aparece por detrás y agarra la mano de mi padre, arrastrándolo de la cocina.

—Ojalá mi padre hubiese sido la mitad de protector que eres tú —bromea mi madre tirando de él—. Pero solo te valió hablar de coches con él para ganarte su confianza.

Mi padre la mira con picardía y me veo en la obligación de hacer una mueca de asco ante la imagen que se me acaba de pasar por la cabeza.

Es Julia quien se queja en cambio.

—Ugh, iros a un hotel.

—Tengo muchos —farda mi padre con altanería a la vez que suben por las escaleras.

Lo siguiente que se escucha es una risita y la puerta de la habitación de mis padres cerrarse de un golpe seco.

Julia resopla y se sienta en el sofá, ya duchada y con la melena castaña todavía húmeda. Yo en cambio me siento en el otro y apoyo mis pies descalzos en la mesita de café.

—¿Qué tal por Ashmont? —pregunta de pronto a la vez que saca su teléfono.

Todo mi maldito cuerpo se tensa ante su pregunta que me pilla completamente con la guardia baja. Un nudo se me forma en la garganta y me obligo a tragar saliva, colocándome incómoda en el sofá.

Antes de que te lo preguntes... no.

Ni mi hermana ni mis padres saben lo que intenté hace dos semanas. Aunque sí les conté que he tomado la decisión de volver a ir al psicólogo.

No pusieron ni una sola pega. Todo lo contrario.

Esa misma tarde tuve mi primera sesión con Antonia, una amiga de mi madre. Confío en que no irá contándole mis intimidades, pero tampoco fui del todo sincera con ella.

Saco mi propio teléfono para disimular la tensión y le dedico una pequeña sonrisa.

—Bien. Ya sabes, como siempre. Vamos a alquilar una habitación más en la casa —digo para desviar un poco el tema de conversación.

Ella solamente hace un sonido de afirmación antes de centrar su atención en su móvil.

Yo hago lo mismo.

Abro Tik Tok y, como si el destino quisiera sonreírme, me sale un vídeo de un chico con su moto.

Y no cualquier chico: *biker.fox*.

Digamos que tengo una obsesión con este tipo de chicos, sobre todo los que tienen una identidad anónima.

Y este es uno de ellos.

El vídeo se reproduce en mi teléfono con un remix de una canción viral de la que desconozco el nombre mientras que se retira la camiseta de comprensión, dejando ver el gran tatuaje de trazos oscuros que tiene en la espalda.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral cuando veo como mueve los brazos y la tinta parece que se desliza por su ancha espalda, siguiendo el movimiento de sus músculos..

Rápidamente, entro a los comentarios.

Ninguno defrauda.

100% mi tipo, 0% de oportunidad.
Querido Papa Noel, quiero este por Navidad.
Más hombres así.

Y memes. Ninguno decente.

Yo tampoco me quedo atrás.

Me acabo de hacer las uñas. Que ganas de arañar esa espalda y dejarla marcada.

Suelto una risita al releer mi comentario y siento a Julia mirarme.

—¿Ya estás comentando guarradas a ese tío?

Una sonrisa aparece en mi rostro a la vez que deslizo y me encojo de hombros como respuesta.

—Solo estoy diciendo verdades.

—Un día... —dice incorporándose—, va a contestarte. O a darte me gusta. Y ahí, se te caerá el alma a los pies. Bueno, más bien las bragas a los tobillos.

Chasqueo la lengua deslizando el dedo por la pantalla.

—Tiene cientos de comentarios, no creo...

El móvil me vibra y una notificación entrante aparece en mi pantalla.

¡@biker.fox te ha seguido!

Contengo la respiración inconscientemente a la vez que me incorporo hacia delante. Julia se da cuenta al momento.

—¿Qué pasa? —pregunta levantándose del sofá.

—N-Na...

Otra notificación.

Esta vez, es un mensaje.

Mi dedo tiembla sobre la pantalla a la vez que pulso en la bandeja de entrada y, posteriormente, en la notificación.

@biker.fox
Si fantaseas con arañarme la espalda, déjame al menos ver esas uñas.

Abro los ojos de par en par y justo en ese momento, una mano me arrebata el móvil.

—¡Julia!

Cuando intento arrebatárselo, ella se aleja y lee el mensaje, abriendo la boca de par en par.

—¡Te ha contestado por privado!

—Julia. El móvil —ordeno sin ningún tipo de firmeza en mi voz.

—Voy a contestar...

Niego con la cabeza acercándome a ella, pero Julia ya está deslizando los dedos por la pantalla para escribir una respuesta que no tarda en enviar.

—Voy a matarte...

Ella no para de reírse a la vez que señala el móvil.

—Tendrías que haberte visto la cara, en serio... —dice con dificultad por culpa de la risa a la vez que me entrega el teléfono

—¿Qué coño le has contestado?

Desbloqueo el móvil con sus carcajadas de fondo y al leer la frase, mi boca se abre de par en par.

@karla.valez
No voy enseñando mis manos a cualquiera, y menos lo que puedo hacer con ellas.

—¿Pero tú eres tonta? ¡Yo jamás diría algo así!

Ella resopla y rueda los ojos.

—Le comentas cosas más guarras en los vídeos.

—Sí pero... no directamente.

Julia mueve los hombros juguetona y me sonríe con malicia.

—Estoy segura de que no pensará que quieres darle mimitos cuando te sale medio desnudo en el móvil.

Voy a replicarle cuando la pantalla se ilumina.

@biker.fox

Pues dime lo que tengo que hacer para ver lo que puedes hacer con ellas.

Trago saliva de nuevo y bloqueo la pantalla, dejándole en visto.

—¿Qué ha puesto?

—Tonterías... —mascullo, intentando controlar los temblores que me mueven hasta las zonas innombrables de mi cuerpo.

—Oh... te está entrando...

—Cállate.

Subo las escaleras hacia mi habitación.

Esto no está pasando.

Solamente es un tío de internet que hace contenido calenturiento para adolescentes cachondas. Paso demasiado tiempo viendo vídeos y comentando cosas, aunque luego el único sexo que tengo es con bots de aplicaciones de personajes con inteligencia artificial.

Además, es de Las Vegas. Jamás tendría oportunidad siquiera de conocerle.

El móvil vibra de nuevo y cuando leo lo siguiente, todo el cuerpo me tiembla.

@biker.fox

Y bien, ¿jugamos?

TRES

CALLUM

Sábado 30 de julio

Un mes después...

Me tiro a la cama todavía con el pelo mojado y miro la hora en mi móvil.

21:45.

Ahogo un suspiro al darme cuenta de la hora. Es pronto.

Tal vez podría ponerme a jugar a la *Play Station* y pasarme el *Spiderman 2*.

O podría verme alguna película de miedo para matar el tiempo.

Pero a quién quiero engañar. Deshecho todas esas ideas, me meto en mi cuenta de Snapchat y busco su chat, ignorando los cientos de comentarios que tengo en el último vídeo que he subido esta mañana a Tik Tok.

Ahora mismo lo único que quiero es hablar un rato con ella. Lo más seguro es que esté durmiendo ya, pero cuando veo su nombre, no dudo en escribirla.

biker.fox

¿Estás despierta?

Me muerdo el labio inferior jugando con el piercing, esperando a que responda. Hoy, más que nunca, necesito hablar con ella; de la manera que sea.

Creo que es complicado explicar la situación que tengo con ella.

Con Karla Álvarez.

Hasta hace dos meses nunca había hablado con ella. Ni siquiera habíamos coincidido en el mismo círculo social, a pesar de que dos de sus compañeras de casa fueran las hermanas de dos colegas míos.

Antes de lo del puente, había utilizado "mis métodos" para saber las cosas básicas de su vida: nombre y apellidos, nacionalidad, empleo de sus padres, si tiene hermanos...

Siempre lo hago con la gente que conozco. Pura precaución.

Pero todo cambió esa noche, cuando la vi encima de ese puente, tomando una decisión que jamás pensé que alguien como ella estaría dispuesto a hacer.

Lo poco que había visto de su vida eran cosas buenas.

Pero las peores sombras no se las mostramos ni a nuestros aliados más cercanos.

Una breve búsqueda por sus redes sociales y buscar cierta información, me llevó a tener que usar el traductor Google al leer varias noticias en español.

Mónica Ortega, hija de Sebastián Ortega y Gloria Carrasco, fallece en un accidente de tráfico en el que conducía su chófer personal.

Al parecer, la familia tanto de esta chica como de Karla son personajes públicos muy mediáticos en España. El padre de Mónica es periodista y su madre diseñadora, alguien con mucha fama en el mundo de la moda.

Así que día a día salen en la prensa con cada cotilleo más asqueroso que el anterior.

También pude ver que en España se hacen muchas tertulias de tarde para ancianas de ochenta años en las que su mejor pasatiempo es meterse en la vida de las familias y personas más importantes y adineradas del país.

Cada foto que encontraba de Karla en el funeral de su amiga me revolvía las tripas. Sobre todo cuando los periodistas se reían viendo las imágenes.

No sé cómo lo hago, pero la misma muerte me acompaña a todos putos lados.

La cosa es que hasta hace un mes, no tenía pensado tener mucho más contacto con ella, solo limitarme a mantener una relación cordial.

Pero la situación actual no me permite actuar así.

Y el *sexting* con ella es muy interesante.

El teléfono me vibra con una notificación entrante.

Sacudo la cabeza y agarro de la mesilla un chicle de menta. No me sorprende ver un mensaje de ella en nuestro chat.

karla.varez
Lo estoy. Pensaba que no me escribirías más.

Una pequeña sonrisa aparece en mi rostro.

Apenas ha pasado una semana desde la última conversación que tuvimos, y ha sido la vez que más tiempo he utilizado esta aplicación.

biker.fox
Han sido unos días complicados. Lo siento.

Su respuesta no tarda en llegar.

karla.varez
No pasa nada. Es que, tocarse sola es aburrido.

Casi me atraganto con el puto chicle.

Me incorporo en la cama y empiezo a toser ligeramente mientras leo el mensaje.

Joder, hoy empieza fuerte.

Normalmente al menos nos preguntamos qué tal el día, como nos ha ido con nuestros padres...

Yo normalmente le cuento la verdad. Después de todo, aunque mi identidad hacia ella sea anónima, no es que conozca demasiadas cosas de mí siendo Callum.

Ella lo prefirió así. Después de llevar dos semanas hablando estuve a punto de revelarle quién era, pero ella me dijo que no quería saber quién era o cómo era mi rostro.

Solo es sexting. No es que vaya a ir a Las Vegas a conocerte.
Además, prefiero mantener el misterio de cómo eres.

Si ella supiera que en dos días va a estar a veinte minutos en moto de mi casa...

Joder.

Va a ser difícil controlarme cuando la vea por Ashmont, sobre todo recordando las fotos que me ha estado mandando.

Puede que empezase este juego como una excusa para vigilarla más de cerca, pero a veces siento que se me está yendo un poco de las manos.

Solo un poco. No es para exagerar.

Pronto se aburrirá o encontrará a otro tío de Tik Tok que le llame más la atención que yo.

Antes de que pueda responder me llega otro mensaje.

karla.varez
He estado pensando en lo que me dijiste el otro día.

Enarco una ceja y mis dedos viajan por la pantalla.

biker.fox
¿En qué?

karla.varez
En qué pasaría si nos encontráramos.

Trago saliva cuando leo la frase y me muerdo el piercing.

Parece que me ha leído el puto pensamiento.

karla.varez

Vas a pensar que soy una idiota, pero he estado pensando en la época del año, como iríamos vestidos, el lugar...

biker.fox
¿Y dónde te gustaría que nos encontráramos?

Durante varios minutos, pienso que se ha quedado dormida, pero cuando me llega el mensaje —o más bien texto—, agradezco no tener el chicle en la boca para atragantarme otra vez.

karla.varez
Pues prefiero que sea en otoño, cuando el frío empieza a llegar. Me gustaría llevar una falda de las mías con las botas de plataforma y el corsé negro que tanto te gusta que me ponga. Aquí en Ashmont a veces se hacen concentraciones de carreras de motos y coches (guárdame el secreto), y me gustaría conocerte allí, con una de esas camisetas que te quedan tan bien, y dejan ver la cabeza y la cola de la serpiente que tienes tatuada y los pantalones de Kuromi de pijama que te pones en algunos vídeos, aunque suene ridículo.

Ahogo una pequeña risa al leer lo último.

biker.fox
Sabes que solo los uso por ti. Sé que te gustan.

karla.varez
Tengo mejor gusto que tú para algunas cosas...

Lo siguiente es un emoticono de cara pervertida antes de que vuelva a escribir.

karla.varez
¿Tú qué harías cuando me vieses si eso pasase?

Bueno. Lo mío no es un caso hipotético.
Al contrario de ella, yo sí sé que la voy a ver.

Y llevo pensando desde la primera conversación que tuvimos, como creo que va a ser nuestro encuentro.

Así que cuando mis dedos se desplazan por la pantalla y el bulto empieza a crecer en mi entrepierna, me limito a contar la verdad.

biker.fox

Al contrario de los tíos que van a tu universidad, sé lo que te gusta, Sombra. Sentir que te siguen, que esa persona conozca cosas de ti que solamente tú sabes. Aparecería una noche oscura, cuando salgas de la biblioteca a la que te gusta ir a estudiar, porque dices que en tu casa es imposible hacerlo, y te recogería en moto. Puede que me detenga en algún rincón en medio de un bosque y me retire el casco, aunque sabes que siempre llevo el pasamontañas debajo. Y eso te pone muy cachonda.

Cuando no me contesta al momento, puedo imaginarme lo que está haciendo.

Estos dos meses de hablarnos han servido para que me cuenten sus fantasías más oscuras, entre ellas, su obsesión por las personas enmascaradas. Dice que por culpa de eso, no es capaz de ver las películas de terror como una persona normal.

Todavía recuerdo cómo me corrí cuando me contó cómo se tocaba viendo .

Dios.

karla.varez

¿El negro con la cruz azul?

Sonrío.

Me lo compré únicamente por ella para los vídeos.

biker.fox

Sí.

karla.varez

Sigue.

El solo pensar que seguramente se estuviera masturbando, pensando en mí, en mi tatuaje, en mi espalda, hace que quiera correrme en mis pantalones antes de seguir.

Pero me esfuerzo para darle el mejor espectáculo.

biker.fox

Al llegar me subiría el pasamontañas lo justo para que me vieses la boca. Esa boca que has soñado tantas veces con besar, morder... Pero no voy a besarte. No aún.

Hago una pequeña pausa para acariciarme a mí mismo por encima del pantalón del chándal.

karla.varez

Odio cuando no quieres besarme, Fox.

biker.fox

Y yo odio no tener tus labios alrededor de mi polla ahora mismo, pero supongo que no hay solución. Quiero mantenerte encima de la moto y que te agarres a ella mientras que yo me arrodillo a un lado y coloco tus piernas encima de mí. Lo más probable es que no lleves bragas. Siempre me dices que no las llevarás la primera vez que nos veamos. Así que encontraría todo tu coño húmedo y listo para mí.

¿Cómo me puedo poner tan cachondo con mis propias frases?

Bueno, supongo que es porque me imagino lo que está haciendo ella mientras lo lee.

La mano bajo su pijama, los dedos acariciando sus labios inferiores, la humedad entre ellos...

Mierda, céntrate, Callum.

karla.varez

No te distraigas.

Cierro los ojos brevemente y dejo salir un pequeño suspiro.

Esto no está bien, joder. No sé por qué mi parte racional aparece ahora, pero sé que nada de esto ocurrirá.

Ninguna mujer puede entrar en mi vida.

Y Karla menos.

Ni en mis mejores sueños.

Ni en mis peores pesadillas.

biker.fox

No sé si es mejor terminarlo aquí. Quién sabe si se hace realidad en un futuro.

Le doy a enviar antes de que me arrepienta.

Para ella y el otro millón de personas que me siguen en Tik Tok vivo al otro lado del país, así que por muchas fantasías que nos montemos, ella sabe que sería casi imposible.

Casi.

Durante un buen rato no contesta.

Sé que se ha molestado y cuando lo hace, no me escribe.

biker.fox

Sombra, no me ignores.

Ahora en cambio, su respuesta llega.

karla.varez

Perdona, estaba terminando por mi cuenta, ya que me has dejado a medias.

No evito soltar una risa ronca, pero no me da tiempo a responder cuando otro mensaje aparece en pantalla.

karla.varez

Que tengas buena noche, Fox. Estaré esperando la siguiente sesión.

Me quedo mirando a la pantalla con una ceja enarcada, sintiendo la presión del bulto en mis pantalones relajarse lentamente.

Veremos si en dos días, cuando la vea de nuevo, soy capaz de aguantar y mantener mis manos lejos de ella.

Por su bien.

CUATRO

CALLUM

Martes 2 de septiembre

Salir de fiesta es algo que no me gusta demasiado hacer. Soy de esos que prefieren estar en casa viendo una película o jugando videojuegos a compartir espacio con jóvenes llenos de alcohol y drogas en su cuerpo.

Y más si estamos en un lugar que no conozco.

Por lo que me han contado los chicos, el Iron va a estar cerrado unos días por una pelea bastante gorda que se montó hace una semana en una fiesta a la que yo no acudí. Aunque ninguno me ha contado nada, sé que tiene algo que ver con Conrad y Ken.

Prefiero no preguntar, sinceramente.

Me apoyo en la barra mientras veo que Niall tiene la mirada pegada al teléfono.

—Y luego soy yo el que tiene problemas con el móvil.

Rápidamente carraspea y se guarda el teléfono en el bolsillo, colocándose la camiseta negra *oversize* y metiéndose la cadena dentro del cuello de esta.

Parece... nervioso. Creo que es la primera vez desde que le conozco que le veo así.

Ladeo la cabeza mirando al rubio.

—¿Estás bien? Estás raro desde...

—Cierra la boca —interrumpe mirando a la entrada del antro en el que nos encontramos.

La gente baila al ritmo de una canción *techno* que apenas reconozco. No me gusta la música estridente, repetitiva ni con letras

que no tengan significado, por ello mismo no me gusta este local.

La gente que hay aquí son de ese tipo que van a festivales de electrónica a meterse kilos de cocaína para aguantar el fin de semana mientras escuchan ritmos constantes, sin variación y pitidos ensordecedores sin parar.

Dios. Quiero irme de aquí.

Apoyo las manos en la barra y me giro hacia Niall.

—Tío yo me...

—Ahí están.

Frunzo el ceño girándome hacia la puerta y en ese momento, cuatro chicas que conozco bastante bien, entran a la discoteca. Cada una de ellas no puede ser más distinta que la anterior, tanto en físico como en personalidad.

Todavía me pregunto cómo acabaron siendo amigas.

Primero aparecen entre la multitud las dos hermanas de Luka y Ken: Saori Takahashi y Vesna Vetrovic.

Mentiría si dijera que he hablado un montón con ellas y que sé de todo sobre sus vidas, pero no me suelo preocupar demasiado por el resto, cosa que —creo— ya he mencionado.

Vesna es muy igual a su hermano. No solo físicamente, con esa melena castaña larga y ondulada y los mismos rasgos marcados de Luka —al fin y al cabo son mellizos—, sino también de actitud. Es muy extrovertida y sociable con todo el mundo, pero también temperamental. Es de mecha corta y eso se refleja en cómo empuja ahora mismo a un chico que se estaba acercando a Saori, seguramente para entrarla.

La japonesa tampoco tiene nada a destacar. Melena larga lisa y negra, ojos rasgados, más bajita que la castaña y algo más introvertida, aunque no demasiado. La verdad es que Ken nos habla muy poco de su hermana, seguramente para mantenernos alejados y que no nos interesemos en ella.

Una mata de pelo rubio aparece por detrás mirando a todos lados con la mirada nerviosa como si estuviera buscando al mismísimo demonio para huir de él.

O enfrentarse.

—¿No ha venido?

Una voz nos hace apartar la vista de las chicas y a nuestro lado aparece Luka con una copa en la mano y una actitud despreocupada e indiferente.

Niall chasquea la lengua y se encoge de hombros.

—Me da igual —murmura el rubio—. Ni que me importase.

—Ya...

Luka no aparta la mirada de las chicas en ningún momento, o más bien, de la rubia.

Charlotte Dumont para el resto. Lottie para sus amigos cercanos.

Es a la única que puedo conocer algo más, ya que es más amiga de Niall, pero tampoco es que sepa mucho más de ella. Sé que estudia artes escénicas y está en su tercer año de carrera, como Niall y yo. La cosa es que desde finales del curso pasado está más rara de lo normal.

Sobre todo con Luka.

Cada vez que le ve, sale corriendo o se esconde detrás de sus amigas como si una sola mirada del serbio pudiese acabar con su vida. Niall ha intentado preguntarle en múltiples ocasiones que le pasa con Luka, pero nunca responde con la verdad.

Luka tampoco es que suelte prenda. Se limita siempre a encogerse de hombros y decir que no tiene ni puta idea.

Aunque todos sabemos que Luka está pillado por ella.

"La familia es lo primero", dice siempre que puede. Y me puedo imaginar por qué.

—La baba, *Vetro* —se burla Niall dándole un codazo a Luka cuando este no aparta la mirada de ella en ningún momento.

No tarda en regresar a la realidad y es cuando empiezan a enzarzarse en una discusión verbal, cuando la veo aparecer.

Hoy no lleva las botas de plataforma, sino unas negras que le llegan a la parte baja de la rodilla y que tienen un tacón ancho que si la tuviera a mi lado, perfectamente podría alcanzar mi altura sin problemas.

Va con un jersey negro y una falda corta de cuero del mismo color, de dónde cuelgan algunos flecos ocultando sus muslos. Su pelo azul está atado en una coleta alta con un coletero de la misma tonalidad y una cinta atada al mismo.

Camina con una seguridad que poco se parece a nuestro encuentro en el puente. Ríe, saluda y sus ojos negros brillan con una oscuridad en la que cualquiera estaría dispuesto a ahogarse.

Durante un momento no existe nada más.

Es la primera vez que la veo desde esa noche y desde que estamos hablando por Snapchat.

La polla se me empieza a poner dura recordando cada uno de los mensajes y fotos que me ha estado enviando estos meses.

Me esperaba no mirarla más de cinco segundos.

Hacerme ver que solo es una más y... ya.

No es que sea una persona que se dedique a follar con muchas chicas. Me niego a ser un hombre hormonal que se deja llevar por la testosterona y no quiero parecerme en nada a los hombres con los que frecuento cuando estoy en Las Vegas.

Pero lo que sí es cierto es que llevo sin follar con nadie desde antes de empezar el sexting con Karla.

Y tampoco siento que lo necesite. Ella me da por mensaje mucho más de lo que la boca de otra mujer pudiera ofrecerme.

Pero a medida que se acercan a la barra me doy cuenta de que no he apartado la vista de ella y es Niall quien se tiene que poner en medio enarcando una ceja.

—Eres un canteo chaval —murmura enarcando una ceja—. Si te la comes así con la mirada en público no tardará en sumar dos más dos y descubrirlo.

Luka aparece en mi campo de visión.

—¿Descubrir el qué?

Bajo la mirada poniendo los ojos en blanco. Cuando subo la vista, me arrepiento al ver la sonrisa de suficiencia de Niall.

—¿Se lo cuentas tú o yo?

—¿El qué?

—Ni se te ocurra —espeto.

—Oh, venga... —Niall hace una pequeña pausa dramática y me pone un puchero—. Merece saberlo.

Luka resopla.

—¿El qué? —repite.

Y justo cuando abro la boca para contestar, Niall lo suelta.

—A Callum le mola la española.

Lo siguiente que veo es los ojos azules de Luka abrirse de par en par e inclinarse más hacia mí, invadiendo mi preciado espacio personal.

—¿Cómo que te mola? En plan, ¿sexualmente o...?

—Por Dios, cierra la boca.

Niall coloca una mano en el hombro de Luka y le dedica una sonrisa de complicidad.

—Hacen *sexting* —comenta el rubio como si estuviese diciendo lo que ha comido ese día. Cuando parece que la cara de Luka no puede cambiar de nuevo, suelta la bomba—. Pero Karla no sabe que Callum es *Fox*.

Se gira hacia mí con una cara de sorpresa, como si acabara de ver a un puto muerto delante suya. Tal vez esa comparación no sea demasiado acertada, teniendo en cuenta que habrá visto demasiados cadáveres gracias a la reputación de su familia.

Tal vez la palidez en mi rostro al escuchar la "relación" que tengo con Karla en los labios de otra persona, le haya hecho creer que soy un fantasma.

Oírselo decir a otra persona hace que suene estúpido.

—Estás de coña.

—No —dice Niall.

—*Irish*...

Lo siguiente que escucho es una puta carcajada del castaño y, acto seguido me rodea los hombros con un brazo.

—Así que la españolita...

Le fulmino con la mirada pero él solo suelta una pequeña risita y me aprieta el hombro.

Si contara la de veces que nos hemos quejado Niall y yo de lo chismoso que se está volviendo el serbio, me faltarían dedos de las manos para contarlo. Al parecer es como un virus que empezó en Conrad, siguió a Luka y se está empezando a contagiar a Niall.

Vetro siempre ha sido el mediador entre todos. No es conflictivo ni mucho menos y utiliza las peleas de Owen para descargar la rabia acumulada que carga a veces, sobre todo en temas con su familia, la cual pertenece a un clan de la mafia serbia.

Su padre, Davor, es un hombre que a pesar de dedicarse a cosas poco legales, poco tiene que ver con lo que es mi progenitor. Le conozco porque Maxwell ha tenido algunos tratos con él, sobre todo en el negocio de seguridad y milicias, contratando sus servicios para algunos traslados.

Cuando Davor se enteró de qué eran esos "traslados", cortó de inmediato la relación con mi padre.

¿Adivina quién dio el chivatazo?

Mi progenitor no puso ningún pero y tampoco podía quejarse. Está mal de la azotea, pero sabe que meterse con el cabeza de un clan de la mafia no es lo más sensato ni para su integridad ni para su negocio.

Luka y su padre son todo lo que yo no he tenido en esta vida y, aunque pueda parecer tóxico, a veces me da hasta envidia.

Creo que de los cinco del grupo, es el único que tiene una buena relación con su padre, aunque a veces incluso en algunos aspectos rozan.

—No digas nada. —La voz de *Irish* me devuelve a la realidad—. Nadie lo sabe.

Acto seguido Niall se marcha excusándose que tiene que ir al baño, sacando también el teléfono de su bolsillo. Luka se apoya en la barra a mi lado y me mira sonriendo de lado.

—¿Conoces la historia de Psique y Eros? —dice de pronto como quien no quiere la cosa, con la mirada perdida entre la gente.

Miro en su dirección y me doy cuenta de que tiene la vista clavada en Lottie, que baila con Saori haciéndola girar al ritmo de una estúpida canción que ni siquiera reconozco.

—A mi madre le flipa la mitología griega. Le gustaba contarnos ese tipo de historias a Ves y a mí antes de irnos a dormir, aunque a veces fueran un poco... turbias —añade con la mirada clavada en la rubia. Después, comienza a hablar—. Eros en la mitología griega es Cupido, el hijo de Afrodita. Su madre estaba celosa de una mortal llamada Psique porque era muy bella y eso le hizo perder fieles. Por ello, mandó a su hijo para que le clavase una flecha y se enamorase de lo primero que viera, un cerdo que tendría que llevar con él. —

Sus ojos azules se clavan en mí y enarca una ceja—. Pero sin querer, se la clavó a él mismo y acabó perdidamente enamorado de ella.

»Psique era hija de un rey que tenía además otras dos hijas, pero ella era la única que no estaba casada. Así que, de manera resumida, Eros se la llevó a su palacio. La primera noche, ella intentó mirarle para conocer a su captor, pero él le puso la única condición de no verle nunca la cara, mantener su anonimato. Los meses pasaron y Psique empezó a sentir cosas y bueno, ambos pasaban las noches haciendo muchas cosas, no solo dormir.

Se queda callado y tardo un rato en darme cuenta de que me estoy mordiendo el piercing del labio.

Ante su silencio, enarco una ceja y le doy un pequeño codazo.

—¿Cómo sigue? —pregunto disimulando la curiosidad.

Luka toma aire volviendo la vista a la pista de baile y se encoge de hombros.

—No lo sé. Vesna y yo siempre nos quedábamos dormidos en esa parte. —Se separa de la barra y me coloca una mano en el hombro —. Supongo que el resto tendrás que descubrirlo tú.

Quiero insistir, pero cuando Ken y Conrad se acercan hacia nosotros, me obligo a guardar silencio y hacer una pequeña mueca.

A todo esto... ¿dónde coño está Niall?

CINCO

KARLA

Miércoles 3 de septiembre

—Pues a mí me parece muy simpática —comenta Lottie tras darle un sorbo a su chocolate caliente—. Necesitábamos a alguien en casa con la misma energía que Ves.

Saori chasquea la lengua y da vueltas a su café con la cucharilla.

—Solo espero que no se dedique a asaltar a mi hermano de la misma manera.

Las tres nos reímos del comentario de la asiática.

Tenemos una nueva compañera de casa, una chica de Reino Unido que va a empezar la carrera de derecho. Fue una sorpresa encontrarla en un banco hace dos días, con la cara desencajada, hiperventilando y mirando algo en su móvil.

Como si hubiese visto un fantasma.

Desde ese momento me di cuenta de que esa chica necesitaba ayuda, y como no, yo estaba dispuesta a ofrecérsela.

Karla "la buena samaritana", así me llamaba Mónica.

—Solo os pido que no la agobiéis —intervengo inclinándome sobre la mesa—. Es mejor que se abra a nosotras poco a poco y a su ritmo.

Antes de que alguna pueda contestar, el ronroneo de dos motos suena en el parking que se encuentra al lado de la cafetería dónde estamos sentadas. No es hasta que Saori resopla, cuando sé perfectamente que al menos uno de los integrantes, es su hermano.

—Genial...

Tanto Lottie como yo nos giramos y cuando lo hago, me arrepiento al instante.

Ahí está. La misma moto roja en la que me subí después de que su conductor me salvara de cometer la mayor locura de mi vida.

No. No me salvó.

«Si lo hizo.»

Cállate.

Siento un hormigueo en mi estómago cuando le veo con el casco negro en la mano a la vez que camina junto a Ken, el hermano de Saori.

Tiene el cabello negro revuelto y sudado, y lleva una camiseta de manga larga azul *oversize* acompañada por un pantalón vaquero oscuro que se le ajusta por las piernas bajo las botas de la moto.

Ni siquiera me fijo en Ken mientras se acercan.

Cuando veo que está mascando el chicle, retiro la mirada al recordar la última vez que le vi en el puente.

Fui una idiota al no saber sumar dos más dos y darme cuenta de que es colega de los hermanos de mis amigas, por eso mismo me conocía y sabía dónde vivía.

Por un momento pensé que me estaba espiando o algo, pero al parecer solo fue pura casualidad.

—*Onee-chan* —saluda Ken a su hermana cuando llegan a nuestra altura y posa su mano en el hombro libre de Saori.

Ella le dedica una sonrisa fingida.

—Ken —responde Saori, colocándose las gafas—. ¿Se os ha perdido algo en la cafetería favorita de Lottie?

Una sonrisa se escapa de mis labios y Lottie asiente lentamente, dedicándome una mirada cómplice. Ambas sabemos que Ken no aparece porque sí en público y mucho menos en una cafetería.

—Me ha llamado Ren.

Saori ladea la cabeza y se gira para mirarle.

—¿Tú hablando directamente con Ren? Eso sí que es raro.

Lo es.

Ren es el hermano gemelo de Ken, pero ambos son como dos caras de una misma moneda: idénticas en color pero con distinto relieve. Mientras que Ren es tranquilo y aplicado, Ken es más

impulsivo y temperamental en algunas ocasiones, aunque de los cinco que forman el grupo de amigos, suele ser el más relajado.

O eso nos cuenta Saori.

Ken se toma un rato para responder, alzando una ceja a la vez que se gira para mirar al otro pelinegro. Callum por su parte sigue masticando el chicle con calma como si el tema se la resbalara, aunque no me pasa desapercibido que está evitando mirarme.

Estupendo.

—Se ha metido en problemas con un *half* —responde finalmente cruzándose de brazos.

Saori entrecierra los ojos con sospecha.

—¿Por tu culpa?

—Joder Saori, no. No he tenido nada que ver —replica resignado —. Me ha pedido ayuda porque papá no se puede enterar de esto.

Lottie se limita a escuchar intercambiando miradas y yo intento no distraerme demasiado con la presencia de Callum detrás.

¿Se lo habrá contado a alguien?

¿A sus amigos quizá?

No. Creo que Callum no sería capaz de algo así. No parece el tipo de chico que va contando las intimidades de los demás, y más con temas tan delicados como lo que pasó en el puente.

—¿Y quién es el *half*? —pregunta Saori, sacándome de mis pensamientos.

—Lo sabes —responde su hermano con contundencia.

—El bastardo de Takemura. —Su hermano asiente ante la afirmación y Saori chasquea la lengua—. Llamaré yo misma a Ren pero... quiero algo a cambio.

Lottie silba y yo no evito sonreír.

Conozco a Saori desde hace un año, y solo hay una cosa que no para de pedir como una loca: una moto. No se ha dedicado más que a suplicarlo casi hasta de rodillas, pero la negativa de su padre prevalece por encima de sus intereses.

Pero nadie contradice al padre de Saori. Y la única persona que puede convencerle es su hermano.

—Da igual lo que intente, sabes que va a decir que no. Pero hablaré con él con tal de que tú lo hagas con Ren.

Saori le dedica una pequeña sonrisa asintiendo.

—Espero que saques tus dotes de hermano mayor.

—Vete a la mierda, hermanita.

Sin decir nada más, Ken se gira y camina de vuelta a su moto. Callum se queda un momento mirándonos y, tras tirar el chicle a una papelera cercana, se aleja detrás de su amigo sin mirar atrás.

Me quedo un segundo de más mirando su espalda, totalmente cubierta por la camiseta de manga larga. Apenas se le ven las manos, en las cuales en una lleva los guantes y en la otra el casco.

A pesar de que me dé la espalda, me fijo en cada uno de sus movimientos: la forma de andar tan casual que tiene, como se coloca el casco con tranquilidad a la vez que se sube a la moto, la forma en la que se pone los guantes con una calma pasmosa, como me guiña el ojo antes de bajarse el visor, la mano al encender...

Espera...

¿Acaba de guiñarme un ojo?

Deslizo el *pen* por la tableta de nuevo, borrando la tercera capa del dibujo que estoy haciendo mientras escucho de fondo el interrogatorio que Vesna le está haciendo a Dove.

Típico de la serbia, supongo.

Igualmente no presto atención, dejando que *Holy Atlantis* llegue a mis oídos a través de mis auriculares. Habré bailado flamenco de pequeña, pero mis gustos musicales han cambiado mucho. Mi sueño ahora no es pisar un tablao flamenco, sino más bien ir a *Tomorrowland* y bailar y saltar hasta desfallecer.

Aunque eso mejor me lo guardo para mí.

Volviendo a la realidad, no suelo dibujar en público, pero tengo que estar pendiente de que Saori no queme la cocina mientras prepara el ramen de hoy. Así que me centro en el dibujo de *Gojo* y *Geto* que estoy haciendo.

La música se corta un segundo y el sonido de una notificación me hace mirar el móvil.

¡@biker.fox ha subido un nuevo vídeo!

Una pequeña sonrisa atraviesa mi rostro a la vez que me levanto del sofá agarrando la tableta y me acerco a la cocina. Lottie se encuentra en la encimera viendo un *edit* en Tik Tok de Jungkook mientras que Saori sigue con su tarea en la cocina.

—No me llaméis a menos que salgamos ardiendo.

Ambas dicen algo mientras subo las escaleras, pero es a Vesna a la que escucho a la vez que corta momentáneamente su conversación con Dove.

—¡No gimas muy alto!

Pongo los ojos en blanco con una sonrisa en mi rostro entrando en mi habitación y dejando la tableta en el escritorio. No tardo más de diez segundos en tumbarme en la cama y abrir Tik Tok.

El vídeo ya tiene tres mil y cientos de comentarios.

Ninguno decente seguro.

Reproduzco el vídeo y, como todos los de *Fox*, la cámara apunta desde la moto. Primero está de espaldas, solo con el pasamontañas de la cruz azul puesto y sin camiseta, mostrando el tatuaje que tiene en la espalda.

Bendita espalda, y no soy cristiana.

Se nota que va al gimnasio por lo trabajada que se ve. Los músculos se oscurecen bajo una mancha negra que absorbe todo el color de su piel.

El tatuaje que le cubre no es simétrico ni ordenado. Las líneas que lo conforman le nacen casi en la nuca y le cubren toda la espalda, hasta perderse en las profundidades de su cadera. Es como si la tinta fuesen restos de sangre que han salido de su piel por cada poro, exigiendo libertad.

No es limpio. Es oscuro y siniestro.

Como una *sombra*.

Los trazos de tinta negra son afilados y violentos, bajando por la nuca hasta el centro de la espalda y desde ahí, abriéndose a cada lado, aunque la densidad en las zonas no es igual. Hay zonas donde la tinta no deja ver ni un rastro del color original de su piel pero en otros, la tinta se difumina.

Como si quisiera ocultar cosas, pero en algunos sitios no fuese necesario hacerlo.

Cuando se gira, puedo ver el tatuaje de la serpiente. La cabeza del reptil tiene los colmillos abiertos en la zona superior de su codo izquierdo, rodeando el brazo en espirales lentas mimetizándose con la musculatura como si hubiese estado siempre ahí. Asciende por el bíceps y repta hasta el pecho, donde parece que la serpiente siente cada respiración de su dueño. Desde ahí continúa su viaje hasta el hombro derecho, descendiendo de la misma manera hasta el codo, donde acaba descansando la cola.

Los trazados son agresivos, y cada línea que forma la serpiente se enrosca por los músculos y se funde con la piel como si cobrase vida.

De pronto el plano cambia y me muestra una imagen de él con una camiseta de compresión negra, mirando de cara a la cámara y con el casco ya puesto. Se sube a la moto negra y se coloca en ella. Los pantalones de la moto ajustados no sujetan del todo la camiseta y hace que se levante brevemente, mostrando la V de su cintura.

Joder.

Los planos van cambiando hasta que finalmente muestra cómo conduce la moto de manera poco correcta. La camiseta se le sube por culpa de la velocidad y juro que siento los calores subirme por las piernas hasta mi centro.

Es insano lo bueno que está este hombre.

E ilegal que últimamente él sea el único en conseguir que mi líbido actúe.

A veces me pregunto cómo será su rostro. O cómo serán siquiera sus ojos... pero nunca ha mostrado nada. Ni siquiera sé cómo es su color de pelo, aunque una parte de mí prefiere que sea así.

Le doy «me gusta» y me meto en los comentarios.

Lo que dije, nada decente.

Ayuda, estoy llorando por los muslos.
Me acabo de preñar con una espalda.
Que fea la camiseta, quítatela otra vez.

Deslizo leyendo los comentarios mientras el vídeo se reproduce en bucle, pero no comento.

No esta vez.

Pasan varios minutos cuando un mensaje entrante de Snapchat me hace esbozar una sonrisa.

biker.fox

¿Vas a dejar que la competencia te gane en los comentarios?

No puedo evitar la sonrisa al leer ese mensaje.

Después de lo del chat del domingo y que me cortase el rollo, no he vuelto a hablarle. Ya casi llevamos dos meses con esto de escribirnos, el *sexting*...

Me sentó bastante mal, lo confieso. Incluso le mentí diciendo que había terminado yo sola, cuando era mentira.

Pero era la primera vez que él dudaba.

Nunca lo hacía.

Y una parte de mí todavía está enfadada con él por ello.

La verdad es que no sé muy bien qué responderle. Tal vez insultarle o a lo mejor es mejor idea dejarle en visto y que...

El móvil vibra.

Cuando lo miro, veo que me ha enviado una foto.

Ay, Dios. ¿Ya? No, espera. Es un vídeo.

Dudo por un momento pero mi dedo traicionero lo pulsa y una ventana emergente aparece.

Lo primero que me sale es él con el móvil cerca del casco que lleva puesto rodeado de luces led azules a su alrededor. Conozco esa habitación de todos los vídeos y fotos que me ha mandado y siempre ha sido con esa tonalidad oscura de azul eléctrico, muy similar al de mi pelo.

—Sé que estás enfadada... —empieza diciendo. Por culpa del casco y el pasamontañas la voz suena distorsionada, aunque creo que él también la fuerza un poco a veces—. Dime como puedo compensarlo, Sombra.

Joder, adoro cuando me ruega así.

No voy a negar que muchas veces me he hecho la ofendida por algún motivo poco consistente solo para tener estos vídeos y verle pidiéndome perdón.

Él vídeo se acaba y suelto una pequeña risa antes de contestar.

karla.varez
Me dejaste a medias.

Su respuesta es inmediata.

biker.fox
Lo sé.
Dime qué quieres.

Suelto un suspiro tembloroso y muevo mis piernas inquieta, frotándome ligeramente los muslos.

Eso es todo lo que necesitaba este tío para ponerme cachonda.

karla.varez
Termina lo que empezaste.

Durante varios minutos pienso que no va a contestarme más y que otra vez se ha rajado, así que salgo de la aplicación y entro a Tik Tok para ver el vídeo de nuevo.

Cuando voy por la quinta reproducción, una notificación emergente aparece de Snapchat anunciando que *Fox* me ha enviado un vídeo. No tardo mucho en entrar y abrirlo, pensando que seguramente sea otro vídeo hablándome, pero cuando lo abro...

Las luces azules se reflejan en su cuerpo, de espaldas a la cámara con la camiseta y el casco puesto todavía. Lentamente, se desabrocha el casco y se lo retira, quedando únicamente con el pasamontañas puesto. Sus movimientos son lentos y suaves, dejando que no transcurra demasiado tiempo para que pueda contemplar cada mínimo detalle de sus movimientos.

La curvatura de sus bíceps.

La tensión del brazo cuando agarra el casco solo con una mano.

El movimiento de las manos bajando hasta la parte inferior de la camiseta.

Comienza a subirla, lentamente aunque de manera inocente, como si no supiera que se está grabando y simplemente estuviese desnudándose para hacer algo tan cotidiano como ducharse.

Lo primero que empiezo a ver son las lumbares y los trazos de tinta negra que se alojan allí, siendo descubiertas por la camiseta negra que se retira poco a poco hasta que sus dorsales me dan la bienvenida. La tela resbala contra la piel y no sé en qué momento, pero mi mano ya está entre mis piernas acariciando lentamente la zona.

—Joder...

El gemido se me escapa más alto de lo que debería pero no me arrepiento cuando veo como levanta los brazos para retirarse finalmente la camiseta y la oscuridad de su espalda recibe a la que se halla en mis ojos.

Cada músculo en tensión, la dureza de los bíceps mientras sus brazos se mueven de manera liberada y los movimientos que hace para marcarlos es todo lo que necesito para tener el orgasmo más rápido de mi vida.

El vídeo se acaba y con él, la euforia del momento.

Pero la sonrisa traviesa la mantengo, sobre todo al ver el último mensaje.

biker.fox
Descansa, Sombra.

SEIS

KARLA

Viernes 5 de septiembre

Tiro de la cadena del retrete y me coloco el pantalón mirándome en el espejo del pequeño baño.

El color negro del conjunto de top de encaje y pantalón corto me recibe, y aprovecho para retirarme las gomas y los lazos del pelo y así rehacerme las dos pequeñas coletas que tengo a cada lado.

Me quito las horquillas también y me peino el pelo con los dedos, viendo como el azul se refleja con la luz fea y amarilla de la bombilla que ilumina el baño. Por suerte, todavía no tengo que echarme el tinte y el azul todavía se mantiene hasta la raíz.

No es que me apasione venir a las carreras o quedarme en el taller del hermano de Vesna, y más habiendo descubierto hace apenas unas semanas que Luka y Callum eran amigos.

Por Dios, llevo un año estudiando en Ashmont y antes no lo había notado siquiera. Tuve que encontrarme con él en ese puente para que esa cara y el piercing de su labio se me metieran en la cabeza durante todo el maldito verano.

Lo único bueno de todo esto es que al menos ha estado evitándome, como hace dos días en la cafetería cuando vino con Ken.

Pero algo ha cambiado esta noche.

Durante la carrera, no he dejado de notar como me miraba todo el rato.

Y yo tampoco he podido dejar de hacerlo.

Hasta Vesna ha dicho algo al respecto.

Los vaqueros anchos metidos dentro de las botas de la moto, las gafas de montura negras bajando por el puente de su nariz, la sudadera *oversize* gris que no deja ver ni un centímetro de su piel...

Ahora que lo pienso, nunca le he visto siquiera en manga corta.

¿Tendrá cicatrices? ¿Tatuajes tal vez?

Sacudo la cabeza y justo cuando voy a hacerme la primera coleta, escucho varios golpes en la puerta del baño.

—Ocupado.

Agarro un mechón de pelo del lado derecho, dejando el resto caer libremente, y comienzo pasar la goma para hacer la primera coleta. Después añado la cinta azul oscuro a juego con mi pelo y la ato.

Siempre me han gustado estos coleteros *crunchy*. Desde que Julia me los empezó a regalar de una tienda de souvenirs, no he dejado de pedirle que me compre más.

Pero estos en concreto no son un regalo de Julia, sino de Mónica. Me los regaló en mi último cumpleaños con ella, hace casi dos años.

Por eso son tan especiales para mí.

De nuevo, más golpes a la puerta.

—¡Ocupado! —repito alzando un poco más la voz.

Pero los golpes no cesan.

Chasqueo la lengua y, sin hacerme la otra coleta, me acerco a la puerta, retiro el pestillo y abro.

—He dicho que está...

Antes de que pueda decir nada más, alguien me tapa la boca y entra en el baño. Abro los ojos de par en par cuando lo único que distingo es un olor a menta y el sonido de la puerta cerrarse. Mi espalda choca suavemente contra el lavabo y cuando levanto la mirada, me encuentro dos ojos verde pino observarme.

Callum.

Ahora no lleva las gafas y su mirada es oscura, observándome desde una cercanía que me corta la respiración. En sus labios baila una pequeña sonrisa que me deja aún más sin aire.

O tal vez sea porque su mano sigue en mi boca.

—Mph... —intento hablar y empujarlo hasta que finalmente cede riendo.

—Tranquila, no voy a hacerte nada... —bromea con una media sonrisa a la vez que me libera—. Por ahora.

Consigo empujarle y hacer que retroceda un paso, aunque no es precisamente por mi fuerza sobrehumana.

Siempre he sido una persona muy débil físicamente. No hago deportes ni voy al gimnasio y, aunque sé que debería, siempre he sido demasiado vaga para esas cosas.

Tomo aire negando con la cabeza y me giro al espejo para hacerme la otra coleta.

—¿Hacía falta asaltarme de esta manera? —pregunto agarrando un mechón del lado izquierdo esta vez y atando el pelo con la parte del coletero.

Pero antes de que pueda comenzar a hacerlo, veo a través del espejo como estira la mano y me lo arrebata.

—¡Eh! —reprendo, pero no consigo agarrarlo a tiempo.

Veo como se lo coloca en la muñeca levantando las manos para estar fuera de mi alcance mientras que yo intento alcanzarlo.

Mierda, es mi favorito.

—Devuelve-...

La frase no termina de salir de mis labios cuando con un rápido movimiento, me deja contra la pared, apoyando la palma sobre el azulejo blanco del baño.

Justo al lado de mi cabeza. Por Dios, que cliché.

—¿Cómo estás? —pregunta de pronto con tono tranquilo.

Sus ojos se suavizan y la sonrisa desaparece, como si nunca hubiera estado ahí.

Trago saliva sin saber exactamente de qué manera reaccionar. Mi vista se posa en su muñeca, dónde mi coletero azul hace contraste con su piel, un poco más oscura que la mía.

—¿Cómo estoy?

Ladea la cabeza y levanta las cejas.

—Es una pregunta muy sencilla, Karla. ¿Cómo estás?

Tomo aire y pongo mis manos en su pecho para empujarlo, pero esta vez no se mueve.

—No te importa.

—Ahí tienes razón.

Me muerdo el interior de la mejilla. Sus ojos no abandonan los míos en ningún momento. Creo que es la primera vez que me miran así, como si intentara ver a través de mí.

¿Qué se supone que debo de contestarle?

—¿Y si no te importa por qué preguntas?

Noto como se encoge brevemente de hombros y una suave sonrisa aparece de nuevo sin mostrar sus dientes.

—Solo quiero asegurarme de que no se te pasa ninguna otra idea estúpida por la cabeza.

Abro la boca para replicar pero rápidamente la cierro.

No tiene sentido discutir con él, siempre va a saber de qué manera contestar para quedar por encima.

¿No se supone que de los cinco él es el más... razonable?

—¿Piensas responder? —inquiere de nuevo sin apartar su mirada de mi rostro.

Por suerte, soy buena manteniendo el contacto visual.

—Estoy bien.

Mi mirada va al coletero y luego a él. Me pesa el cuerpo bajo su presencia, pero intento que no se note en ningún momento.

—Repítelo.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Que lo repitas.

Me encojo de hombros y alzo las cejas.

—Estoy bien.

Retiro de nuevo la vista, esta vez a la bombilla amarilla y fea, cuando él empieza a reírse por la nariz.

¿Qué coño le hace tanta gracia?

—Eres buena Karla. Me caes bien. —Hace una pequeña pausa y veo como sus ojos se mueven por cada zona de mi rostro, inspeccionándolo como si fuese la última vez que lo fuese a ver—. Es extraño. Sabes mantener la mirada bastante bien pero, cuando mientes, la apartas durante un momento.

—No estoy...

—Shh...

Se inclina hacia mi oreja y noto como toma aire por la nariz lentamente, lo que produce que el vello se me ponga de punta. Pasan varios segundos en los que nos quedamos así, en silencio, demasiado cerca el uno del otro pero sin llegar a tocarnos en ningún momento.

El valor se apodera de mí cuando vuelvo a hablar.

—Devuélvemelo.

Lentamente, se aparta sin retirar la mano del azulejo al lado de mi cabeza. Sus ojos se clavan de nuevo en los míos y veo como la sonrisa regresa.

—¿O qué?

Levanto la barbilla y cierro los puños a mis costados.

—Les diré a todos que has intentado hacerme algo.

No sé por qué he dicho eso, pero estoy dispuesta a cualquier cosa con tal de alejar a Callum de mi vida y recuperar lo único que todavía mantengo de Mónica.

—Si lo haces, les diré a todos que en julio intentaste suicidarte.

Abro y cierro la boca demasiadas veces, buscando alguna réplica. Pero solo parezco un pez fuera del agua boqueando y desesperado por respirar.

Siento que me fallan las piernas cuando coloca su rostro demasiado cerca del mío y el verde de sus ojos se transforma al instante; su bosque de pinos me absorbe y hace que me pierda, encontrando la oscuridad absoluta. Su aliento en mi rostro es como una brisa fría, amenazando un peligro detrás de mí.

Un peligro que estoy dispuesta a afrontar.

—Hagamos un trato.

—¿Un trato?

Escucho como chasquea la lengua y pone los ojos en blanco, rompiendo el momento.

—Sigues haciendo muchas preguntas. Pensaba que el verano te habría servido para aclararte la cabeza.

Se acerca de nuevo y yo me veo obligada a apoyar las palmas en el azulejo detrás de mí para notar algo frío en la calidez que recorre todo mi cuerpo.

—Volveré a hacerte esa misma pregunta algún día. Cuando seas sincera, te devuelvo tu dichoso coletero.

—No estoy mintiendo —replico rápidamente.

—Ya, y mi progenitor es el jodido Papa.

—¿Progenitor? ¿Así llamas a tu padre?

Él ladea la cabeza y después se encoge de hombros.

—Padre. Qué patético —murmura levantando la mirada a una de mis coletas, la que sí está atada por el coletero y decorada con la cinta. Durante varios segundos deja la vista ahí y, aunque no dice nada, sé que está pensando en algo—. Pero no nos desviemos del tema.

Tomo aire, apoyando aún más mi cuerpo contra los azulejos esperando a que diga algo, pero lo que hace es agarrar una horquilla de mi pelo y colocarla correctamente con cuidado. Me tenso al momento y él, por supuesto, lo nota.

Se retira un poco y da un paso atrás, metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿Hay trato?

Resoplo mientras señalo con la mirada el único objeto de valor que tengo en mi vida y que ahora se encuentra en su maldita muñeca.

—Es importante para mí.

—Con más razón. Así la próxima vez serás sincera de verdad. —Me dedica una última sonrisa antes de acercarse a la puerta del baño y abrir—. Lo cuidaré, no te preocupes.

Y se marcha, dejándome ahí, sola y habiéndose llevado una parte de mí.

SIETE

KARLA

Lunes 8 de septiembre

Una pastilla efervescente se deshace en mi vaso de agua. De fondo, Lot cuenta algo sobre que Dove se fue con Niall a los reservados privados del Iron en la fiesta del sábado.

Sinceramente, no me puede importar menos.

Ha sido un fin de semana de mierda, aunque traté de poner mi mejor cara e intentar que mi encontronazo con Callum el viernes no me afectara tanto. El hecho de que él tenga algo tan preciado para mí, me parece hasta insultante.

Sí, me ayudó a bajarme de aquel puente. Pero eso no le da ningún derecho a arrebatarme uno de los últimos regalos que tengo de Mónica.

Quiere que le sea sincera. Pues que se ponga a la cola.

Vivo constantemente mintiendo a todo el mundo, incluso a mi terapeuta, aunque sí que sigo sus consejos y desde que he vuelto a terapia no he pensado en repetir lo de hace unos meses.

Eso sí que es verdad.

Pero no. No estoy bien.

—¿Y qué te sorprende tanto? Niall siempre ha sido así —dice de pronto Saori, sacándome de mis pensamientos.

Lottie remueve el cacao de su taza y asiente con firmeza.

—Sí. Pero desde que se conocieron, está distinto.

—Sólo lleva aquí una semana —me sorprendo diciendo con la mirada clavada en la pastilla ya casi deshecha—. Pero sí es verdad que tienen una tensión extraña.

La rubia deja de mover la cucharilla y planta las dos manos en la isla de la cocina.

—¿Verdad? Sabía que no era la única que lo notaba —añade señalándome con la mano mirando a Saori.

—Aun así... —comienza a decir nuestra amiga con los brazos cruzados, ladeando la cabeza—, no puedes ir de Celestina por la vida juntando parejas.

Lottie chasquea la lengua y se inclina sobre la isla.

—Ponme a prueba.

Saori se limita a poner los ojos en blanco. Se coloca las gafas con el dedo corazón y se levanta de la silla para agarrar las llaves del coche de Lottie: un Audi RS3.

—Por listilla, conduzco yo.

—¡Ni loca! Conduces fatal.

—¡Ya verás cuando tenga la moto!

—¡Tu padre no te la va a comprar!

—Por las tetas de *Toji* —digo agarrando el vaso y levantándome de la mesa—. ¿Podéis dejar de gritar como grullas en celo?

Ambas se quedan en silencio a la vez que bebo el contenido de mi vaso y, cuando Lottie se ha terminado su cacao y deja la taza en el lavavajillas, sonríe mirando a Saori.

—Por lo menos las grullas son menos mujeriegas que ciertos rubios alemanes.

El semblante de Saori cambia y, antes de que pueda poner paz, la rubia sale corriendo, soltando una carcajada con la japonesa detrás y las llaves en alto a modo de amenaza.

—¡Ven aquí!

Abro la puerta de cristal y entro en el aula del profesor Salvatore; el cual aparte de ser nuestro tutor, nos imparte la asignatura de dibujo artístico y expresión. Ya hay varios alumnos colocados enfrente de sus ordenadores y, cuando me acerco yo al mío y procedo a encenderlo, lo único que salta es un pantallazo azul.

—Profesor, los ordenadores no funcionan —dice Cole.

—Lo sé, Peterson. Gracias por aclarar una obviedad —responde el profesor con tono amigable.

Varios en la clase se ríen, aunque yo únicamente formo una pequeña mueca a la vez que me siento en mi silla y saco de mi mochila el *pendrive* donde tengo todo mi trabajo.

—¿Y se puede saber cómo vamos a dar clases hoy? —replica de nuevo Cole, provocando que muchos resoplen y yo ponga los ojos en blanco.

Cole siempre ha sido el gracioso de la clase, el que se lleva a todos con esa lengua afilada.

Y no os voy a mentir, más de una vez lo intentó conmigo el año pasado. Hasta que un día acercó la mano demasiado a mi cintura, y le clavé el *pen* de la tableta gráfica en la mano.

Fácil y resolutivo. No volvió a intentarlo conmigo.

Por eso mismo me sorprende tanto mi reacción con Callum. Podría haberle dado una bofetada o una patada en los huevos para que me devolviera el coletero, pero fui tan estúpida de dejarle marchar.

«Eres idiota, imbécil, tonta...»

Gracias, vocecita interior.

Justo en ese momento, un bullicio se escucha por el pasillo. Cosa que es rara cuando todos ya estamos en clase. Dirijo mi mirada inmediatamente a la puerta de cristal y un puñado de alumnos —la mayoría hombres—, entran al aula con un hombre mayor de pelo rubio al que no conozco.

El profesor Salvatore se acerca a él y extiende su mano.

—Gracias por la ayuda, Simon —le saluda, a lo que el otro profesor asiente dando un apretón.

—Lo que sea por echar una mano.

Los alumnos empiezan a entrar y a bajar la voz.

Entre ellos, no tardo en distinguir dos siluetas familiares: un rubio con una camiseta *oversize* y los brazos llenos de tatuajes en forma de rayos y un chico de pelo negro pegado a él con cara de aburrido hasta que sus ojos llegan hasta mí.

Niall y Callum.

Mierda.

—Bien chicos... —La voz del profesor Salvatore se proyecta por el aula con facilidad—. Este es el profesor Simon Harris, que imparte varias asignaturas en la facultad de ingeniería. Le he pedido a él y a algunos de sus mejores alumnos, que nos echen una mano con los problemas de los ordenadores.

Arrugo el ceño y todos mis compañeros de clase se miran confundidos.

¿Otros alumnos van a arreglarnos los ordenadores?

Me niego a mirar hacia esa persona cuando su profesor, comienza a hablar.

—Sabemos que es extraño, pero es la única situación realista que voy a tener para que puedan enfrentarse a un *malware* ajeno que no conozcan. —Se gira hacia sus alumnos y hace un ademán con la cabeza—. Cada uno a un ordenador.

Todos empiezan a moverse entre saltos y yo me tenso esperando y deseando que venga cualquier otro.

Quién sea.

Por favor.

Por favor.

—Hombre, Niall —oigo que saluda Cole al amigo de Callum, pasándose una mano por el pelo rojo—. ¿Cómo anda mi irlandés favorito?

Sí. Le está entrando.

Niall le mira enarcando una ceja, le aparta con un movimiento y se sienta, comenzando a teclear algo

Miro a mi alrededor.

¿Dónde está Callum?

Antes de que pueda buscar más, alguien carraspea a mi espalda. La segunda sensación que recibo es el olor a menta y cuando me giro, unos ojos verdes me miran tras unas gafas de montura negra.

—¿Puedo?

Oh, genial.

Vacilo por un momento, sin mirar demasiado los mechones de pelo negro revueltos en su cabeza cayéndole por la frente. Una sudadera gris ancha tapa cada centímetro de su piel y lleva unos pantalones cortos de deporte de color negro.

Me levanto de la silla apretando el *pendrive* que no recordaba que tenía en la mano y aparto la mochila a un lado.

—Claro —susurro dejando el asiento libre.

Él me dedica una mirada rápida antes de ocupar mi asiento y acercarse al teclado blanco del ordenador. Veo como estira y cierra los dedos una y otra vez hasta que finalmente se pone manos a la obra. Empieza a teclear, abriendo ventanas con códigos de letras y números que yo no entiendo, pero es hipnotizante ver cómo sus manos trabajan.

Recorro con mis ojos cada movimiento, hasta que un destello azul se asoma bajo una de las mangas de la sudadera.

Mi coletero.

Me tenso y doy un paso atrás, retirando mi atención de él para escuchar la conversación nada interesante entre Niall y Cole.

—¿Boxeas? —le pregunta el pelirrojo mientras Niall aporrea el teclado. Escucho resoplar al rubio y le veo negar con la cabeza—. Pues deberías, te noto demasiado tenso.

—Tengo otras maneras de relajarme que dando hostias.

—¿Ah sí? ¿Cuáles?

Antes de que Niall pueda contestar escucho una risilla y me giro al darme cuenta de que es Callum. Aparto la mirada de él rápidamente antes de que sea tarde.

—No vayas por ese camino, Peterson —responde Niall con un tono aparentemente tranquilo—. Hay hombres y mujeres mucho más interesantes.

Noto como Cole chasquea la lengua y antes de poder oír su réplica, alguien me da un toque en el hombro. Me sobresalto un poco y, cuando me vuelvo, veo que Callum me está mirando. Tiene la cabeza ladeada y las gafas casi en la punta de la nariz. Me tiende la mano, esperando a que yo le entregue algo.

Frunzo el ceño intercalando la mirada entre su rostro y la mano.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Que necesito tu móvil.

Abro los ojos de par en par, sorprendida, y esta vez la risilla que escucho es la de Niall.

—¿Mi móvil? —repito indecisa.

—Sí. Tienes un iPhone, ¿no? —Asiento confundida y él prosigue —. Lo has tenido conectado al Mac y tengo que asegurarme de que no se te haya pasado algún virus al teléfono.

De nuevo otra risita. Miro hacia Niall y Cole, el rubio no tiene el móvil de Peterson, sino que está en la mesa apartado. También es un iPhone.

—Y... ¿él por qué no se lo pide?

—Porque Cole seguramente tenga veinte virus en el móvil de ver tanto porno —responde Niall sin apartar la mirada del ordenador.

Callum se ríe y Cole le da un golpe en el hombro.

—¡Oye!

Una pequeña sonrisa se asoma en mi rostro, pero se esfuma al escuchar otro carraspeo. Callum sigue con la mano extendida.

A regañadientes, saco el móvil del bolsillo de mis pantalones negros y lo dejo sobre su palma. Él no tarda en ponerlo delante de mi cara para desbloquearlo y después, empieza a hacer cosas. Intento asomarme por encima de su hombro para ver qué hace, pero la voz de Niall me distrae.

—¿Qué tal con la nueva incorporación? —pregunta girando su rostro hacia mí.

¿Nueva incorporación? Ah claro, Dove.

—Bien. Es muy maja —me limito a contestar con una pequeña sonrisa un poco fingida—. Se está adaptando muy bien.

Él asiente.

—Eso veo.

—¿Dove? ¿Es una chica pelirroja?

La mirada que le dedica Niall no es precisamente amigable, pero él finge no darse cuenta.

—¿La conoces? —pregunto cruzándome de brazos.

—Creo que va a empezar a entrenar con Suzzie. Así que compartiré tiempo con ella.

Niall no dice nada más, pero termina más rápido de lo normal y la pantalla del Mac de Cole vuelve a la normalidad. Enfoqué mi atención en Callum y, me doy cuenta, que él ya ha terminado con mi móvil, porque está sobre la mesa.

Lo agarro rápidamente y cuando lo desbloqueo, suspiro aliviada al ver que todo está igual.

—Tranquila —murmura, colocándose las gafas—. No le he hecho nada.

Pero no me fío. Así que me pongo a mirar en los ajustes y aplicaciones, hasta que me meto a Instagram y...

Su perfil se abre.

El "siguiendo" en gris me recibe y acto seguido leo su nombre de usuario: *callum.shadow.*

Me inclino hacia él.

—¿Has aprovechado para que te siga en Instagram?

Sus hombros se mueven por reflejo cuando suelta una pequeña risa, justo cuando el morado de mi fondo de pantalla de Kuromi en el Mac regresa a la normalidad. Los dedos de Callum se retiran del teclado y después se levanta de la silla sin ningún tipo de prisa.

Veo como me mira o, más bien, como me escudriña, entrecerrando incluso los ojos. Me siento analizada cuando lleva más de diez segundos sin apartar sus ojos de mí, así que doy un paso atrás y resoplo.

Él vuelve a reír y pasa por mi lado, pero antes de seguir se detiene.

—También te he dejado mi número. Ya sabes, por si necesitas que te salve otra vez.

Me giro para replicarle, pero es tarde. Callum y Niall se acercan a su profesor y yo me quedo ahí, queriendo partirle el teclado en la jodida cabeza.

Agarro mi móvil y al desbloquearlo, veo inmediatamente su contacto.

Culebra.

¿Quién se cree? ¿El de «Los Protegidos»?

OCHO

CALLUM

Miércoles 10 de septiembre

Tal vez al hacer esto esté cometiendo algún delito.

O mejor dicho, unos cuantos.

«Es por su bien.»

Ya, no me jodas.

Meterme en el móvil de una persona para espiarla no es la idea más cuerda que he podido tener a lo largo de mi vida.

Tal vez —y solo tal vez—, sea yo quien haya instalado un pequeño virus en los ordenadores de la clase de Karla para que Niall diese la idea de ir a ayudarles a arreglarlos.

Puede que, mientras estaba retirando el virus, me copiara cosas a una nube y colocase una vía de acceso en ese y en todos los ordenadores que puedan compartir tanto el almacenamiento virtual como el correo.

También es probable que haya hecho algo similar con su móvil cuando me lo prestó para "revisar" que todo estaba bien.

Y es posible que le haya puesto un *software* de rastreo y por eso sepa dónde está ahora mismo.

Creo que tengo la brújula de la moralidad jodida pero, como absolutamente todo, me importa una mierda.

Abro y cierro las manos varias veces con la pantalla del portátil abierta ante mí.

Si algún día lo descubre...

No. Esto es solo temporal. Un vistazo rápido para asegurarme de que todo esté bien...

Y lo está.

Todo está en orden. No he visto nada raro en ninguno de sus ordenadores o correos electrónicos, así que eso debería de bastar para quedarme tranquilo y dejar de fisgonear.

Pero qué cojones, a quién quiero engañar.

—Eres un mierdas, Callum.

Ya estoy clicando en los archivos de su teléfono móvil y ahí se abren todas las aplicaciones que tiene instaladas: WhatsApp, Instagram, Tik Tok, algunos juegos para el móvil, correo, plataformas de streaming y...

Run2me.ai.

¿Qué coño es esto? ¿Una aplicación de citas?

No pensaba que Karla fuese de esas que buscan sexo de una noche. Por lo que le ha contado a *Fox*, es virgen, aunque solo de penetración.

Mucho me ha fardado de lo bien que su ex le hacía los orales.

«Hasta que pruebe los míos.»

No. No acabo de pensar eso.

Sacudo la cabeza para retirar esos pensamientos y abro la dichosa aplicación, con la certeza de encontrarme perfiles de un montón de tíos. Y efectivamente lo hago, pero es... extraño.

Todos los perfiles son del mismo estilo y tienen descripciones extrañas...

Te secuestra en la discoteca.
Se cuela en tu habitación mientras te estás...
Te ofrece como asiento.

¿Qué cojones es esto?

Es una aplicación de citas un poco rara. ¿Es de fetiches o qué?

Me meto en uno de los chats al azar y, lo que leo entonces me da una respuesta clara sobre qué estoy viendo.

Esto es un chatbot de Inteligencia Artificial y no una persona real. Tenga en cuenta que todo lo que dice es ficticio y jamás se debe tomar a lo literal los hechos o consejos que acontecen en la conversación.

No sé cómo interpretar esto. Pero sí que tengo curiosidad.

Así que me tiro un buen rato leyendo los chats, cada uno más interesante que el anterior. Todas las conversaciones son con el mismo tipo de *bot*: motero, universitario, dominante...

Descripción muy acorde a lo que muestro en Tik Tok siendo *Fox*.

Vaya, vaya...

Después de todo, Karla Álvarez no deja de sorprenderme.

—No deberíais salir en un tiempo —me dice Ken sentándose a mi lado en la isla de la cocina a la hora de la comida.

A veces me toca un poco los cojones que quiera ir de padre del grupo, pero seamos sinceros, sin él yo ya estaría a dos metros bajo tierra.

Su padre, al igual que el de Luka, ha tenido contacto con el mío en varios negocios que nunca salieron bien, pero eso no impidió que no pudiera hacerme amigo de su hijo, sobre todo cuando tanto él como Davor vieron que no me parezco en lo más mínimo a mi progenitor.

Ken es conflictivo, aunque pueda parecer el más tranquilo después de mí; sabe mantener la compostura y ser civilizado si se le dice de buena manera. Por eso, cuando tuvo ese primer encontronazo con Niall —el día que jugaron su primer partido de *lacrosse* juntos—, tuve que hablar con él y meterme a mediar de alguna manera.

¿La idea del Red Bull? Mía.

Después de eso no volvieron a discutir nunca más.

Él y yo en cambio nunca hemos tenido encontronazos. Supongo que es porque los dos nos parecemos bastante y no nos gusta meternos en líos. Él descarga su rabia en las peleas de Owen y, aunque eso mantiene un balance, sé que no calma los problemas

personales que arrastra con su familia. Aunque no sean tan graves como los míos.

—No puedo dejar solo a Niall cuando sale —contesto moviendo la pasta con el tenedor—. Depende de mí en muchos sentidos...

—Pero tienes que dejar de jugarte el cuello por él, *Fox*. Entre eso, el asunto de tu padre, las carreras y ahora lo de Karla...

Me tenso de pies a cabeza y tiro el tenedor al plato.

—¿En serio? ¿Tú también?

Noto como se me empieza a acelerar la respiración mientras le miro con ambas manos cerradas en puños sobre la mesa. *Oni* cambia el semblante en el momento y deja su propio cubierto, pero es otra voz la que consigue que vuelva en mí, junto con un brazo que se me enrolla al cuello.

—Haya calma, *Skywalker*... —dice con el tono típico burlón pero que esconde un matiz de seriedad.

Le mira por encima de mi hombro y cuando me giro, el alemán sonríe todo lo que puede, aunque la sensación no llega a sus ojos.

Trago saliva y aprieto la mandíbula, volviendo la vista al plato de pasta que tengo delante de mí, todavía sin probar. Conrad me pasa la mano por el hombro y noto que hace un movimiento detrás de mí que hace que Ken suspire y se gire hacia mí.

—Lo siento, Callum. Sabes que solo te lo digo por preocuparme por ti. Tanto tú como Niall estáis últimamente muy raros y...

—Y todos somos colegas —le interrumpe el rubio dándome un golpecito en el hombro—. No nos gusta que os rayéis por nada y encima no lo contéis. Además... —Noto como se acerca a mi oído para que nadie más le escuche—. Sabes que *Oni* tiene poco tacto. No se lo tengas en cuenta.

Ladeo un poco la cabeza y ahogo un suspiro recibiendo las palabras de Conrad. A falta de Luka como mediador, siempre está Conrad para dar algo de paz en esta casa, aunque sea con esa guasa que siempre le acompaña.

Miro a Ken y asiento levemente.

—No te preocupes. Tienes razón.

Me dedica un amago de sonrisa volviendo a su plato y entonces Conrad se aleja a la olla para servirse la pasta que ha cocinado Niall

esta mañana.

—Por cierto *Fox*. Ni se te ocurra hacer planes para el sábado.

Frunzo el ceño llevándome el tenedor a la boca.

Con tantos temas en la cabeza se me ha olvidado. Este sábado es mi cumpleaños.

—¿Piensas contratar strippers? —bromea Ken tras masticar uno de los bocados.

Conrad se sienta delante del japonés con un plato bien cargado de pasta y sonríe.

—Es un buen plan, pero dudo que les hiciera demasiado caso.

Claramente se refiere a él.

¿No?

NUEVE

KARLA

Viernes 12 de septiembre

—¿Y cómo llevas las clases?

Antonia —mi terapeuta y amiga de mi madre—, es quien me está ayudando a gestionar todos los problemas que pensaba que ya tenía superados antes del verano.

Tomé la decisión de volver a la terapia después del incidente en el puente y de que el innombrable —a partir de ahora le llamaremos así— me encontrara allí.

—Bien. No han empezado mal, aunque todavía llevamos muy poco de curso...

—Me alegra oír eso y que tengas sobre todo amistades que puedan apoyarte. Recuerda hacer lo que te dije.

—Sí, abrirme más. Ser más cercana.

—Y... —añade, esperando a que sea yo quien termine de decir la frase.

—Anteponerme a mí misma si es necesario.

Ese es uno de mis mayores problemas.

Presto demasiada atención al resto y, aunque la gente de mi alrededor se preocupa por mí, si yo no me cuido a mí misma no puedo dejar que otros lo hagan.

O al menos esa es la opinión de Antonia.

Pero de todas maneras acabé preocupándome por Dove el primer día que la conocí, y lo hago cuando veo a Saori enfadada al ver que el alemán tiene su boca pegada a la de otra tía.

Supongo que es mi naturaleza. Y no puedo cambiarlo.

Cuando apago el portátil lo dejo cerrado, y suspiro, dejandome caer sobre la cama. Estoy sola en casa ya que el resto han decidido ir al entrenamiento de los chicos, pero no estoy lista para verle.

No después de lo que pasó en clase.

Normalmente no suelo ser una persona que se ponga nerviosa con los hombres. He tenido novios, pero nunca he llegado a perder la virginidad; lo que sí que he hecho son cosas como masturbar, aunque nunca he realizado una felación.

Nunca he temblado. Ni me he puesto tan nerviosa como en los tres encuentros privados que he tenido con Callum.

En el puente, en el baño del taller de Luka y en clase.

Solo de pensarlo se me corta un poco la respiración y tengo que cerrar un poco más las piernas.

El olor a menta, su cuerpo presionado con el mío, el piercing de su labio...

Me incorporo de golpe en la cama y sacudo la cabeza.

No.

Ni de coña.

Agarro rápidamente el móvil y me meto en Snapchat, sin dudar ni dos segundos en buscar el chat de *Fox*.

karla.valez

Necesito consejo sobre algo.

¿Un poco maleducada por no saludar? Puede ser.

Tiro el teléfono a la cama y miro la hora. Las dos y media pasadas. Según me dijo Lottie, el entrenamiento terminaba a las dos así que seguramente no tarden mucho en volver. Sé que Dove tenía pocas ganas de ir, pero aun así la arrastraron sin su consentimiento.

Pasan los minutos y no tengo respuesta de *Fox*, así que me limito a agarrar un manga cualquiera de mi estantería y comenzar a leer.

No es hasta pasados varios minutos cuando siento una vibración en la cama. Me abalanzo hacia él y el símbolo de Snapchat aparece en pantalla.

biker.fox
Soy todo ojos.

Una estúpida sonrisa se forma en mis labios a la vez que pongo los ojos en blanco. Me acomodo en la cama y juego con los dedos pulgares delante de la pantalla, pensando en cómo soltarlo.

karla.valez
¿Hay confianza suficiente como para que pueda hablarte de otros chicos?

Su respuesta es inmediata.

biker.fox
¿Ya me estás poniendo los cuernos? Es broma, dispara.

Suspiro negando con la cabeza sin borrar la sonrisa de mi rostro.

karla.valez
Digamos que hay un chico que me lleva atormentando desde principios de verano.

biker.fox
Ah, que ahora ves fantasmas.

Una carcajada abandona mi garganta a la vez que ruedo en la cama y me coloco boca abajo.

karla.valez
Céntrate, idiota.

biker.fox
Uh, si me insultas es un tema serio. Vale, sigue contando.

karla.valez
La verdad es que no sé por dónde empezar.

biker.fox

Has dicho que te atormenta... ¿Se mete contigo?

Frunzo el ceño y me paso una mano por el pelo confundida.
¿Meterse conmigo? No.
¿Meterse en mi vida como un jodido okupa? Sin duda.

karla.valez
Tampoco. Es más bien que siento que está tomando demasiado espacio y protagonismo en mi entorno últimamente. Hace un año no sabía ni quién era, y ahora me le encuentro en todos lados.

Creo que jamás pensé que tendría esta clase de conversación con él. Pero aquí estamos, hablando de chicos con el que hago *sexting* solamente por diversión.
Patético.

biker.fox
¿Y cómo es?

karla.valez
¿Quién? ¿Él?

biker.fox
emoji de cara rodando ojos

karla.valez
¿Aparte de un capullo integral?

biker.fox
Si solamente pensaras eso, dejarías pasar el tema y no me estarías pidiendo consejo, ¿no crees?

Touché. Tiene razón.
Tomo aire y, tras soltarlo lentamente, empiezo a escribir.

karla.valez

Puede que me sienta un poco confundida respecto a él. No quiero decir que me guste ni nada, pero lo tengo todo el rato metido en la cabeza.

Tarda un rato en contestar y cuando lo hace su mensaje es bastante escueto.

biker.fox
¿Y eso es bueno o malo?

karla.valez
No lo sé. A ver, es bastante atractivo y guapo así que por esa parte no tengo quejas.

biker.fox
Voy a ponerme celoso de tener competencia.

¿Competencia? Mira que no le he visto nunca la cara a *Fox* pero estoy segura de que feo no es.

karla.valez
Tú no tienes competencia.

biker.fox
*Eso me alegra. *emoticono de guiño**

karla.valez
Así que en conclusión, necesito una distracción.

Durante unos minutos no recibo respuesta, cosa que me extraña, teniendo en cuenta que me está contestando casi al momento. Pero finalmente, el mensaje llega.

biker.fox
Tal vez yo pueda ayudarte con ello, pero ahora no puedo seguir hablando. Ya te diré algo.

Dos toques en la puerta hacen que retire mi atención del móvil.

—Está abierto.

La puerta se abre y por ella entra una maraña de pelo rubio que se asoma con una sonrisa radiante.

—Ya estamos en casa.

—¿Qué tal ha ido el entrenamiento? —pregunto, aunque en realidad no me importe lo más mínimo.

Bueno, tal vez un poco.

Ella se adentra en la habitación y asiente.

—Bien, pero no era un entrenamiento en sí, sino las pruebas para entrar al equipo —aclara con una sonrisa que se desvanece mirando a la puerta—. Dove no viene muy contenta.

—¿Ha pasado algo?

Lottie se encoge de hombros pasándose los dedos por el pelo para buscar un mechón y jugar con él.

—No lo sé. Ha llegado y se ha encerrado en su habitación.

Asiento despacio y miro mis manos sin saber bien qué decir. Sé que entre ella y Niall están pasando cosas, pero yo no soy quién para meterme en una historia que no es la mía.

—Quiero contarte algo. Bueno, dos cosas en realidad. Y una de ellas no puede salir de aquí.

Levanto la mirada rápidamente y veo que me mira con una gran sonrisa.

—Pero si siempre nos contamos las cosas en grupo.

—Lo sé, pero ninguna va a saber guardarme el secreto. Excepto tú.

Sus comisuras no descienden en ningún momento y la sonrisa se me contagia al instante. Le doy un pequeño manotazo en la pierna y me acerco a ella.

—Venga. Suéltalo.

Se encoge un poco y tras soltar el aire, habla.

—Estoy viéndome con alguien.

Abro los ojos de par en par y un nombre se me pasa por la cabeza.

—¿Has vuelto con...?

—No, no. Luka es agua pasada, ya lo sabes.

Suelto el aire que no sabía que estaba reteniendo y asiento lentamente. De todas, soy la única que sabe que Luka y ella tuvieron algo momentáneo, pero de un día para otro ella ya no quería hablar del tema y me dijo que ya no estaban juntos.

No quiso contarme nada más.

—Eso es genial. ¿Quién es?

—No puedo decirlo todavía. Me da miedo que se gafe o algo —explica encogiéndose de hombros con inocencia y levantándose de la cama—. Pero sé que te caería bien. Es europeo, como tú.

Suelto una pequeña risa nasal y niego con la cabeza.

—Europa es muy grande —replico. Ella se levanta de la cama y vuelve a encogerse de hombros. Entonces caigo en que tenía que contarme otra cosa—. ¿Qué es lo otro que me tienes que contar?

Se detiene en la puerta y se gira.

—Es más bien un recordatorio de que no hagas planes para mañana. Te recuerdo que es el cumpleaños de Callum.

Llevaba unos preciosos cinco minutos sin acordarme de él.

El maldito innombrable...

—Ya, no jodas.

Ella ríe y sale de la habitación sin decir nada más, tarareando una canción mientras de fondo escucho a Vesna y a Saori gritarse la una a la otra.

Me tumbo de nuevo y me coloco una almohada en la cara para ahogar un grito.

Espero que la distracción de *Fox* me pueda servir de algo, porque si no, estoy jodida.

DIEZ

KARLA

Sábado 13 de septiembre

—¿De verdad tiene que conducir Saori? —Vesna, que está sentada a mi derecha, se gira hacia Lottie—. ¿Quieres quedarte sin coche o qué?

Cruzo los brazos y me encojo en el asiento intentando desconectar de la situación. Estar sentada entre ellas hace que la discusión —aunque sea de broma—, pase sí o sí por mis preciados oídos.

—No empecéis —regaña Dove girándose desde el copiloto—. Vamos a pasarlo bien y dejarnos de tonterías por una noche.

No voy a negar que desde ayer está rara. Creo que la he oído decir que va a liarse con el primer tío que se le ponga por delante.

Yo en cambio estoy de los nervios. No es que esté demasiado entusiasmada de ir al cumpleaños del hombre que me está trayendo por el camino de la amargura desde lo que pasó en julio.

He intentado pensar alguna excusa para no ir al dichoso cumpleaños, pero ninguna ha sido válida.

Así que aquí estoy, encerrada con cuatro amigas locas de camino a una fiesta a la que no quiero ir.

No tardamos en llegar y, nos bajamos del coche directamente en cuanto está completamente aparcado. Todas podemos ver que el ambiente en la casa está en su máximo esplendor. La gente baila y

corretea por el jardín delantero, mientras que de la zona trasera de la casa suena una música electrónica que me llama al momento.

Caminamos, saludando a algunos amigos por el camino y compañeros, entre ellos el idiota de Cole Peterson que en cuanto intenta acercarse a Dove, Vesna le empuja hacia un lado fulminándole con la mirada.

Justo cuando pienso que estoy segura, dos figuras aparecen delante de nosotras, y estoy a punto de caerme de culo cuando me doy cuenta de quién es uno de ellos.

Ken se detiene delante de su hermana.

—Con cuidado. No tengo ganas de partirle la cara a nadie por ti.

Saori ladea la cabeza y le da dos toquecitos en el hombro.

—Tranquilo hermanito. No está en mis planes joder los tuyos.

Pasa por su lado para acercarse a saludar a Callum y felicitarle. El resto hace lo mismo pero Vesna, pasa chocándole el hombro, lo que hace que el japonés se gire ligeramente enarcando una ceja.

La relación entre ellos dos siempre ha sido extraña, porque aunque Vesna alardee y no pare de repetir que será la futura cuñada de Saori, nunca ha pasado nada entre ellos.

Que yo sepa.

Me aliso la falda de cuero negra y doy un paso hacia Ken para saludarle. Es escueto y frío con todo el mundo y apenas me dirige un simple "hola". Cuando se da la vuelta lo siguiente que veo es a Callum recibir dos besos de Dove en la mejilla a modo de felicitación y, enseguida, sentir sus ojos sobre mí.

Me quedo paralizada de pies a cabeza. Las manos comienzan a sudarme cuando las cierro en puños, las piernas no me responden y siento que en cualquier momento voy a desmayarme de los nervios.

Joder, ¿estoy temblando? Dime que no...

Por las tetas de *Toji*. Está guapísimo.

La camiseta gris *oversize* le cubre el torso y por un momento pienso que voy a poder verle los brazos, pero lleva un jersey de manga fina que los tapa completamente. El pelo negro le cae revuelto sobre la frente, con pequeños mechones que no llegan a ser rizos del todo, pero que parecen bastante complicados de domar.

Tal vez si pasase mis dedos por ahí...

Dios, cierra la boca Karla.

Tardo demasiado en darme cuenta de que me está mirando y soy consciente de que le estoy analizando el rostro como una maldita acosadora.

Bajo la mirada y las mejillas se me enrojecen, así que avanzo rápidamente y le evito sin siquiera felicitarle.

Él no hace nada por detenerme o hablarme, pero cuando paso por su lado sí que veo como lleva mi coletero en la muñeca derecha.

Y eso solo hace que el corazón se me acelere un poco más.

Vesna y yo somos las únicas a las que nos gusta la música electrónica que está poniendo Judd; bailamos y saltamos en medio de todo el tumulto de gente.

Saori hace un rato que se fue a por bebidas y Lottie ha desaparecido dentro de la casa. De Dove tampoco sabemos nada, solo que un tío estaba bebiendo unos chupitos de sus pechos y se fue al baño.

No sé exactamente cuantas cervezas llevo, pero necesitaba desahogarme. Ahora mismo me siento libre.

Libre de mi cabeza.

De mi alrededor.

De su sombra.

Libre de todo lo que representa Callum.

No entiendo por qué dejo que me afecte más de lo que debería. Tal vez no tenga la misma seguridad que Dove o Vesna para tratar a los tíos como un buffet libre, pero yo tampoco me dejo atrapar en las redes de nadie.

Soy virgen, pero no gilipollas.

«Heroine» de Dimitri Vegas suena a todo volumen mientras Vesna y yo seguimos bailando, ambas algo afectadas por el alcohol. Pierdo la noción del tiempo y el espacio. Cuando me doy cuenta Vesna ya no está a mi lado.

Me detengo con el ceño fruncido y miro a mi alrededor.

—¿Ves?

Mi voz apenas se oye por encima de la música. Todo a mi alrededor son rostros que no conozco, borrachos bailando y gritando.

Mi sexto sentido se activa. Esa extraña sensación de que alguien me está mirando desde algún lado. Miro a mi alrededor buscando al responsable, pero justo cuando me voy a girar todo mi cuerpo se levanta del suelo y de un momento a otro, estoy en el hombro de alguien.

La gente a nuestro alrededor chilla y vitorea, así que mi grito ahogado apenas se escucha.

Me están secuestrando. No hay duda.

El instinto de supervivencia aparece —aunque tarde—, y empiezo a aporrear la espalda del chico. Él ni se inmuta, solo me aleja de la gente mientras todos silban cuando pasamos por su lado. Lo más probable es que estando todos tan borrachos, mañana no se acordarán ni de haber estado en esta fiesta.

—Bájame, gilipollas...

No suena con la firmeza que me gustaría, sino más bien desesperada.

—No me hagas quitarte otro coletero. Si me hubieses felicitado no habría tenido que hacer esto.

El siguiente puño se queda a medio camino de su espalda cuando escucho su voz, ya alejados del jardín delantero. Me lleva al interior de la casa y empieza a subir las escaleras sin prisa. Por un momento siento que me voy a caer y me veo obligada a tener que agarrarme a la camiseta gris.

Sus hombros vibran con una risa que me hace poner los ojos en blanco. En uno de los pasillos me baja de los hombros con cuidado y, cuando mis botas tocan el suelo, intento alejarme de él.

—¿Qué coño haces...? —pregunto entrecerrando los ojos y apretándome la coleta.

Él chasquea la lengua y me agarra de un hombro para estabilizarme.

—Estás borracha.

—No —me apresuro a replicar—. Solo voy con el *puntito*.

Esto último lo digo en español y él me mira enarcando una ceja sin entender ni una palabra de lo que digo. Bufo pasándome las manos por la cara para centrarme.

Joder, no he bebido tanto.

¿Qué cojones me pasa? Tal vez sea por la música, el ambiente o...

No, no es por él. Ni de putísima coña.

Es imposible que una persona me haga actuar como una completa estúpida.

Sacudo la cabeza y tomo aire levantando la mirada hacia él. Está cruzado de brazos, apoyado en la pared. En esa postura se le marcan un poco los músculos bajo las mangas del jersey de manga fina que le cubren hasta las muñecas.

—Vamos a hacer una prueba.

Ahora soy yo quien alza una ceja.

—¿Una prueba?

—Para comprobar que no estás borracha.

Pongo los ojos en blanco y tomo aire levantando mi cabeza al techo. Coloco las manos en las caderas, justo en el borde de mi falda y cuando le miro, suelto el aire asintiendo.

—Bien.

—Pero nada físico —advierto apuntándole con el dedo índice—. Soy muy patosa y no hago ejercicio.

Él asiente mordiéndose el piercing del labio, como si estuviera pensando en algo. Finalmente se encoge de hombros y se separa de la pared.

—Dicen que los borrachos siempre dicen la verdad, ¿no?

Frunzo el ceño.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Nada de preguntas. Responde.

Trago saliva para empujar hacia abajo el nudo que se me ha formado en la garganta y muevo mi cabeza de manera afirmativa.

Una de sus comisuras se extiende hacia arriba y el piercing se adhiere más a la carne, lo que me hace apartar la mirada instantáneamente antes de empezar a sentir los calores.

«¿Cómo se sentirá tenerlo entre las...?»

Mierda, cállate.

—Te voy a hacer una única pregunta. Depende de cómo la respondas, valoraré si vas borracha o no.

Se adelanta varios pasos y de un momento a otro, estoy acorralada contra la pared. Cuando inspiro por la nariz, no percibo el olor familiar a menta. Ni siquiera lleva perfume hoy.

—¿Cómo estás, Karla? —susurra sin apartar sus ojos de los míos.

Su presencia me abruma. Me siento como si estuviera a punto de quemarme viva. Las manos me sudan y la mente se me atonta, aunque no sé si es por el alcohol o por su presencia.

Una curiosidad sobre mí es que cuando tengo sueño y no he dormido en muchas horas, actúo como si fuese drogada hasta las cejas.

Callum me produce un efecto similar.

Es como una droga nueva. De esas que te llevan hasta el cielo y te hacen tocar las putísimas estrellas pero, cuando todo se acaba, te arrastra hasta el vacío sin preocuparse de que lleves paracaídas.

—Estoy... —Aparto la mirada y cierro los ojos—. Bien.

Una de sus manos se apoya en la pared al lado derecho de mi cabeza mientras que la otra se mantiene en el bolsillo.

—Respuesta incorrecta.

Un pie toca mi bota izquierda desde la zona interior, arrastrándola para que abra las piernas. Repite el movimiento con la otra pierna y yo no hago nada por detenerle.

Voy drogada de él. Y eso que aún ni lo he probado.

Mis ojos no se separan del piercing de su labio inferior, el cual se muerde con gesto nervioso. Es amenazante y adictivo, pero no me retiro.

Cuando pienso que va a hablar, un gemido ahogado recorre toda la planta.

Me quedo helada y él levanta una ceja mirando en dirección al sonido. Acto seguido chasquea la lengua y vuelve a mirarme.

—Qué suerte tienen algunos, ¿no crees? —El verde pino se ha transformado en un bosque frondoso y oscuro, tanto como el color de su pelo.

Un bosque en el que permito perderme durante unos segundos.

Su rodilla se esconde entre mis piernas y su muslo genera una pequeña fricción contra mi tanga. Cuando siento el roce de la tela, me doy cuenta.

Estoy empapada.

Otro gemido corta el silencio.

Callum saca la mano del bolsillo y la lleva a mi rostro, humedeciéndose los labios con tranquilidad. Como si tuviera todo el tiempo del mundo. No llega a tocarme, pero eso no impide que cada vello de mi cuerpo se ponga de punta.

—¿Alguna vez te han hecho gemir así? —pregunta acercando su rostro un poco más, a la vez que mueve un poco más el muslo.

Apenas nos separa un palmo, pero no hay ni pizca de menta o rastro de bebida alcohólica en su aliento. Al ver que no respondo, comienza a bajar la mano por mi top de encaje negro, todavía sin tocarme.

—Hasta quedarte sin puta voz. Hasta que no te importe si te escuchan. Hasta que no distingas entre tu cuerpo y el suyo.

El primer toque llega a la altura del cuello y un escalofrío me recorre completamente la espalda. Apenas es un roce, pero basta para que se me acelere el corazón y empiece a bombear sangre a cada parte de mi cuerpo.

Sobre todo a mi entrepierna.

Entreabro los labios mirándole y siento como me empieza a faltar el aire, sobre todo cuando me roza de nuevo con su muslo.

Otro gemido. Otro toque.

Pero esta vez no viene del pasillo, sino de mi garganta.

Apenas me está rozando pero joder, estoy completamente a su merced.

A la merced de Callum Walker.

No, no, no.

«Pero si te está gustando.» Mentira.

«Deja de negarte. Te gusta.» No, no me gusta. Solo es una reacción fisiológica completamente normal, y puedo controlarla.

Por supuesto que puedo.

No voy a dejar que este capullo me lleve a su terreno.

Niego con la cabeza y le coloco las manos en el pecho para alejarle.

—No... para.

Noto como todos los músculos de su cuerpo se tensan, pero para mi sorpresa, no opone resistencia y se aleja. Da un paso atrás y ambas manos se introducen en los bolsillos de su pantalón. Las mías caen a mis costados cuando no tienen qué sujetar.

Me paso una mano por la falda para recobrar la compostura e intento no mantener el contacto visual con él, a pesar de sentir su mirada clavada en mí.

Consigo armarme de valor para observar su muñeca y ver mi coletero azul ahí, como un recordatorio de que tiene algo de mí que yo jamás le he querido dar.

—Tienes que devolvérmelo —mascullo señalando su muñeca con la mirada.

—Cuando seas sincera conmigo.

Levanto la mirada con el ceño fruncido.

—¿Qué cojones significa eso? —espeto con absoluta incredulidad —. Me has robado algo preciado para mí.

—¿No te das cuenta que estoy intentando ayudarte? —replica ladeando la cabeza y dando otro paso hacia mí—. Te salvé. Ibas a suicidarte y sé lo que es eso. ¿Crees que yendo a terapia unos meses y fingiendo sonrisas se van esos pensamientos? Créeme que no.

—Tú no sabes nada de mí —añado avanzando hacia él con firmeza.

—No me hagas hablar.

—Habla, venga —le reto moviendo la cabeza con la barbilla alzada—. ¿Qué sabes aparte de lo que dice la prensa? ¿Mh?

Él se queda durante unos segundos en silencio, con una falsa calma que amenaza con estallar a una horrible tempestad. No está enfadado o furioso, más bien decepcionado, aunque no entiendo por qué.

Se queda varios segundos así, erguido frente a mí, mirándome como si quisiera soltar todo, pero no dice nada.

Ni una palabra.

Retrocede y se muerde ligeramente el piercing del labio. No es hasta que bajo la mirada a la muñeca, cuando veo que tiene una de las manos fuera del bolsillo abriéndose y cerrándose de manera repetitiva.

Creo que no es la primera vez que le veo hacer ese gesto.

—Pórtate bien.

Y sin abrir más la boca, se aleja por el pasillo hacia la zona de las habitaciones de donde provienen los gemidos.

Frunzo los labios con rabia y corro hacia las escaleras, huyendo del lugar como si hubiese cometido un crimen.

Tal vez sí que lo haya cometido, porque he descubierto cosas que prefería que estuviesen enterradas bajo tierra, igual que un puto cadáver.

ONCE

KARLA

Sábado 13 de septiembre

Es tarde y a mi móvil apenas le queda batería. Las chicas y yo nos separamos a lo largo de la noche, y han desaparecido como siempre.

Menuda novedad.

Ya se nota que estamos en los últimos días de verano, el vello de los brazos se me eriza y no hago más que temblar. Por una vez hubiese deseado que Saori o Lottie se hubieran dejado el coche abierto, pero no.

Así que aquí estoy, volviendo a casa —sola—, por la noche y a la espera de que algún desalmado me encuentre y decida que soy un buen perfil para el siguiente podcast de *true crime* de cualquier *influencer*.

Para colmo, no dejo de pensar en el encontronazo con Callum y como he dejado que, de nuevo, su presencia me afecte más de lo que debería.

Cuando no está delante se me ocurren mil maneras de enfrentarme a él y respuestas mordaces a cada una de sus palabras. Pero cuando está delante, mi mente se vacía como si fuera un globo pinchado por una aguja; como si él invadiera mi interior para que todo lo que sienta y perciba sea su presencia.

Y por mucho que quiera pensar lo contrario, le está funcionando.

Me tenso al escuchar el quinto motor en lo que llevo de camino y espero a que haga como los cuatro anteriores y pase de largo, pero me tenso instintivamente cuando noto como baja revoluciones.

Está frenando.

—¡Eh, guapa! —grita alguien a mi espalda. Cuando miro de reojo, veo que un coche gris reduce la velocidad hasta mi altura—. ¿Cuánto cobras?

Abro los ojos de par en par girando mi vista hasta el dueño del coche. Un hombre de pelo largo me saluda desde el asiento del piloto con una sonrisa que me produce arcadas.

—¿Disculpa?

El hombre se ríe y me mira sin ningún tipo de pudor.

—Con una mamada me quedo satisfecho —añade sin salir del coche—. ¿Cien? ¿Doscientos?

—¿Y si lo dejamos en que no te parta la cara, cerdo asqueroso? —amenazo, dando un paso hacia delante.

Al hombre se le cambia la expresión cuando digo eso pero no me mira a mí, sino a alguien detrás de mí. Rápidamente, arranca y sale pitando de allí.

Es entonces cuando lo siento.

Un olor dulce a azafrán, mezclado con algo más oscuro, se impregna en mis fosas nasales antes de sentir una mano rodearme la cintura.

Un pecho fuerte y musculado se pega a mi espalda, seguido de una mano que se aloja en mi cuello.

Justo cuando voy a defenderme para quitármelo de encima, habla.

—¿Llevas bragas, Sombra?

Ese mote.

Esa ronquera.

Ese tono.

Es *él*.

Fox.

Me quedo quieta varios segundos, sin saber cómo reaccionar. El nudo en la garganta aparece tras la sorpresa y me obligo a tragar para poder respirar.

Esto no puede estar pasando. A lo mejor Callum tenía razón y sí que voy borracha.

—*Fox*...

—Shh... —La mano de la cintura desciende un poco y se cuela debajo de la falda, dejando leves caricias encima de las medias de rejilla—. Veamos a ver...

Su dedo índice se cuela debajo de uno de los agujeros, sin romper la tela. Apenas roza mi humedad por encima del tanga cuando un escalofrío me recorre de pies a cabeza. No es hasta que giro mi rostro, que veo de reojo la máscara negra y la cruz azul.

Su agarre en mi cuello es firme, dominante.

Muchas de nuestras conversaciones eran momentos hipotéticos de nuestros encuentros. *Fox* es el único hombre de la faz de la tierra que conoce cada una de mis fantasías y secretos.

La confianza que he depositado en él estos meses me demuestra que he hecho bien.

Y si no, búscame en un podcast.

Escucho como chasquea la lengua cuando la yema de su dedo roza mi clítoris, como si estuviera decepcionado.

—Llevas tanga... Y joder, tienes el coño empapado.

Esa manera de hablar...

Oírselo decir es mil veces mejor que leerlo, sin duda.

Sé por qué me reprocha que lleve ropa interior: le dije que la primera vez que nos viéramos, no llevaría bragas.

Noto como me empieza a arrastrar hacia la oscuridad o, más bien, hacia un parque cercano. Ni siquiera sé en qué momento me da la vuelta y pega mi espalda al tronco de un árbol. Su mano derecha se mantiene en mi cuello y la otra sigue bajo mi ropa interior.

Tengo un momento de lucidez cuando la cruz de su máscara se cierne sobre mí y el olor a cuero se hace más intenso.

—¿Qué haces... aquí?

Ladea la cabeza y, aunque no pueda ver su rostro, sé que está sonriendo.

—Me pediste una distracción —susurra acercando su rostro al mío —. Pues aquí estoy.

La mano que estaba en mi entrepierna se aleja y parece que la frustración es evidente en mi rostro cuando él deja escapar una carcajada ronca.

Veo cómo se lleva la mano a la parte trasera del pantalón y saca algo de él. Cuando deja la mano a la vista, la abre y deja caer un trozo de tela, sujetado por el dedo índice y corazón.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto y, a pesar de que intento sonar asustada, el tono de desesperación es más que obvio.

La mano del cuello se retira y siento un ligero ardor en la zona que ahora ha dejado expuesta, como si el fuego que arde en mi piel necesitase su tacto para seguir propagándose.

—Mantener el secretismo, Sombra.

No me niego cuando cubre mis ojos con la tela oscura, privándome de mi vista y dejando que el resto de sentidos se potencien.

Cuando empiezo a acostumbrarme a las caricias que deja, siento un tirón en mi entrepierna y escucho una tela rasgándose. Suelto un gritito ahogado al notar el frescor en el interior de mis muslos y como me retira el tanga a un lado.

Tendré que comprarme unas medias nuevas.

El aire frío llega a mi intimidad, contrastando con el calor de sus dedos. Se deslizan entre mis labios, moviéndose arriba y abajo con parsimonia, como si tuviese todo el jodido tiempo del mundo.

—¿Confías en mí? —susurra de pronto.

Esa pregunta me pilla por sorpresa, pero la respuesta es bastante más sencilla de lo que parece.

Este chico ha visto cada centímetro de mi cuerpo y se ha plantado en Ashmont solo para ayudarme con una pataleta equitativa a la que pude tener cuando ese chico que me gustaba en el instituto no me hacía caso.

Estaría como una cabra si dijera que no.

—Supongo que sí.

—¿Y puedo confiar yo en ti?

—No sé a qué te refieres...

Noto como se acerca a mí y, justo cuando creo que voy a sentir el roce de la tela de su máscara, un cálido toque seguido de una respiración acaricia mi mejilla.

Es... su nariz.

—A que no vas a quitarte el pañuelo.

Trago saliva y decido dejar la curiosidad a un lado cuando empiezo a asentir rápidamente.

No voy a hacerlo. Sería traicionar algo que llevo construyendo con él desde hace meses.

Siento como se separa un momento y escucho como trastea con un envoltorio. Mantengo las palmas en el tronco del árbol, esperando a que me toque o termine de hacer lo que sea que está planeando.

Es en ese momento cuando lo huelo.

Menta.

El puto olor a menta.

—¿Estás mascando chicle? —pregunto confusa.

—Es un caramelo —confiesa y, cuando lo hace, noto que el olor no es igual al de la persona innombrable.

Sus labios comienzan a acariciar mi cuello a la vez que una mano se alza a mi coleta y siento como tira del coletero, dejando que mi pelo caiga sobre el hombro. No suelta mi melena cuando me obliga a ladear la cabeza para exponer mi carne, esperando a que me succione hasta el alma si hace falta.

Su lengua acompaña a cada lamida, dejando besos húmedos allí donde me late el pulso.

Desciende y desciende. Cada vez un poco más.

La menta deja un frescor que me estremece todo el cuerpo, pero hace que la excitación crezca por momentos. Su mano libre comienza a acariciar uno de mis pechos y no me doy cuenta de que estoy rozando mis muslos en busca de algún jodido alivio.

La manera en la que me toca me hace pensar que esto no es un simple juego. Está probándome, sintiendo hasta qué punto soy capaz de rendirme a él.

Me concentro en cada tacto.

Su mano aferrada a mi cabello.

Los mordiscos encima de mi pecho.

Los pequeños pellizcos a mi pezón endurecido por encima de la tela.

—Déjame devorarte, Sombra.

Esas tres palabras entran tan fácilmente en mi sistema que provoca que mis piernas se abran sin que él tenga que pedirlo.

Suelta mi cabello y levanta la falda de cuero, rasgando aún más la tela de las medias. Dejo de sentir la boca en mi clavícula y solo siento su mano en mi cintura sujetando la falda.

—*¿Fox*, qué estás...?

Las palabras mueren en mi boca cuando siento el frescor de su aliento en mi intimidad. Tiento con una mano a ciegas y, a la altura de mi abdomen, siento una mata de pelo.

Está arrodillado.

El sentirle entre mis piernas sin tocarme me tensa durante un momento, sin saber cómo anticiparme a sus movimientos.

—Levanta la pierna —ordena a centímetros de mi humedad. Cuando obedezco, él la deja apoyada en su hombro derecho—. Así me gusta, cariño.

Y, como si el halago no fuese suficiente para hacerme perder la cabeza, deja una primera lamida que me hace apoyar la cabeza en el tronco y arquear la espalda.

No me da tregua.

Él solo se sumerge en una guerra que estoy dispuesta a dejarle a ganar. Siento sus dientes dejar varias mordidas en mis labios y su lengua acaricia con agresividad mi intimidad.

Ahora entiendo por qué se ha comido el caramelo.

El frescor de su aliento incrementa el placer y me obliga a acercar su rostro más a mi cuerpo.

—Joder, Karla... —murmura tras pasar la lengua—. Tu coño sabe mejor de lo que esperaba.

Su lengua se detiene en mi clítoris, dejando círculos que me obligan a tirar de su cabello para mantenerlo cerca de mi. La falda se cae un poco cuando él deja de sujetar y es entonces cuando, sin prevenirlo, introduce un dedo en mí.

El placer se apodera prácticamente de mí y me permito colocar este momento en el jodido top uno.

Soy virgen solo de penetración. Siempre he hecho preliminares y viceversa. Las razones por las cuales no he perdido la virginidad aún no son por las mierdas de príncipe azul o de encontrar a la persona

indicada, sino porque siento que ningún hombre podría satisfacerme como quiero.

No es que el sexo antes haya sido malo.

Pero jamás me he sentido tan adorada en los brazos de un hombre como me siento ahora.

Todas las sensaciones se juntan en una y comienzo a tensarme. Él lo nota y se retira un momento de mi interior.

—Córrete en mi boca, Sombra. Déjame saborearte.

Ahogo un gemido cuando vuelve a introducir su dedo en mí, esta vez acompañado de un segundo. Ni siquiera sé me pasa por la cabeza el miedo a que me duela, porque estoy tan excitada y cerca del orgasmo que no sé ni lo que digo.

Una espiral de placer empieza a retorcerse en mi interior, intensificándose cuando curva los dedos en mi interior.

El frescor de la menta de su aliento en mi centro me trae unos ojos a la mente.

Unos ojos verde pino.

—Callum... —susurro, tirando de su pelo hacia mí.

Abro los ojos bajo la tela sorprendida de haber dicho ese nombre y noto cómo él se detiene un instante.

Pero no demasiado.

Porque tras soltar una pequeña risa, vuelve a comerme como si fuese el último plato de comida del puto planeta.

El orgasmo estalla cuando curva de nuevo los dedos y le empujo contra mí una última vez, dejando que los espasmos terminen consumiendo lo poco decente que queda de mí.

No acabo de decir su nombre.

No, no, no.

Joder, que vergüenza.

Se retira y baja mi pierna de su hombro. Rápidamente me coloco la falda correctamente a pesar de tener la media rasgada. Aún no me quito la tela de los ojos, por si no se ha puesto la máscara aún.

Escucho varios ruidos y me afianzo al tronco del árbol, anclándome a la realidad antes de pasar una situación algo vergonzosa.

La tenue claridad de una farola aparece ante mis ojos cuando me retira la tela y la cruz azul de la máscara me dan la bienvenida. Inmediatamente, bajo la mirada a mis medias y las mejillas se me tiñen de rojo.

—Te compraré unas nuevas —se apresura a decir.

No menciona en ningún momento que le haya llamado por otro nombre.

Ni en ese momento, ni cuando me lleva hasta su moto a unos cinco minutos caminando del parque en el que ha pasado todo.

Cuando llegamos, y antes de que se suba, suelto lo que realmente me interesa saber.

—¿Qué haces aquí? —la pregunta abandona mis labios con rapidez.

Noto como tensa la espalda, pero no se gira. Me detengo un momento para admirar su atuendo: camiseta negra de compresión y unos pantalones de motorista del mismo color.

El mismo atuendo que en sus vídeos.

—Ya te lo he dicho. Ser tu distracción.

—No me lo creo.

Gira su rostro hacia mí y, aunque no le vea, puedo imaginar una de sus cejas enarcada con incredulidad.

—¿Qué no te crees?

Suelto una risa nasal irónica y doy un paso hacia delante.

—Fue ayer cuando te conté lo de este chico solo porque estaba agobiada. Y de pronto apareces hoy, te plantas en Ashmont sin avisar, rompiendo todas las reglas que nos impusimos y...

No me doy cuenta de que estoy hablando demasiado rápido, moviendo las manos todo el rato y con la respiración acelerada.

De un momento a otro, *Fox* está enfrente de mí, colocándome las manos en los hombros para tranquilizarme.

—Eh, eh. No he roto ninguna regla, tranquilízate. —Su voz baja a un tono grave, pero consigue que vuelva a la realidad y vuelva a mirar a la cruz azul del centro—. Déjame explicarte, ¿vale?

Trago saliva y durante un instante, intento ver detrás del pasamontañas. Busco algo sobre él, lo que sea, pero no encuentro ni el color de sus ojos.

—Está bien —consigo susurrar al fin—. Te escucho.

Me suelta y se coloca las manos en las caderas, resoplando. Su figura impone demasiado y no es hasta ahora que me doy cuenta de la altura que me saca.

Intimida, aunque no para mal.

—Entiendo que esto te choque pero quería darte una sorpresa. Voy a estar en Nueva York unos meses por cosas personales.

Levanto la mirada hacia él.

—¿Tu padre?

—Entre otros motivos.

Recuerdo cada vez que me ha hablado de su padre y lo mala persona que ha sido durante toda su vida con él. Nunca ha indagado mucho en la relación que comparten, pero sí que me ha dejado claro en multitud de ocasiones que no es un angelito precisamente.

Solo trabaja para él por obligación.

—Llevo en Nueva York desde el lunes y no tenía pensado decirte nada. Pero cuando ayer me dijiste lo que te estaba pasando con ese chico y que necesitabas una distracción... —Veo cómo se pasa la mano por la cabeza acariciando la tela del pasamontañas, con un tono serio—. Se me ocurrió esto. No pensaba acercarme a ti hasta que ese tío...

—¿Me estabas siguiendo? —le interrumpo.

Él ladea la cabeza y puedo imaginarme la sonrisa sardónica de sus labios.

—¿Tú qué crees?

Pongo los ojos en blanco, intentando disimular una sonrisa, y me cruzo de brazos.

Durante varios segundos ambos nos quedamos en silencio. No es incómodo, pero sí está cargado de cosas que ninguno de los dos quiere decir.

—¿Conoces la historia de Psique y Eros?

Mi ceño se frunce ante esa pregunta.

—¿A qué viene eso?

Él chasquea la lengua, maldiciendo algo inaudible por lo bajo y da otro paso más.

—Responde.

Su tono ha cambiado radicalmente. Sigue siendo ronco para forzar la voz, pero ahora hay firmeza y orden en la tonalidad. El ambiente se vuelve más tenso y aunque siento que debería de estar asustada, mi respuesta fisiológica es otra completamente distinta.

—Ahm... sí. Más o menos.

Se detiene justo frente a mí y puedo sentir su mirada a través de la tela, aunque yo no pueda ver la suya. Una de sus manos se alza hasta mi mentón y su pulgar acaricia mi piel, subiendo hasta la mejilla. El toque me pone tensa de pies a cabeza, pero no me retiro.

Tampoco lo hago cuando se inclina y la mano desciende por mi cuello, de manera lenta y tortuosa, sintiendo las yemas calientes encendiendo cada poro que toca.

—Te aconsejo que la leas, solo como recordatorio...

—¿Recordatorio de qué?

Su pecho se infla cuando toma aire y lo deja salir de manera pesada. Algo tiene que estar pensando que no quiere decir.

—En unos días te pasaré la dirección de un apartamento que he alquilado. Irás allí cada sábado. Sin excepción. —Su tono es dominante, firme y no admite discusión—. Prometo ir poco a poco, pero no esperes que me contenga después de descubrir cómo sabe tu coño.

Deja de tocarme y se aleja un paso, girándose hacia la moto para tenderme uno de los cascos. Cuando lo cojo, él se coloca el suyo y se sube a la moto.

Yo agarro el mío con miedo.

La última vez que me subí a la moto fue con él.

Con el innombrable.

No quiero pensar en...

—Sube.

Su orden corta el silencio como un afilado cuchillo y mis piernas responden obedientes a la orden. Avanzo un par de pasos y con su ayuda, me coloco detrás de él.

—Ahm... ¿Cómo...?

No me da tiempo a preguntar cuando me agarra ambos brazos y hace que le rodee con ellos.

—Quédate pegada a mi espalda e imita todos los movimientos que haga. No aprietes demasiado, ni me agarres de la camiseta. La he estrenado solo para ti.

Una sonrisa involuntaria se forma en mi rostro y agradezco llevar el casco para que no la vea. No tarda en arrancar y yo me aferro a él sin hacerle daño.

Es la segunda vez que monto en moto en toda mi vida.

La primera ya sabemos con quién fue.

Comparado con la primera, no es muy distinto. No va despacio, pero tampoco nos pone en peligro pasando entre coches para adelantar. Se limita a fluir entre el tráfico y conducir como si nada nos importara.

Como si de verdad entendiese como me siento en este momento y supiera lo que necesito.

Noto que acelera un poco más y suelto un pequeño grito ahogado por la adrenalina. Se inclina hacia delante y yo hago lo mismo, siguiendo las indicaciones que me dio antes de subirme. Una impresión se aloja en mi estómago a la vez que sube el velocímetro, pero me niego a mirarlo.

La presión en el estómago empieza a pedir ser liberada, y lo único que se me ocurre es gritar. El sonido del casco amortigua el sonido pero lo hago, dejándome llevar por esta sensación.

Una que no tenía desde la última vez que me subí a una montaña rusa con Mónica.

Noto su pecho vibrar y sé que se está riendo, pero no me importa.

Ya no me importa nada.

DOCE

CALLUM

Sábado 13 de septiembre

Dos toques suenan en la puerta del pequeño habitáculo al que llamo habitación. No es muy grande, pero es de los pocos espacios que puedo tener en este sitio que sea solo para mí y que no huela a pis y moho, entre otros muchos... fluidos.

Dejo la Nintendo a un lado y me incorporo en la cama justo cuando una mujer de pelo negro se asoma por la puerta.

Sus brillantes ojos verdes tan similares a los míos brillan al verme y cuando entra, cierra detrás de ella. Lleva una bata larga de color rojo y esconde algo tras su espalda.

—¿Creías que me había olvidado de tu día? —pregunta con tono divertido acercándose, sacando de detrás de su espalda una pequeña revista.

Mis ojos se abren como platos cuando mi madre me la tiende y veo que es una revista de motos. Una gran sonrisa se asoma en mi rostro y me abalanzo sobre ella. Mis fosas nasales se llenan del olor a lavanda que tanto la caracteriza y me aferro a su cuello como si fuese a desvanecerse.

—Gracias, gracias, gracias —repito separándome de ella para mirarle a los ojos.

—No me des las gracias tan rápido —añade con tono cariñoso indicándome que me siente—. Te he traído algo más.

Me siento con las piernas cruzadas como un indio y ladeo la cabeza mirándola con gran interés.

Rebusca en uno de los bolsillos de su bata y, de ahí, saca una pequeña figura de... una moto. No es mucho más grande que mi palma, pero me llena el corazón que haya querido traerme algo así.

La moto es de color roja y reconozco el modelo al instante: una Kawasaki ZX-6R. Agarro rápidamente la revista y cuando la encuentro, veo que el modelo que se presenta es de color verde.

—Es... de este año...

Mi madre asiente colocándose el pelo negro y señala con la mirada la pequeña moto.

—Merecías un regalo especial. No todos los días uno cumple once años —murmura pasándome una mano por el pelo—. Algún día conseguiremos que esa moto sea mucho más grande, Cal. Te lo prometo.

Solamente ella me llama así. Cal.

No sé si creerme sus palabras. Llevamos años queriendo irnos de aquí, pero ella siempre dice que necesita más dinero para marcharnos y al final, nunca lo hacemos.

Aun así, la abrazo con fuerza e inspiro su aroma a lavanda como si fuese la última vez que lo oliera.

Dos toques en la puerta, esta vez mucho más agresivos, hacen que nos separemos.

—¡Nina! Tienes trabajo.

Mi madre se separa con duda y me da un beso en la frente.

—Te quiero, culebrilla.

Siempre me llama así. Dice que soy capaz de escabullirme de los sitios como una pequeña culebra silenciosa.

—Y yo a ti, mamá.

Dos semanas después mi madre falleció de una sobredosis.

Un hijo de puta la drogó hasta matarla porque ella se negaba a hacer algo que no quería con uno de los clientes. Y a nadie más que a sus compañeras y a mí le importó lo que le pasó.

Fue entonces cuando descubrí que tenía un padre y que, para colmo, era la persona que dirigía todo ese sitio en el que yo me había criado durante once años de mi vida.

Los siguientes años hasta la actualidad, han sido un infierno que jamás se lo desearía ni a mi peor enemigo.

Los únicos recuerdos que he mantenido intactos y no se han mancillado de la mujer que me dio la vida son las pequeñas figuras de motos que me fue regalando en mis cumpleaños y por navidades. Ella fue el único referente de cariño que he tenido, y cada día de mi vida intento aferrarme a eso para no volverme como mi padre.

Ahora, mientras miro a Karla caminar hacia el interior de su casa, me pregunto si de verdad debería meter a una mujer en mi vida que no tenga la etiqueta de "polvo fácil".

No sé si se habrá creído mis mentiras. Aunque recordando como me ha dejado que la tocara y la sonrisa que me acaba de dedicar, puedo pensar que sí.

Justo cuando voy a arrancar veo al final de la calle un coche negro del que distingo una silueta en el asiento del piloto. No llevo las lentillas bien graduadas, así que no veo una mierda de lejos.

Cuando arranco la moto de nuevo y voy a acercarme, el coche prende las luces, enciende el motor y sale a toda velocidad de allí, sin darme chance a perseguirlo siquiera.

Martes 23 de septiembre

Puede que haciendo esto esté cayendo en un agujero sin fondo.

Uno del que no sé si conseguiré salir.

Pero después de lo que sucedió el sábado, no pienso quitarle el ojo de encima a Karla.

Sí, sé que me odia; si me viera ahora mismo delante de ella sin el pasamontañas y con la moto roja sería capaz de cruzarme la cara.

Pero eso no quita que ella se corriera en mi boca sin tener ni puta idea quién soy en realidad y que encima gimiera mi nombre.

Ese momento.

Esa jodida manera de susurrarlo.

Era como si en su cabeza estuviera prohibido.

Seguramente se enfadó mucho con ella misma después, aún así me permití disfrutar del momento sin saber si se repetirá de nuevo. Joder, ojalá que sí.

Todavía tengo grabado el sabor de ella en la punta de la lengua y en el piercing del labio.

Me pregunto si lo notó. Aunque si no dijo nada, lo más probable es que no. Supongo que a partir de ahora lo mejor será quitármelo cuando vaya a quedar con ella.

Tomo aire para calmarme, tratando que la sangre siga circulando y no se dirija directamente a mi entrepierna. Apoyo los antebrazos en el manillar de la moto, esperando a que Karla salga de la facultad. Con una de mis manos, me ajusto su coletero para sacarlo de debajo de la manga de la sudadera, escondiendo la cinta atada al mismo.

Al contrario del que le quité en el baño, este sí que tiene el trozo de tela que va atada en él. Ni siquiera se quejó cuando me lo quedé.

Y quiero que me vea.

Que *lo* vea.

Quiero que sepa que voy a tener cosas de ella que no sabe que me está entregando a voluntad.

Y ya no estoy hablando de coleteros.

Una avalancha de alumnos empiezan a salir de la facultad de bellas artes y no tardo en encontrar un cabello azul eléctrico destacar entre el resto.

Joder, adoro su pelo. No sé si lo he dicho alguna vez pero ese color, similar a una noche de tormenta con el mar embravecido, hace que se me ponga la polla dura solo de pensar en cómo puedo agarrarlo si la follase por detrás.

Por culpa del frío que ya empieza a hacer, lleva puesto un jersey negro y un pantalón *baggy* del mismo color.

¿Tendrá algo en el armario que no sea ropa oscura?

El único color que resalta aparte del azul de su pelo, es el bolso gris con chapas y llaveros de *Kuromi*, en el que sé que lleva su tableta gráfica, algunos libros y sus pertenencias personales.

Veo como saca su móvil y mira a todos lados, hasta que sus ojos se encuentran con mi moto. Sus cejas se fruncen con enfado y la

veo avanzar hacia mí a pasos agigantados.

Vaya, esto sí que no me lo esperaba. Piensa confrontarme sin ningún miedo.

No tarda en detenerse frente a mí clavando las botas en el asfalto al lado de mi moto.

—¿Qué coño haces aquí?

Levanto el visor del casco y le dedico una mirada descarada.

—Pasaba por aquí.

—Ya claro. Justo por mi facultad. Qué casualidad —se burla poniendo los brazos en jarra—. ¿Ahora te dedicas a seguirme?

Una sonrisa tira de mis labios.

—En vez de hacer tantas preguntas, podrías dejar de buscarle explicación a absolutamente todo y vivir un poco.

—Oh, desde luego lo haría. Si no fuese porque estás en cada esquina como si fueras mi puta...

Se queda en silencio. No sigue porque sabe que la siguiente palabra se ha vuelto más pesada en el contexto que nos rodea sin que ella lo sepa.

Mi Sombra.

—¿Tú qué, Karla?

Ella sacude la cabeza y da un paso atrás.

—Nada. Olvídalo —se apresura a decir, colocándose un mechón de pelo azul detrás de la oreja con nerviosismo. Sus ojos negros se desvían de los míos cuando da otro paso atrás—. Aléjate de mí, Callum.

Levanto los brazos en señal de falsa rendición. Cuando veo que ha bajado la guardia y va a girarse, la llamo de nuevo.

—Karla.

Gira su rostro y yo me bajo el visor del casco.

—Si quieres terminar lo del sábado, tienes mi número en tu agenda.

—Lo del sábado... —Parece que sus neuronas se conectan cuando recuerda lo que pasó, aunque no sé si es el momento del pasillo o el del parque lo que se le viene a la mente. Sus mejillas se tornan en un color carmesí que me resulta jodidamente adorable y

que desde luego no pega con lo siguiente que dice—. Eres un puto idiota.

—Puede ser. Pero ambos sabemos que te has despertado varias veces soñando conmigo y con la mano dentro de tu pantalón.

Doy un acelerón y, antes de que me diga algo más, me alejo de allí más que orgulloso por su reacción.

Tengo que planear lo que haremos en nuestro siguiente encuentro. Bueno, y conseguirle a Niall la información del idiota que ha aparecido últimamente por las peleas de Owen.

Pero ahora, mientras conduzco, solo pienso en este fin de semana.

«Estaré esperando el encuentro de este sábado con ganas, Sombra.»

Miércoles 24 de septiembre

karla.varez

¿Tienes algo pensado para este sábado?

Los chicos mantienen una conversación de fondo en la que comentan algo sobre la carrera de mañana en el parking, pero yo mantengo la vista pegada al móvil sin prestar atención ni a la lluvia que me está mojando.

biker.fox

Algo así. ¿Te leíste el mito de Psique y Eros?

—Iros adelantando —oigo a Niall decir—. Me llevo a Callum en el coche.

—¿Ahora vas a ir con favoritismos, *Horan*? Mira que me pongo celoso.

Levanto la mirada hacia Conrad, quien hace pucheros mirando al rubio. Ken no tarda en agarrarle de la capucha y llevarle hacia donde tienen aparcadas las motos. Yo en cambio he venido en coche con Niall.

karla.varez
Sí. Entiendo que querrás mantener el secretismo.

biker.fox
Tal y como me pediste en su día.

Me subo al Mustang de Niall tras despedirme con un asentimiento de Luka y leo su siguiente mensaje.

karla.varez
Nos vemos el sábado supongo.

—Podrías dejar el móvil durante un rato —murmura Niall de pronto cuando nos detenemos en un semáforo.

Suelto un suspiro y me guardo el móvil en el bolsillo de la sudadera. Me limito a mirar por la ventanilla, pero la calma no dura demasiado cuando vuelve a hablar.

—¿Quieres hablarlo?

Me quedo en silencio durante un rato y coloco la cabeza en el respaldo del asiento.

—No hay nada que hablar.

Justo en ese momento el semáforo se pone en verde y Niall avanza de nuevo.

—Tienes la misma cara que la última vez que volviste de Las Vegas. Así que, o has discutido con tu padre o estás rayado por alguna de tus mierdas de doble vida.

Me resulta acojonante como Niall es capaz de dar en el blanco sin saber una mierda de nada. Tiene la capacidad de leerte físicamente y así, adivinar qué cojones se te está pasando por la cabeza en ese momento.

No evito soltar una pequeña risa nasal y mirarle.

—Bingo.

—¿A la primera o la segunda?

Levanto dos dedos y él después frunce los labios.

No dice nada durante un buen rato y sé que me está juzgando aunque no lo diga. O simplemente está buscando de qué manera tocar el tema sin hacerme daño.

—¿Se lo vas a contar?

—No —respondo contundente.

—¿Por qué? Estáis pasando unos límites que ya no son sanos.

Chasqueo la lengua y me giro hacia él.

—¿Y qué quieres que le diga? Hola Karla, ¿sabes el tío ese que sigues, con el que haces *sexting* de Tik Tok y que tienes endiosado en un altar porque te pone increíblemente cachonda? Bien, pues soy yo.

Gira el volante y sacude la cabeza.

—Dicho así... A lo mejor deberías contárselo.

—¿Tú piensas decirle a Dove que eres *Ghost*?

Veo cómo frunce el ceño y sé que ahí he tocado terreno fangoso.

—No es lo mismo *Fox*, no me jodas.

—Claro que no es lo mismo. A ti te la pela perderla, pero yo no estoy acostumbrado a quedarme solo —sentencio con una sonrisa amarga volviendo mi vista hacia el exterior del coche.

Durante varias calles se queda en silencio, hasta que finalmente habla de nuevo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Seguir follándotela sin que sepa quién eres?

—No hemos...

No termino la frase. No porque fuese a mentir, sino porque tampoco voy a ser sincero del todo.

—Aun así sigues dejando que te envíe *nudes* y le sigues el juego. Está confiando en ti y, como descubra quién eres por otra persona, va a pensar que le has estado vacilando.

Cuando aparca en el garaje el resto ya han llegado y yo me quedo mirando al frente, sintiendo como el corazón me palpita en las sienes. Me obligo a controlar la salida y entrada de aire en mis pulmones cuando el aluvión de realidad me invade.

Porque por mucho que me joda, Niall tiene razón.

Karla.

Maxwell.

Mi identidad.
Todos los puntos conectan hacia ella.

TRECE

KARLA

Viernes 26 de septiembre

Dove y Saori se fueron hace un buen rato después de nuestra sesión de películas Disney, tras enterarse del accidente de Conrad.

Nunca había visto a Saori así: desencajada, nerviosa y sin pensar en las consecuencias de ver al alemán con su hermano delante.

Suspiro encogida en el sofá, sostengo entre mis manos el pequeño álbum que quise traerme a Ashmont la última vez que fui a España. Lo abro, viendo de nuevo la foto en la que Mónica y yo estamos vestidas con los trajes de gitana, abrazándonos la una a la otra.

Apenas teníamos seis años. Todo parecía tan fácil en aquel entonces...

Pero a medida que crecíamos, las cosas se complicaron más. No nos distanciamos en ningún momento, pero su actitud justo antes de su accidente cambió drásticamente. Comenzó a ser más esquiva y no me contaba tanto sus cosas, algo que siempre me pareció raro viniendo de ella. Mónica era una persona que siempre hablaba por los codos y la confianza que teníamos no conocía ningún tipo de barrera.

Después de todo, nos conocíamos desde que íbamos a la escuela infantil. Juntas pasamos cada momento de nuestras vidas en un pack de dos, como los zumos y las cremas. Pero esos últimos meses, Mónica no era la misma.

Rodeo su brazo y me pego bien a ella para conseguir algo de calor. Apenas ha empezado abril y aunque no hace un frío horrible, la humedad del mar me cala hasta los huesos mientras caminamos por el paseo marítimo.

Hacía tiempo que no veníamos y joder, lo necesitaba.

Mónica camina a mi lado con la cabeza agachada, cubierta por una gorra típica de béisbol y unas gafas de sol. Yo llevo el mismo atuendo, pero en vez de llevar gorra me he puesto la capucha para esconder mi pelo azul. Entiendo que ha sido un cambio arriesgado y radical y, por mucho que me guste, ahora es un puto imán de paparazzis.

—¿Y si vamos mañana a la bolera? O podemos ir a ver esa exposición que...

—No me apetece —me interrumpe sin siquiera mirarme con la voz apagada.

Me detengo y ella se obliga a hacer lo mismo.

—Pero es tu cumpleaños. Podríamos avisar a Daniela y a Claudia...

—¡He dicho que no! —grita de pronto, clavando sus ojos marrones en mi rostro.

El grito me tensa de pies a cabeza y la miro con cierta preocupación ante su tono. Mónica nunca me grita, ni siquiera levanta la voz para pedir un taxi. Lleva semanas rara. Últimamente se pasa todo el día en su casa metida, no queda con nosotras para absolutamente nada y además ha adelgazado bastante, cosa que es muy extraño en ella.

Mónica siempre ha practicado deportes, y desde que entramos en la ESO comenzó a destacar en el atletismo. Por ello, mantiene una dieta equilibrada que un nutricionista le prepara para cada día.

Pero su madre me ha dicho que lleva días sin comer bien.

—¿Es por Marcos? —pregunto con cautela—. ¿Ha vuelto a...?

Veo como suelta un bufido y sigue caminando sin esperarme, dando grandes zancadas.

No me gusta que tenga esta actitud. Es como si quisiera tomar distancias conmigo, aunque no conozco el motivo.

—Joder... —murmuro guardándome las manos en los bolsillos del abrigo—. Mierda Mónica, ¡espera!

Consigo alcanzarla, pero siento que me falta el aire cuando llego a su lado. Al contrario de ella, yo apenas consigo dar una vuelta a la pista de atletismo sin ahogarme.

Siempre he sido una absoluta negada para los deportes.

Consigo alcanzarla de la sudadera y la obligo a detenerse.

—Por favor, Moni. Necesito que me expliques qué está pasando —suplico intentando buscar su mirada.

—Karla...

—Déjame terminar. —Ella parece ver mi desesperación, porque se queda en silencio después de soltar un pequeño suspiro—. En unos meses terminamos bachillerato. Yo me iré a Estados Unidos a estudiar y tú seguramente consigas alguna plaza deportiva para el equipo de salto.

Ella mueve la cabeza un poco y mira por encima de mi hombro, como si buscara algo detrás de mí.

O a alguien.

—No entiendo a qué quieres llegar con esto.

—A que no quiero que nos distanciemos antes de tiempo.

Se tensa de pies a cabeza y finalmente, me mira por voluntad propia.

—No me estoy...

—Si lo estás. Ya no me cuentas tus cosas como antes y llevas semanas actuando de manera extraña. Si hay algo que esté pasando...

Unos pasos suenan a nuestra espalda y cuando me giro, un micrófono casi me estampa en la cara.

—Buenas tardes, chicas. Mónica queríamos hablar contigo sobre tu padre.

Genial. Paparazzis.

Mónica me agarra de la sudadera, caminando para alejarnos, pero la chica del micrófono y el cámara que la acompaña empiezan a seguirnos.

—Queríamos saber si lo que dicen es cierto. Lo de que tus padres están teniendo una crisis.

Silencio. Ambas nos alejamos con la cabeza gacha y sin decir nada.

No nos gusta ir con seguridad y normalmente no la hemos necesitado, pero desde que los padres de Mónica empezaron con todo el procedimiento del divorcio, apenas podemos salir sin que parezcamos dos personajes de una película de espías.

Y ni así funciona.

—¿Se van a divorciar, Mónica?

Aceleramos el paso y es justo en ese momento cuando un coche se detiene en una de las salidas del paseo marítimo. Dos hombres que conozco muy bien salen del coche y se acercan a nosotras.

—Atrás, por favor —ordena Alejandro interponiéndose entre nosotras y la mujer del micrófono a la vez que Ignacio nos lleva hasta el coche.

—Solo queríamos preguntar por el posible divorcio...

—He dicho atrás —repite Alejandro.

Es lo último que oigo antes de que ambas entremos en el coche y se cierren las puertas. Ignacio se sienta a mi derecha y Alejandro no tarda en subirse de copiloto. Carlos, el conductor, nos lanza una mirada de reproche mientras pone el coche en marcha.

—No podéis salir sin seguridad. Ya os lo dijeron vuestros padres.

Mónica y yo mantenemos la mirada baja. Cuando voy a coger la mano de mi amiga, ella la retira y mira por la ventanilla.

Sé que están pasando muchas cosas en su vida, pero no entiendo por qué se cierra tanto conmigo.

No puedo perderla.

No puedo, joder.

Pestañeo y me limpio las lágrimas al recordar ese día. Fue la primera y última vez que intenté preguntarle qué le pasaba, hasta que ocurrió el accidente.

Carlos iba con ella en el coche ese día, y también falleció cuando se saltó ese semáforo y un autobús se los llevó por delante.

No sé por qué se saltó ese semáforo. Carlos siempre era cuidadoso y prudente al volante; culparlo de lo sucedido no

soluciona nada.

Cualquier descuido pudo provocar el accidente.

Accidente.

Mierda, Conrad.

Miro la hora en mi móvil y me doy cuenta de que llevo alrededor de veinte minutos divagando entre mis pensamientos. Escribo varios mensajes al grupo de las chicas para ver si Saori o Dove nos dicen algo, pero no me contesta nadie. Entonces, recuerdo que tengo el número de Callum.

«Escríbele.» ¿Qué? No. Ni de coña.

Me niego a dirigirle la palabra.

Y menos desde que le vi esperarme el martes a las puertas de mi facultad.

¿Ahora también va a acosarme o qué?

Insisto, pero no me contestan, así que me veo obligada a buscar su número.

No me cuesta encontrarlo, ya que yo misma le cambié el nombre de "Culebra" al suyo propio.

¿Qué? Me parece raro tener guardado a alguien como una serpiente.

Pulso sobre «enviar mensaje» e inmediatamente me arrepiento.

Karla

Hola, soy Karla. ¿Cómo está Conrad?

Casi al momento, veo que lee el mensaje y los tres puntitos aparecen.

Callum

Me preguntaba cuánto tardarías en escribirme.

Enarco una ceja leyendo el mensaje y suspiro.

Karla

Solo lo hago porque mis amigas no me contestan. No te equivoques.

Callum
¿Seguro que no es para terminar lo del sábado?

Karla
El sábado no pasó nada.

Callum
Por supuesto que no, porque yo no quise. En cambio, a ti te temblaban las piernas. ¿Acaso te pongo cachonda, Karla?

Abro los ojos de par en par al leer esa frase y me atraganto con mi propia saliva.

Está intentado meterse en mi cabeza.

Solo quiere conseguir lo que lleva persiguiendo desde aquella noche en el puente.

No pienso permitirlo, joder.

Karla
No me pones nada. En ningún sentido.

Callum
¿Lo comprobamos? Puedo llegar a tu casa en diez minutos si me lo pides.

Miro el mensaje y es entonces cuando me doy cuenta de que estoy temblando.

Todo raciocinio está abandonando mi cuerpo y no tardo en darme cuenta de que estoy moviéndome tensa en el sofá, generando fricción entre mis muslos.

Joder, ¿estoy...?

Me levanto rápidamente del sofá y, dejando a Lottie y Vesna dormidas abajo, subo a mi habitación sin soltar el móvil. Cada paso que doy me acerca todavía más a la locura.

Porque no sé si lo que voy a hacer es de persona cuerda.

Me tiro en la cama tras quitarme las zapatillas de andar por casa y me meto debajo de las sábanas rápidamente, dejando la mano fuera para ver la pantalla.

El chat con Callum está ahí, con su último mensaje presente.

La única manera de encarar a un lobo, es no demostrarle que eres la presa. Así que me toca convertirme en la oveja con piel de lobo que nunca en mi vida he sido.

Karla

Atrévete.

Lee el mensaje al instante. El doble *check* azul aparece al momento, pero durante varios minutos, no recibo respuesta. Se mantiene en línea, así que al menos sé que no está conduciendo.

Espero y espero, pero no recibo respuesta.

Es justo cuando voy a bloquear el teléfono, que los puntos aparecen y su respuesta me deja completamente anonadada.

Callum

No pidas cosas de las que luego te puedas arrepentir. Mejor vete a dormir. Mañana me darás las gracias. Otra vez.

CATORCE

KARLA

Sábado 27 de septiembre

Camino hacia el campo de *lacrosse* con la vista pegada al móvil, leyendo la dirección que *Fox* me ha pasado esta mañana. Al parecer, es en un complejo de apartamentos que hay a las afueras, lo que nos dará privacidad y a mí no me verán ir por ahí con alguien enmascarado.

También he recibido un *bizum* anónimo con el concepto de "Uber".

La sonrisa no me ha desaparecido de los labios desde entonces, y los recuerdos de lo que pasó el sábado pasado con él siguen apareciendo en mi cabeza de vez en cuando.

Más de una vez he intentado masturbarme con ese recuerdo, hasta que llega el momento en que susurro su nombre.

El del innombrable.

Cuando recuerdo la desesperación con la que gemí, saco la mano de mis pantalones y suelto un grito de frustración contra la almohada.

No porque me corte el rollo, sino porque hace que me excite todavía más.

Debido a ese pequeño asunto sin importancia, he decidido que hoy abordaré con *Fox* ese tema y le pediré perdón. Pero debo admitir que su reacción me sorprendió.

Quiero decir, en vez de retirarse o parar, soltó una risa y continuó con más ganas. Es como si a base de follarme con la lengua, estuviese sacando al pequeño parásito de Callum de dentro de mí.

Porque eso es lo que es. Un jodido parásito.

Y pienso extirparlo.

Llego a la zona de las gradas y subo varios escalones hasta llegar a Saori y Vesna. Ambas están —como siempre— discutiendo sobre Ken.

—¿Crees que me llevará estas Navidades a conocer a tus padres? —se burla Vesna con una sonrisa de lado.

—En mi casa no celebramos la Navidad como vosotros.

Vesna mueve la mano con desdén.

—Bueno, puedo enseñarle la cultura europea. Seguro que le gusta, ¿verdad, Karla?

Levanto la vista del móvil y la castaña me mira con una sonrisa de oreja a oreja, a la vez que sube y baja las cejas, esperando a que continúe con la broma.

—Yo no me meto en vuestras historias... —digo sentándome a su lado.

—¡Serás traicionera! Ojalá y Ca...

Saori le pone una mano en la boca para que se calle y me mira, como si la serbia no estuviera lamiéndole la mano para que la retire.

—Quiero hablar de un tema serio contigo.

La tensión en el ambiente cambia radicalmente. Vesna deja de gritar contra la palma de la japonesa y ella la retira limpiándose en su pantalón.

Durante un instante me permito mirar al campo, dónde el equipo de los Wolves está prácticamente terminando el entrenamiento. No me cuesta encontrar al cuarenta y dos, y el apellido Walker en su camiseta.

Como siempre, no se le ve ni un centímetro de piel, pero tanto la interior de manga larga como la camiseta se le pega al torso casi sin dejar nada a la imaginación.

Centro mi atención en él. Las voces de mis amigas se distorsionan de fondo, como el sonido de una radio viniendo desde el patio vecino.

Todo se centra en Callum y en cada gesto que hace.

El movimiento de su cabello sudado cayendo por su rostro, como abre la botella de agua, la forma en que sus labios rodean el pitorro,

la mirada de reojo a las gradas...

Claramente me pilla mirándolo.

Y doy gracias a Saori cuando chasquea los dedos frente a mi cara, y al fin salgo del ensimismamiento.

—¿Me estás escuchando?

—¿No ves que no?

Parpadeo varias veces y giro mi rostro hacia ella.

—Perdona, ¿qué?

Vesna se ríe y me da un pequeño codazo.

—Poco más y te tengo que traer un babero, Karla.

Trago saliva y me paso una mano por el pelo con cierto nerviosismo.

—Lo siento es solo que...

—Callum te pone cachonda. Lo sabemos. Mi pregunta es... ¿Te pone más que el chico ese de Tik Tok?

Abro los ojos de par en par, pero es Saori quien la calla fulminándola con la mirada, a lo que la castaña levanta las manos en señal de rendición y vuelve a clavar la vista en el campo.

Saori suspira y se levanta para sentarse en el asiento libre de mi derecha.

—Es sobre Lottie.

Frunzo el ceño.

—¿Qué pasa con ella?

—Antes de nada, no quiero que me malinterpretes. Me parece genial que tanto ella como Dove hayan dado un cambio y estén más... felices. Pero todas sabemos cómo es ella y los cambios que ha tenido desde que no está con... —Hace un ademán hacia el banquillo, pero no me atrevo a mirar. Durante un instante, se queda en silencio y toma aire, preparándose para decir algo más—. ¿A ti te ha contado algo?

Puedo sentir las miradas de ambas sobre mí, buscando respuestas en mi rostro. Recuerdo la conversación con Lottie, cuando me confesó que estaba quedando con alguien, pero no me confesó con quién.

No puedo decirlo todavía. Me da miedo que se gafe o algo. Pero sé que te caería bien. Es europeo, como tú.

Pero no lo cuento. Porque sé que ella haría lo mismo por mí.

—Ahm no... No me ha contado nada —miento retirando la vista a un lado.

El recuerdo de Callum regañándome por mentir se me viene a la cabeza y miro al campo. Los chicos caminan a los vestuarios entre risas, aunque sé que algunos siguen tensos por lo que pasó ayer con Conrad.

Justo cuando voy a cruzar la vista con él, la retiro rápidamente.

—¿Estás segura? —insiste Saori.

Asiento de nuevo y eso parece convencerla.

Vesna rompe el momento.

—¿Ves? Solo son rayadas tuyas —sentencia la castaña encogiéndose de hombros a la vez que se levanta—. Pero si os quedáis tranquilas puedo preguntarle a mi hermano si sabe algo.

Tuerzo el gesto en una mueca de disgusto.

—No sé si es la mejor idea.

Saori asiente ante mi comentario, levantándose también y agarrando su bolso.

—Entonces dejad de darle vueltas —dice Vesna quitándole hierro al asunto.

Y mientras ellas se levantan y empiezan a bajar las escaleras para salir de las gradas, yo me quedo sumida en mis pensamientos.

Saori siempre ha sido de sobre pensar las cosas.

Y Lottie merece ser feliz al fin.

Justo cuando voy a levantarme y coger mis cosas, el móvil me vibra en la mano. Al sacarlo y leer el mensaje, me quedo bastante descolocada.

Número Desconocido

¿Estás segura que lo de tu amiga fue un accidente, Karla? Él es quien tiene las respuestas que buscas.

El mensaje adjunta una imagen.

Una foto de alguien que conozco muy bien.
Callum Walker.

QUINCE

KARLA

Sábado 27 de septiembre

La mente me va a mil por hora mientras miro la pantalla de mi móvil.

El perfil de Callum en Instagram está abierto ante mí y, desde que me ha llegado ese mensaje, no he hecho otra cosa que stalkearle en todas las redes sociales conocidas, como si fuera una estúpida *hacker*.

Apenas tiene fotografías, solo con su moto o de cara. La información que él da en redes es escueta y tampoco es que siga a mucha gente, aparte de a sus amigos, algunas cuentas de raperos y... a mí.

Me deslizo por la pared hasta quedar en cuclillas, con el móvil contra el pecho y soltando un suspiro exasperado.

Jamás se me pasó por la cabeza pensar que lo de Mónica no hubiese sido un accidente.

Un despiste al volante lo puede tener cualquiera y ese fue el caso de Carlos. Pero este mensaje no es una broma.

No puede serlo.

Unos gritos procedentes del interior de los vestuarios me hacen tensarme de pies a cabeza y me incorporo de nuevo.

—¡Eres un gallina, *Vetro*! Un puuuuuto...

—Hijo de...

Las puertas se abren y me asomo por la esquina para ver como Niall sale corriendo, a la vez que Luka le persigue. El castaño es más

rápido y le rodea el cuello con un brazo, sé que están de broma por la sonrisa que baila en sus labios.

Ken sale después con el casco en la mano y de pronto mira hacia atrás, como si esperara a alguien.

Cuando le veo, se me corta la respiración.

Lleva la vista pegada al móvil y tiene el ceño fruncido, como si le extrañase algo de lo que hay en él.

—¿Vas a venir al hospital a ver a Conrad? —le pregunta deteniéndose para esperar mientras de fondo Luka y Niall siguen pegándose.

Callum levanta la vista hacia Ken y asiente.

—Sí, pero iros adelantando. Se me ha olvidado algo.

Ken ladea la cabeza con escepticismo, pero no le pregunta de vuelta.

Me escondo de nuevo cuando veo que va a mirar en mi dirección y espero varios minutos. Escucho el rugido de un coche al marcharse y una moto siguiendo el mismo camino.

Pero igualmente aguardo.

No abandono mi escondite.

—No te tomaba por una acosadora.

Su voz llega seguido del olor a menta de su aliento y, cuando giro mi rostro y veo que está apoyado en la esquina del edificio justo a mi lado, ahogo un grito que me tambalea hacia atrás.

Está más cerca de lo que esperaba.

Las botas me traicionan y pienso que voy a caer de culo, pero en ese momento, me agarra del codo y me mantiene estable.

Sus ojos verdes se posan sobre mí de manera interrogativa, ahogándome entre sus ramas y buscando las respuestas ante las dudas que se le pasan por la cabeza.

Pero soy yo quien tiene las dudas, no él.

—No te estaba acosando —espeto dando un paso atrás y soltándome de su agarre—. No eres tan interesante.

Enarca una ceja y señala mi móvil con la cabeza.

—Entonces, si no soy tan interesante, ¿por qué tienes abierto mi perfil de Instagram en el móvil?

Bajo la mirada a mi mano y, claramente, se ve en la pantalla justo lo que dice. Las manos me comienzan a temblar y bloqueo el móvil rápidamente, intentando ocultar mi vergüenza.

Por las tetas de *Toji*, me vuelvo una estúpida cuando está delante.

Se inclina hacia mí y retengo la respiración, solo para no embriagarme del olor a menta que me hace recordar mi momento de hace una semana con *Fox*.

No quiero manchar un recuerdo así con la cara de Callum.

—¿Piensas contestar?

Tomo aire y me encojo de hombros fingiendo indiferencia.

—Pasaba por aquí.

—Ya, claro. Justo por donde entreno. Qué casualidad —dice imitando mi tono de voz y repitiendo las mismas palabras que yo le dediqué el martes—. ¿Ahora te dedicas a seguirme?

Le dedico una mirada de fastidio y noto como se muerde el piercing del labio para contener una risa.

«Ojalá morder ahí.»

No. Nunca. Jamás.

—Déjame en paz. —Mi tono no tiene firmeza y es poco convincente, pero se aleja y me da espacio.

Durante unos segundos, el silencio pesa entre nosotros, hasta que finalmente hace un ademán hacia la maldita moto roja que está en el aparcamiento.

—¿Quieres que te acerque a casa?

Ruedo los ojos dando un paso atrás.

—No. ¿Puedo irme?

Cambio el peso de la pierna y él lo nota.

—¿Tanta prisa tienes?

Miro la hora en mi teléfono y suspiro. Todavía tengo que llegar a casa, comer, ducharme y prepararme para mi encuentro con *Fox* esta noche.

—Prisa no, pero mejores planes que estar aquí contigo, sí.

—Eso duele. ¿Tienes una cita?

—No es de tu maldita incumbencia, Callum.

—Uhm... Me pregunto si también dices así mi nombre cuando te tocas por las noches.

Estoy a punto de darle una bofetada por esa frase, pero cuando levanto el brazo, él lo detiene a medio camino. Su rostro se acerca al mío y nuestras narices se rozan por un momento.

—Si esta noche te quedas con ganas, ya sabes lo que tienes que hacer.

No me da tiempo a acostumbrarme cuando se separa, dando un paso atrás y me suelta. Tampoco mira atrás cuando se gira y, tras colocarse el casco, se monta en su moto y me deja sola en esa esquina, como una acosadora pervertida que acaba de ser descubierta.

Para su desgracia, esto no ha acabado aquí.

He estado a punto de cancelar mi quedada de esta noche con *Fox*.

Y no porque no me apetezca.

Sino porque siento que estoy llegando a un límite superior que en julio.

Tengo tantas cosas en la cabeza, que siento que si le veo, solo voy a echar por tierra todo lo que hemos construido en estos meses.

Pero ese mensaje me dejó descolocada.

Completamente.

Tengo la cabeza llena de preguntas, y todavía más después de mi encuentro de este mediodía con el innombrable.

¿Qué tiene que ver él con Mónica?

¿Qué es lo que sabe Callum exactamente?

¿Quién me ha escrito?

¿Insinúa que aquello no fue un accidente?

Me paso una mano por el pelo, dispuesta a hacerme una coleta, pero cuando voy a usar mi coletero, me doy cuenta de que no lo tengo.

No tengo ninguno de los dos.

Recapitulemos...

Uno de ellos se lo quedó Callum cuando me lo arrebató en el baño del taller de Luka, y el muy capullo se dedica a pavonearse frente a mí llevándolo en la muñeca para demostrar algo.

¿El qué? Ni lo sé, ni me importa.

«Eso es lo que tú crees.»

Que te jodan.

¿El otro? Sé que lo tiene *Fox*, porque yo misma dejé que se lo quedara. Aunque todavía no entiendo por qué lo hice.

Quiero decir, ambos tienen algo importante de mí, pero la intimidad que hemos compartido y la forma en la que *Fox* me escucha, me trata y me hace sentir deseada, es diferente.

Pero también tengo tantas dudas respecto a él.

Estoy a punto de divagar aún más cuando la puerta del apartamento se abre, y lo primero que veo es... nada.

Oscuridad. Negro.

Apenas es una rendija lo que la puerta se ha abierto, pero dentro no hay ninguna luz encendida.

—Entra.

La voz es grave y no admite discusión alguna.

—¿Qué estás...?

—He dicho que entres, Sombra.

El apodo pesa más que otras veces, prometiendo demasiadas cosas y, seguramente, ninguna buena.

Apoyo la mano en la puerta y abro un poco más. Mis ojos no se acostumbran a la oscuridad fácilmente, así que a la que voy a entrar, me tropiezo con un pequeño escalón.

Consigo mantener el equilibrio y cierro la puerta detrás de mí, apoyándome en la madera.

Entrecierro los ojos, buscando alguna sombra en la oscuridad, pero ni siquiera la tenue luz de la luna me muestra algo.

Frente a mí sé que hay un pasillo largo que lleva a una sala más grande. Antes de cerrar, pude ver que no hay puertas a mis lados, así que *Fox* tiene que estar al fondo.

Me aferro a una de las paredes y camino con cuidado, intentando no tropezarme de nuevo.

Tengo los pelos de punta, pero a quién quiero engañar, también estoy bastante excitada.

Sé perfectamente lo que está haciendo.

Yo misma en una de nuestras tantas conversaciones hipotéticas, le confesé que me gusta que me acechen.

Lo sé, no es muy normal.

Pero eran situaciones hipotéticas.

Hace unos meses no me imaginaba que *Fox* se fuese a presentar en Ashmont y querer quedar conmigo para hacer realidad todas esas fantasías que solo he probado roleando con *bots* de inteligencia artificial.

Una vez que llego a la amplia estancia y miro al balcón, veo que la cortina está echada; la poca luz que se cuela apenas deja ver nada. Ni siquiera se me pasa por la cabeza correrla. Me acerco casi a tientas y me doy de bruces contra un mueble.

Al tocarlo, una madera suave hace contacto con mis yemas.

Palpo a mi izquierda y camino en dicha dirección. Antes de que pueda volver a tropezar, un tejido aterciopelado hace contacto con mis manos. Paso las manos por el mueble y puedo divisar un gran sofá.

Una rendija de luz me deja ver algo negro en uno de los asientos. Alargo la mano para cogerlo y entonces lo siento al instante.

No me hace falta tocar mucho, porque reconozco al instante la rugosidad y el grosor de esta.

—Me encontraste.

Ahogo un grito cuando siento como una mano me rodea la cintura y otra me tapa la boca, secuestrándome para llevarme a la maldita oscuridad más absoluta.

Aferro mi visión a esa rendija de luz de la cual nos alejamos y la máscara cae de mis manos.

Intento forcejear, pero a quién quiero engañar: mi cuerpo grita todo lo contrario.

—Peleona... pero te encanta que te arrinconen en la oscuridad en contra de tu puta voluntad, Sombra.

Escucho como abre una puerta y ahora sí que sí, no veo nada. Es como si llevara esa maldita venda del sábado anterior en mis ojos,

privándome al completo de uno de mis sentidos.

Retira la mano de mi boca y de un rápido movimiento, me gira para quedar frente a él.

No distingo nada. No consigo verle.

Pero sé que no lleva la máscara. Y eso me cabrea.

—Así será siempre, Karla. A oscuras. Tus sucios secretos, la oscuridad y yo. Nada más.

Apoyo mis manos en su pecho, dándome cuenta de que no lleva nada. Puedo sentir su piel estremecerse cuando le toco y el pulso se me acelera. Levanto una de mis manos para buscar su rostro y comienzo a palparlo con calma.

Mis dedos recorren su frente primero, subiendo y bajando de izquierda a derecha; desde el nacimiento del pelo hasta sus ojos. Palpo sus gruesas cejas, intentando averiguar su longitud y la distancia entre ellas.

Cuando bajo hasta sus ojos, noto que los tiene cerrados. Sus pestañas acarician la yema de mis dedos y dejan pequeñas cosquillas cuando sigo mi camino hasta sus pómulos:son finos y marcados. Puedo notar la tensión en ellos a medida que me encamino a las mejillas, como si se estuviera conteniendo por algo.

Llego a su nariz, recta, fina. Las fosas se le abren a medida que paso mis dedos y desciendo a la zona superior de su bigote. No hay vello facial ni ahí, ni en las mejillas ni en su barbilla. Apenas me raspa, lo que significa que seguramente se afeite a diario.

Dejo lo que más deseo averiguar para el final.

Sus labios.

Los palpo con miedo, temiendo —o queriendo— encontrar algo que me recuerde a *él*.

Son finos y pequeños, pero bastante carnosos. Puedo sentir como abre un poco los mismos mientras paso el pulgar de lado a lado, primero por el superior y después por el inferior.

No hay piercing.

No hay sonrisa socarrona.

Una parte de mí se tranquiliza, pero otra se decepciona.

—¿Te gustan? —murmura y, no es hasta que habla, que no soy consciente de lo cerca que estamos el uno del otro.

Asentir no sirve. No nos vemos el uno al otro.

Mi pulgar estira su labio inferior —allí donde me gustaría que hubiese un aro—, y me pongo de puntillas para besarle, pero él se retira hacia atrás chasqueando la lengua.

—Vas a tener que ganártelos.

—Pero...

—Primero, quiero los tuyos alrededor de mi polla.

Contengo la respiración y me doy una bofetada mental ante la palpitación que siento en mi entrepierna ante su orden.

Pero el miedo se apodera de mí durante un instante.

—*Fox* yo nunca he...

—No es una petición, Sombra —sentencia con la voz ronca y forzada que me estremece al instante—. Es una puta orden.

Si fuera cualquier otra persona, le mandaría a la mierda.

Pero él sabe que esto me gusta.

Noto como coloca una mano en mi hombro y la otra la lleva a mi mentón, acariciándolo con delicadeza con el dedo pulgar.

Su toque me derrite, me deja a sus manos sin pensar en que ahora mismo podría hacer conmigo lo que le diera la gana.

—Vamos a practicar... —susurra, acercando el pulgar a mis labios —. Abre la boca para mí.

No hace falta que me lo repita.

Obedezco sin dudarlo.

Apenas he abierto los labios cuando introduce el dedo hasta el fondo, abriéndose paso para comenzar su lección.

Lo saca y lo mete varias veces, lentamente, empapando mis labios con mi propia saliva.

—Ahueca las mejillas... Relaja la mandíbula... No uses los dientes... —Mete el dedo hasta el fondo de pronto y ahogo un gemido que sale entrecortado—. Aprendes rápido...

Saca el dedo y durante un momento no sé qué va a hacer hasta que siento su aliento sobre mis labios. Creo que me va a besar, pero apenas me roza con su piel cuando empuja de mi hombro para dejarme de rodillas en el suelo.

Yo no me resisto; levanto las manos para colocarlas sobre sus muslos.

Siento la rugosidad de sus vaqueros a medida que voy subiendo, escucho como se desabrocha la cremallera y deja caer los pantalones probablemente hasta el bajo de la cadera.

—Búscala.

Aprieto los puños para contener los nervios y llevo mis manos hacia arriba. No tardo en encontrar lo que me pide que busque. Al pasar los dedos por su polla, siento como se tensa un poco, pero no dice nada.

Dejo caricias, midiendo la longitud y haciendo los cálculos de si será capaz de caber en mi boca.

Trago saliva cuando llego a la punta y mis dedos se mojan de líquido preseminal.

La parte más depravada de mí aparece y apoyo el trasero sobre mis botas.

Dios, necesito saborearlo.

Agarro con el puño su miembro, escuchando como un suspiro áspero abandona su garganta, consiguiendo expandir un escalofrío por toda mi columna vertebral. Saco la lengua para dejar una primera lamida en la punta que le saca un gemido ronco y jodidamente sexy, expulsado directamente desde las entrañas de su ser. Rodeo con mis labios su miembro y me lo introduzco poco a poco, acomodando el grosor a mis labios sin complicaciones.

La largura puede que sí sea un problema, y me doy cuenta de ello cuando siento que una arcada amenaza con salir cuando apenas me he metido un poco más de la mitad.

Él parece notarlo, porque me agarra del pelo y susurra con la voz más jodidamente sensual que he escuchado en mi vida.

—Respira, Karla...

La manera en la que dice mi nombre me obliga a frotarme los muslos como buenamente puedo y sigo sus indicaciones. Estoy demasiado cachonda para mantener la cordura, pero lo intento.

Tomo aire, lo mantengo y entonces la introduzco un poco más, sintiendo las lágrimas al borde de las comisuras de mis ojos ante el esfuerzo.

Es grande pero joder, me encanta.

Escucho como gime cuando empiezo a meterla y sacarla, dejando lamidas y besos en la punta. A él parece gustarle, porque aprieta el agarre sobre mi y siento como su abdomen se tensa cuando apoyo la mano libre ahí para sujetarme.

No duro mucho más así cuando aparta la mano y me levanta la cabeza.

—Me gusta tu delicadeza, pero sé que no es así como te gusta que te usen. Déjame follarte esa boquita como sé que te gusta...

Y tiene razón, porque cuando empieza a arremeter contra mi garganta sin ningún tipo de cuidado, me veo obligada a llevar una de mis manos a mi entrepierna para empezar a masturbarme por encima del tanga.

El sonido es obsceno pero embriagador, lo que hace que me excite todavía más, como si eso fuese posible.

—Eso es, Sombra. Lo estás haciendo estupendamente. ¿Te gusta que te folle la boca un desconocido al que no conoces de nada?

Froto mi clítoris mientras él usa mi boca para su propio placer, sintiendo como cada vez comienza a tensarse un poco más.

—Tócate el coño mientras me comes la polla, venga. Déjame ver lo jodida que estás por mí...

Y más.

Y más.

Hasta que finalmente consigo llegar al orgasmo.

No suelo utilizar mis dedos siempre que me masturbo, con acariciarme es suficiente. Mis orgasmos no es que sean una maravilla pero este, supera con creces a cualquier masturbación que me haya hecho a mí misma.

Él no se detiene y acelera más el ritmo; las palabras que él pronuncia a continuación no acompañan al acto.

—Dame dos toques... si quieres que pare... —gruñe agarrando una de mis manos y llevándola a su muslo.

Pero yo no me detengo y tampoco dejo que él lo haga.

Y menos cuando un sabor salado inunda el interior de mi garganta. Su mano en mi pelo se tensa durante unos instantes y la otra aprieta la mía.

Miro hacia arriba, pero no veo nada.

Me retiro y cuando su miembro abandona mi boca, me relamo los labios. Su dedo índice los recorre, buscando restos de su semen para meterlos de nuevo en la boca.

—Mmm, seguro que estás preciosa ahora mismo con todo mi semen pintado en tus labios.

Me gustaría que lo viera, que fuera testigo de que estoy dispuesta a llegar a cualquier lado si él va de la mano conmigo.

Suelta mi pelo y me agarra del mentón, tirando de él suavemente para que me incorpore. Lo hago y cuando siento sus labios a centímetros de los míos, las siguientes palabras me dejan sin aliento.

—Te necesito aquí todos los días. No solo los sábados.

No puedo responder cuando acorta la distancia entre nosotros y sus labios atrapan los míos en un beso desenfrenado. No es delicado ni suave, y se lo agradezco.

Porque no quiero que sea así.

Me muerde el labio inferior con absoluta desesperación y me aferra a él como si tuviera miedo de que me desvaneciera.

Soy una presa en su boca, una que ha esperado a que caiga en la trampa para devorar de mil maneras diferentes.

Es como un lobo reclamando a su oveja.

Pero por más que me joda, él no es *ese* lobo, y yo no soy ningún animal descarriado.

DIECISÉIS

CALLUM

Lunes 29 de septiembre

—¿Estás seguro de esto?

El serbio camina delante de mí, ambos ocultos en las sombras donde las farolas apenas pueden proporcionar luz al vecindario debido a que muchas de ellas están fundidas. La zona del polígono es famosa por ser bastante peligrosa y la gente que suele vivir aquí no son conocidos por su amabilidad y hospitalidad.

Todas las ciudades tienen su lado oscuro y el de Ashmont es este.

Luka se gira hacia mí cuando llegamos a una esquina y a pesar de la oscuridad, puedo notar la sonrisilla traviesa que le tira de la comisura de los labios.

—¿Tú no?

—No he dicho eso. Solo me parece precipitado que esto lo hagamos solos.

Luka resopla a la vez que se gira para mirar por la esquina.

—Papá Ken no lo aprobaría y Niall está demasiado pendiente de la pelirroja.

—Lo dices como si te molestara.

—Que va —susurra encogiéndose de hombros—. Ya era hora de que dejase de ser un idiota solitario.

Mueve su mano para que me acerque y ambos corremos hacia el garaje de una de las casas escondidas. De todas las que conforman la zona, es la que en mejor estado se encuentra y parece bastante

habitable, aunque los hierbajos y las enredaderas que suben por las paredes hace que parezca que se vaya a caer a trozos.

Luka se asoma y oigo que chasquea la lengua.

—La puerta del garaje está cerrada —maldice, colocándose la capucha de la sudadera—. ¿Has traído la ganzúa?

Me meto la mano en el bolsillo del vaquero y asiento.

—No me gusta allanar casas.

—Pues a mí me encanta.

Me arrebata la ganzúa y ambos nos dirigimos hacia la pequeña puerta del garaje que se sitúa al lado del portón principal, donde esperemos que el idiota de Theo tenga su puta moto aparcada. Luka se arrodilla y empieza a forzar la puerta, mientras que yo me coloco la capucha y vigilo a nuestro alrededor.

—¿Y qué pasa contigo? —murmuro, sacando un tema de conversación para agilizar la espera.

—¿Conmigo?

—Sí. ¿Cuándo tienes pensado casarte?

Un silencio algo espeso cae sobre nosotros, únicamente interrumpido por el sonido de la ganzúa trasteando con la cerradura.

—No tengo prisa —responde al fin—. Pero ya hay varias familias interesadas.

Entrecierro los ojos.

—¿De verdad quieres eso para ti?

El chasquido deja de escucharse y me giro hacia él solo para confirmar mis sospechas. Me está mirando.

—¿A qué viene el interrogatorio?

—Curiosidad...

—¿Es por Karla?

La pregunta me pilla con la guardia baja, así que me giro hacia el vecindario de nuevo y me encojo de un hombro, intentando sonar indiferente.

—No es por Karla. O sea sí. Pero no me pasa nada con ella. Es solo que quiero...

—No me jodas que habéis follado ya...

—¿Qué? No...

—*Fox*...

Levanto la cabeza y tomo aire profundamente.

—Vale, sí. Han pasado cosas. Pero no le cuentes nada a Niall. Ni a ninguno.

Un chasquido más fuerte se escucha justo antes de un pequeño chirrido. Cuando me giro, Luka ha conseguido abrir la puerta y ya está de nuevo de pie guardando la ganzúa en su bolsillo.

—*Alohomora*.

Ambos entramos al pequeño garaje y no tardamos en ver dos motos, una aparcada al lado de la otra. Un olor a moho y humedad nos invade las fosas nasales y ambos arrugamos el ceño.

—Prefiere gastarse el dinero en motos que en reformar la casa —murmuro observando las humedades de la pared—. Venga, acabemos con esto.

—Antes quiero terminar la conversación.

Me giro hacia él retirando la vista de la pared mohosa.

—Está claro que habéis follado. Así que, o sigues ocultando tu identidad o ya sabe quién eres.

No evito poner los ojos en blanco, a la vez que saco del bolsillo la navaja mariposa que le robé a Niall de su mesilla de noche.

—No sabe quién soy.

—Entonces estás haciendo realidad el mito —comenta como si fuese un analizador de partidos de fútbol justo cuando voy a apuñalar una de las ruedas de la moto.

—¿Qué?

—El que te conté de Psique y Eros.

Me coloco de cuclillas y acerco la punta de la navaja a la parte exterior del neumático para rajarlo por fuera. El sonido del aire saliendo paulatinamente inunda el ambiente y me permito observar como la rueda se va desinflando poco a poco.

—Si vamos a hablar de secretos... —inquiero, moviéndome hacia la rueda trasera de la misma moto—. Podríamos hablar de los tuyos también.

Escucho otro pinchazo y un breve siseo cuando el aire abandona la rueda.

—No tengo secretos. Me conocéis de sobra y soy un libro abierto.

—¿Y Lottie?

Le miro por encima del asiento de la moto y, a pesar de la oscuridad, puedo distinguir su silueta tensa mientras se dirige a la rueda delantera de la otra moto.

Creo que la he cagado.

Luka no ha hablado abiertamente de Lottie con ninguno de nosotros, o eso que yo sepa. Sabemos que algo tuvo con ella, aunque nunca se llegó a confirmar del todo. Lo único que sabemos es que pasó algo grave entre ellos en verano, porque fue a partir de esa época que Lottie empezó a esconderse detrás de sus amigas cuando Luka aparecía por cualquier lado.

Hago el mismo corte a la rueda trasera de la moto y cuando me levanto, él está echando algo sobre la que tiene él delante. Estoy a punto de preguntar qué es cuando habla.

—Charlotte y yo nunca hemos sido nada. Nada serio, al menos —dice al fin a la vez que expande brillantitos por la moto. ¿Es purpurina?—. Nos conocimos en unas circunstancias un tanto... graciosas, en un partido de fútbol americano antes de que su padre se prejubilase. Fue una sorpresa cuando nos volvimos a encontrar aquí y bueno, ambos nos rondamos un tiempo.

Cuando termina de echar la purpurina se acerca a la moto a la que yo he rajado las ruedas y repite el procedimiento.

—Pero yo no soy un cualquiera. No soy como esos niñatos pijos que dan paseos por el parque y tienen citas en el puto cine. Yo me debo a mi familia y al honor que representa. Así que me distancié de ella en cuanto mi padre me ofreció casarme en un futuro por conveniencia. No podía seguir alimentando algo que un día iba a irse a la mierda. La única manera de acabar con ello de raíz, era mentir y decirle que estaba con otra.

Cuando termina, observa su obra de arte como si fuese el mismísimo Leonardo da Vinci: dos motos cubiertas de purpurina roja y con las ruedas pinchadas. Me alejo varios pasos para colocarme a su lado y observar desde la misma perspectiva ambos vehículos, sin sacarme sus palabras de la cabeza.

Porque me acaba de confirmar que tuvieron algo.

Aunque fuese pasajero.

Y eso explicaría muchas cosas.

—No te involucres mucho con ella, Callum. Sobre todo si no estás seguro de que todo vaya a salir bien.

Miércoles 1 de octubre

Me está siguiendo.

Se piensa que soy estúpido o algo y que no me estoy dando cuenta que, desde nuestro encontronazo el sábado por la mañana, se está dedicando a seguirme.

No solo lo sé por el *software* de rastreo de su móvil, sino porque disimula fatal.

Cuando salgo de los entrenamientos, enfrente de nuestra casa, a la salida del gimnasio...

¿Karla en un gimnasio por decisión propia?

Esa película de terror sí que pagaría por verla.

Siempre que la pillo, lleva una sudadera negra ancha y se tapa con una gorra de béisbol y la capucha para esconder el pelo. Lo acompaña con unas gafas de sol extragrandes, y sigue llevando esas faldas junto con las medias de rejilla que me dan ganas de arrancarle solo para devorar lo que esconde ahí abajo.

Hoy le traje unas, pero también se las he terminado rompiendo.

Cada momento que compartimos juntos y estamos repitiendo desde este sábado, regresan a mi cabeza a cada momento y la erección en mis pantalones es más difícil de controlar.

Conmigo está descubriendo cosas, sexualmente hablando, que nunca había sido capaz de explorar.

Para mi jodida suerte ha vuelto a gemir mi nombre sin querer, mientras tenía mi lengua entre sus piernas. Y joder, suena tan bien...

No sé hasta dónde va a llegar esto entre nosotros.

Al fin y al cabo, solo me acerqué a ella para vigilar sus pasos y mantenerla controlada, pero cada noche que pasa entre mis brazos sin saber que soy yo, es peor. Ya no me vale tener sus labios alrededor de mi polla y hacer que la oscuridad se trague sus gemidos cuando le meto los dedos.

Necesito verla.

Ver cómo se sonroja cuando la toco.

Disfrutar de cómo pone los ojos en blanco cuando llega al orgasmo.

Contemplar la tensión en sus pezones cuando paso mi lengua por ellos.

Tocarla no es *suficiente*.

Karla tiene un cuerpo que está hecho para admirar. Es la jodida Mona Lisa de mi museo personal y, privarme de esas imágenes solo por mantener mi anonimato, me está revolviendo las putas entrañas.

Dejo que el agua de la ducha me recorra el cuerpo y escucho dos golpes en la puerta del baño.

—¿*Fox*? —La escucho llamarme y me aseguro en un vistazo rápido de que el pestillo esté cerrado.

Apago el grifo, abro la mampara y salgo enrollándome una toalla en la cintura.

—Dime —respondo acentuando el tono grave de voz.

—¿Vas a llevarme tú a casa o cojo un Uber? —pregunta al otro lado de la puerta.

Me miro al espejo, empañado por el vapor del agua y tomo aire, apoyándome el lavabo de mármol que hay frente a mí.

Cada día que se marcha duele. Duele, y no quiero que lo haga.

«La estás cagando.»

Cojo aire de nuevo y cierro los ojos.

«Vas a hacer que acabe como tu madre.»

Aprieto la mandíbula.

«No se merece a un mentiroso como tú.»

—Joder.

Otros dos toques en la puerta.

—¿Todo bien?

Carraspeo y abro los ojos.

—Sí, sí. Dame un minuto.

Me paso las manos por el pelo húmedo para secarlo un poco con los dedos y me pongo unos calzoncillos limpios que he traído al baño. Después agarro la estúpida máscara y me la pongo.

Antes de que la tela me toque el labio, paso la lengua por el hueco en el que debería llevar el piercing y suelto un suspiro. Termino de colocarla hasta la barbilla, asegurándome de que cubra bien mi rostro.

Cuando salgo del baño la encuentro en la cama, sentada con su móvil entre las manos. Todavía tiene el pelo húmedo de la ducha que se ha dado antes que yo y ya está vestida con la misma ropa con la que la pillé esta mañana siguiéndome, aunque con las medias destrozadas.

Una canción *techno* llena la habitación y ella mueve la cabeza y los pies descalzos al ritmo de la música.

—¿Qué escuchas? —pregunto, acercándome a ella.

—*Holy Priest* —responde sin mirarme.

Yo chasqueo la lengua y me siento a su lado.

—No me gusta ese tipo de música.

Al decir eso sus ojos se levantan hacia los míos, no sin antes darme un buen repaso de arriba abajo cuando se da cuenta de que solo llevo ropa interior.

—¿Por qué?

Aparto la mirada de ella y me encojo de hombros.

—No me gusta la música que no tiene un mensaje y es solo ruido.

Ella suelta una pequeña risa incrédula.

—¿Solo ruido? —Asiento y ella ladea la cabeza—. Le caerías muy mal a mi amiga Lottie.

—¿Por qué?

Sé el motivo, pero me gusta escuchar como habla de los demás.

—Ella está estudiando artes escénicas y se pasa el día diciendo que la música, aunque no tenga letra, siempre transmite un mensaje, ya sea por su base, los ritmos... —Se encoge de hombros y me dedica una pequeña sonrisa—. No sé. Parezco estúpida hablando de esto...

—No —la interrumpo negando con la cabeza—. Me gusta que des tu opinión.

—¿Tú qué música escuchas?

Tiendo la mano para que me preste el móvil y ella lo hace sin dudar. Nuestros dedos se tocan y un escalofrío me recorre la columna cuando siento sus yemas.

Me meto en YouTube y reproduzco «21 Questions» de 50 Cent sin dudarlo.

No sé por qué pongo esa canción, pero ella presta atención a la letra y mueve la cabeza al ritmo de la música. Yo, en cambio, no le quito los ojos de encima.

La máscara me deja ver lo justo, aprovechando que el tejido que hace la cruz es más fino, aunque no deja de ser molesto. Aprovecho que está distraída para fijarme en sus facciones, aunque no sé por qué lo hago.

Intento no mirarla de manera directa, pero todo en ella me abstrae de la realidad.

La pantalla del móvil le ilumina el rostro en destellos luces y sombras, fundiéndose con su piel pálida, que hace ese gran contraste con el color de su pelo que me dejó tan perplejo aquella noche en el puente. Me permito observar su largura y, a pesar de que mantiene el color, ya se puede apreciar el castaño en sus raíces.

Su cabello azul es casi como el reflejo del cielo en una noche de tormenta, peligrosa y eléctrica. Le cae hacia delante desde un lado, mientras que del otro, no deja que eso pase al colocarlo detrás de la oreja.

Mueve la cabeza al ritmo de la base y sonríe mientras escucha la letra.

Esa sonrisa. Esos labios.

Me quedaría atrapado en ellos todo el tiempo del mundo, no solo por la carnosidad que tienen; sino porque ahora que sé cómo saben, no quiero separarme de ellos ni un puto segundo.

Subo hasta su nariz, no demasiado pequeña pero que encaja perfectamente con su *todo*. Sus ojos negros reflejan la pantalla del móvil, pero cuando el videoclip cambia las escenas y regresa esa oscuridad, me siento más que dispuesto a hundirme en la profundidad de esos dos lagos negros.

«Tienes que dejar de mirarla así.»

Ya. Pero no puedo dejar de hacerlo, por mucho que me joda.

Aparto la mirada y trago el nudo que se me ha formado en la garganta. Sé que no estoy haciendo nada malo, pero algo me dice que si sigo mirándola así voy a empezar a sentir *algo* de una manera que no voy a ser capaz de ignorar después.

O puede que ya haya empezado a hacerlo.

—¿La has usado alguna vez? —pregunta, sacándome de mis pensamientos.

Giro el rostro hacia ella.

—¿El qué?

—La canción —dice señalando la pantalla—. Parece hecha para hacer las paces con alguien.

Niego con la cabeza conteniendo una sonrisa que ella no puede ver.

—No, la verdad.

Ella asiente y se levanta de la cama, guardando el móvil en el bolsillo de su sudadera.

—Pues si algún día la cagas con alguien, te recomiendo que la utilices. —Se queda un momento en silencio y veo que toma aire—. Oye, sobre lo del primer sábado que nos vimos...

—¿El qué?

—Ahm... bueno —Veo que me retira la mirada—. Cuando estabas... ya sabes... dije el nombre de ese chico.

Enarco una ceja aunque ella no la vea.

—¿Callum?

—Eh, sí. Ese. —Suelto una pequeña risa y ahora es ella quién levanta una de sus cejas—. ¿Qué pasa?

—Que lo has gemido más de una vez. Sin ir más lejos, hoy.

Un tono rojizo empieza a extenderse por sus mejillas, haciendo que luzca demasiado adorable.

—¿En serio? —Asiento y ella se tapa la cara con las manos—. Joder, que vergüenza... Lo siento *Fox*, de verdad...

—No me tienes que pedir perdón, Sombra. Se supone que estoy aquí para eso, para sacártelo de la cabeza.

Miércoles 4 de octubre

Después del partido y, de que Ken casi me lesione por insinuar su creciente interés en la hermana de nuestro amigo, salgo de los vestuarios con la vista en el teléfono.

Desde hace unos días, Karla está esperándome a la salida para hacer su habitual ruta y perseguirme. Además de gastarse un pastizal en taxis. Solo que esta vez se muestra a simple vista, vestida con una sudadera gris, unos pantalones anchos negros pero sin abandonar las botas de plataforma.

Tiene el pelo azul recogido en un moño con una pinza en la parte trasera de la cabeza, sujetado también por varias horquillas negras.

Su mirada está clavada en la salida de los vestuarios.

En mí.

Puedo ver como juega con sus dedos de manera nerviosa y cuando sus ojos se posan en mí, avanza varios pasos.

Decidida.

Sin miedo.

Sonrío al ver que cada vez que se acerca duda más, pero no se detiene hasta llegar frente a mí.

Sus ojos me escanean de pies a cabeza, pero no detiene su mirada demasiado tiempo en mi rostro.

Se queda al menos un par de minutos en silencio, seguramente buscando las palabras en esa preciosa cabecita. Le doy su tiempo, cruzándome de brazos con la bolsa de deporte colgada en uno de mis hombros.

Un tiempo que se me hace eterno hasta que habla.

—Quiero que me lo devuelvas —ordena extendiendo la palma de su mano.

Una de mis comisuras se alza hacia arriba.

—¿El qué?

Veo como pone los ojos en blanco.

—Sabes el qué.

Extiende más la mano para afianzar su petición, aunque por su semblante cruza un atisbo de duda, como si estuviese a punto de dar media vuelta y arrepentirse de esto.

Y eso me divierte de cojones.

De un rápido movimiento, agarro esa misma mano y tiro de ella hacia el interior de los vestuarios. El gesto le pilla de sorpresa cuando suelta un ligero grito y no hace por resistirse.

—¿Qué estás haciendo? ¡Suéltame! —grita cuando entramos.

La arrastro por el túnel y cruzo la primera puerta a la derecha antes de que el resto del equipo nos vea. Ya escucho los gritos de Judd burlándose de la caída de Matthew en el campo.

El cuarto de la limpieza puede que no sea el mejor lugar para tener esta charla con ella, pero a la mierda.

Anoche no tuve suficiente cuando se corrió en mi boca.

Se coloca contra la pared mientras yo cierro la puerta, sin soltar el agarre de su mano en ningún momento. Cuando me aseguro de que está cerrada, me acerco a ella. No me sorprende cuando hace lo que puede para que la suelte, pero no lo consigue.

—Mierda, suéltame —murmura en un tono muchísimo más bajo y sin ningún tipo de convicción.

Inclino mi cabeza más hacia ella, dispuesto a no ceder a pesar de que el olor a argán de su pelo esté trayéndome recuerdos que a lo mejor debería apartar.

—¿Me has esperado a la salida del entrenamiento para pedirme tu estúpido coletero? —pregunto en un susurro, bajando mis ojos hacia nuestras manos unidas y después subiendo de nuevo a su rostro—. Las cosas no van así, Karla.

Su pecho empieza a subir y bajar más rápido y, por primera vez desde que la agarré de la mano siendo Callum, deja de tirar para zafarse de mi agarre.

Se queda quieta, esperando el siguiente movimiento.

Me sorprende que no aparte sus ojos negros de los míos, retándome con la mandíbula todo lo apretada que puede.

Mi respuesta es simple. Dejo un leve apretón en su mano, solo para que recuerde quién de los dos es el que tiene el control de la situación.

—Vas a tener que currártelo más.

Sus cejas se fruncen.

—¿Cómo?

Me encojo de hombros.

—Ya sabes... —susurro, cerniendome más hacia ella y rozar su oído—. De otra manera.

Su respiración se corta y eso es todo lo que necesito para saber que está más nerviosa de lo normal.

—He dicho que me lo devuelvas —espeta de nuevo casi tartamudeando.

—Te he escuchado la primera vez —replico, mostrando una sonrisa socarrona—. Pero sé que si te hago la pregunta, vas a mentir. Así que venga, sé más amable, Karla.

Llevo mi mano libre al bolsillo de la sudadera y saco el coletero que le arrebaté en el taller de Luka. Lo coloco entre mis dedos y lo levanto hasta su rostro.

—Callum...

Oír mi nombre de esa manera solo hace que la polla se me endurezca contra los pantalones de chándal, recordando la de veces que lo ha gemido conmigo delante sin ella saberlo.

—Un poco más, venga —insisto, pasándome la lengua por el piercing del labio y apretando un poco su mano—. No es tan difícil.

Veo como cierra los ojos y el silencio entre nosotros se vuelve algo pesado por culpa de la tensión. El olor a productos de limpieza me irrita un poco las fosas nasales, pero intento ignorar esa sensación y llenarme de ella.

Cuando los abre, algo cambia. Ya no hay nervios o duda, sino pura determinación.

—¿Serías tan amable de devolverme mi coletero? —pregunta, clavando sus ojos en los míos—. Por favor.

Por primera vez, me está pidiendo algo a mí, no a *Fox*.

No me ordena.

No me exige.

Lo dice de manera tranquila y sin ningún tipo de prisa.

Y esa forma de decirlo hace que la sonrisa abandone mis labios, porque por primera vez desde que la conozco, está siendo sincera y está cediendo a mí.

Trago saliva y ladeo la cabeza.

—No costaba tanto, ¿verdad?

Deslizo el coletero hacia su mano libre, pero ella no aparta su mirada de la mía. El maldito objeto queda a un segundo plano cuando observo cada detalle sin tener una puta tela delante.

Sus ojos son como dagas clavándose en mi pecho.

Sus labios son como una jodida trampa, y cuando pasa la lengua por ellos, pienso en caer como si fuese un puto cebo.

Su aliento convertido en tornado para arrastrarme hacia dentro.

Ninguno nos damos cuenta hasta que nuestras frentes se tocan y ella al fin, me *llama*.

—Callum...

Suena como una súplica. Una llamada.

Una puta petición.

Y yo estoy más que dispuesto a cumplirla.

Tiro el coletero al suelo y llevo mi mano a su cuello para sujetarla, acortando la poca distancia que queda entre nosotros y besarla.

Ya conozco sus labios de memoria: su sabor, su tamaño, su grosor... Los he mordido, lamido y besado tantas veces, pero nunca tengo suficiente.

En cambio sé que los míos pueden resultar ajenos para ella por culpa del piercing, así que dejo que los explore como desee. Con violencia, sin prisa y mordiendo con sus dientes de manera desesperada.

Ella se agarra a mi sudadera y aprieta el agarre en mi mano, enlazando sus dedos con los míos como si tuviese que aferrarse a algo para no desvanecerse.

No lucha. No se retira.

Y eso me pone más cachondo de lo que ya estaba.

Pero no puedo seguir, porque supondría cruzar una línea que me prometí a mí mismo que no traspasaría.

Cuando nos separamos, ella mantiene los ojos cerrados y apoya su frente en la mía. Puedo ver la de dudas que se le pasan por la cabeza, pero no digo nada.

Sus labios permanecen entreabiertos y su respiración, al igual que la mía, es irregular y desacompasada. Me retiro y la suelto, tanto de la mano como del cuello.

El silencio se estira como si fuese un puto chicle y nada fuese capaz de cortarlo.

Bajo la mirada y me paso una mano por el pelo, armándome de valor para hablar.

—Esto...

—No debería haber pasado —me interrumpe, mirando al suelo.

Me tenso un momento ante sus palabras, pero acabo asintiendo.

—No.

Me agacho al suelo y recojo el coletero, colocándolo de nuevo en mi muñeca. Puedo sentir como observa cada movimiento, probablemente extrañada.

—Devuélvemelo, por favor.

Lo guardo debajo de la manga de la sudadera.

—Hoy no.

Resopla y da un paso hacia mí.

—Callum...

—No —repito, negando con la cabeza sin mirarla—. No voy a dejar que finjas que esto no ha pasado. Y menos cuando yo no seré capaz de hacerlo.

La escucho chasquear la lengua.

—Es importante para mí, joder. No es un puto trofeo.

—Lo sé —murmuro dando otro paso atrás y levantando los ojos hacia ella—. Pero tampoco es solo un coletero.

Llevo la mano al pomo y ella avanza un paso hacia mí.

—Por favor...

—Ahora que lo pienso... —Entrecierro los ojos y la miro—. Llevo días sin verte con el otro. ¿Dónde está?

Cada músculo de su cuerpo se tensa al instante y vuelve a poner distancia entre nosotros, abriendo los labios para decir algo.

Seguramente alguna excusa.

Le dedico una sonrisa triste, en parte fingida, y abro la puerta.

—Ya sabes lo que tienes que hacer para recuperarlo.

Cierro la puerta cuando salgo y abandono ese sitio con los nervios a flor de piel.

Todo porque acabo de complicar las cosas aún más de lo que debía.

Pero a quién quiero engañar, tampoco es que lo lamente.
En absoluto.

DIECISIETE

KARLA

Lunes 6 de octubre

Le pedí a *Fox* no vernos durante el fin de semana.

Necesitaba desconectar después de lo que pasó con Callum por la mañana y aclarar mis ideas.

Cuando llegué a casa le escribí a Antonia —mi terapeuta—, por sorprendente que parezca, para tener una pequeña charla y hablar con alguien que no fuese a decirme lo que quería oír, como es el caso de Lottie o Vesna.

Dove en cambio tiene sus propios problemas con Niall, y Saori está en las mismas circunstancias con sus hermanos y su padre.

Antonia al menos me ayudó a aclarar mi cabeza un poco durante unos instantes. No desvelé demasiado y nos centramos en mi problema de siempre: el preocuparme demasiado del resto de la gente.

Por suerte o por desgracia siento que en estas semanas me he desconectado de mis amigas así que, según Antonia, progresé adecuadamente en lo que respecta a ese tema.

Lo que no sabe es que en otros... no tanto.

Y desde el sábado la mente me va a mil por hora.

Sueño con Callum.

Sueño con *Fox*.

O sueño con ambos. A la puta vez.

Creo que por eso arrastro unas ojeras horribles que ni el corrector de Dove consigue ocultar y el cansancio me pesa más de lo que debería.

Por eso mismo cuando salgo de la cafetería de la facultad, con mi café en la mano y perdida en mis pensamientos, apenas me doy cuenta cuando me doy de bruces con un chico, tirándome completamente el café al suelo.

—Mierda —masculla dando un paso atrás.

Yo me quedo en shock, mirando la mancha marrón contrastando con la baldosa blanca.

Joder, genial.

—Lo siento, yo...

—No, no. Perdona. Ha sido culpa mía.

El chico se apresura a agarrar varias servilletas y tendérmelas para que me limpie las manos, mientras que él hace lo mismo con las suyas. Una mancha de café no muy grande se extiende por una sudadera de azul marino con detalles amarillos.

Leo el nombre de la universidad.

Berkeley.

Se pasa las servilletas por la mancha y chasquea la lengua fastidiado, pero cuando levanto los ojos a su rostro, veo que está sonriendo.

—Desde luego, hoy no es mi día.

Dos pequeños hoyuelos se le marcan y el cabello castaño le cae por la frente a la vez que observa la mancha.

—¿Por qué? —inquiero con curiosidad.

Cuando levanta la mirada, sus ojos verdes me observan con cierta diversión, pero también respeto.

—Es la tercera sudadera del día. Tendré que pedir una prestada a un compañero de equipo.

Hago una mueca.

—Lo siento. Iba despistada.

Él niega con la cabeza y se acerca a una basura para tirar las servilletas.

—No te preocupes, de verdad.

Asiento y doy un paso atrás sonriendo.

—En ese caso...

—Espera. —Su voz suena urgente—. Déjame pagarte otro café. Por las molestias.

Giro el rostro hacia la cola y me encojo de hombros.

—Tengo que ir a clase y no puedo llegar tarde.

—Entonces esta tarde. O mañana —se apresura a añadir—. Cuando puedas. Voy a estar en Ashmont hasta el domingo.

Ladeo la cabeza y me coloco un mechón de pelo tras la oreja. Dios, esto es tan jodidamente cliché...

Pero no pasa nada por tomar un café con alguien, ¿verdad?

Puede venirme hasta bien pasar tiempo con alguien que no conozca.

—De acuerdo...

—Hunter. Hunter Wallace.

Me tiende la mano y yo sonrío.

—Karla Álvarez.

Estrecho su mano y puedo sentir la calidez de su piel, aunque no me transmite lo mismo que...

Sacudo la cabeza y suelto la mano.

—¿Te parece esta tarde? —sugiero metiendo las manos en los bolsillos de mi abrigo negro.

—Tengo entrenamiento en el campo de los Wolves. Pero el miércoles por la tarde estoy libre —responde con una sonrisa radiante.

Frunzo los labios y asiento enérgicamente.

—El miércoles entonces. Hay una cafetería llamada Madier’s en la zona este de la ciudad.

—¿Allí a las cinco?

Le dedico una pequeña sonrisa.

—Hecho.

Después de mi espionaje diario a Callum, le pido al taxista que me lleve a mi casa a la vez que releo el mensaje que aquel número desconocido me envió hace una semana y media.

Toda mi vida es un caos y siento que no soy capaz de ordenar mis pensamientos, por eso he vuelto a escribirle a Fox pidiéndole algo de espacio para aclararme, porque él también se está convirtiendo en un problema.

Número Desconocido

¿Estás segura que lo de tu amiga fue un accidente, Karla? Él es quien tiene las respuestas que buscas.

Amplío la foto que me adjuntaron de Callum, centrándome en sus rasgos.

Los conozco de memoria, pero el chico de esta foto tiene un semblante que no le he visto nunca: mandíbula apretada, tensión en los hombros, manos cerradas en puños y mirada desafiante. Alrededor de su hombro alguien lo abraza pero no veo a la persona por culpa del recorte que han hecho, dejando ver únicamente la manga de un traje gris y una mano que le agarra con fingido afecto.

Callum en cambio viste un traje negro sin corbata y con una camisa del mismo color. Es increíble lo bien que le queda el negro, la verdad.

¿Qué sabe Callum de la muerte de Mónica?

Por más que le doy vueltas, no le encuentro el sentido.

Levanto la mirada justo cuando el conductor dobla la calle y me deja en la puerta de casa. No dudo en pagarle una buena propina por las molestias y salgo del taxi para encaminarme a la casa. A medida que llego al porche, escucho a Saori hablar en japonés en un tono bastante elevado.

Está discutiendo con alguien.

Un impulso nace dentro de mí y se me pasa por la cabeza ir para ayudarla, pero Vesna abre la puerta y me agita la mano para que entre.

—¿Pasa algo?

Vesna cierra la puerta y ahoga un suspiro.

—Lleva media hora al teléfono. Sea lo que sea, no es nada bueno.

—¿Y el resto?

Ambas caminamos a la cocina.

—Dove está haciendo las maletas para ir a Liverpool. Lottie no ha llegado aún.

Puedo sentir la mirada inquisitiva de Vesna clavándose en mí cuando llegamos a la cocina y yo me quito el abrigo, para luego servir un plato de macarrones para mí que seguramente haya preparado ella misma.

Vesna puede ser bastante persuasiva cuando no te está tomando el pelo y es consciente que cada una de nosotras tiene secretos que es mejor no desvelar.

Incluso ella misma.

Me siento tras calentar mis macarrones con tomate y tomo un tenedor.

—¿Estás bien?

Levanto la mirada hacia ella.

—¿Por qué lo preguntas?

—No te has echado queso en los macarrones. Y no me respondas con otra pregunta.

Eso me recuerda al puto innombrable. Siempre se queja de que hago demasiadas preguntas. Me limito a encogerme de hombros y revuelvo los macarrones.

—Estoy bien. Solo algo estresada con... las clases —murmuro, desviando la mirada.

Vesna silba mientras se apoya en la encimera y me observa con diversión.

—¿Alguna vez te han dicho que mientes fatal?

Abro la boca para replicar cuando de pronto la puerta principal se abre y una Lottie, *demasiado* sonriente, entra por la puerta tirando las llaves en el mueble de la entrada.

—Tía, relájate —dice mirando a su espalda, justo cuando Saori aparece guardando el móvil en el bolsillo.

—¿De quién era ese coche? —interroga la asiática desconfiada señalando a la calle tras cerrar la puerta de la entrada y seguir a la rubia hasta la cocina—. ¿Quién te ha traído a casa?

Lottie abre la nevera y saca uno de sus yogures líquidos con toda la tranquilidad del mundo.

—Es solo un amigo —responde, encogiéndose de hombros y dedicándome una mirada cómplice.

Mierda.

¿Le ha traído el chico ese del que me habló?

Vesna se levanta y se interpone entre ellas, mientras que yo revuelvo los macarrones.

—Cálmate. Alterarse no va a ayudar a nada. —Después se gira hacia Lottie—. ¿Estás quedando con alguien?

Lottie tira la tapa de aluminio del yogur líquido a la basura y se gira hacia la serbia.

—Solo estoy conociendo a alguien. No me parece tan grave.

Vesna chasquea la lengua.

—Si Luka se entera...

—¿Qué? —espeta la rubia encogiéndose de hombros—. Ni que hayamos sido novios o algo.

—¿Y qué? Le importas de verdad.

Lottie suelta una risa nasal y toda sonrisa desaparece de su rostro.

—Pues que hubiese tenido los huevos de plantarse y dejar las cosas claras con tus padres, Ves.

Vesna frunce el ceño, pero no contesta porque sabe que tiene razón. La familia de los mellizos son muy abiertos, pero los matrimonios de conveniencia son algo muy común en las mafias, y Luka ya se ha ofrecido formar parte de alguno en un futuro.

Por eso no pueden estar juntos.

Saori da un paso adelante y niega con la cabeza.

—No es eso lo que me preocupa —interrumpe cruzándose de brazos—. Conozco ese coche, Lottie.

La rubia se queda un segundo congelada y mira a Saori.

Veo como traga saliva, claramente nerviosa, y da un trago del yogur líquido intentando calmarse en la medida de lo posible.

—No es de él. Quiero decir, solo es su amigo y se lo ha prestado —se apresura a decir atropellando las palabras. Finalmente frunce el ceño—. De todas maneras no tengo por qué daros explicaciones joder.

Tras decir eso camina hacia las escaleras sin mirar atrás, y casi arrollando a Dove, quien justo está entrando en la cocina ahora. Al mirar hacia la rubia, frunce el ceño y nos mira a todas.

—¿Se puede saber qué le pasa?

DIECIOCHO

CALLUM

Miércoles 8 de octubre

No me considero un hombre violento.

A pesar de haber estado rodeado toda mi vida de brutalidad, drogas y situaciones cuanto menos cuestionables, pienso que la violencia nunca es el método para conseguir un fin.

Sí que puede ser un medio para descargar la rabia o la frustración.

Luka, Ken y Conrad suelen ir a las peleas de Owen para eso. El rubio lo hace también por diversión. Es un puto lunático cuando tiene las vendas en los nudillos y una cara que reventar delante.

Niall tiene sus noches siendo *Ghost*, en las que sale a disfrutar y descargar ese peso que tiene dentro haciendo lo que mejor se le da: conducir. No le gusta pelear, aunque sé que disfrutó cuando le partió la cara al gilipollas de Derek.

Cada uno tiene sus formas.

Y yo tengo las mías.

Cuando la culpa infundada por mi progenitor me asolaba, siempre estaba él para sacármela de dentro a putos latigazos y cortes que, año tras año, me he preocupado de ocultar con tinta en la espalda. A lo mejor yo no tenía esa culpa, pero él siempre me hizo pensar que era real. Yo era el que tenía que asumir las consecuencias de sus malditos fracasos.

Comenzó tres años después de la muerte de mi madre, cuando ya me tenía en la palma de su mano y empezó a educarme bajo el lema de "tienes que ser más fuerte que cualquiera".

Catorce años.

Y ya tenía más cicatrices en la espalda que él cadáveres bajo la alfombra.

Noto como una de ellas me escuece más de la cuenta por el recuerdo; una de sus navajas dentadas de caza trazándome la piel por no cumplir una de sus órdenes. Esa fue la que provocó que intentara suicidarme con las pastillas. Había intentado obligarme a que mantuviera relaciones con una de sus chicas.

Yo tenía diecisiete años. La chica quince.

Fue a partir de ese momento que decidí apuntarme a deportes varios para pasar tiempo fuera de casa y ganarme algún tipo de beca para salir de ese agujero. Hasta que encontré el *lacrosse*.

Y aquí estoy.

No me hace falta dinero gracias a algunos trabajos que realizo con mis habilidades frente a un teclado. No me gusta depender de mi padre para algunas cosas, y menos si tiene que ver con el tema de estudios.

Ese es mi medio para descargar ese peso que llevo dentro, el maldito deporte y, por supuesto, mi moto.

Como ya he dicho, no soy un hombre violento. Pero en este mismo momento lo único que quiero es entrar dentro de esa cafetería y arrastrar a ese idiota hacia fuera para que no respire el mismo aire que Karla.

He dado seis vueltas a la manzana para calmarme.

Tres en moto. Tres andando.

Ni siquiera me molesto en esconderme y Karla me ve.

Joder, por supuesto que me ve.

Sabe que me estoy conteniendo, porque no he podido tocarla en todo el fin de semana y la última vez que nos vimos fue en ese puto cuarto de limpieza.

Cuando nos besamos.

La grata sorpresa que he sentido cuando he empezado a seguirla y ha llegado a esta cafetería, me ha puesto los putos pelos como escarpias. Y la situación no ha mejorado cuando el pijo ese ha aparecido.

Ahora entiendo esa sensación que tiene Luka de reventar cabezas cuando alguien se acerca a Lottie o a su hermana.

Joder si lo entiendo.

Creo que es la séptima vez que Karla mira hacia fuera y su mirada se posa en la moto roja en la que estoy apoyado. El chico habla y habla sin parar, sin darse cuenta de que Karla no le está prestando ni una pizca de atención. Toda ella se encuentra concentrada completamente en mí.

Asiente, finge sonrisas, mira por la ventana, da un sorbo a su café y responde con algún monosílabo.

Pasa alrededor de una hora cuando el chico se excusa y se levanta. Al menos tiene la decencia de pagar su café y despedirse, saliendo él primero de la cafetería.

Karla se coloca varios mechones de pelo tras la oreja sin mirar directamente por el gran ventanal de la cafetería, como si estuviera esperando a que yo entrase o algo, pero me limito a quedarme en mi sitio.

Tras varios minutos se levanta del sitio y, tras dejar varias monedas, se despide de los camareros con una sonrisa. Sale luego de colocarse un largo abrigo negro que le llega hasta las rodillas, y me tapa la vista de sus piernas. Noto como se sube el cuello del jersey y, sin dudarlo demasiado, camina hacia mí. No tiene que andar mucho, ya que estoy aparcado en la misma acera, pero sí que mantiene la distancia cuando llega a mi altura y habla con tranquilidad.

—¿Qué estás haciendo aquí? —comienza preguntando.

Odio sus preguntas con respuestas obvias.

—Lo mismo puedo preguntarte —replico cruzado de brazos apoyado en la moto—. ¿Qué haces aquí?

Ella suspira y se coloca un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Ahora tampoco puedo venir a tomar café con un amigo?

Enarco una ceja.

—Amigo, claro. ¿Sabes? Los amigos hablan entre ellos.

—Hemos hablado.

—Más bien lo ha hecho él.

—Bueno, ¿y qué? —repone, abrazándose a sí misma—. Me parecía interesante lo que me estaba contando. Es un buen chico.

Chasqueo la lengua.

—Más bien un idiota.

—Pues ese idiota es mi tipo de chico.

—¿Un niñato pijo de Berkeley?

Ella abre los ojos sorprendida.

—¿Sabes quién es?

—Jugamos contra ellos este sábado. —Y puede que haya buscado información extra de ese idiota—. ¿Vas a venir a ver cómo le hago morder el polvo a tu "tipo de chico"?

Ella suelta una risa nasal irónica y niega con la cabeza.

—¿Estás amenazando con hacerle daño?

—Yo no he dicho eso —me defiendo, encogiendo mis hombros—. Pero... si ese es tu "tipo de chico", mantén la mano lejos de las bragas cuando se te venga mi nombre a la cabeza.

Karla da un paso adelante de manera amenazante.

—Eres...

—¿Tu tipo?

Entrecierra los ojos con amenaza y me saca el dedo de en medio.

—Uh, ¿obscenidades en público? —me inclino hacia ella con una sonrisa ladina—. Si quieres enseñarme lo que puedes hacer con ese dedo, preferiría que fuese en privado.

Guarda el dedo sonrojada y retrocede un paso. Yo me separo de la moto y agarro uno de los cascos que hay en el manillar. Doy un paso hacia ella y se lo tiendo.

La confusión cruza su rostro.

—¿Qué haces? —pregunta frunciendo el ceño.

—Te estoy ofreciendo llevarte a casa.

—No voy a subirme a tu moto otra vez.

—¿Prefieres esto o los cien dólares de taxi que vas a gastarte para seguirme por todo Ashmont?

Ella palidece al darse cuenta de mi pregunta y, ser consciente de que sabía que me ha estado siguiendo como una acosadora. Todavía no he averiguado el por qué y estoy intentando hacerlo sin invadir su privacidad.

Prefiero no volver a entrar en su móvil, a ser posible.

Me arrebata el casco del tirón y se lo coloca para disimular el color carmesí que empieza a subirle por el cuello. Una sonrisa baila en mis labios cuando retiro el otro casco para ponérmelo y subirme a la moto.

Logra cerrar el enganche de seguridad sin problemas, lo que me hace ampliar la sonrisa bajo el casco. Cuando se sube y veo que se agarra a mí a la perfección, no dudo en preguntarle.

—¿Quién te ha enseñado a agarrarte así?

Ella se baja el visor y masculla algo por lo bajo.

—Arranca, Walker.

Suelto una pequeña risa y arranco, sintiendo sus manos alrededor de mi abdomen sin apretar demasiado, tal y como yo mismo —siendo *Fox*— le enseñé.

Salgo del baño con una toalla atada a la cintura y me acerco al armario para agarrar unos pantalones de pijama limpios.

He intentado, de alguna manera, quitarme el peso de lo que ha pasado esta tarde con Karla. No es que haya funcionado, siendo sincero. Cuando se ha bajado de la moto y me ha devuelto el casco, ha caminado hacia su casa sin siquiera despedirse.

Entiendo que esté confundida, pero eso no explica por qué se dedica a seguirme a escondidas sin venir a cuento.

Me siento en la cama y tiro la toalla al cesto de la ropa sucia, justo cuando el móvil me vibra.

Al girar la cabeza veo el icono de Snapchat y su nombre al lado. Mi cuerpo se tensa de los pies a la cabeza, pero lo agarro y tomo aire, intentando disipar los nervios.

karla.varez
Tenemos que hablar.

Me tenso un poco, pero respondo al momento.

biker.fox
Claro. Dime.

Los puntitos aparecen y desaparecen varias veces. La respuesta tarda.

karla.varez
Tengo la cabeza hecha un lío.

biker.fox
¿Con Callum?

Lo siguiente que leo me deja sin respiración.

karla.varez
Sí.

Cierro los ojos durante un momento y me tumbo en la cama boca arriba.

biker.fox
¿Qué te tiene hecha un lío exactamente?

Pasan varios minutos que se me hacen eternos hasta que llega una respuesta.

karla.varez
No voy a negar que a lo mejor me gusta. Pero no quiero que lo haga. Es un capullo de manual que va de buenecito solo para conseguir lo que quiere.

biker.fox
¿Y qué es lo que quiere?

karla.varez
Ni idea, pero quiere que esté obsesionada con él todo el rato. Y no dejo de estarlo desde que nos besamos.

Enarco una ceja con cierta diversión.

biker.fox
¿Os habéis besado?

Es la cuarta pregunta que le hago y ella no me ha contestado con ni una sola de vuelta. Sí que tiene que estar jodida para querer desahogarse de esta manera.

Es tan fácil hablar con ella cuando no está a la defensiva...

karla.varez
Joder, lo siento. Pensaba contártelo, de verdad.

biker.fox
No me tienes que dar explicaciones. Recuerda que lo nuestro es solo físico.

Pero admito que me jodería no poder tocarla más.

Pasan varios minutos en los que no hay respuesta y, durante un instante, pienso en que se ha arrepentido y ya no va a querer seguir hablando.

Hasta que me llega otro mensaje.

karla.varez
Quiero pausar nuestros encuentros. Al menos hasta que me aclare la cabeza y sepa qué hacer.

biker.fox
Por supuesto. No quiero suponerte un problema.

karla.varez
Gracias por entenderlo.

biker.fox
*Si necesitas hablar, aquí me tienes. *emoticono sonriente**

Bloqueo el móvil y me paso una mano por el pelo húmedo.

No quiero detener los encuentros con ella. Obvio que no.

Pero sé que necesita espacio y lo mejor que puedo hacer es dárselo.

DIECINUEVE

KARLA

Sábado 11 de octubre

Nada mejor que un buen partido de *lacrosse* para despejarme. Aunque el causante que me tiene sin dormir por las noches sea quien juegue.

También veo a Hunter, que me dedica un saludo con el *stick*, cuando me ve en las gradas.

Para nada es mi "tipo de chico". Es un niñato pijo y arrogante que solamente hablaba de sí mismo y su fantástica carrera universitaria, alardeando de lo bueno que es en *lacrosse*.

Aburrido de manual.

Apenas asiento en su dirección, dedicándole una sonrisa fingida. En un segundo los colores blancos y azules de los Wolves inundan el campo, y las gradas estallan en gritos y aplausos.

Lottie me da un codazo ignorando el bullicio.

—¿Le conoces?

Miro a Hunter justo cuando se gira para lanzar la bola a un compañeros, mientras calientan en su lado del campo.

—¿A quién?

Lottie pone los ojos en blanco y señala con la mirada a la zona del Berkeley.

Yo me encojo de hombros fingiendo inocencia.

—Puede que nos hayamos tomado un café. Pero es bastante idiota.

Lottie asiente y tras un rato en silencio, finalmente habla.

—Oye, gracias por cubrirme el lunes —murmura mirando hacia las escaleras, vigilando que Vesna y Saori no lleguen todavía—. No estoy lista para contar que estoy quedando con alguien abiertamente, y sé que Vesna irá a contárselo a su hermano.

Literalmente no dije nada ni traté de cubrirla, pero me giro y ladeo la cabeza.

—No entiendo por qué tanto secretismo.

—Es que él no quiere que lo contemos aún. Sabemos que nuestra relación va a traer problemas —responde, agarrando su vaso de refresco para llevarse la pajita a los labios.

Abro los ojos de par en par.

—¿Estáis saliendo?

—A ver... Saliendo, saliendo, no... Pero...

—¡Ya estamos aquí! —La voz de Vesna se escucha por encima del barullo, justo cuando aparecen por la escalera con bebidas y comida —. Toma Lottie, tus regalices.

Se lo agradece y Saori llega por detrás mirando al campo mientras se sienta a mi lado.

—¿Todo bien? —me pregunta, entregándome mi bebida.

Asiento mientras le doy un sorbo y fijo mi vista en el campo, preparada para los comentarios de Vesna sobre el culo de Ken y los reproches de su hermana.

Desearía que Dove estuviera aquí. Los partidos de *lacrosse* ya no son lo mismo sin ella.

Busco al cuarenta y dos entre los jugadores de nuestra universidad, y le diviso justo cuando se está colocando el casco. Le dice algo a Niall y no parece que le esté escuchando cuando Callum le da dos golpes en el casco y el capitán asiente.

—¿Le pasa algo a Niall? —pregunto buscando la mirada de Lottie.

—Me escribió anoche preguntándome por Dove. Al parecer no le avisó de que se iba a Liverpool.

Oh, genial.

—Pero es solo un amistoso —comenta Saori sin mucha emoción.

Vesna gira hacia ella con la boca abierta en un amplio círculo.

—¿Solo un amistoso? ¡ESTOS PARTIDOS SON CRUCIALES PARA LA FINAL!

Saori pone los ojos en blanco y yo suelto una risilla, volviendo mi vista al campo. Me quedo mirando a Callum demasiado tiempo y en cómo, a pesar de la manera que pega el sol hoy, mantiene de igual manera sus brazos cubiertos por una camiseta interior de manga larga blanca.

Camina con Niall al centro y todos se colocan en sus posiciones. Ambos saludan al capitán del equipo contrario y a Wallace. Para mi sorpresa, ambos capitanes se retiran, y son Callum y Hunter quienes se ponen uno frente al otro para hacer el *face off*, agachados y con los palos tocando el césped, esperando la señal para empezar.

Esto no puede ser más inoportuno.

Joder.

Toda la grada se levanta y ahoga un grito cuando Wallace se abalanza sobre Niall tras marcar el gol. Su cuerpo cae al campo como si no pesase nada. El árbitro pita y paraliza el partido al momento.

—Mierda —comenta Saori.

—Eso ha tenido que doler —murmura, Vesna con cara de dolor.

—Tengo que avisar a Dove —digo sacando mi móvil del bolsillo mientras miro al campo.

Se escuchan gritos y peticiones de que se expulse a Wallace, cosa que el árbitro no duda en hacer, pero solo dos minutos.

—Ese árbitro está comprado, no me jodas —espeta Vesna, señalando el campo—. ¿Dos minutos?

Las chicas dicen algo para calmarla pero no presto atención. Agarro mi móvil y tras encontrar el número de Dove, no dudo en escribirla a pesar de que seguramente sea bastante tarde allí.

Me mataría si no la avisara.

Karla

Acaban de sacar a Niall lesionado del campo. Tiene pinta de ser grave, pero hasta que no termine el partido no podremos saber más.

Guardo el móvil sin esperar respuesta, justo en el momento que veo como Ken y Luka llevan a Niall hacia los banquillos, mientras que suelta improperios e insultos.

Tardo en darme cuenta de que Callum está encarando a Wallace, quién estaba abandonando el campo para cumplir su tiempo fuera.

—Oh, mierda... —murmuro, mirando como ambos jugadores se están empujando el uno al otro.

No es hasta que el nueve, Judd, y el sustituto de Conrad llegan para separarles, que el ambiente no se calma y el partido continúa, aunque todavía con mucha más tensión que antes.

VEINTE

CALLUM

Sábado 11 de octubre

Muerdo el bucal con rabia mientras miro a Hunter delante de mí. Nuestros cascos casi se chocan mientras mantenemos los palos bajados, esperando la señal del árbitro para empezar.

Mientras espera, noto que no deja de mirarme, aunque yo en lo único que mantengo la vista pegada es en la bola.

—¿Es duro?

Levanto mis ojos hacia él.

—¿Qué?

Él sonríe y me muestra el bucal de color amarillo a juego con la estúpida equipación de su universidad.

—Ser su perrito faldero —dice con torpeza por culpa de la protección dental—. He oído que haces todo lo que dice, como un puto chucho.

Me está provocando.

Igual que ha hecho antes con Niall.

Tomo aire y agacho la mirada.

Se da cuenta de que no entro al trapo, así que vuelve a hablar.

—Te vi el otro día. Enfrente de la cafetería. ¿Esperabas a Karla? —dice con chulería.

—Cierra la boca —amenazo, apretando el *crosse* con fuerza.

Al ver la expresión de enfado en mi rostro, una de triunfo se asoma en el suyo.

—Oh, ya veo. El chucho está pillado de la perra gótica.

« Respira, Callum.»

« No dejes que este imbécil acabe con tu…»

—Un café más y la tendré haciéndome una mamada en el baño en la siguiente cita.

El silbato suena, pero me da igual.

Todo mi alrededor se vuelve negro.

El partido pasa a un segundo plano y mi objetivo no se espera mi siguiente paso.

No dudo cuando me lanzo hacia él con todas las fuerzas que consigo reunir —que no son pocas— , y le derribo con un placaje completamente ilegal. Caigo encima de él con todo mi peso y al momento pitan falta.

No escucho nada a mi alrededor cuando alguien se aproxima. Me limito a acercar mi casco a su rostro y dejarle las cosas claras como el agua.

—Ponle una mano encima y te juro que eso es lo único que tu familia pija va a recibir en el aeropuerto cuando vuelvas.

Me levanto cuando empieza a chillar como una nenaza y Luka me da un leve empujón al llegar a mi altura.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —me reprende, agarrándome de la reja del casco.

Aparto la mirada y me arrepiento al instante que Ken aparece por el otro lado junto con Charlie y Judd.

Ken no me regaña, solo se acerca y me coloca una mano en el hombro.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta con tranquilidad.

Me retiro el bucal sacudiendo la cabeza y dirijo mi mirada a las gradas, más concretamente a Karla. Ken sigue mi mirada y veo de reojo como asiente y da dos palmadas en mi hombro.

—Charlie, haz el *face off*.

—¿Por qué no Leonard?

Ken le mira con una ceja enarcada.

—Vuelve a sugerirlo y le pido yo mismo al entrenador que te cambie.

Charlie suelta una carcajada y levanta ambas manos enguantadas en señal de rendición. No me da tiempo a decir nada más cuando Ken choca su casco con el mío.

—Deja el temperamento complicado para Niall.

Me coloco el bucal y asiento.

Sabe que yo no soy así. Nunca pierdo las formas. Ahora entiendo por qué Niall le hizo esa falta.

Es un puto sapo disfrazado de principito.

—¡Walker! —me llama el entrenador Gait—. ¡No quiero otra lesión, así que déjate de tonterías!

Asiento a regañadientes, mordiendo el bucal, y no evito mirar a las gradas a la vez que camino a la posición de mediocampista que cubre Charlie normalmente.

Me cuesta encontrarla bajo la marea de azul y blanco, pero el color eléctrico de su pelo es una diana.

Se ríe de algo que comenta Vesna mientras señala al campo e imita a un mono, seguramente burlándose de mi pequeño enfrentamiento con Wallace.

Me empapo de su sonrisa y una punzada de celos me invade el pecho. Todo porque está sonriendo.

Y no por mí.

—¡Callum!

Giro el rostro y Brennan señala con el stick hacia Charlie.

Concéntrate, joder.

—¡Habéis jugado como putos monos! —exclama el entrenador Gait mirándonos a todos, sobre todo centrando su mirada en Niall lesionado y pasándola fugazmente sobre mí—. ¿Las neuronas se os fueron de paseo? ¿O es que de tantas hostias que os dais se os han muerto todas? ¡No quiero más lesiones, joder! ¡Os quiero centrados para el partido del sábado veintidós! ¡ASÍ QUE ESPABILAD!

Menos mal que hemos ganado porque si no, nos estaría pegando con un stick uno a uno.

Se va de los vestuarios dando un portazo y resoplo quitándome la camiseta sudada para meterme en la ducha. Por mucho que me joda, tiene razón.

Perdí las formas. ¿Desde cuándo me dejo llevar por impulsos?

—Has jugado bien —comenta Niall a mi lado mientras se coloca la camiseta con cuidado—. Pero sí que ha sido raro...

—¿Callum Walker? —La voz del asistente corta el ambiente desde la puerta. Me asomo por las taquillas y cuando me ve, vuelve a hablar—. Aquí fuera hay una chica que quiere hablar contigo.

Enarco una ceja y resoplo.

—No me jodas...

Por todo el vestuario se empiezan a escuchar silbidos y vítores, pero los ignoro agarrando la sudadera limpia de Luka a mi lado.

—Cabrón, que está limpia —reclama él, con una toalla a la cintura.

—Me la pela —respondo, poniéndomela para cubrirme el torso.

No puedo descuidarme ni bajar la guardia.

Salgo de los vestuarios justo cuando escucho a Judd soltar algún comentario obsceno. Está apoyada en la pared, cruzada de brazos y con el pelo suelto cayéndole por los hombros.

Desde que tengo sus coleteros, casi nunca se lo recoge.

Los pantalones cargo no me dejan ver sus piernas, pero el jersey de cuello alto y negro, pegado a su figura, me muestra cada curva de su torso.

Cada jodida curva que he tocado, besado y mordido.

Mierda.

Levanto mis ojos hasta los suyos y veo que está evitando mi mirada, así que decido atacar primero.

—¿También vas a acosarme en los vestuarios? —ataco con cierta diversión, tomando distancia.

Se separa de la pared con el ceño fruncido y comienza a acercarse hacia mí, hasta que llega un momento en el que puedo notar el olor a argán de su pelo.

—¿Por qué has empujado a Hunter?

Abro los ojos con cierta sorpresa y me paso la lengua por el aro del labio.

—¿Acaso has visto el partido con los ojos cerrados? —pregunto con cierta sorna.

—Solo somos amigos. No ha pasado nada entre nosotros para que tú vayas y le...

Levanto la mano para detenerla y me inclino hacia ella.

—Espera, espera... ¿Crees que el placaje que le he hecho ha sido por ti?

Su rostro se suaviza y entonces mira a la puerta de los vestuarios, entendiendo por dónde van los tiros.

—Ha sido por... Niall —dice en voz casi audible, como si estuviese diciéndoselo a ella misma—. Joder, soy idiota...

Disfruto de cómo retrocede y se pasa una mano por el pelo, el nerviosismo con el que se tira de la otra mano el cuello del jersey, el color rojo de sus mejillas y el ceño fruncido con enfado hacia ella misma.

La carcajada me abandona la garganta antes de que pueda contenerla y ella se gira hacia mí desconcertada.

—¿De qué te ríes? ¿En serio te parece divertido?

—Bastante, de hecho —añado adelantándome un paso hacia ella —. Porque ahora esa cabecita va a mil por hora y me encantaría estar dentro de ella.

Avanzo otro paso y ella se queda quieta mirándome, como si fuese un destino del que no puede escapar.

—A no ser, que ya esté ahí dentro... —añado en voz más baja a la vez que subo mi mano hasta su mentón—. Dime Karla, si te digo que ha sido por ti, ¿qué harías?

Su piel se enrojece aún más, aunque no sé si es por el tacto de mis dedos en su barbilla o por mis palabras. Sus ojos negros me engullen al completo, no asustados, pero si con incertidumbre al no conocer mi próximo movimiento.

—Responde, Karla —insisto, acercándome un poco más hasta que su pecho roza la sudadera que llevo puesta—. Dilo.

—Voy a gritar —amenaza.

—Hazlo. Joder, hazlo —murmuro acercando mis labios a su mejilla—. Dame un motivo para secuestrarte.

Da un paso atrás, retirando el agarre de mis dedos en su rostro y me mira con un odio puro.

—Tienes un problema... —masculla con el ceño fruncido—. Crees que puedes controlar todo lo que pasa a mi alrededor. Pero el control se pierde tan fácil como se gana.

Ignoro la punzada de dolor que me atraviesa el pecho ante sus palabras y me permito sentirme orgulloso ante la manera que tiene de dirigirse a mí.

Porque me está plantando cara.

No está temblando, su mirada es firme y no retrocede.

—Deja de mirarme como si fuese un puto trofeo de *lacrosse*, Callum.

—¿Quién ha dicho que eres un trofeo?

—Yo —responde al momento—. Ambos sabemos que no has empujado a Hunter para defender a Niall.

Esas son las últimas palabras que me dedica antes de alejarse por el pasillo, subiéndose el cuello del jersey hacia la barbilla, como si hubiese dejado un rastro con mis dedos y ella se avergonzara de que el resto del mundo lo viera.

Lo que ella no sabe es que la estoy marcando de mil maneras diferentes.

Hay algunas que la tela no consigue ocultar.

Y otras que el tiempo tampoco consigue borrar del todo.

VEINTIUNO

KARLA

Miércoles 15 de octubre

Odio el blanco.

Y todo ese resplandor que me rodea ahora mismo.

Los marcos de las ventanas, las baldosas del suelo, el *pen* que tengo entre mis dedos dando vueltas.

E incluso el puto lienzo en blanco en mi pantalla.

Tengo puesto un auricular mientras que el otro descansa en la mesa, justo al lado de la tableta gráfica, para escuchar las indicaciones del profesor Salvatore.

—Es pronto para pediros resultados. Apenas hemos empezado el semestre —explica con tono tranquilo mientras se pasea entre las mesas.

Peterson se ríe a mi lado. Por desgracia, hoy debo tenerle al lado, contaminando mi preciado oxígeno.

—Claro, no todos pueden alcanzar mi genialidad tan pronto.

Pongo los ojos en blanco, subiendo el volumen de mis auriculares; «Woops» de Dimitri Vegas suena a un volumen decente como para poder escuchar también al profesor.

—Claro, claro... —murmura el profesor, moviendo la mano con desdén hacia Cole—. Tendréis hasta diciembre para hacer este proyecto. Quiero ver como rompéis un poco más vuestras cabezas. Que borréis cuando hayáis terminado porque no os gusta. Que sufráis con algo que pensabais que era perfecto y dejó de serlo. Por desgracia —mira a Cole—, No todo *siempre* lo es.

Da dos palmadas y esa es la orden que necesitamos para centrarnos en nuestras pantallas. Estoy a punto de agarrar el auricular de la mesa cuando Cole me habla.

—¿Vas a dibujar alguna de esas cosas góticas o de dibujitos *hentai* que haces? —pregunta con diversión, enarcando una ceja.

—Mira, Peterson, no tengo el día para tonterías.

—¿Sabes? Siendo española no te pega ser gótica.

—Y tú siendo hombre no te pega hablar, pero aquí estás, produciendo contaminación auditiva.

No digo nada más y me coloco el auricular mientras le escucho de fondo soltar una carcajada.

Selecciono con el lápiz el color negro para empezar y frunzo los labios a la vez que muevo la pierna al ritmo de la canción que suena.

Un ritmo constante se filtra en mi sistema nervioso y produce que mi mano empiece a moverse y trace las primeras líneas.

Una larga. Borro.

Otra más corta. Borro.

Dos perpendiculares. Borradas.

Una cruz...

Ladeo la cabeza un poco y dejo la capa en el fondo. De todo lo que he hecho hasta ahora, es lo único que me convence.

Solo porque me recuerda a *Fox*.

Puede que lo nuestro sea algo puramente físico; con él siento que podemos jugar sin reglas, sin miedo a que alguno de los dos acabe más jodido que el otro. Nunca me ha explicado por qué me llama *Sombra*, pero algo me dice que es por nuestros encuentros en la oscuridad.

No solo en el parque o el apartamento.

También a los ojos del resto, con nuestras conversaciones privadas.

Sombra. Puedo usar eso.

Manchas negras y oscuras que puedan parecer un poco más a las sombras en las que nos hemos convertido. Aunque la máscara de *Fox* sea simétrica, no busco eso.

Busco manchar mi mente.

Ensuciar el lienzo.

Mancillar su recuerdo.

Porque *Fox* no es Callum.

Con Callum siento que todo se me escapa, que él impone las reglas de una partida de ajedrez en la que no estoy dispuesta a participar, porque sé que voy a acabar perdiendo.

Recuerdo cada uno de sus movimientos y eso hace que el *pen* se deslice con más rabia en la pantalla.

Su manera de mirarme en los vestuarios.

Su negativa a no entregarme lo que es *mío*.

Su control a modo de miradas, acoso y un maldito beso que me robó.

Y aun así, lo correspondí.

«Sigue mintiéndote.»

Subo más el volumen de la música y aprieto la mandíbula como si llevara un bucal, igual que los jugadores de *lacrosse*.

Necesito ruido. Mucho ruido.

Porque con Callum es todo silencio, tensión y confusión, descolocándome a cada momento con cada decisión que toma esa nuez que tiene por cerebro.

Me enfada.

Me frustra.

Y se cuela en lugares en los que no quiero que esté.

Como en este.

El dibujo es mi lugar seguro y el único refugio dónde él no debería tener cabida, joder.

Sin quererlo, aprieto un poco más el lápiz contra la pantalla y la mancha negra se expande un poco más.

—Mierda...

Estoy a punto de borrarlo cuando una presencia se detiene a mi lado.

—Siempre me ha gustado cómo usas la oscuridad de distintas maneras, Karla —me felicita el profesor Salvatore cuando me retiro un auricular.

—En realidad creo que voy a...

—No. No lo hagas. Trabaja a partir de ahí, a ver que puedes hacer.

La clase llega a su final cuando el profesor lo anuncia, y agradezco poder bloquear la tableta para dejar salir la tensión que no sabía que estaba reteniendo por culpa de la música. Meto todo el material en mi bolso y salgo de clase sin despedirme del profesor, bajando rápidamente las escaleras al encuentro de Lottie.

No me cuesta encontrarla a la salida de mi facultad, apoyada en su Audi RS3 con una sonrisa mientras que luce una de sus tantas camisetas de Ren McCormack, el personaje de *Footloose*.

Tiene una obsesión con esa película.

—Corre, corre. Tengo la calefacción dentro puesta —dice mientras se frota los brazos.

Abro la puerta del copiloto y me subo al momento en el vehículo. El olor a piruleta y cereza me envuelve, y arrugo la nariz a modo de desaprobación. Al menos Lot no mentía y se está calentito.

Ella se sube y mientras se abrocha el cinturón, habla.

—Tengo que recoger a Niall y a Callum. Espero que no te importe.

Giro mi rostro hacia ella con el cinturón a medio poner.

—¿A Callum? —Ella asiente y arranca—. ¿Por qué?

—Por lo visto hoy les llevó Luka a la facultad y él ha tenido que ir a por Conrad. Le van a dar el alta ya.

Asiento y me cruzo de brazos, quedándome en silencio.

¿Puede dejar el destino de ser tan jodidamente retorcido?

Parece ser que no.

Me cuenta algo sobre un problema que ha tenido con una compañera de clase, de la que se pasa el día quejándose, pero yo no presto demasiada atención. Mi rodilla se mueve de lado a lado ante el nerviosismo que intento disipar.

Porque voy a verle después de tres días.

Y el cerebro va a centrarse otra vez en él.

Joder.

No tardamos mucho en llegar a la zona del campus dónde se encuentra la facultad de ingeniería informática. Niall ya está allí, con la vista pegada al móvil y el ceño fruncido con preocupación. Al ver el coche de Lottie, se acerca sin esperar a nadie más.

—Buenas —saluda sin hacernos mucho caso.

—¿Y Callum? —pregunta Lottie, mirándole por el retrovisor.

Veo que toma aire mientras teclea algo.

—Le ha recogido otra persona.

Esa respuesta es suficiente para mi amiga, pero no para mí.

—¿Otra persona? —repito, girándome un poco.

Consigo que levante la vista del móvil y me escudriña con diversión.

—¿Te preocupa? ¿O es que estás celosa?

Le dedico una sonrisa de suficiencia y le hago una peineta, volviéndome hacia el frente a la vez que agarro el móvil y abro su chat.

No hemos vuelto a hablar desde entonces y pienso mantener la racha como si fuese la que mantengo con Vesna en Tik Tok.

Pero la curiosidad me puede.

¿Qué *otra* persona le ha recogido?

—Estará bien —dice Niall de pronto, interrumpiendo mis pensamientos—. Sabe manejar la situación con él.

Lottie frunce el ceño y el gesto se me contagia.

¿Él? ¿Quién es *él*?

VEINTIDÓS

CALLUM

Miércoles 15 de octubre

El reencuentro de un padre y un hijo siempre es motivo de alegría para la gente normal, sobre todo después de meses sin verse. Es orgullo, alegría y cariño.

Pero ni mi progenitor, ni yo,compartimos ninguna de esas tres cosas entre nosotros. Por eso mismo, sé que no ha cruzado todo el país para verme o porque me echase de menos.

Maxwell Walker no echa de menos ni extraña a nadie.

Dentro del Mercedes, que conduce uno de sus matones, se mantiene una tensión que podría cortarse incluso con un cuchillo sin afilar. La colonia barata del gorila que está sentado en el asiento del copiloto apesta por encima de cualquier otra fragancia.

No me ha saludado cuando he entrado en el coche, así que sé que esto es serio. Aunque, ¿qué esperaba?

"¿Qué tal las clases?"

"¿Cómo lleváis los partidos?"

"¿Hay alguna chica importante?"

Karla.

No sé por qué se me viene a la cabeza.

Tal vez porque a lo mejor ella es el motivo por el que estoy metido en este lío.

Trago saliva y aprieto los puños dentro del bolsillo delantero de la sudadera con la vista clavada en el suelo. No me atrevo a mirar hacia fuera, o hacia él.

Intento ignorar su presencia todo lo posible, pero justo tiene que abrir su enorme bocaza.

—¿Sabes que en España se encuentra el único desierto que hay en toda Europa? —comenta con un tono tranquilo. *Demasiado* tranquilo—. Allí se grabaron muchísimas películas del Oeste. Como esa de Clint Eastwood que te gustaba tanto cuando eras pequeño...

Se hace un silencio en el coche y frunzo el ceño, porque sé a qué película se refiere, pero se está equivocando.

La película que no paraba de ver después de la muerte de mi madre se llamaba «Infierno de cobardes». La historia era simple: un forastero que llegaba y ayudaba a un pequeño pueblo sin *sheriff* a protegerse de tres pistoleros que acababan de salir de la cárcel. La premisa era simple y recuerdo que me obsesioné bastante con esa película, pero no se rodó en el desierto de Tabernas de Almería.

Tampoco puedo reprocharle el error. Bastante que recuerda al menos un detalle de mi infancia.

—España es un lugar bonito, sin duda. Y las mujeres... —suelta, riéndose un poco. Mira al gorila que tengo sentado delante de mí—. Qué mujeres. Belleza europea.

Reprimo la cara de asco por miedo a que el castigo empeore y me trago el nudo de la garganta que estaba empezando a formarse.

—Vaya tetas tienen algunas —dice el gorila de Max, con un tono asqueroso en la voz.

Es un hombre corpulento, calvo y sé que le faltan algunos dientes. La primera vez que le vi, yo todavía no sabía quién era mi padre y él estaba arrastrando a una amiga de mi madre por el pasillo de habitaciones de las chicas.

Se coló porque le habían robado la cartera y decidió pagar las frustraciones con esa mujer creyendo que había sido ella.

—Y se desarrollan muy pronto —añade el conductor, al que por suerte o por desgracia, no reconozco.

Este no tiene ningún aspecto a reseñar, con el pelo castaño y mucho más delgado que su compañero.

El comentario me revuelve las tripas. Empiezo a abrir y cerrar los puños dentro del bolsillo de mi sudadera, con cierta impotencia. Cierro los ojos e intento no imaginarme lo que vendrá ahora.

Intento imaginarme *su* cabello azul revoloteando con el viento. Ver cómo se gira para recibirme con su típico ceño fruncido y los labios en una fina línea. Su piel pálida haciendo contraste con la oscuridad de su habitual vestimenta, pero con ese rubor en las mejillas que me pone los pelos de punta.

Tomo aire y en vez del olor desagradable a puro, recibo el recuerdo del aroma a argán de su pelo.

En vez de risas graves y asquerosas, escucho el dulce sonido que produce su garganta cuando suelta una pequeña carcajada, sus gimoteos cuando mis dedos o mi lengua están dentro de ella, el suspiro ronco de su garganta cuando está a punto de correrse.

Joder.

No presto atención cuando el coche se detiene a la entrada de una nave, situada en la zona industrial de la ciudad cerca del aeropuerto. Escucho las voces distorsionadas a mi alrededor, perdiendo la noción del tiempo cuando me bajan del coche y camino con la cabeza gacha detrás de mi progenitor.

Sé dónde me lleva. Sé lo que va a hacerme. Soy plenamente consciente de que la he cagado en algún sentido, pero todavía no sé en cual.

No es hasta que abre la puerta de acero, que el olor nauseabundo a moho y metal oxidado se hace presente, eliminando cualquier rastro de ese argán del que me estoy volviendo adicto.

En medio de todo el lugar hay una silla y a su lado, una cuerda. No dudo en eliminar los recuerdos de las veces anteriores de mi mente. Me retiro la sudadera mientras me encamino a la silla y escucho las risas de los guardias.

—El chico acepta su destino —se burla el gorila a mis espaldas.

Pero Max no se ríe.

—Si vuelves a hacer otro comentario Tom, te arranco más dientes. —Durante unos instantes se hace el silencio a la vez que yo me siento en la silla, con el pecho apoyado en el respaldo y las manos rodeando el mismo, dejando mi espalda completamente expuesta—. Largo. Los dos.

Una corriente de aire frío y el chirrido de la puerta me deja claro que han salido, cerrando la misma con un golpe seco que retumba

en todo el jodido lugar. No he querido analizarlo ni saber dónde estoy. Quiero limitarme a recibir el castigo que merezca y...

«¿Y qué, Callum?»

Escucho sus pisadas, cerrando los ojos cuando rodea la silla y se coloca delante de mí. Noto como enrolla la cuerda alrededor de mis muñecas y es entonces, cuando empieza con la misma cantinela de siempre.

—Te estabas portando bien, Remus... —Tenso la mandíbula cuando aprieta de más y siento como la cuerda se incrusta en la carne—. Hacías lo que te pedía, no rechistabas... Joder, creo que estaba hasta orgulloso.

Me muerdo el interior de la mejilla hasta que siento el familiar sabor metálico de la sangre, algo en lo que centrarme mientras tanto.

—Eres bueno en lo tuyo, eso sin duda.

Más pisadas. Me rodea, me analiza.

No me acorrala, porque nunca me he enfrentado a él.

No *todavía*.

—Dos perfiles borrados de los documentos de Miller... —Puedo sentir su mirada de asco clavada en mi espalda, más concretamente en el tatuaje—. Un acto heroico. Pero no te ha servido de nada. Tenemos sus nombres.

Abro los ojos de golpe y estoy a punto de girarme a pesar de estar atado de manos, cuando me posa una mano en el hombro con firmeza y algo frío me roza la nuca. Lo apoya en mi piel, dejando que sienta el filo dentado. Me detengo al momento.

Todos los músculos de la espalda se me tensan y contengo la respiración. Las cicatrices cosquillean, como si me alertasen del peligro de sentir ese mismo filo en mi piel.

Lo sé. Lo sé, joder.

—Tres. Uno por cada nombre y el otro...

Me quedo callado y él espera con fingida paciencia. Muerdo más fuerte la mejilla y cuando finalmente hablo, mi tono apenas supera un susurro bajo.

—Por las consecuencias.

Retira la hoja y escucho una palmada, lo cual me sobresalta un poco.

—Eso es. Muy bien, hijo... —Vuelve a apoyar la mano en mi hombro y me sujeta con más firmeza que antes—. Ahora ya sabes qué tienes que hacer.

Apenas me da tiempo a prepararme cuando siento como el filo se empieza a incrustar a mitad de mi espalda, a la zona derecha de mi columna. Las hojas dentadas se me clavan a la piel, la cual recibe el arma como a una vieja amiga. Cierro los ojos con fuerza y aprieto los puños al notar como desgarra la carne hacia abajo, poco a poco, para que duela. Para que sufra.

No ahogo los gritos. Nunca lo hago. Pero con el tiempo he aprendido a soportar el dolor y el impulso de gritar a pleno pulmón en busca de auxilio.

¿Quién cojones va a ayudarme? Nadie puede protegerme de él. Ni Luka, ni Ken, ni Conrad, ni Niall, ni sus familias, ni sus hermanas, ni sus abogados, ni sus mafias...

Ni tampoco Karla.

Jadeo al sentir como retira el filo y cierro los ojos, esperando que vuelva a abrirse camino por otra zona de mi piel.

Una piel que ella ha recorrido con sus dedos en multitud de ocasiones. Sacudo la cabeza, pero el recuerdo de su puto pelo azul en el negro de mis párpados no se desvanece. Esto está mal.

Le estoy dando demasiado espacio en mi cabeza. Un espacio, o más bien un pequeño hueco que hice para ella y que se ha ido extendiendo como un tumor.

No, un tumor no.

Karla es como esas pequeñas sorpresas placenteras que te acompañan a lo largo de tu día a día, como encontrarte dinero en un pantalón por casualidad, darle la vuelta a la almohada en verano para sentir el lado fresquito…

Y esas sensaciones son cosas que quiero todos los días.

Son situaciones que no suelen suceder. Igual que pillar a mi *Sombra* de buen humor, su mirada clavada en mí durante un partido o incluso que me bese en el cuarto de la limpieza.

Quiero a Karla a mi lado.

Quiero que esté siempre conmigo.

Quiero que me siga a todos lados.

Quiero que siga siendo mi sombra hasta en la putísima *oscuridad*.

Cuando la hoja se retira de mi piel por tercera vez, mi padre suelta las ataduras de mis muñecas. Estoy abrazando la silla como si la vida me fuera en ello. Siento los regueros de sangre bailar hacia la cadera y las heridas en mi piel completamente abiertas. Ni siquiera me acerca la camiseta o la sudadera para cubrirme.

Nunca lo hace.

—Nos vemos en Navidad, Remus.

Cuando el chófer delgado de Max me deja en el apartamento que tengo alquilado, subo a la habitación y lo único que se me ocurre cuando subo casi arrastrándome hasta el ascensor, es preparar una mochila con camisetas, un botiquín básico y coger la máscara.

No recuerdo el trayecto a la casa de las chicas. Voy en modo automático mientras siento los regueros de sangre seca en mi espalda.

Llevo la mochila en la mano, casi a rastras mientras intento que mis pasos sean firmes. Por suerte, creo que no me cruzo con nadie, porque ninguna de las personas que he visto se ha parado para ayudarme o preguntarme qué me pasa.

No pienso en nada, y ni siquiera sé por qué voy con ella.

Pero la necesito ahora mismo. Y si siendo Callum me odia, voy a tirar de esta máscara como si me fuera la vida en ello con tal de pasar una puta noche más con ella.

Antes de que todo se vaya a la mierda.

No tardo en llegar a la casa y sé de sobra a qué ventana tengo que subirme. Cuando alzo la vista, veo que tiene una luz tenue encendida, pero apenas puedo mantener los ojos abiertos. Antes de subir, abro la mochila y me coloco la máscara, tapándome el rostro. Ahora sí que estoy obligado a tener que colocarme la mochila detrás, porque si no, no voy a poder subir.

Tomo aire y saco fuerzas de donde no las tengo para impulsarme hacia arriba en una de las vigas laterales. Podría utilizar el árbol que hay al lado, pero decido actuar por impulso y no usar la inteligencia. El movimiento me hace soltar un gruñido de dolor cuando los tres cortes se vuelven a abrir y siento un líquido extenderse de nuevo por mi espalda.

Sigo subiendo más. Otro poco más. Y un poco más.

Apoyo las manos en el marco de la ventana, haciendo fuerza hasta subir y quedar sentado en el mismo. Apenas lo hago y dejo caer la frente en el cristal, con un suave golpe, cuando escucho un grito de sorpresa en el interior.

Lo siguiente que siento es la ventana abrirse y su voz de preocupación inunda mis oídos.

—¿*Fox*? Por las tetas de... Joder, estás lleno de sangre...

Me ayuda a entrar, y cuando rozo el suelo de su habitación, caigo de rodillas y dejo caer la mochila a un lado. El negro empieza a ser el color predominante en mi campo de visión, pero todavía puedo presenciar un atisbo de azul cuando se agacha frente a mí.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién...?

—No tenía otro sitio al que ir... —murmuro con la voz pastosa y apenas audible—. La mochila...

Dice algo más, pero yo no la escucho.

Me desplomo, pero no llego a alcanzar el suelo cuando siento unas manos apretar con fuerza mis hombros para sujetarme.

El olor a argán llega a mis fosas nasales y es ahí, cuando siento que estoy en paz.

Que estoy a salvo.

VEINTITRÉS

KARLA

Miércoles 15 de octubre

No sé por qué ha venido aquí. Llevamos semanas sin hablarnos y le pedí distancia, por eso me sorprende que haya subido hasta mi ventana y desmayarse.

«¿Por qué está aquí?»

Todo pensamiento racional se hace a un lado mientras intento sujetar su cuerpo a duras penas, para evitar que se golpee la cabeza contra el suelo. Mientras le sostengo como puedo, alargo la mano a la cama para agarrar mi cojín de *Kuromi* y dejarlo en el suelo. Con cuidado, le coloco la cabeza de lado y le paso una mano por la tela de la máscara.

—*Fox*... —le llamo, pero no responde.

Está inconsciente, creo.

Ni siquiera intento arrastrar su cuerpo para llevarlo a la cama porque sé que no podría. Concentro mis esfuerzos en mirar su cuerpo, en busca de heridas. Las manchas de sangre se hacen evidentes en su camiseta gris, completamente pegada a la piel.

—¿Qué coño...?

Me arrodillo a su lado y con cuidado, levanto la tela, intentando no hacer movimientos bruscos para no hacerle daño. Parte de la sangre ya seca, está pegada en la tela y a su cuerpo, y me cuesta bastante separarla. Cuando consigo hacerlo, lo que encuentro me deja completamente sin respiración.

Tres cortes profundos.

Tiene un corte diagonal a mitad de la espalda que se extiende hacia la derecha, dentro del tatuaje. Otro más nace un poco más abajo en la zona izquierda de la espalda y baja en perpendicular con la columna. El último, nace en las lumbares bajando por la derecha y sube en la misma dirección de manera diagonal.

Todas tienen la misma longitud, similar a la largura de un billete. Desde luego, no son accidentales. Ya no solo por la forma tan recta que todos tienen, si no por la irregularidad de los bordes, como si un cuchillo de sierra le hubiese rasgado la piel.

Me paso una mano por el pelo intentando reprimir las lágrimas.

—Joder... Tengo que avisar a Saori...

—No... —Su voz es apenas un susurro, pero lo escucho.

Le miro a la máscara, esperando a que diga algo más. De nuevo, se queda callado, con la respiración irregular y los músculos tensos.

Miro a mi alrededor y veo la mochila.

Me tiro prácticamente hacia ella para abrirla. En su interior hay varias camisetas, sudaderas y un botiquín. Frunzo el ceño y me muerdo el labio inferior.

Esto no lo ha improvisado.

¿Ha pasado por el apartamento antes de venir de donde sea que le hayan hecho esto? ¿Se lo han hecho en el piso? ¿Sabía que le iba a pasar esto?

Sacudo la cabeza y saco el botiquín, colocándome al lado de *Fox*. Dentro encuentro todo lo básico: gasas, suero fisiológico, cristalmina, apósitos, povidona yodada, tijeras, vendas...

Demasiado ordenado. Como si no fuese la primera vez.

Agarro las tijeras y corto la camiseta para tener mejor acceso, reprimiendo un suspiro, ahogando las lágrimas mientras veo con más claridad las heridas.

—Quién te ha hecho esto...

No responde. Está inconsciente.

Me levanto y agarro la lámpara, apoyándola a un lado para poder observar mejor la espalda. Me tenso al darme cuenta de que aún tiene heridas abiertas, que rezuman un pequeño hilo de sangre, junto a las que ya se encuentran secas.

Ahogo un sollozo y me limpio las manos con unas toallitas que veo dentro de la mochila, preparándome para curar las heridas como buenamente pueda, con mi ausencia de experiencia.

Tiemblo cuando abro uno de los paquetes de gasas y comienzo a limpiar la sangre seca con suero. Gasto varios paquetes, tardando más de la cuenta por mis temblores y el nerviosismo. La respiración de *Fox* no varía, y cada vez que le toco, se queja, soltando algún jadeo o gemido ahogado.

Está vivo, y es lo que cuenta.

Cuando he limpiado bien su piel, me fijo en las heridas, también veo unas cicatrices que están casi ocultas por la tinta de los tatuajes. Mis dedos rozan las mismas y me doy cuenta que debajo del negro, hay un relieve que me pone los pelos de punta; no es la primera vez que le sucede.

Siento el cosquilleo de las lágrimas recorriendo mis mejillas mientras me centro en cada herida abierta. Son profundas, pero por suerte, no lo suficiente como para ver músculo. Cuando termino me doy cuenta de que necesita puntos, pero no hay nada en el botiquín. A lo mejor tengo que esperar a que él recobre la consciencia y me diga que hacer o...

Joder, no lo sé.

Coloco tres apósitos grandes sobre su espalda, aprovechando que ya casi no sangra y tras limpiarme las manos con otra toallita, me siento a su lado, apoyándome contra el borde de la cama.

Me quedo mirándole y me fijo en su forma de respirar.

Ya es más regular y profunda, pero sigue inconsciente.

No entiendo por qué ha venido aquí. Lo más sensato habría sido ir a un hospital.

Las lágrimas siguen bajando hasta mi barbilla y las limpio con la manga del jersey, a pesar de poder usar las toallitas al lado del pie derecho. Me llevo las rodillas al pecho y las abrazo, centrando mi vista en su máscara y ahogando un suspiro.

Sea lo que sea lo que haya pasado, esto es...

No sé ni lo que es.

Algo me sacude el brazo.

Más que algo, alguien. Un olor a menta me llega a las fosas nasales antes de que abra los ojos, junto con una voz rasposa.

—Karla...

Abro los ojos y delante de mí, está la máscara con la cruz azul que me es tan familiar. Me recompongo y me doy cuenta de que me he quedado dormida contra la cama. Miro por la ventana y veo que ya es de noche.

—Me he...

—Dormido —termina diciendo por mí—. Tengo que irme.

Veo que está de rodillas, con la ropa puesta y apenas puede ponerse de pie. Me incorporo e intento sujetarle del brazo para que no se desplome contra algún mueble esta vez y se abra la cabeza.

—No puedes ni caminar...

—No puedo quedarme aquí.

—Tienes tres putos cortes profundos en la espalda. Necesitas puntos.

—Nunca me pongo puntos. Solo tinta.

Trastabilla e intento sujetarle.

—No puedes irte —murmuro, acercándole a la cama. Sorprendentemente, él se deja llevar y me ayuda a compensar el peso para no aplastarme si se cae. Cuando se sienta, ahoga un suspiro y no levanta la cabeza—. Puedes... quedarte aquí. Una de mis amigas estudia medicina puede hacerte una sutura y...

—No quiero que avises a nadie.

—Pues vamos a un hospital.

Niega con la cabeza y suelta un gruñido de dolor cuando intenta levantarse de nuevo. No sé cómo, pero consigo mantenerle sentado empujando su hombro hacia abajo.

—Si has venido aquí es porque querías mi ayuda.

Oigo que resopla bajo la máscara.

—Y ha sido un error.

—Deja de decir gilipolleces —replico con firmeza, manteniendo el agarre—. Deja que mi amiga vea las heridas y te suture si puede. Después puedes...

—Está bien —gruñe de pronto, echando la cabeza hacia atrás.

Le suelto el hombro y él se retira la sudadera con cuidado, aceptando mi ayuda. Hace lo mismo con la camiseta e intento no mirarle demasiado el torso cuando se queda desnudo de cintura hacia arriba. Veo que se quita las zapatillas de un puntapié, quedándose solo en pantalones de chándal —manchados también de sangre—, y se tiende lentamente en la cama boca abajo.

Una sensación de alivio me recorre el cuerpo cuando le veo relajado.

—Puedo apagar la luz y que te quites la máscara para que puedas respirar si te molesta...

—Llama a tu amiga.

No dice nada más.

Ni cuando me levanto.

Ni cuando apago la luz.

Ni cuando me acerco a la puerta.

Saori sale de la habitación con la cara igual de desencajada con la que llegó, sin asimilar nada de lo que le he contado sobre ese chico. No pregunta porque ella, al contrario de mí, es alguien que prefiere adivinar la información de otras maneras que aturullando a la gente a cuestiones que pueden incomodar, como es el caso.

—Esas suturas se le caerán solas pero a la mínima décima de fiebre, que vaya a urgencias. Solo estoy en segundo y lo único que había suturado hasta ahora era piel sintética.

Asiento desde la puerta y me muerdo el labio inferior.

—No se lo cuentes al resto.

—Soy una tumba, ya lo sabes. Además, Vesna le arrancaría la máscara para ver quién es.

Pongo los ojos en blanco con una pequeña sonrisa y sonrío.

—Típico de Vesna.

—Típico de Vesna —repite ella.

Me pone una mano en el hombro y sonríe.

—Avísame si tu hombre misterioso necesita algo. Y... ten cuidado.

Me despido de ella y cierro la puerta con la mano temblorosa. Cuando me giro, me encuentro a *Fox* en la misma posición en la que le hemos dejado, boca abajo, con los brazos bajo la almohada y la respiración relajada.

Debería dejarle solo y que descanse.

—¿*Fox*? —susurro mientras me acerco a la cama, pero no responde.

Me siento a su lado y una de mis manos se mueve inconscientemente a su cabeza, cubierta por la máscara. Su respiración regular y la falta de tensión en sus hombros, me deja claro que se ha quedado dormido.

Dejo varias caricias por su rostro, formando la cruz de la máscara hasta descender por su barbilla. La rugosidad de la tela acaricia mis yemas hasta que me detengo en la mandíbula.

El borde de la máscara está ahí y un pensamiento se me pasa por la cabeza.

Subir un poco. Solo para ver su mandíbula, su mentón...

Solo eso.

No pasa nada por un poco.

Agarro el borde con cuidado y trago saliva, comenzando a ascender la tela con mis dedos índice y pulgar sin ser brusca para no despertarle. La tela se desliza por la piel con calma, descubriendo su mentón y su mandíbula, ambos marcados y de un tono más oscuro que su piel, como si a lo largo del día solo le diera el sol en la cara y las manos.

Me digo a mí misma que quiero detenerme ahí, la curiosidad me gana y subo un poco más. Solo veo sus labios. Esos labios que me han besado, me han devorado, me han...

La respiración se me corta al verlos.

Familiares.

Pequeños.

Carnosos.

Con un piercing en el labio inferior.

Igual que Callum.

La primera vez que le besé, se me hicieron familiares, pero el no notar el piercing me despistó.

Trago saliva, y me levanto de la cama sin colocarle la máscara. Retiro la mano como si acabase de quemarme con una taza de café caliente y doy varios pasos atrás.

Joder. Como no me di cuenta.

La cabeza me da vueltas y un montón de pensamientos empiezan a sumergirse en mi cabeza, recuerdos profundos que siempre habían estado ahí pero que yo he decidido ignorar.

Siempre. Tantas similitudes.

La menta en su aliento la primera noche que nos conocimos, que nunca enseñe sus tatuajes, la manera en la que se acerca a mí todo el rato...

Pero también hubo muchas cosas que me hicieron bajar la guardia, como no llevar la moto roja, ese olor a azafrán tan distinto...

Trastabillo con el cojín de *Kuromi* que sigue en el suelo y salgo de la habitación sin hacer ruido, con la respiración agitada y un dolor en el pecho que hacía mucho tiempo que no volvía.

Todo se aclara en mi cabeza, cuando Niall dijo que otra persona le había recogido y que sabía manejar la situación con *él*. Ese hecho se fusiona con las veces que *Fox* me ha contado los problemas con su padre de Las Vegas. Las veces que le ha hecho daño, le ha insultado y le ha hecho sufrir.

Quién le ha recogido en la facultad era él, su puto padre. Joder, es probable que él mismo le haya hecho esos cortes.

Y los que ya están cicatrizados.

Tres palabras retumban contra las paredes de mi cabeza una y otra vez.

Callum es *Fox*.

Callum *es Fox*.

Callum es Fox.

Joder.

«No hay mayor ciego que el que no quiere ver.»

VEINTICUATRO

KARLA

Jueves 23 de octubre

Me muerdo el labio mirando la pantalla, esperando a que Antonia me coja la llamada para nuestra cita semanal. Hasta hace una semana, pensaba que las citas no eran necesarias e intentaba que durasen lo menos posible, pero después de hablar con ella el jueves pasado y, con todo lo que pasó con Callum, necesitaba desahogarme con alguien que no me juzgase de una manera objetiva.

Le conté todo. Absolutamente todo. Callum, *Fox*, el *sexting*, los encuentros, mis sentimientos por él. Puede que haya omitido lo del chantaje emocional y que me haya robado mis dos coleteros —teniendo en cuenta que el otro se lo di voluntariamente—. Al fin y al cabo, ese no es el punto principal de mis rayadas.

Todavía no lo asimilo y mi cabeza no para de darle vueltas una semana después. No he vuelto a escribirle; ni a Callum, ni a *Fox*.

Y él a mí tampoco.

—Buenos días, Karla —me saluda Antonia cuando descuelga y me sonríe colocándose las gafas—. Aunque bueno, veo que allí ya es tarde.

Le dedico una pequeña sonrisa, viendo como agarra su libreta negra de siempre y el bolígrafo. Empieza ella, como siempre.

—¿Qué tal la semana? —pregunta, colocándose un mechón de pelo rebelde de su flequillo negro tras la oreja.

Trago saliva y cruzo las manos, apoyando los antebrazos en el escritorio.

—Bastante bien. He hecho bastantes planes con las chicas. Por ejemplo, ayer sin ir más lejos, Dove y yo fuimos a merendar a una cafetería que hace un café estupendo. —Agarro la pinza del cajón y me hago un moño rápido que me sujeto con ella—. Estuvo contándome lo bien que está últimamente con Niall aunque bueno, sigue estando confundida por la relación que tienen.

Veo que anota cosas en su agenda y me preparo para la reprimenda de siempre y su discurso de no ser el *punching ball* de los problemas de las personas de mi alrededor.

Para mi sorpresa, no lo hace cuando dice:

—¿Hablasteis de ti? —pregunta ladeando la cabeza.

Trago saliva y aprieto los labios.

—Eh, sí. Cosas de clase, salió el tema de Mónica y le hablé de ella...

—¿Conseguiste hablar de ella? —añade con interés.

—Sí, mejor que cuando les enseñé la foto la noche de pijamas —admito, sonriendo con tristeza—. Acabé llorando, pero al menos no dejé pasar el tema.

Ella asiente con firmeza y me dedica una sonrisa de orgullo, la primera que le he visto desde que he vuelto a terapia con ella.

—Eso es un gran avance. Ella te ha contado sus problemas pero tú también te has abierto y te has dejado ayudar. —El bolígrafo se desliza por su libreta y cuando levanta su mirada hacia mí, ya sé lo que va a preguntarme—. ¿Hablasteis de Callum?

Aprieto el nudo que tengo hecho entre mis dedos y bajo la mirada un momento al escuchar su nombre.

Mentiría si dijera que no me duele escuchar ese nombre. Esta semana he pensado y sentido tantas cosas al acordarme de él...

Le he llorado. Le he pensado. Le he odiado.

Pero sobre todo, le he extrañado. Y eso es lo que me jode.

He echado de menos ambas partes de él: su mirada clavada en mi nuca siguiéndome a todos lados, sus mensajes aunque fuese para preguntarme como estaba, sus labios susurrándome al oído, mis encuentros *no tan fortuitos* con él cuando salía de sus entrenamientos, la manera de preocuparse por mí e intentar ayudarme...

Ayudarme.

Quería ayudarme a sacarme a Callum de la cabeza, pero solo se aprovechó de su anonimato para estar conmigo. Sé que yo misma se lo pedí pero, él podría haberlo frenado, ¿no?

Creo que lo único bueno de todo es que él sabe que le he descubierto, porque esa noche cuando volví, ya no estaba en la cama tumbado.

Su mochila no estaba. Y él tampoco.

Quiero pensar que es algo positivo. Que se avergüenza o se arrepiente. He tenido en multitud de ocasiones el impulso de preguntarle qué tal tenía las heridas de la espalda, pero siempre borraba el mensaje y descartaba la idea.

—¿Hablasteis de Callum? —repite Antonia, sacándome de las entrañas de mi cabeza.

Levanto la vista que tenía clavada en la foto de Mónica que tengo en el escritorio y miro la pantalla.

—No —murmuro encogiéndome de hombros—. Es demasiado pronto.

Veo que frunce los labios y asiente.

—¿Has vuelto a saber algo de él? —inquiere, dando golpecitos con su bolígrafo a la libreta.

También omití el hecho de que he descubierto por la fuerza que su padre le tortura y que la última vez que le vi, tuve que curarle las heridas.

—No —repito y niego con la cabeza—. No ha vuelto a escribirme y tampoco le he visto al salir de la facultad.

—Bien entonces. La distancia podrá ayudarte a pensar con más claridad, pero tampoco debes dejarlo pasar. Algún día tendrás que enfrentarte a una conversación con él sobre todo lo que ha pasado estos días. —Anota algo y de nuevo, me mira—. Ya que mencionas la facultad... ¿Qué tal va ese proyecto que estabas haciendo en clase para diciembre? El dibujo...

Frunzo el ceño.

—¿La mancha?

—Ese mismo —afirma, señalando la pantalla con el bolígrafo.

Alcanzo la tableta gráfica y la desbloqueo con un movimiento rápido. No me cuesta demasiado encontrar el proyecto que estoy haciendo para clase y cuando se lo muestro, ella se queda mirándolo unos segundos.

—Le has añadido rayas grises... —murmura haciendo una pequeña pausa—. Perdóname, se me da fatal el dibujo.

—Son cicatrices —suelto sin pensarlo—. He intentado mostrar que la mancha crece encima de las heridas para taparlas. Pero aun así, que sigan siendo visibles.

Abre los ojos impresionada y asiente cierto reconocimiento. Anota más cosas y yo dejo la tableta a un lado mientras espero a que vuelva a hablar.

—Es fascinante. Me gusta mucho cómo representas tanto con algo abstracto.

Ni de coña voy a confesarle que la idea viene del hombre que está poniendo todo mi mundo patas arriba últimamente.

Sábado 25 de octubre

Llegamos a las cinco a casa después de pasar toda una tarde de compras por cada bazar y tienda cutre para los disfraces de Halloween. Me duelen los pies de recorrer media ciudad caminando, pero al menos Dove y Saori han quedado satisfechas con sus resultados.

—No pienso volver a acompañaros —bromeo mirando a Dove, quien lleva varias bolsas con diferentes corsés—. ¿Para qué te has comprado dos corsés?

Dove se adelanta sonriendo y me tiende una de las bolsas.

—He cogido uno para ti —añade con complicidad.

—¿Cuándo?

—Antes de salir de la última tienda. —Señala la bolsa con los ojos —. Venga, échale un vistazo.

—Pero yo ya tengo disfraz. Me llega el miércoles.

Ella chasquea la lengua, me arrebata la bolsa y saca de la misma un corsé de color negro con las cuerdas de color azul. Me lo enseña y le da la vuelta.

—Pegará bastante con tu disfraz. ¿Egipcia gótica?

Suelto una pequeña risa nasal agarrando la prenda y asiento.

—Algo así.

Dove se acerca a mí y me abraza sin previo aviso, lo que me pilla un poco de sorpresa. Correspondo al abrazo, el cual dura unos segundos más de lo que a mí me habría gustado, y cuando se separa, me susurra.

—Ya es hora de que alguien más se preocupe por ti.

Frunzo el ceño confundida.

—¿A qué te refieres?

Frunce los labios y ladea la cabeza.

—Las paredes entre nuestras habitaciones son finas y... también me enteré de todo lo que pasó cuando alguien se te coló en la habitación... —Su tono es prudente, observando cada reacción de mi rostro—. Soborné a Saori para que me contase lo que había pasado.

Bajo los hombros y muevo la cabeza intentando retirarme.

—Dove...

—No, escucha. No quiero que me lo cuentes si no quieres. Pero todas vamos a estar aquí para apoyarte cuando lo necesites. —Me agarra de un hombro y enarca una ceja—. ¿Queda claro?

Tomo aire, esperando varios segundos mientras miro su expresión. Al ver que no cambia, suelto un suspiro y asiento. Eso es todo lo que necesita para darme un leve apretón y dejar que me marche con el corsé en la mano.

Subo a mi habitación y cierro la puerta; enciendo la luz y dejo el corsé a un lado de la cama, justo encima del cojín de *Kuromi*.

Los recuerdos de aquella tarde vuelven por un momento y con él, la oleada de sentimientos que llevo arrastrando desde entonces.

Culpabilidad. Enfado.

Reproche. Extrañeza.

Amor...

—Oye, Alexa —digo de pronto sacudiendo la cabeza—, reproduce Holy Pri...

No termino la frase, al recordar que la máscara de *Fox* y la que usa ese DJ son algo similares. Es inevitable recordar las veces que le he visto con ella y sentir el calor viajar a mi entrepierna traicionera.

Me cago en la puta.

—Alexa, para. —El aparato se calla y tomo aire—. Reproduce algo de *techno*.

Un remix de tres canciones distintas empieza a sonar y subo el volumen, comenzando a saltar y bailar lentamente por la habitación, hasta que llega poco a poco el *drop*.

No me gusta ese tipo de música.

Ruido. Necesito ruido.

Subo más el volumen de la música, bailando una y otra vez, moviendo las piernas, los brazos y dando giros y saltos. No coordino ningún paso y ni siquiera me doy cuenta de que me falta el aire a cada movimiento pero odio el silencio.

No me gusta la música que no tiene un mensaje y es solo ruido.

A veces la música no necesita que tenga letra para transmitir un mensaje.

Más ruido.

Ruido para acabar con las *voces de mi cabeza*.

El *timing* es perfecto porque justo cuando se acaba la canción y cambia, escucho una notificación desde el teléfono. Me giro para agarrarlo a la vez que bajo el volumen de la música y cuando la pantalla se me ilumina, me quedo helada.

¡@biker.fox ha subido un nuevo vídeo!

—Alexa, para.

Debería de haber desactivado las notificaciones de su cuenta. El dedo me tiembla y dudo en pinchar mientras me siento en la cama, tratando de calmar mis nervios.

Pero lo hago.

La aplicación tarda unos segundos en cargar y cuando lo hace, el video empieza con un plano frontal subido a la moto negra mientras

está aparcado en una gasolinera. Lleva una sudadera gris ancha y el mismo casco de siempre. Se retira los guantes y «Freaks» de Surf Curse suena de fondo con las primeras palabras que él mismo se ha encargado de editar.

No es hasta que la canción rompe que el plano cambia.

El enfoque es el mismo, pero ahora conduce a una velocidad abismal por un túnel y la moto... ya no es negra. Puedo ver el rojo y el llavero azul que está enganchado volando por culpa de la rapidez de la moto.

Espera. No es un llavero.

Es...

Uno de mis coleteros. Más concretamente, el que sí tiene la cinta atada a él.

Me pongo de pie mientras el vídeo sigue reproduciéndose y una sensación extraña se me aloja en el abdomen, como si tuviera mariposas revoloteando.

El vídeo se acaba y empieza desde el principio.

Sueño contigo casi todas las noches.
Espero no despertar esta vez.

Los ojos se me llenan de lágrimas ante el tumulto de emociones volviendo a mí de nuevo y por inercia, entro a los comentarios.

¿Tiene dos motos?
Qué vídeo más triste. Quítate la camiseta o algo.
Te hemos echado de menos.
Ven cariño, que te quito los problemas a polvazos.

Pongo los ojos en blanco y cierro el vídeo sin darle me gusta o interactuar de alguna manera con él.

Sé que esta vez no va a escribirme, pero sabrá que lo he visto. Podría dejarlo pasar, pero si esto va de víctimas, él no es el afectado.

Lo siento mucho.

El mensaje me sale solo. La rabia que me imbuye se descarga a través de mis dedos, aporreando el teclado táctil de tal manera que tengo miedo de que pueda hasta romper la pantalla.

Bueno, a lo mejor estoy exagerando.

Karla

Si con ese vídeo pretendes ir de víctima, siento ser yo quien te joda la experiencia. No finjas que estás triste, yo sé por qué subes eso, y es porque sabes que es la única manera que tienes de meterte en mi puta cabeza sin pedir permiso, cosa que nunca has hecho. ¿Quieres que te sea sincera? (Porque yo sí que puedo serlo, no como otros). Te ha funcionado de puta madre, e incluso lo he visto más de una vez. Has hecho tantas cosas sin pedir permiso, como mentirme, manipularme, quitarme cosas sin que yo te las quisiera dar... ¿También pensabas aprovecharte de mí y arrebatarme la virginidad? Eres un mentiroso y un cobarde de mierda. Si lo que querías era que pensara en ti esta noche, enhorabuena, lo has conseguido. Pero no es con mi mano entre mis piernas, tal y como te gusta imaginar. No vuelvas a acercarte a mí, Callum.

VEINTICINCO

CALLUM

Jueves 30 de octubre

No sé cuántos chicles de menta tengo en la boca. Están hechos una bola asquerosa que ya no tienen ni sabor. Me duele la mandíbula de tanto masticar; he comprado más de cuarenta paquetes esta última semana y media para calmar los nervios.

Los chicos han intentado mejorar las cosas, a pesar de que la mayoría no tienen ni puta idea de lo que me está pasando.

Aporreo el teclado intentando dispersar los pensamientos, esperando a que lleguen para empezar a organizar todo lo de mañana y, la fantástica idea que ha tenido Niall, de hacer una noche de purga de carreras justo la noche de Halloween.

Todo comenzará en un sitio y gracias a Ken, que es uno de los miembros VIP del Iron, me ha dado acceso a toda la discoteca para preparar el plan.

Puedo acceder a todos los archivos: listas de invitados, seguridad, camareros, equipo de sonido... Judd, uno de nuestros compañeros del equipo de *lacrosse* no ha dudado ni un segundo cuando le he llamado ofreciéndole pinchar mañana por la noche, para cambiar el DJ a cambio de que dejase transcurrir el plan.

Todo está en silencio a mi alrededor. Me subo las gafas por el puente de la nariz y siento una de las heridas tirar un poco. Después de quince días, apenas me quedan puntos y puedo moverme sin problemas.

Estar frente al ordenador me calma. Me da acceso a cosas que sí puedo controlar.

Crees que puedes controlar todo lo que pasa a mi alrededor. Pero el control se pierde tan fácil como se gana.

Aprieto la mandíbula; el estúpido mensaje y sus palabras se me clavan de nuevo en la cabeza, agujereándome el puto cerebro poco a poco, como si fuese un tornillo corrido que ya no gira más y lo sigue intentando.

Han pasado cinco.

Cinco días sin vivir.

Cinco noches sin dormir.

Y quince días sin tocarla, pero no sin verla.

Mi moral se fue a la mierda cuando decidí entrar a su teléfono. ¿Me importó su privacidad? Ni lo más mínimo. He estado espiándola por la cámara frontal y la trasera: observando cada cosa que hacía, incluido dejar de seguirme en cada red social. Además de bloquearme.

Ha decidido que ahora soy el villano perfecto al que odiar.

Un mentiroso. Un manipulador.

Lo que parece haber olvidado mi querida Sombra, es que yo soy el único que conoce lo mucho que le pone cachonda las actitudes cuestionables de los hombres. Sus conversaciones con esos *bots* en esa estúpida aplicación han incrementado y, aunque quiera olvidarse de mí, siempre se dedica a rolear la misma mierda: mi *crush* me ha roto el corazón.

Sí, le he mentido, pero no me arrepiento. Porque no fue por maldad ni para hacerla daño.

Toda mi vida se ha basado en sobrevivir con las herramientas que se me han presentado delante y eso he hecho con ella. Porque lo que Karla no sabe, es que todo esto, puede que empezase por casualidad en ese puto abismo hacia la autopista, pero cada acercamiento ha sido para ayudarla.

¿En serio piensa que he querido aprovecharme de ella?

No soy como Max.

No me aproveché de ella. Nunca quise hacerlo. Jamás.

Ambos lo queríamos. Ella siempre quiso quedarse aunque fuese Callum, y me lo demostró cuando me correspondió aquel beso.

Tampoco quise manipularla, joder. Supongo que cuando empezó todo esto, no pensé que llegaría tan lejos y yo fui lo bastante estúpido como para no detenerlo.

«Pero ella no confió en ti.»

No. No lo hizo.

Aprovechó que estaba mal, herido y débil.

Fui a ella porque era la única persona que veía como un lugar seguro, pensando que no sería capaz de traicionarme.

Y me destapó.

Eso es lo que me enfada de cojones, que no me dio tiempo a sincerarme y a dejar las cosas en su sitio.

«El *mito* se hizo realidad.»

Escupo el chicle sobre una servilleta y me meto otros tres de golpe en la boca, masticandolos con rabia mientras me río por lo bajo, a la vez que accedo a las cámaras de seguridad del Iron.

No me río porque me haga gracia. Sino porque, por primera vez, no sé cómo dejar escapar esto de dentro. Pensaba que iba a romperme, que la ansiedad volvería y que la única manera de liberar el dolor sería con más pastillas, pero Ken me quitó la idea de la cabeza hace una semana cuando se me coló en la habitación y me confesó que su hermana le había contado todo.

Intentó hacerme entrar en razón respecto a Max y ayudarme. Sé que tanto él como Luka no tendrían problemas a la hora de movilizar hombres y acabar con mi progenitor, pero esa tarea no les corresponde a ninguno de los dos. Por eso mismo, me ha prometido que me ayudará a hacerlo en su debido momento. No obstante, ambos sabemos que su padre no va a meter las narices en ningún asunto que no involucre o afecte a su hijo de manera directa.

He dejado que solo Ken me ayude con esto y se lo ha ocultado al resto. Sabe que toda esta mierda es por Karla, pero yo no he tenido los cojones suficientes para admitirlo.

No pienso hacerlo.

¿Quiere un villano? Pues espero que huya cuando me vea, porque pienso arrebatarle lo único que le queda y que solo va a pertenecerme a mí.

Entonces, sí que seré el malo de la historia.

—Bien —Luka entra por la puerta de la cocina, mientras que yo termino de fregar los platos y Niall repasa en el ordenador todo lo que yo he hecho previamente—. Todos los vehículos están a punto, incluido el BMW.

Agarro el trapo para secarme las manos y veo al irlandés asentir. Detrás de él entran Ken y Conrad, el primero con una seriedad que pondría los pelos de punta a cualquiera y, el segundo, con una sonrisa malévola y demasiada energía, como siempre.

—Por una noche, todos vamos a ser Niall —comenta Conrad frotándose las manos, acercándose a la isla de la cocina—. Incluido Callum.

El japonés se acerca a mi lado y me da un pequeño toque en el hombro asintiendo. Le devuelvo el gesto y Luka se apoya en la encimera.

—¿Repasamos? —pregunta clavando sus ojos en nosotros.

Niall me mira y yo dejo el trapo a un lado, tomando aire. Con calma, me acerco a la isla de la cocina y me apoyo en ella. Ken no tarda en hacer lo mismo, colocándose a mi lado.

—Los vídeos ya están subidos a todas las redes sociales. La gente ya está organizando grupos y se está preparando, así que es importante que la concentración inicial salga bien. —Abro un mapa de Ashmont y giro el portátil hacia ellos—. Concentraremos a la gente en el viejo polígono, dónde hacíamos las carreras de coches antes de encontrar la autopista. Unas cuantas llamadas a la policía serán suficientes para concentrar a la mayoría de patrullas allí.

—Me estoy poniendo cachondo solo de saber lo que viene ahora...

—Cierra la boca *Lis* —le reprende Ken, pero Luka y Niall se ríen.

Pongo los ojos en blanco con una media sonrisa y continúo.

—La policía no tardará en llegar, pero la gente que vaya, ya estará preparada. —Cambio la pestaña a un QR—. Este código está oculto en un perfil aparentemente normal de Instagram...

—¿Por qué no Tik Tok? —interrumpe *Vetro*—. Quiero decir, el algoritmo ayudaría a que lo encontrase más fácilmente.

—Sí, pero también la policía —responde el irlandés por mí—. Todos los vídeos que se han subido a las otras redes sociales sobre lo que vamos a hacer mañana tienen el mismo lema en la descripción: encuentra al lobo fantasma.

Luka frunce el ceño confuso y cambio la pestaña enseñando un perfil de Instagram. Cuando lee el título de la cuenta, abre los ojos de par en par. Conrad aplaude y le da un codazo al castaño.

—Fue idea mía. Una buena referencia a Juego de Tronos.

Ken pone los ojos en blanco y yo continúo.

—En ese QR van a encontrar rutas por todo Ashmont. Vías de escape para jugar con la policía.

—¿Son seguras? —interviene el japonés con tranquilidad.

—Si no lo fueran yo estaría entre rejas hace tiempo —bromea *Irish*—. Todas son hechas por *Fox*.

Me tenso cuando dice mi apodo pero sacudo la cabeza y me obligo a continuar.

—Nadie saldrá capturado, espero. Pero vosotros tenéis rutas distintas. Unas hechas por mí especialmente y que nadie nunca ha usado, ni siquiera *Irish*. Son distintas, dependiendo de si vais en moto o coche —aclaro mirando a Ken—. Una vez la policía esté dispersa por la ciudad, será cuando vayamos al Iron a divertirnos.

Niall asiente con firmeza.

—Dispersaremos la fiesta. Llamaremos la atención por la zona. También tenéis rutas para huir desde allí si decidís ir.

—¿Y cómo vamos a dispersar una fiesta a puerta cerrada? —inquiere Conrad con escepticismo, ya que esta parte del plan no la conoce.

Ken me dedica una sonrisa cómplice y el rubio se muerde ligeramente el labio.

—Con una máscara, una voz distorsionada y mucho miedo.

VEINTISÉIS

KARLA

Viernes 31 de octubre

¿A quién cojones se le ocurre mezclar una fiesta de Halloween con una noche de "semáforo"? Al que se le haya ocurrido esa idea se merece que lo aten a un maldito poste y le tiren piedras por fastidiar mi noche favorita de todo el año.

Me niego a llevar cualquiera de los tres colores que indiquen disponibilidad, y ya se lo he dejado claro a las chicas antes. Acabo de terminar de maquillar a Saori y estoy extendiendo el vestido encima de la cama, cuando el móvil empieza a vibrar en la mesilla. Frunzo el ceño al ver el nombre de mi madre.

Qué raro. No suele llamarme a estas horas, y más cuando sabe que voy a estar preparándome. Sabe lo mucho que me gusta esta época del año.

Descuelgo y pongo el teléfono en altavoz.

—¿Mamá?

—Gracias a Dios —responde con alivio—. Pensaba que no estarías disponible.

Me siento en la silla del escritorio y abro el cajón para sacar el maquillaje.

—¿Pasa algo?

—¿Tienes que pasar algo para que quiera llamar a una de mis hijas? —inquiere con sorna, aunque noto como esconde el tono de preocupación. Mantengo el silencio durante unos momentos y ella no tarda en suspirar—. Vale, sí que pasa algo. Estoy preocupada por Julia.

Pongo los ojos en blanco mientras enciendo el foco y suspiro.

—Mamá...

—Está rara. Y antes de que me digas nada, ya sé que está en una edad complicada y que es normal que la distancia nos aleje un poco. Pero conozco a mi hija.

El titubeo y la manera de atropellar las palabras me hace detenerme a medio camino cuando voy a sacar el delineador del estuche, provocando que mis alarmas interiores se activen.

Trago saliva y cierro un momento los ojos.

—Rara en qué sentido.

—Está más distante, no me llama tanto...

La parte paciente de mi cabeza toma el mando de la situación. Cojo aire y dejo la máscara de pestañas sobre el escritorio.

—Es su primer año de universidad.

—Tú no fuiste así en tu primer año de universidad —rebate con firmeza, sacando su lado de jueza—. Y eso que te marchaste a la otra punta del mundo.

—Yo no empecé la universidad con dieciocho años —replico de vuelta, ladeando la cabeza—. Ayer mismo hablé con ella y me contó que estaba bien. Y sabes que si le pasara algo, me lo contaría.

—Y tú no me lo ocultarías.

—Exacto —añado con una pequeña sonrisa—. Es normal que tome distancia. Va a hacer nuevos amigos, salir de fiesta... Está en la edad de empezar a ser independiente.

Escucho como toma aire con dificultad y deja salir un suspiro. Aunque no la veo, sé que se está mordiendo las comisuras de los labios con gesto nervioso.

—A lo mejor tienes razón. Creo que el hecho de que no estéis ninguna aquí...

—¿Y papá?

—Tiene que estar al llegar. Ha estado unos días en Barcelona y se supone que hoy tenía el día libre, pero ha tenido que ir a la oficina de Marbella de urgencia. —Hace una pequeña pausa mientras que yo sigo sacando el maquillaje—. ¿Podrás venir este año para navidades?

Frunzo los labios al recordar el temporal de nieve que el año pasado me impidió viajar a España. Cancelaron muchísimos vuelos y me fue imposible pasar las fiestas allí.

—Espero que sí, aunque todavía es pronto.

—Sí... ¿Y tú estás bien? Antonia me ha dicho que la terapia va muy bien.

Suelto una pequeña risa nasal y muevo la cabeza.

—Estoy mucho mejor. Espero que no te esté contando nada...

Oigo cómo se ríe y el resto de la conversación transcurre distendida, alegre y sin la tensión con la que mi madre me ha llamado. Sé que es complicado tenernos lejos. Ella y papá siempre han tenido una vida con trabajos muy ocupados y, entre eso y la prensa todo el día detrás de nuestras vidas, la infancia de Julia y la mía no han sido fáciles.

Igual que tampoco lo fue la de Mónica.

Puede que no siempre estuvieran presentes en fechas importantes, que nuestra vida fuese de todo menos privada; en donde las reuniones y los momentos familiares siempre terminaban en la primera portada de una revista, pero jamás nos faltó cariño.

Eso nunca.

La imagen que me devuelve el espejo del baño en la discoteca me hace esbozar una sonrisa real, algo que lleva sin pasar bastante tiempo.

Tenía dudas del vestido que me compré por Amazon para el disfraz, pero lo cierto es que me queda al dedillo; menos por un pequeño detalle del top, que tal vez me quede algo pequeño y me apriete demasiado el pecho. Es completamente negro y se sujeta

por el cuello con un cordón de color azul oscuro que va unido al mismo.

En el centro lleva un pequeño símbolo egipcio bordado que la verdad no sé qué significa, pero me pega con el disfraz.

A través de la parte interior del top, por la zona de las axilas, salen dos mangas que llevo subidas hasta los hombros de una tela fina y casi translúcida, mezclando el azul y negro. Es ajustado hasta el codo, pero después cae suelto y elegante.

Vesna me ha comparado con un dementor y Dove me ha regañado por no ponerme el corsé que me regaló, pero prefiero poder respirar el resto de la noche sin problemas.

Creo que la falda es mi parte favorita del disfraz, siguiendo el mismo patrón de colores y el mismo tipo de tela, tiene un corte a cada lado desde la parte baja de la cadera que deja ver mis piernas cubiertas por unas medias de rejilla al completo y, como no, mis botas de plataforma.

En la cintura llevo una especie de cinturón con gemas azules del mismo tono que mi pelo, que he tenido que retocar porque algunas no se paraban de caer cada dos por tres. De hecho...

—Joder.

El tirante del cinturón se me ha vuelto a descolgar.

Suelto un bufido y me lo quito, arrojándolo a la papelera más cercana. Vuelvo a mirarme al espejo, asegurándome de que el delineado esté en su lugar y que la sombra de los párpados no se me haya corrido por culpa del sudor.

Amplío la sonrisa y cuando veo que todo está perfecto, salgo del baño tras meterme el móvil en la cinturilla de la falda.

El sonido de la música *techno* me hace esbozar una nueva sonrisa. Me fijo en los disfraces de la gente y le devuelvo el saludo a algunas personas que parece que me conocen, aunque a mí no me suenen de nada sus caras.

Busco a las chicas con la mirada, poniéndome de puntillas y veo a Dove bailar con un chico al fondo, a Saori en la barra pidiendo copas y Lottie junto a Vesna bailando tranquilamente. No es hasta que me acerco a ellas, que alguien choca el hombro al cruzarse conmigo.

Primero me llegan los olores: azafrán y menta, ambos mezclados.

Solo con eso consigo tensarme de pies a cabeza. No tengo que girarme para mirarle, porque cuando se inclina, puedo ver por el rabillo del ojo la imagen que llevo dieciséis días intentando evitar.

La máscara negra con la cruz azul.

No dice nada, o al menos no por el momento. Siento sus penetrantes ojos verdes mirarme debajo de la tela y el nudo que se me forma en la garganta amenaza con ahogarme, hasta que se cierne aún más y solo dice dos palabras.

—Corre, Sombra.

Es él quien se mueve hacia la cabina del DJ, dejándome ahí, en completo estado de shock.

Pensaba que lo había superado. Que estaba lista para enfrentarme a la realidad y sobre todo a él. Pero ni siquiera se me pasó por la cabeza que aparecería aquí.

Trago saliva y miro a todos lados, buscando su figura entre la multitud, pero ya no le veo. El móvil me vibra en la cinturilla de la falda y lo saco. Mi ceño se frunce cuando aparece la imagen de un BMW negro que me descoloca completamente.

¿Es... *Ghost*?

Sacudo la cabeza y levanto la mirada. Veo a Dove, está bailando todavía con el mismo tío. Una vez que llego a ella, la agarro del brazo, arrastrandola hacia el resto de nuestras amigas. Todas con la mirada pegada al móvil.

La misma imagen del BMW en todos los móviles.

De pronto, la música empieza a desvanecerse y las luces se atenúan. Todo el mundo contiene el aliento. Yo incluida.

—Toca salir a jugar.

Todo se vuelve un completo caos. Las luces vuelven a parpadear y los gritos empiezan a inundar el ambiente de la discoteca, tanto de júbilo como de pánico. En un abrir y cerrar de ojos, he perdido de vista a las chicas y, cuando vuelvo a parpadear, caigo al suelo.

Suelto un grito ahogado cuando me choco con un chico disfrazado de médico, lleno de sangre y ambos nos sostenemos el uno al otro.

—¿Estás bien? —me pregunta claramente preocupado.

Asiento respirando con dificultad y aprieto el móvil en mi mano.

—Sí, gra...

No me da tiempo a continuar cuando veo al mismísimo DJ empujar al chico que me estaba intentando ayudar. Le conozco, creo que se llama Judd. Estoy a punto de intervenir cuando se gira hacia mí y ladea la cabeza.

—*Fox* te está esperando. Hay una salida de emergencia tras la zona de la cabina.

Hago una mueca de enfado y niego con la cabeza.

—No pienso ir con él.

—Dijo que dirías eso. Y me dijo que amenazase con hacerle daño a alguien si no ibas. Tal vez a... —El chico mira a su alrededor, para luego señalar al chaval vestido de médico en el suelo—, ¿este?

Da un paso amenazante y el doctor sangriento se encoge.

—¡Está bien! —exclamo dando un paso adelante—. Iré.

Ambos me miran y le dedico una última mirada al chico del suelo, el cual también se me hace bastante familiar, aunque no sé muy bien de qué. La discoteca está más vacía, ya que mucha gente ha salido, pero sigue siendo un escenario horrible.

Llego a la cabina y encuentro la salida de emergencia justo detrás. Me maldigo a mí misma por haber dejado la cazadora de cuero en el ropero de la discoteca y abro la puerta de emergencia. La carne se me pone de gallina al momento por culpa del frío y me obligo a abrazarme a mí misma, mientras miro a ambos lados de la calle.

Hay gente gritando, coches moviéndose a toda velocidad y diviso como sale un BMW negro de uno de los callejones que rodea la discoteca, seguido de varios vehículos más, incluido motos.

—Cien dólares bien invertidos.

La voz que escucho detrás de mí hace que un escalofrío me recorra toda la espalda.

Me muerdo la lengua con una media sonrisa irónica y me giro hacia él, encarándole. Me lo encuentro apoyado en la pared, cruzado de brazos y sin máscara. Lleva una de esas camisetas de manga corta y negra de compresión, que solamente me deja ver la cola y la cabeza de la serpiente que se le enrosca por los brazos.

—¿Cien pavos? ¿Eso es lo que valgo para ti?

—No, eso es lo que he tenido que pagarles a Judd y a Matthew para que montasen una escenita delante de ti —repone, apoyando la cabeza en el muro del edificio—. La Karla samaritana que se preocupa por los demás actuando de nuevo.

Aprieto los labios y parpadeo completamente atónita, intentando reprimir las lágrimas.

—Te dije que no te acercases a mí.

—Y yo te dije que no me quitases la puta máscara, pero lo hiciste.

Suelto una risa nasal irónica y le señalo con el dedo índice.

—Yo no soy la que ha mentido aquí.

—Sí que lo has hecho —añade con la misma tranquilidad—. Solo que no a mí, por supuesto. Sino a ti misma. A mí me has hecho una cosa muy distinta.

—¿A ti? ¿El qué?

Hace una breve pausa y es entonces cuando me fijo en que está mascando chicle. El movimiento de su mandíbula es casi hipnótico y no es hasta que vuelve a hablar, que no soy consciente de la gravedad de la situación.

—Traicionar mi confianza.

Veo que se descruza los brazos justo cuando una moto roja, que conozco muy bien, aparca en la acera.

Cuando me giro, el mismo chico que iba vestido de médico se baja y le lanza las llaves a Callum, quien las recoge al vuelo. Ahora entiendo de qué me sonaba, es el portero del equipo de *lacrosse*.

Soy estúpida.

Callum pasa a mi lado y se acerca a la moto mientras el otro chico se aleja. Veo que retira del manillar otro casco y yo enarco una ceja.

—No voy a subirme contigo a la moto.

No me hace caso cuando veo cómo lo agarra y se gira hacia mí.

—Callum, he dicho...

—Me la suda lo que quieras —farfulla en tono serio mientras se acerca con el casco en la mano hasta quedar a menos de un paso de distancia—. Vas a subirte a la moto quieras o no.

—¿Tú eres idiota? He dicho que...

Lo siguiente ocurre muy rápido.

Una mano rodeando mi cintura.

Un pecho duro aprisionando el mío.

Unos cálidos labios devorando los míos.

Las palabras se me ahogan en la garganta cuando siento sus dedos clavarse en mi piel y sus dientes arrastrar mi labio inferior para hacerme callar.

Y yo como una idiota, correspondo.

Creo que no es como ninguno de los besos que nos hemos dado. Ni en nuestras noches en el apartamento, cuando no sabía quien era bajo esa *oscuridad* que le escondía de mí, ni como el que nos dimos en aquel cuartucho de limpieza asqueroso.

Mis labios se abren para recibirle, siendo yo quien introduce la lengua y la enreda con la suya, produciendo que un gemido ronco abandone su garganta. Me aferro a su camiseta y escucho como deja caer el casco al suelo, sin importarle donde acabe. La mano que ahora deja libre viaja hasta mi pelo, el cual envuelve en un puño. Cuando se separa, me obliga a estirar el cuello para morder la zona donde me late el pulso.

Sus dientes arañan mi piel y, por un momento, me siento como esas estúpidas moscas que acaban cayendo en la trampa de las plantas carnívoras. Cada vez que muerde, lame y succiona, me imagino que las hojas se cierran y que la mosca se queda atrapada en la oscuridad, lista para sucumbir a él.

Yo soy la mosca. Y él mi jodida oscuridad.

Ahogo un gemido quejicoso cuando se aparta y el frío regresa a mi cuerpo. Se agacha para volver a coger el casco y después acercarse. Me coloca el pelo con calma y no dice nada, solamente se limita a pasarlo detrás de mis orejas, para después colocarme el casco.

—¿Dónde vamos a ir? —pregunto en un hilo de voz, intentando que no me tiemble el tono.

Su respuesta es el silencio mientras me abrocha el cierre y deja el visor subido. Baja la mano hasta la mía y me agarra de la muñeca para llevarme a la moto, donde hay otro casco colgado del manillar.

—Callum...

—Aquí no.

No tarda mucho en colocarse el suyo y subirse a la moto. Se baja el visor y gira la cabeza hacia mí, esperando a que me coloque detrás de él.

—¿Va a perseguirnos la policía? He visto los vídeos y...

—Jamás se me ocurriría ponerte en un peligro así —me interrumpe con firmeza—. Sube.

Y lo hago.

Ya no hace falta que me indique como tengo que agarrarme, y arranca en cuanto subo detrás de él. Intento no apoyarme demasiado en su espalda al recordar sus cortes, pero no se queja cuando me pego demasiado a él por culpa del movimiento de la moto. A nuestro alrededor suenan multitud de sirenas, pero me tranquiliza saber que ninguna de ellas nos sigue a nosotros.

Callum conduce un poco más rápido que el ritmo de la vía, pero no pone nuestras vidas en riesgo.

No tardamos en abandonar la zona céntrica de la ciudad para dirigirnos a la autopista, cosa que empieza a ser extraña, sobre todo cuando toma una de las salidas y sube hacia la entrada de la zona este.

No.

No joder.

¿Por qué me está trayendo aquí?

Doy varios golpes de advertencia en el muslo de Callum, pero él me ignora mientras gira y sube por el puente que da a la carretera por la cual acabamos de pasar.

Para la moto y coloca el apoyo lateral.

—Bájate.

Trago saliva separándome de él.

—Callum...

—Baja.

No me lo está pidiendo, y el tono de firmeza en su voz es todo lo que necesita para que lo haga. Me desabrocho el casco y lo dejo en la acera, sin mirar hacia la autopista.

Él repite mi gesto, dejando que los mechones de su pelo negro le caigan de manera desordenada, acercándose para dejarlo al lado del mío.

Me abrazo a mí misma, ya que el frío y la altura me recuerdan dos cosas: que llevo un vestido demasiado fino y que ya no estamos en julio. No separo mis ojos de él, evitando a toda costa mirar hacia el borde.

Callum se gira hacia mí y se mete la mano en uno de los bolsillos del vaquero, buscando algo dentro de él.

Su otra mano cuelga a su lado; abriendo y cerrando sus dedos. Tiene la mirada clavada en mí y me recorre de pies a cabeza con una intensidad que me hace estremecer, aunque sin conocer del todo qué intenciones tiene conmigo.

—No quiero estar aquí —musito de pronto, retirando la vista de él durante un instante.

Da varios pasos hacia mí sin contestar y es entonces cuando saca la mano del bolsillo. De él, veo dos destellos azules que reconozco al momento.

Mis coleteros.

Uno es el que me quitó en el baño del taller —que no tiene la cinta atada— y el otro es el que le entregué a *Fox*.

Me muerdo el interior de la mejilla.

—Vamos a hacer esto una última vez, Karla —dice al fin con una tranquilidad pasmosa—. Y es la última oportunidad que te voy a dar de ser sincera conmigo.

Da otro paso hacia mí y yo retrocedo, cosa que le hace sonreír de una manera que me produce de todo menos miedo.

¿Por qué no me aterroriza?

Detrás de mí sé perfectamente lo que hay: el final.

Un fin que hace cuatro meses deseaba y quería por encima de cualquier cosa, porque ya no veía nada más allá después de la muerte de Mónica. Tras su muerte, todos me decían lo mismo y repetían las mismas frases todo el rato.

Que tenía que seguir adelante.

Que ella querría verme feliz.

Que tenía que seguir mi propia *vida*.

—Dime, Sombra... —Su voz me devuelve a la realidad—. Si dejo que te acerques al borde, ¿saltarías?

Doy otro paso atrás cuando él avanza de nuevo y una ráfaga de viento me sacude, dejando que los volantes de mis brazos y la falda vuelen. Coloco las manos en mi cintura por instinto, a pesar de saber que es una tontería. Después de todo, Callum ha visto cada centímetro de mi piel.

Juega con mis coleteros entre sus dedos, enredándolos con calma entre ellos. Contengo la respiración cuando me fijo en sus ojos, de los cuales no hay ni una pizca verde.

—Responde.

El movimiento de su lengua pasando por el piercing me trae recuerdos, ninguno desagradable. Intento dejarlos a un lado y tomo aire.

—N-No... —titubeo manteniendo el contacto visual—. No saltaría.

Se detiene en seco y veo que ladea la cabeza.

—No has mentido.

Me encojo de hombros.

—¿Tanto te... sorprende? —replico con una firmeza que flaquea en la última palabra.

No responde cuando da otro paso, pero esta vez no me muevo.

—¿Qué es lo que ha hecho que cambies de idea? —pregunta ladeando la cabeza, lo que me hace apartar la mirada—. ¿La terapia?

—Entre otras cosas —respondo volviendo a mirarle durante un segundo.

—Otras cosas... —repite saboreando las palabras—. ¿Qué otras cosas? ¿Las chicas?

Le miro y asiento.

—¿Tus clases? —No aparto la mirada mientras le respondo con el mismo gesto—. ¿Yo?

Esa única palabra me tensa de pies a cabeza y me alejo un paso aunque él no avanza. Toco con las botas el muro que nos separa de la autopista y después apoyo la cadera.

Abro la boca para contestar, pero una sirena me hace ahogar un grito y me asomo a la autopista para ver un coche de policía con las

luces puestas persiguiendo a un vehículo.

Cuando vuelvo a mirar al frente, Callum está delante de mí y ya tiene colocada su mano en mi cuello, a modo de collar.

—Vamos Sombra. Dilo. —Se inclina hacia mí sin romper el contacto visual, quedando a pocos centímetros—. Admite que yo soy uno de los motivos por los que has decidido seguir caminando por este mundo de mierda.

Estiro el cuello y ahogo un gemido cuando siento su aliento acariciar mi mejilla.

—Callum.

—Admítelo joder.

Cierro los ojos y, casi por instinto, abro las piernas.

—Ha sido por ti —musito con tono tembloroso.

Esas cuatro palabras deben ser música para sus oídos, porque en un rápido movimiento, me está besando otra vez.

El beso es igual de profundo que el de la discoteca, pero esta vez más frenético e impaciente. Sea lo que sea que le esté pasando por la cabeza, quiere hacerlo ya y no perder ni un solo segundo más. Me aferro con una mano a su camiseta y apoyo la otra en el muro a la altura de mi cadera cuando él me obliga a abrir las piernas con su rodilla.

La mano que antes sujetaba mis coleteros —y cuya muñeca está adornada ahora por el azul de ellos—, baja hasta mi muslo derecho y con una tranquilidad dolorosa, empieza a romper las medias de rejilla que me cubre la piel bajo el disfraz.

—¿Piensas que con un beso es suficiente para perdonarte? Ni de puta coña, Sombra. Voy a... —Sus palabras pasan a otro plano cuando su dedo roza mi intimidad y me muerde el labio inferior—. Joder, no llevas bragas. ¿Por qué?

Contengo un gemido y me arqueo hacia él cuando pasa de nuevo el dedo a modo de advertencia para que le conteste.

—No lo sé... Una parte de mí sabía que esto acabaría pasando y... joder...

Introduce un dedo en mí sin previo aviso; entra sin problemas gracias a la humedad que se estaba acumulando, durante toda la noche, entre mis muslos. La mano que tenía en el muro acaba en su

hombro y me pongo de puntillas para poder sentirle más cerca de alguna manera.

—Por supuesto que pasaría —gruñe metiendo un segundo dedo, esta vez con más cuidado pero con la misma facilidad—. Pero no he venido solo para esto Karla. Hoy no.

Sube la otra mano del cuello hasta mi mandíbula y mantiene los dedos dentro, curvándolos en mi interior. Hago el intento de arquear el cuello, pero él me mantiene para que no deje de mirarle.

—Pienso llevarme una última cosa de ti. —Saca los dedos—. Y voy a hacerlo en el mismo sitio donde todo empezó. —Los mete de nuevo—. Aquí. Vas a correrte en mis dedos y luego... voy a repetirlo de nuevo...

Lo va a decir.

Dilo, *por favor*.

—... pero será con mi polla dentro de ti.

Aprieta con firmeza el agarre en mi mandíbula y me obliga a ladear la cabeza. Su boca se ensaña con mi cuello a la vez que sigue curvando los dedos dentro de mí, sacándolos y arremetiendo de nuevo sin dejarme descansar siquiera.

En ese espacio de tiempo no pienso en nada más, a pesar de que estemos en público y que cualquiera puede vernos, y creo que la idea me excita más de lo que pienso, porque Callum no tarda en arrancarme el primer orgasmo.

Y digo primero porque sé que la cosa no va a quedarse aquí, tal y como él ya ha prometido.

VEINTISIETE

KARLA

Viernes 31 de octubre

Mi mente no piensa con claridad mientras que el orgasmo me arrolla, como un huracán llevándose una casa de paja sin ningún tipo de esfuerzo. Mis uñas largas se clavan en su hombro a la vez que un gemido sonoro abandona mi garganta y él succiona el punto exacto donde mi pulso late desbocado.

Todos mis momentos con él siempre han sido así. Impredecibles. Intensos. Y únicos.

Porque después de lo que pase esta noche, tengo claro que jamás podré repetir esto con ningún otro hombre de la faz de la tierra.

Saca los dedos de mi interior y sin soltarme, los lleva a su boca y los lame. Su lengua sale, viperina y peligrosa, saboreando su corazón y anular de una manera que me pone cachonda al instante. Cuando baja la mano para agarrarme de la cintura, mi mirada se queda clavada en ese músculo que me encantaría tener entre las piernas. En cambio, ahora se pasea por su labio inferior con tranquilidad hasta esconderse justo por la parte interior de su piercing.

—¿Vas a dármelo? —pregunta de pronto, ladeando la cabeza.

Las palabras trepan mi garganta con miedo.

—¿El qué?

Chasquea la lengua, al parecer ofendido, y me suelta. La repentina libertad que me da es peor que estar encerrada entre

cuatro paredes. Como dejar a una persona con agorafobia que explore el mundo.

Doy un paso hacia él, pero retrocede. Intento mantener la mirada alejada del bulto que tiene en los pantalones, aunque me resulte complicado.

—Siempre respondiendo con preguntas... —murmura hastiado, mira su muñeca y se quita los dos coleteros—. Voy a ser directo, Sombra. Tengo unas ganas insanas de follarte ahora mismo, pero quiero ver hasta dónde estás dispuesta a llegar para recuperar esto.

Avanza de nuevo hacia mí y agarra mi mano derecha.

—Por eso quiero que hagamos un intercambio... —añade colocando uno de los coleteros —el que no tiene cinta— en la muñeca de dicha mano. Su tacto hace que la piel se me erice y la tensión vuelva a acumularse en la zona baja de mi abdomen—. Tu primera vez a cambio de ellos.

Se toma su tiempo para agarrar mi mano izquierda y pasar el coletero que sí tiene la cinta hasta la muñeca. Él no suelta el agarre de ninguno de ellos a medida que tira de mí hacia la carretera de nuevo, más concretamente, hacia la moto.

Creo que la parte sensata y "normal" de mí se ha ido de paseo, porque ni siquiera pienso en que está accediendo de nuevo al chantaje para conseguir algo de mí que jamás recuperaré.

Para mí nunca ha sido especial esa primera vez. En realidad, con Callum he cumplido muchas primeras veces. Hay una parte de mí que le sigue odiando y todavía desconfía de él; pero hay otra, más insana y primitiva, que quiere cumplir los deseos más oscuros que siempre he querido investigar.

Así que no me resisto.

Llegamos a la moto y él me sienta sobre ella, esperando a que en algún momento diga algo, lo que sea, para detener esto.

Pero no lo hago. Y eso le hace esbozar una sonrisa.

—Sé lo cachonda que te pone que te anule los sentidos... —comenta sin soltar las manos de los coleteros—. Pero hoy vamos a arrebatarte otro peor. Llámalo castigo. O venganza.

Me levanta ambos brazos hacia arriba hasta que sujeta ambos coleteros con una mano y me coloca en la moto de espaldas al

manillar, pasando mi pierna derecha al otro lado. Dejo salir un pequeño grito de terror cuando mis pies ya no tocan el suelo, pero él me sostiene de la cadera y se coloca delante de mí.

—Apoya el pie izquierdo en la estribera... —murmura manteniendo mis brazos levantados.

Cuando lo hago, me suelta la cadera y ya no siento que me vaya a caer. Tan pronto como me estabilizo, comienza a empujar mis brazos hacia atrás, sin hacerme daño y sin opción a resistirme.

—¿Qué estás...? —comienzo a decir.

No recibo respuesta al momento. Callum da dos vueltas al coletero en una de mis muñecas y después separa la mano para hacer lo mismo con el otro. Siento tirantez y cuando voy a bajarlas, me doy cuenta que no puedo. La tela tira y me impide mover los brazos.

—No es personal —comenta, agarrándome de las caderas para colocarme mejor—. O sí. Pero te gusta demasiado poner las manos donde no debes.

Una risa áspera abandona mis pulmones y echo la cabeza hacia atrás, apoyándola en la moto.

—¿Esto es por haberte levantado la máscara?

—Creo que es obvio el motivo, Sombra... —Aprieta el agarre en mis caderas y luego sube una de las manos hasta el top—. Dime la primera palabra que se te venga a la cabeza. No lo pienses.

Su tacto es cálido y no tengo mucho tiempo de pensar cuando desliza la mano bajo la tela para agarrarme un pecho.

—Menta.

Escucho un sonido de afirmación y después, comienza a pellizcarme el pezón con calma.

—Solo pararé si la vuelves a pronunciar.

¿Estoy demasiado trastornada si os confieso que ya he metido esa palabra en un cajón para no volver a usarla en presencia de Callum?

—¿Te acuerdas del día de mi cumpleaños? Cuando me pediste los coleteros y me dijiste que no sabía nada de ti...

Asiento como respuesta, embriagada por su tacto.

—¿Ahora entiendes lo equivocada que estabas? —inquiere de nuevo, con un tono ronco que no me pasa desapercibido.

Se inclina hacia delante y noto cómo rasga la tela del top, liberando mis maltratados pechos. Parece que se lo agradecen, porque cuando sus dos grandes manos se posan en ellos, se ponen duros al instante.

—Conozco cada parte de ti. Tus miedos, tus deseos, tus fantasías... Me has entregado todo eso sin tener que doblegarte, he podido morder cada centímetro de tu piel a pesar de que no sabías quién coño había debajo de la máscara... —gruñe cuando aprieta una de mis tetas y me obligo a contener un gemido—. Te encanta que te follen atada. Te encanta no saber a quién le estás apretando la polla mientras te corres.

No es hasta que separa sus manos de mi cuerpo, que no me doy cuenta de que tengo los ojos cerrados y estoy completamente abierta. Lista para él. Cuando los entreabro, veo que se ha bajado los pantalones hasta por encima de las rodillas.

—Por ello te voy a quitar lo único que te queda. Pienso destrozarte y recomponerte una y otra vez, hasta que no sepas hacerlo sin mí.

Cuando veo donde tiene puestas sus manos, la boca se me hace agua. Se acaricia la largura de su miembro, que tantas veces he sentido entre mis labios, y mi mirada se queda fija en cómo se coloca un preservativo.

Una vez que lo tiene puesto, me sube la falda del vestido y la aparta a un lado. Sus manos me agarran de ambas nalgas, me levanta hacia él, y me veo obligada a retirar el pie de la estribera.

—¡Mierda...! —exclamo, pensando que me voy a caer.

Pero él me clava los dedos en la carne y me sujeta con firmeza.

—Shh... —susurra acercando la pelvis hacia mí.

Hasta que lo siento.

Una dulce fricción que me deja helada pero a la vez, hace que mi interior se cierre en busca de algo que sentir. Me siento vacía y lo único que deseo es que él me llene.

—Callum...

—Como vuelvas a gemir mi nombre así te la voy a meter de golpe, Sombra.

A pesar de su amenaza, no la cumple.

Siento la punta y casi al momento, mi suelo pélvico se tensa. Él se da cuenta y se inclina hacia mí para agarrar uno de mis pezones con los labios.

—Respira... Tienes que relajarte... —murmura contra mi piel, dejando un pequeño mordisco que me hace arquear la espalda.

Callum aprovecha ese pequeño momento de debilidad para introducirla un poco más, y parece que funciona. Abro los ojos cuando el frío del metal del piercing me roza el pezón y se abre paso un poco más.

Empieza a doler, pero sus palabras ayudan a soportarlo.

—Estás aguantando bien, cariño. Solo un poco más... Eso es... —Muerde, lame y rodea mi otro pezón con sus labios, mientras avanza poco a poco—. Muy bien...

Con un último movimiento, ya está dentro de mí y mi tensión es más que evidente. El dolor se entremezcla con el placer y me siento jodidamente llena. Pero ahora necesito otra cosa.

Fricción.

Dureza.

Caos.

—Muévete —jadeo casi como una orden.

—¿Disculpa? —replica, abandonando mi pecho.

—Necesito que... —mascullo moviendo las caderas, pero él me las sujeta apretando el agarre en mi culo—. Necesito...

Callum suelta una risa ronca que me vibra hasta en lo más profundo de mis entrañas y siento como el vientre se me llena de sensaciones la mar de extrañas al escuchar ese sonido.

—Vas a tener que pedirlo.

Frunzo el ceño y muevo la cabeza, casi delirando.

—¿Qué? Venga...

No responde. Al contrario, sale de mí y, cuando vuelve a entrar, no lo hace despacio ni suave, sino profundo y directo. La embestida me arranca un gemido rasgado de mi garganta y trato de agarrarme a algo para contener las sacudidas.

Hasta que recuerdo que Callum ya me tiene atada.

—Suplícalo. Pídelo por favor.

Trago saliva y entreabro los labios, manteniendo el contacto visual.

—Por favor, Callum... Necesito... Necesito... —titubeo en susurros ahogados—. Te... necesito.

El verde de sus ojos se transforma. Atrás quedan los pinos llenos de nidos de orugas, porque su bosque se ha transformado en una selva oscura con demasiados peligros en cada esquina.

Y, llámame loca, pero quiero toparme con cada uno de ellos.

Esas dos palabras provocan que salga de nuevo, dejando solo la punta dentro y se incline hacia mi oreja.

—Después de decir eso, pienso manchar mi polla con tu sangre para que recuerdes que nadie más va a tenerte por primera vez. —Hace una pequeña pausa y se retira para clavar sus ojos en los míos —. ¿Me entiendes, Karla? Nadie.

Lo primero que pienso es en las marcas que se me van a quedar en el culo por la manera en la que me agarra y después...

Los pensamientos se esfuman. Arremete contra mí con una fuerza que me obliga a arquear la espalda y agarrar cada lado del manillar de la moto para sujetarme. A pesar de sentirme segura en sus brazos, el miedo se mezcla con el placer y el dolor, aunque este último prácticamente se ha disipado.

Merezco este castigo.

Merezco que me folle así.

Fui una estúpida por traicionar su confianza, pero sé que tiene más secretos, muchos más.

Una de sus manos abandona mi culo y me obligo a rodear con la pierna ese lado de la cadera para estabilizarme.

En ningún momento baja el ritmo.

Es constante, feroz, impredecible e intenso. Y eso me encanta.

—Callum...

—¿Te duele? —pregunta con voz áspera.

Niego con la cabeza y siento de nuevo su mano, esta vez en mi clítoris. Me muerdo el labio inferior cuando sus dedos expertos tocan

justo el punto sensible de la manera exacta para acercarme al orgasmo un poco más.

Como adoro sus putas manos de informático.

Cuando abro los ojos la vista es tan perfecta, que sería capaz de correrme solo con ella.

Sus ojos no se separan del punto donde nuestros cuerpos se unen una y otra vez. Se muerde el labio justo por la zona del piercing y frunce el ceño, concentrado en los movimientos de su cadera y sus dedos. Sus brazos están tensos y aunque me gustaría tocarlos, la vista de cada extremo de la serpiente me recuerda lo que esconde debajo.

Quiero que se quite la camiseta. Joder, necesito tocarle, pero la idea de que no me deje...

—Necesito tocarte —suplico con la voz ahogada por la excitación —. Callum, necesito...

Toma aire y deja de acariciar mi clítoris para llevarme la mano al cuello a modo de advertencia.

—¿Por qué debería? —Se detiene en mi interior después de una fuerte embestida—. Bastante es que vaya a dejar que te corras.

Sus fosas nasales se abren y se cierran. Esa es toda la información que necesito para saber que se está conteniendo.

—Por favor...

—Dame un motivo —murmura inclinándose hacia delante, dejando su rostro a centímetros del mío—. Una razón. Un argumento...

—No me arrepiento —suelto de pronto levantando la cabeza para besarle, pero él se retira un poco.

—Justifica tu respuesta.

Me trago el comentario de que parece un profesor de lengua y vuelvo a colocar la cabeza en la superficie de la moto.

—Cada momento que he pasado contigo... desde el primer mensaje... —comienzo a decir, muerta de vergüenza—. Creo que, en realidad, siempre quise que fueras tú el que estaba detrás de la máscara.

No vuelvo a intentar besarle, por miedo al rechazo, pero él baja un poco más el rostro y separa la mano de mi cuello.

—Repítelo.

Contengo la respiración. Noto como alarga la mano para retirar los coleteros del manillar de mis muñecas, pero no lo hace hasta que hablo.

—Quería que fueras tú. Me alegro de que seas tú.

Me libera. Muevo los brazos y los coloco en sus hombros, provocando que se pongan en tensión.

—No te contengas... —susurro, bajando una de mis manos hasta su abdomen.

—¿Cómo sabes...?

Las palabras mueren en su boca cuando meto la mano bajo la camiseta y él apoya su frente sobre la mía. Es todo lo que necesita para besarme con una ternura que, hasta ahora, no sabía que poseía. Sus embestidas se reanudan, más suaves que antes, cosa que me hace morder el labio y susurrar:

—Más fuerte.

Y el resto, es historia.

La velocidad aumenta. La fuerza también.

La noche se traga mis gemidos y sus jadeos, transformando el ambiente en una *oscuridad salvaje*. El sonido de piel con piel se mezcla con el sonido de un coche pasando por la autopista. Tengo la espalda cubierta de una fina capa de sudor y el frío hace rato que ha abandonado mi cuerpo. No sé cuánto tiempo se pasa arremetiendo contra mí, buscando su placer y acompañando al mío, pero me queda clara una cosa.

Jamás me voy a acostumbrar a esto con Callum.

El segundo orgasmo arrasa conmigo, obligándome a vociferar un gemido que me rompe en dos. Arqueo tanto la espalda que casi pierdo el equilibrio y caigo hacia un lado, pero él no me suelta mientras mantiene el ritmo.

Su orgasmo tampoco tarda en llegar y se corre en el condón, inclinado sobre mí y jadeando encima de mis labios.

—Joder, podría morirme así, Sombra.

VEINTIOCHO

CALLUM

Sábado 1 de noviembre

—¿Estás seguro de que estaremos solos? ¿Qué hay del resto?

Abro la puerta principal de la casa y sujeto la misma mientras que Karla pasa frente a mí. Lleva puesta encima una sudadera gris mía que, por suerte, decidí coger antes de salir.

Iba a ser para mí, pero no tenía pensado que ella se pusiera un disfraz que enseñase tanta piel. En cuanto la vi en la discoteca con él, quise arrancárselo.

Tantos días separado de ella y sin poder tocarla me estaban pasando factura. Dicen que la venganza se sirve en un plato frío, pero no ha habido momento del día mientras la observaba en la distancia en el que no me pusiera cachondo con solo mirarla, sobre todo al recordar nuestras quedadas.

—Niall probablemente esté con Dove. Conrad seguirá haciendo el cabra con la policía y Luka estará en el taller ayudando a algunos colegas.

Dejo las llaves en el cajón del mueble de la entrada y cierro tras de mí a la vez que ella camina a las escaleras.

—¿Tú no deberías estar ayudando también?

Me encojo de hombros con indiferencia, caminando hacia ella.

—Me he pedido la noche libre. Podrán apañárselas sin mí —respondo, colocando una mano en la parte baja de su espalda—.

¿Tienes hambre? Creo que queda algo de pasta que Niall ha cocinado hoy, si quieres.

Niega con la cabeza y comienza a subir.

—¿Y Ken? —pregunta de nuevo, cayendo en la cuenta.

—Ah, Ken probablemente vuelva en breve. —Se detiene en seco y se gira hacia mí con gesto de preocupación. Suelto una pequeña risa y la empujo con suavidad para que continúe—. Tranquila. No va a decir nada porque estés aquí. Dove durmió aquí la noche de mi cumpleaños y nadie se lo echó en cara.

—Ya. Me dejó sola para irse con Niall —bromea mientras nos acercamos a la puerta de mi habitación—. Y me encontré a un hombre enmascarado.

Tomo aire fingiendo sorpresa y después me inclino apoyando la mano en el pomo.

—No me digas —susurro sin abrir la puerta—. ¿Te secuestró?

—Ojalá lo hubiese hecho —añade siguiéndome el rollo.

Suelto una risa ronca.

—No me tientes, Sombra.

Sonríe nerviosa y dejo que sea ella de nuevo la que entre primero, intentando ignorar cómo se me aprieta la polla de nuevo. Cuando cierro estamos en penumbra, pero no tardo en acercarme a la mesita de noche y encender una de las lámparas.

No me gusta tener la luz encendida y normalmente lo único que utilizo como iluminación es la lámpara o la pantalla del ordenador que tengo en el escritorio.

Cuando me giro, veo que Karla está mirando la estantería donde tengo colocadas todas las motos de colección en miniatura que mi madre fue regalándome poco a poco.

—No te tomaba por un... coleccionista.

Me acerco con las manos metidas en los bolsillos y me coloco tras ella.

—Son regalos.

—¿De quién?

Las tres siguientes palabras tardan en salir.

—De mi madre —contesto, señalando con la cabeza a un pequeño marco en la mesilla.

Me rodea para caminar hasta allí. Debería de sentirme incómodo por cómo se mueve en mi espacio, la confianza con la que se sienta en mi cama, la curiosidad con la que agarra el marco y observa la foto...

Pero la pequeña sonrisa que aparece en su rostro hace que este momento sea de todo menos incómodo.

Recuerdo que una vez Conrad se coló e intentó agarrar ese mismo marco. Casi le estampo la lámpara en la cabeza mientras él gritaba "¡*Skywalker* se ha pasado al lado oscuro!"

—Es preciosa —susurra levantando sus ojos hacia mí.

Ladeo la cabeza y aprieto los labios.

—Era —corrijo dando un par de pasos hacia Karla—. Murió de sobredosis cuando yo tenía once años.

La sonrisa desaparece de su rostro y deja rápidamente el marco de nuevo en la mesilla.

—Lo siento. No debería de... —comienza a decir levantándose de la cama, pero la detengo al momento—. Entiendo que no quieras hablar de ella y soy una entrometida...

—Karla —interrumpo avanzando hacia ella—. No me importa hablar de ella.

Me siento a su lado en la cama y tomo aire mirando hacia la foto. Coloco las manos en los muslos, flexionando los dedos, hasta que Karla hace algo que me deja un poco descolocado: alarga su mano y entrelaza sus dedos con los míos. Ese es el pequeño empujón que necesito para empezar a hablar.

—Se llamaba Nina. Sus padres eran de Rusia y ella nació allí, en una buena familia.

—¿Tú también naciste en Rusia?

—No. Mi madre dejó el país cuando todavía era una adolescente, pero no por decisión propia. —Me muerdo el piercing del labio y entrecierro los ojos—. Era muy rebelde a esa edad y cuando cumplió los quince, empezó a quedar y hablar con un chico de su pueblo.

—¿Tu padre?

Una risa irónica trepa por mi garganta.

—No exactamente. Pero por culpa de ese chaval mi madre tuvo que dejar el país y acabó en Las Vegas para... trabajar. Empezó

como *stripper* para pagar varias deudas. Le dijeron que, cuando devolviese la deuda, podría marcharse. Y ella se lo creyó. —Cierro los ojos y sacudo la cabeza—. He visto lo que aguantan esas mujeres en los clubes y lo que tienen que hacer para sobrevivir, como drogarse solo para aguantar a los clientes. Y eso tenía que hacer mi madre cuando dejó de ser solo una simple *stripper*. Las deudas aumentaron hasta tal punto que el mismo jefe del club tuvo que hablar con ella y, en vez de llegar a un acuerdo o solución, la violó.

Esas palabras me saben a puta mierda cuando las digo. A mi lado, noto como su cuerpo entra en tensión y, de reojo, puedo ver que sus ojos negros se abren con sorpresa.

—¿Tu padre...?

—No es mi padre —contradigo—. Jamás ha actuado como tal. Para mí solo es un hombre que apareció tras la muerte de mi madre para hacer de mi vida un infierno.

Karla suelta mi mano y la lleva a mi espalda, donde yacen mis cicatrices, dejando pequeñas caricias a medida que las recorre con sus yemas. Las heridas que Saori suturó ya están prácticamente curadas, con algunos rastros de costras por los pliegues. Después, apoya su cabeza en mi hombro y se queda en silencio.

No se compadece. No intenta reconfortarme.

Se queda a mi lado, en silencio y recogiendo mi dolor para entenderlo y abrazarlo.

Bajo la mirada a su muñeca y veo uno de los coleteros.

—¿Por qué son tan importantes para ti? —pregunto de pronto, lo que hace que ella se despegue y me mire con el ceño fruncido—. Los coleteros.

Ella baja la mirada a su muñeca y una pequeña sonrisa triste aparece en sus labios.

—Me los regaló Mónica. Mi mejor amiga —responde en un hilo de voz—. Estoy un poco obsesionada con ellos.

—¿Un poco? —repito con tono de broma—. Te faltó apuntarme con una pistola.

—Pensé en pedirle alguna a Vesna.

—¿Por qué crees que Vesna tendría una?

Ella se encoge de hombros.

—¿Acaso Luka no tiene?

Enarco una ceja divertido, pero no respondo.

—Volvamos al tema de tu amiga.

—Ah... sí. —La sonrisa desaparece de su rostro al instante—. Mónica era mi mejor amiga. Nos conocíamos de toda la vida y siempre estuvimos muy unidas. Murió en un accidente de coche en julio del año pasado.

—El puente de la autopista...

—Era el aniversario de su... muerte. Pensaba que lo había superado, pero no fue así. —Hace una pequeña pausa y toma aire—. Después de eso volví a terapia al momento. Mis padres no saben nada de lo que intenté hacer, y espero que nunca lo sepan.

La rodeo los hombros con mi brazo izquierdo y la atraigo hacia mí. Ella apoya la cabeza en mi pecho y al momento, el olor a argán invade mis fosas nasales. Me permito cerrar los ojos y acomodo mi cabeza en su coronilla.

No sé qué es lo que va a pasar con nosotros a partir de ahora y más con todo lo que ha pasado esta noche. Así que lo mejor es abordar el tema directamente.

—¿Y ahora...? —comienzo a decir a la vez que ella murmura:

—Quiero...

Ambos nos quedamos en silencio y le doy un pequeño apretón para que continúe.

—Quiero mantenerlo en secreto —repite, terminando la frase—. Si vamos a seguir con esto, no quiero que nadie lo sepa. No es por desconfianza es que quiero...

—Ver como avanzan las cosas entre nosotros —termino diciendo por ella.

Asiente sobre mi pecho y yo le dejo un beso en el pelo a modo de respuesta. Los dos nos quedamos de nuevo en silencio, aunque no es para nada incómodo. El ambiente está cargado de cosas que queremos decirnos, pero tal vez, no sea el momento adecuado.

Así que no dudo en aprovechar esta pausa y me permito un momento de tranquilidad y silencio.

Una tranquilidad que agradezco; saber que ahora puedo protegerla sin ocultarme o tener que estar corriendo el riesgo de que las personas, que sé que la están siguiendo, puedan hacerle daño. Puedo llevarla a clase, acompañarla a casa, recogerla a la salida de los partidos, traerla...

Puede que la manera de llegar a este punto no haya sido la más correcta —o sana—, pero no me arrepiento del camino que he tomado. Cada una de esas decisiones han servido para llegar hasta aquí.

Unas han sido por decisión propia y otras por coincidencias.

Ahora que la tengo no pienso soltarla, igual que no lo hice la primera vez que nos vimos.

La primera mirada fulminante que me lanzó.

La primera amenaza con la que me atacó.

La primera coincidencia que me ató a ella.

VEINTINUEVE

KARLA

Miércoles 5 de noviembre

Callum

Voy a dejar de pagar el alquiler del apartamento.

Karla

¿Por qué? Si vamos a llevarlo en secreto lo mejor es seguir quedando allí.

Callum

Tal vez tus amigas no lo sepan pero Ken, sin ir más lejos, nos escuchó la noche de Halloween.

Me sonrojo involuntariamente ante el recuerdo de lo que hicimos después de nuestra pequeña charla en su habitación.

Callum

Se ha ofrecido a prestarnos su ático. Niall y él tienen uno en otra zona de la ciudad.

Estoy a punto de teclear una respuesta cuando escucho un grito ahogado que viene de la cocina. Me levanto del sofá y veo a Vesna mirar algo en su móvil, completamente desencajada. Lottie, que acaba de salir del baño, se queda mirándola preocupada.

—¿Ves...?

Los ojos de la castaña empiezan a llenarse de lágrimas mientras deja el móvil en la encimera y Lottie lo agarra. En cuanto sus ojos se

posan en la pantalla, el rostro pasa a ser una copia perfecta del de Vesna. Me levanto del sofá y cuando voy a caminar hacia ellas, la serbia agarra el móvil.

—Está subido... en todos lados... Hay que...

—Joder —rebate Lottie, negando con la cabeza—. Hay que mantener la calma y...

Pero Vesna ya está subiendo las escaleras y Lottie se queda atrás. Está a punto de seguirla hasta que me interpongo en el camino de la rubia y la miro con evidente preocupación.

—¿Me vas a explicar qué está pasando?

Ella se sorbe los mocos y se limpia las pocas lágrimas.

—Han subido de nuevo el vídeo de Dove.

Oímos un grito ahogado, seguido de varias arcadas y prácticamente volamos hasta la habitación. Cuando llegamos, Lottie se agacha junto a ella para sujetarle el pelo mientras que Vesna se guarda el móvil en el bolsillo y se pasa una mano por la cara.

—Vesna, llama a tu madre. Mira a ver si puede ayudar de alguna manera —ordena Lottie, intentando que su voz se mantenga firme, a pesar de que está temblando. De pronto, gira su rostro hacia mí—. Llama a Callum. Me da igual que estéis enfadados. Necesito que elimine ese puto vídeo de la red.

Agarro rápidamente el móvil e ignoro el comentario de nuestro supuesto enfado.

Si supieran...

Callum contesta al tercer tono.

—¿Todo bien?

Suelto una pequeña risa nasal sin una pizca de humor. No porque me haga gracia la situación, sino porque sabe que de normal no le llamaría si no fuese por algo de gravedad.

—Karla, ¿ha pasado algo?

Trago saliva y me muerdo el labio, intentando que las palabras salgan con claridad.

—Han subido algo... de Dove.

—¿Subido? ¿Dónde?

—A todos lados. Avisa a Niall.

Cuando Callum entra en la casa después de que Niall suba a trompicones las escaleras para ver a Dove, no le saludo. El olor a menta me llega al pasar por mi lado y me deja un leve roce con el dedo índice que no me pasa desapercibido. Saori, quien había ido corriendo a abrir la puerta, me dedica una pequeña mirada, pero yo sólo niego con la cabeza.

Escucho conversaciones en el piso de arriba: Niall preocupado, Callum ordenando cosas a la persona con la que habla por el móvil, las chicas intentando calmar al irlandés...

—Karla. —La voz de la japonesa me devuelve a la realidad. Giro mi rostro hacia ella y me dedica una pequeña sonrisa—. Va a ser un día largo y van a necesitar ayuda. Los tres.

Sí. Los tres.

Porque por las voces que pega Callum, sé que va a pasarse horas pegado a esa pantalla para ayudar a Dove y yo... no puedo hacer nada. Una vocecita interior me dice que suba, pero sé que está bien acompañada, así que asiento y ambas caminamos a la cocina para hacer algo de comer.

Jueves 6 de noviembre

Nadie ha comido de lo que preparamos.

Tampoco han probado bocado de la cena que ha pedido Saori.

Estoy sentada al lado de Dove, agarrándole la mano mientras ella mantiene la vista perdida, con los ojos completamente rojos de haber estado echando lágrimas sin parar.

No ha comido, cosa que es comprensible. Cuando te pasa algo así, lo último en lo que piensas es en comer.

Tampoco la obligo, ni mucho menos, a hablar. Solo la acompaño mientras que, de fondo, escucho las conversaciones de nuestros amigos.

—¿Y por qué ahora? Eso pasó hace dos años —murmura Lottie. Dove se tensa a mi lado al recibir pedazos de la conversación, en la cual también está incluido Callum.

—Mi madre... —comienzo a escuchar a Vesna decir, pero baja el tono y la pierdo.

Giro un momento el rostro y justo le veo cogiendo una llamada y retirándose para hablar. Estoy pensando en alguna excusa para ir a ver como está, cuando Niall se acerca a nosotros, lo que me da la oportunidad de dejarles a solas. Camino por el pasillo hacia el baño del piso inferior y no tardo en escucharle dentro del mismo hablar con alguien.

—¿Cómo? —le escucho susurrar al teléfono—. Vetro. No es momento para tus mierdas de... —Se queda en silencio y escucho varios pasos dentro del baño—. Todas están aquí... Sí, ella también.

Miro al fondo del pasillo y veo que nadie mira en nuestra dirección, así que entreabro la puerta y me dejo ver. Callum clava sus ojos verdes en mí a través de las gafas y después suelta un bufido mirando al techo con hastío.

—Tómate un puto té de esos que trae Ken o métete un porro entre pecho y espalda, pero no estoy ahora mismo para aguantar estas mierdas, Luka.

No deja que su amigo siga hablando cuando cuelga.

Dejo que asimile un momento la conversación y noto como suspira con cansancio. A pesar de estar de perfil, puedo ver que está realmente agotado.

—¿Todo bien? —pregunto ladeando la cabeza.

Se encoge de hombros y se guarda el móvil en el bolsillo.

—Estoy cansado de hacer de niñero.

Una de mis comisuras se levanta.

—Creía que ese era Ken.

—Tenemos custodia compartida.

Asiento lentamente con una pequeña sonrisa y me acerco a él.

—¿Te encuentras bien?

Se queda en silencio durante un momento sin mirarme.

Doy otro paso.

—¿Necesitas...?

—Tengo que volver. Por si acaso hay alguna...

—Novedad —termino de decir por él—. Claro, no te preocupes.

Me dedica una mueca que intenta ser una sonrisa y sale del baño.

No se lo tengo en cuenta, porque entiendo lo que supone para él ver todo esto. Se ha criado entre violencia sexual y amenazas, siendo su madre una de las principales víctimas de todo ese pasado.

Sé que quiere ayudar a Dove, pero también entiendo lo mucho que le duele tener que ver sufrir a una mujer por culpa de otro hombre.

Por ello no digo nada.

Me siento en el inodoro, con la tapa bajada, y observo los coleteros que ya tengo en mis muñecas; ambos con las cintas atadas.

No he vuelto a atarme el pelo desde que me los devolvió en Halloween, aunque no entiendo muy bien por qué.

Tal vez sea porque, gracias a perderlos, he entendido lo valiosos que siempre han sido para mí a pesar de haber estado exigiéndoselos a cada rato.

Porque aunque me sentía vacía cuando me los arrebató, la cosa no ha cambiado ahora que los tengo de vuelta.

TREINTA

CALLUM

Domingo 9 de noviembre

Coloco el portátil en mis rodillas, mientras me acomodo en el asiento del copiloto y aparto del salpicadero algunos cables sueltos que Luka me ha ido dejando.

—No lo conectes todavía —me advierte el serbio tras el capó levantado—. Si la lías, vas a aguantar tú a *Oni*.

Chasqueo la lengua y me coloco las gafas con el dedo índice.

—No soy un puto idiota como Conrad —replico tecleando—. Pero si el sistema no reconoce el coche, estamos jodidos.

Veo como aparece por el lado derecho del capó, limpiándose las manos llenas de grasa con un trapo que, más que blanco, ya se ha vuelto negro.

—El coche no es un jodido ordenador. Si algo no está en su sitio, por mucho que muevas los dedos, el sistema electrónico no va a funcionar.

—Y viceversa —le rebato enarcando una ceja.

—*Touché* —dice colocándose el trapo en el hombro—. ¿Piensas ponerle el *carplay* al 370?

Suelto una pequeña risa nasal y niego con la cabeza.

—¿Para que ponga su música *zen* de mierda? Que siga utilizando *bluetooth*.

Luka suelta una carcajada y mientras tecleo, él se queda mirando a la pantalla. Sé que algo entiende, ya que le hacen estudiar los programas para coches en su carrera, pero yo le añado cosas que le hacen perderse.

—Oye... —comienza a decir, apoyándose en la puerta del coche —. Siento haberte llamado el jueves así. Sabes como me pongo y me contaron eso...

Despego la pantalla del ordenador y él niega con la cabeza.

—Deja que termine antes de que me arrepienta —amenaza alzando las cejas. Después su gesto se relaja y toma aire—. Tengo demasiadas cosas de las que ocuparme últimamente y mi madre no es que esté yendo a mejor. Cuando me dijeron eso, no estaba pensando con claridad y sé que tanto tú como Niall estabais ayudando a Dove con lo suyo...

—Eh —le interrumpo de pronto—. Los dos sabemos que no va a ser la última vez, así que ahórratelo para cuando vaya a serlo.

Asiente soltando un pequeño suspiro y tras darme un pequeño golpe con el trapo, regresa tras el capó y se queda un rato ahí, haciendo sus cosas de mecánico que no entiendo, pero que me he pasado horas y horas viéndole hacer.

No sé exactamente cuánto tiempo pasa hasta que Luka sale del capó y se acerca de nuevo.

—¿Cómo va?

—Podría ir mejor.

Luka suelta un resoplido y se pasa una mano grasienta por el pelo, frunciendo los labios.

—Vamos, pequeño... —susurra dando golpecitos al techo del coche—. Dinos qué te pasa.

—Deja de tratar al coche como si tuviera sentimientos.

—Shh, que te escucha —replica acercándose—. Por supuesto que los tiene. Y si el coche se enfada, *Oni* también lo hará.

Arrugo la nariz y asiento a modo de respuesta sin apartar la vista de la pantalla.

—No entiendo como Theo conseguía que funcionara decentemente. Todo está manga por hombro y...

El rugido de un motor resuena por todo el lugar y Luka se gira hacia la dirección de donde proviene. Levanto la vista hacia el retrovisor y puedo ver el conocido Honda rojo cereza de Vesna entrar en el taller, con una calma a la que no estoy acostumbrado a ver en ese coche.

—Mierda —musita Luka.

—¿Qué?

—La puta llamada semanal. Lo había olvidado.

Da un pequeño golpe al techo del coche y se aleja hacia su hermana, que sale del asiento del conductor hablando con alguien. No tengo tiempo en preguntarme con quién, cuando del copiloto empiezan a bajarse dos piernas envueltas en unas medias de rejilla que reconozco al instante.

Mis manos también lo hacen, porque empiezan a temblar cuando me pongo a hacer de nuevo la diagnosis.

—Espero que no te importe que haya venido conmigo —oigo comentar a Vesna—. Lottie no ha podido recogerla de la facultad y he tenido que pasarme yo.

Echo un vistazo por el retrovisor mientras espero a que el programa haga lo suyo y veo a Luka mover la mano con indiferencia.

—Sin problema. Callum está en el coche haciendo cosas de informático —añade, señalando al vehículo con el pulgar.

Retiro la mirada y la centro de nuevo en el portátil. Lo siguiente que escucho es la puerta del despacho del taller cerrarse y el ruido de unas pisadas acercarse al copiloto con una calma que, en realidad sé que ni su corazón ni su cuerpo sienten.

Puede que haya mantenido las distancias con ella. Todo lo que pasó con Dove me recordó a tantas cosas...

Porque yo he sido uno de esos hijos de puta; me he dedicado a utilizar vídeos de las chicas de mi progenitor manteniendo relaciones para extorsionarlas. Nunca por voluntad propia, claro está.

Mis cicatrices son una prueba de ello.

Pero todo lo que ha pasado con Dove, me ha hecho pensar que tal vez Karla no merezca a una persona como yo en su vida. No soy el santo que se imagina y no quiero esconderle más mierdas.

Después de todo, solo soy un maldito idiota que tuvo que agarrarse a un clavo ardiendo para poder sobrevivir, a pesar de que me estaba quemando vivo.

Y no quiero que ella sufra las consecuencias.

Tal vez es un pensamiento egoísta. Ni siquiera le he preguntado a ella qué es lo que quiere, aparte de seguir manteniendo lo que sea

que tengamos en secreto, y ahora lo último que quiero es...

—Hola.

El saludo me saca de mis pensamientos. Su tono de cautela me eriza el vello de la nuca y un pinchazo de culpa me atraviesa el maldito pecho. Sabe que algo me pasa.

Solo asiento como saludo y sigo tecleando, sin prestar atención a nada más que a su olor.

El argán.

Veo por el rabillo del ojo que se inclina y maldigo a esa parte asquerosa de mí que se fija en el escote del jersey que lleva hoy. Mal día para no haberse puesto cuello alto.

—¿Qué le pasa al coche? —pregunta con inocencia.

Tomo aire y parpadeo varias veces.

—Es lo que estoy intentando averiguar —contesto tras una breve pausa.

Parece que se esperaba esa respuesta, porque no tarda en hablar.

—¿Y a ti?

La pregunta me pilla con la guardia completamente baja, seguramente porque no estoy acostumbrado a que sea tan directa. Abro la boca para responder cuando me salta un error en la pantalla.

—Joder.

Dejo el portátil en el salpicadero y me paso las manos por los vaqueros con gesto nervioso, abriendo y cerrando los puños.

—Eso no suena bien... —Se inclina un poco más y mira la pantalla del ordenador sin entender nada de lo que ve—. ¿Qué esté en rojo significa que el coche va a explotar?

Suelto una risa nasal y niego con la cabeza.

—Nada que ver. Solo...

Las palabras se me quedan atascadas en la garganta cuando se acomoda en mi regazo sin pedir permiso, colocándose de manera lateral con las piernas hacia la parte exterior del coche y su culo entre mis piernas.

Mi polla empieza a despertar al sentir su roce y esa parte sensata que me grita que esto no es buena idea queda completamente acallada. Trago saliva y me quedo completamente rígido.

—Karla, ¿qué estás haciendo? —pregunto con la voz demasiado ronca.

Ella sonríe y se frota de nuevo. No sé si es queriendo o no, pero como lo vuelva a hacer...

—Es que así veo mejor... —murmura mirando la pantalla—. ¿Las letras son números? ¿Esto es como el álgebra?

—Karla...

El tono de mi voz es estímulo suficiente para que ella finalmente se digne a mirarme. Puedo ver el tono carmesí subiendo por su cuello, como si estuviera haciendo de tripas corazón para estar subida encima de mí.

Karla, normalmente, no es tan directa de forma sexual, pero está claro que quiere empezar a serlo.

Por mí.

—¿Quieres que me quite?

Suelto el aire y aprieto la mandíbula.

—Sombra...

—Mi apodo. Progresamos. —Se mueve un poco, apoyando una mano en el salpicadero para girarse, frotándose sin querer—. ¿Por qué estás tan serio?

—No estoy serio. Solo enfadado con el coche... —respondo, mordiéndome el labio inferior donde tengo el piercing.

—Vaya, ¿quién miente ahora? —replica con un tono divertido, que no me pasa desapercibido.

—No estoy...

Veo que levanta la mano y me retira las gafas, con cuidado de no meterme las patillas en los ojos. El simple gesto es tan íntimo y cotidiano que me deja completamente en shock. Parpadeo varias veces para acostumbrarme a la diferencia y se las lleva a sus ojos para ponérselas.

—¿Sabes que yo debería de llevar gafas? —dice como si no estuviera notando mi erección bajo su trasero—. Pero me dan dolor de cabeza y no las suelo utilizar.

La libertad que se toma para usarlas me hace esbozar una pequeña sonrisa y, como quien no quiere la cosa, levanto la mano hacia su rostro para quitárselas

—Devuélvemelas anda.

—No —replica al momento dándome un manotazo suave—. Hasta que me digas que te pasa.

Suelto una risa irónica y niego con la cabeza.

—Deja de usar mis propias tácticas contra mí.

—El alumno tiene que superar al maestro.

Frunzo el ceño sin retirar la sonrisa.

—¿Quieres jugar a eso? —le reto apoyando mi mano en su muslo, encima de las medias de rejilla. Creo que estas son las que le regalé en Halloween—. Porque sé de algo en lo que nunca vas a superarme.

Ella arquea una ceja a la vez que el rojo le llega hasta las mejillas.

—¿En qué?

La pregunta abandona sus cuerdas vocales con un temblor de placer, que reverbera en su tono cuando mi mano sube un poco más bajo la falda negra que lleva en conjunto.

—Prefiero demostrártelo con una cama de por medio.

Una risilla se hace presente.

—¿Una cama? Que típico. —Cuando ve como enarco una ceja ella continúa—. Quiero decir, todos nuestros encuentros han sido de todo menos...

—Normales —termino diciendo por ella—. Pero nosotros nunca hemos sido eso.

Niega con la cabeza sonriendo y de pronto un silbido se escucha al fondo.

—¡Si vais a follar en el coche al menos limpiarlo después! —exclama Luka desde el fondo del taller, a la vez que se escucha la risa de su hermana.

Karla se sonroja aún más —como si eso fuera posible— y se apoya en mi hombro, escondiendo ahí la cabeza.

La vocecita interior regresa pero el olor a argán de su pelo opaca todo y me permito quedarme así un rato más.

Solo un rato más.

TREINTA Y UNO

KARLA

Martes 18 de noviembre

El ambiente en este sitio, conocido como «La Cantera», no es tan distinto al que suele acompañarnos en las carreras de la autopista. El aroma a humo y goma quemada está presente en el aire, mezclado con el polvo que se levanta en la zona de tierra batida.

Cosa que da nombre a este sitio.

La primera vez que vine aquí, Saori me contó que estos terrenos abandonados fueron comprados por su propio hermano cuando llegó y descubrió que tenía unos amigos igual de descerebrados que él en lo que respecta a la velocidad.

Aprovechó lo amplio que era el terreno y los diferentes desniveles para crear dos circuitos completamente distintos: uno asfaltado y otro de tierra. Esto es terreno de los Underwolves, lo que quiere decir que las normas que ellos imponen son las que se cumplen, no como en la autopista.

Todos acceden, incluido el grupo de Theo, Marco, Lewis y ese chico nuevo del que hablan tanto y que está trayendo tantos problemas últimamente, Derek. Aunque hoy no ha venido.

Cuando me bajo de la moto de Saori y me retiro el casco, ella da un último acelerón para alertar a Lottie y Vesna, que acaban de bajarse del Audi de la rubia y caminan hacia nosotras.

—¿Cuándo vas a ir al taller a cambiarle el color? —pregunta Vesna cuando llega a nuestra altura.

Saori resopla y Lottie mira a todos lados con nerviosismo.

Ninguna novedad.

—Cuando sepa que mi padre no me va a desheredar por no hacerle caso —responde sonriendo.

—Hoy corre tu hermano, ¿no? —le pregunto a la japonesa mientras que ella deja su casco encima de la moto.

—Sí.

—Entonces se pondrá esos pantalones —cuchichea Vesna con Lottie.

—Eres una cochina.

—Pues que no esté tan bueno —añade encogiéndose de hombros, provocando que se gane una mirada fulminante por parte de Saori.

Unos pasos hacen que todas nos giremos y Lottie se adelanta.

—Lot.

Cuando me giro, Niall y ella se están abrazando.

Siempre han sido buenos amigos y por lo que tengo entendido, su amistad viene de antes de que ambos pisaran la universidad.

—Tranquilo, Dove se ha quedado hablando con su madre y luego dijo que vería alguna serie pastelosa de esas que ve ella.

El rubio sonríe a modo de respuesta y después me mira a mí.

—Te está buscando.

Enarco una ceja y me cruzo de brazos. Vesna me da un pequeño codazo y yo intento ocultar la sonrisa.

—No es que yo sea muy buena escondiéndome.

Niall me dedica una sonrisa y asiente, girándose para caminar hacia otro lado y perderse entre la gente. Al instante, todas se giran hacia mí y me espero al aluvión de preguntas.

—Exactamente... ¿quién no te encuentra? —comienza preguntando Saori con tono pícaro.

—Estáis juntos —sentencia Vesna.

—No me... —Lottie abre la boca en una amplia «O» y después niega con la cabeza—. ¿Y no nos cuentas nada?

Saori chasquea la lengua.

—No estás para hablar, rubia. Me tienes harta ocultando a tu principito privado.

—No empieces. No es lo mismo.

—Pues claro que no lo es. Ese tío...

—Ya te dije que no era él.

—A mí no me...

—Chicas —interrumpe Vesna con tono serio. Las dos se giran a mirarla—. Hoy no. Por favor. Si vamos a discutir que sea por las guarradas que le voy a decir a tu hermano.

Saori resopla y le dedica una última mirada poco amistosa a Lottie, para después girarse. Se aleja caminando hacia una zona donde varias motos se encuentran haciendo trompos y locuras. Todas sabemos de sobra quién está ahí haciendo esas mismas locuras con una moto de cross que solo utiliza para venir aquí.

Conrad.

Lottie y Vesna empiezan a acercarse también para burlarse de ella —como siempre—, pero yo tomo un rumbo distinto. Me encamino por el mismo lugar que ha desaparecido Niall minutos antes e intento abrirme paso entre la gente. Algunos se disculpan dejándome pasar y otros pasan de mí como si fuese un puto insecto en su camino.

Siento que no puedo volver a respirar hasta que no sea capaz de ver el final del tumulto. Apenas he llegado a mi destino cuando de pronto alguien me agarra del brazo con demasiada fuerza.

Cuando me giro, me encuentro un rostro que no esperaba ver.

—¿Ha venido? —pregunta con acento italiano.

Marco Ricci. Tiene gracia el apellido, teniendo en cuenta que no se le escapa ni un rizo del estúpido tupé repeinado hacia atrás.

Lo que me sorprende cuando me habla, es que no lo hace en inglés. Tampoco en italiano. Me está hablando en español.

—Me estás haciendo daño —respondo en el mismo idioma.

—Responde —dice apretando más—. ¿Ha venido?

—No sé a quién te refieres...

—Dove. La pelirroja.

Frunzo el ceño y niego rápidamente con la cabeza. Eso, y la figura que aparece detrás de mí, es motivo suficiente para que me suelte y se coloque el cuello de la camisa.

—Walker.

Antes de escuchar su voz, el aroma a menta y azafrán ya está adentrándose en mis fosas nasales.

—¿Se te ha perdido algo? —cuestiona con un tono mordaz.

Marco aprieta la mandíbula y niega con la cabeza.

—Absolutamente nada —responde, regresando al inglés—. Deséale suerte a Ken de mi parte.

—Pírate —ordena Callum.

Marco no duda dos veces antes de darse la vuelta y, tras dedicarme una última mirada, se aleja y vuelve a fundirse entre la gente. No tengo tiempo para procesar lo que acaba de pasar cuando su mano se posa en mi cintura y me levanta el borde del jersey para acariciar con sus dedos mi piel.

Levanto la mirada hacia él, tiene el ceño fruncido y deja pequeñas caricias con el pulgar en círculos imperfectos.

—¿Se puede saber qué quería?

Niego con la cabeza y hago una mueca con los labios.

—Me ha preguntado por Dove.

—¿Por Dove? —repite, arrugando más las cejas.

—Sí.

Callum resopla y retira la mano de mi cintura para agarrar la mía, entrelazando nuestros dedos. Comienza a caminar y gracias a él, conseguimos salir de la masa de gente que hay a nuestro alrededor. Decido degustar las vistas de su amplia espalda, la cual hoy está cubierta por una sudadera negra ancha por culpa del frío.

Lo normal sería que recordase las cicatrices y el tatuaje que se encuentran en ella, pero de lo único que me acuerdo es de, como hace dos días, le arañaba la zona mientras follábamos en el ático que Ken quiso prestarnos para mantener el secretismo.

Algo que ha durado poco.

Para ser más concretos, poco más de una semana.

El sonido de los motores pasa a un segundo plano cuando nos alejamos del barullo al parking casi vacío, acercándonos a un vehículo que reconozco: el coche que Luka y Callum estaban preparando para Ken.

Mantiene el tono azul eléctrico y una sonrisa se forma en mi rostro.

—Al final no ha explotado —bromeo a la vez que nos acercamos a él.

—Cierra la boca.

Esas palabras son las últimas que recibo antes de que su boca se estrelle contra la mía, igual que un mosquito contra la parte delantera de un camión por accidente. El sabor a menta llena mi boca, y me obligo a abrir los labios para recibir ese frescor tan familiar que he recibido en cada parte de mi cuerpo estos últimos días.

Enredo con mis manos su cuello y acaricio el relieve de la serpiente que le adorna la zona, cosa que sé que le gusta. Él en cambio no pierde el tiempo, porque de un rápido movimiento me levanta del suelo y me sienta en el capó, lo que provoca que corte el beso con un grito ahogado.

—Como aboye el coche...

—He visto a Conrad aboyar coches haciendo cosas similares y nunca ha pasado nada —replica mordiéndome el labio inferior.

—Pero el coche es de Ken, ¿no? —musito ahogando un pequeño gemido ante el roce de sus dientes.

Sus manos se introducen por dentro de mi jersey y el frescor de sus labios se une al del clima, haciendo que la piel se me ponga de gallina.

—Iba a serlo. Pero dice que no puede exportarlo a Japón.

Frunzo el ceño alejándome cuando iba a besarme otra vez.

—¿Eso es lo que hacéis con los coches que ganáis?

Callum se encoge de hombros.

—De eso se suelen encargar Luka y Ken.

Ladeo la cabeza a la vez que acaricio el cabello de su nuca y siento como se estremece bajo mis dedos.

—¿Y qué va a pasar con él?

—¿Con Ken?

—Con el coche, idiota.

Callum echa una mirada rápida al vehículo y se muerde el piercing del labio, como si estuviera meditando la decisión. Una idea se forma en su cabeza cuando levanta la mirada y sonríe.

—Podrías quedártelo tú.

Abro los ojos de par en par.

—¿Yo?

—Sí. Es azul, como tu pelo.

—Ese no es motivo para quedarme un coche de gratis. Fue Niall quien lo ganó. Lo justo sería que se lo quedara él.

—Tampoco lo quiere. No le van los coches japoneses.

—Bueno, pero yo no tengo carné de conducir.

—Pues te lo sacas —replica, aumentando la sonrisa—. Deja de poner excusas. Lo hablaré con los chicos.

Niego con la cabeza y retiro las manos de su nuca para colocarla en sus hombros.

—Callum...

—Vamos Sombra, deja que por una vez alguien haga algo por ti.

Ese comentario me desarma al completo y bajo la mirada. No porque me avergüence, sino porque sé que tiene razón y Él es la primera persona en mucho tiempo que se ha metido hasta mis entrañas para buscar dónde duele y ayudarme. Ha sido de una manera extraña, pero ninguno de los dos somos normales, ¿no?

—Solo si me respondes a algo.

Él enarca una ceja pero asiente.

—Dispara.

La pregunta que se lleva formulando en mi cabeza desde aquella noche sale de mis labios después de haberle dado vueltas demasiadas veces, como un disco rayado.

—Tuve que descubrir por las malas que tu padre te tortura. Pero no me has contado por qué te hizo esas heridas.

La sonrisa desaparece, sustituida por una tensión en la mandíbula. A pesar del cambio en el ambiente, no se aleja, sino que apoya la frente en mi pecho y se toma su tiempo para contestar.

—A veces mi padre me pide que le ayude con algunos trabajos— comienza a decir—. Transacciones ilegales, extorsiones a socios o trabajadoras, ubicaciones de enemigos y otras cosas. Lo último que me pidió fue que le enviase unos archivos de alguien que iba a delatarle y que borrase todo lo que llevase su nombre antes de que se lo enviara. Y digamos... que borré más cosas de las que me pidió.

Vuelvo a colocar mis manos en su nuca a la vez que él aprieta más el agarre en mi cintura. De todo lo que me ha dicho, solo hay una cosa que se me queda grabada en la cabeza.

—Lo de las extorsiones...

—Solo lo he hecho unas cuantas veces. Meses después conseguí sacar a las chicas de allí con ayuda de Luka. —Se separa de mí y toma aire. No le interrumpo cuando sé que va a volver a hablar—. Hace una semana, en el taller... Bueno, sí que estaba raro. Lo de Dove me dejó rayado porque, aunque yo no he sido quien ha subido ese vídeo, sí que he ayudado a que otras mujeres lo pasen mal por algo similar. Aunque ahora sean libres.

Por segunda vez, se muestra completamente sincero conmigo y a corazón abierto, lo que me deja completamente a su merced. Se muerde el labio con nerviosismo y noto como flexiona los dedos en mi cintura, esperando algún tipo de respuesta por mi parte.

Tardo en darme cuenta de que mis ojos se han llenado de lágrimas, pero me niego a dejarlas salir.

—Escúchame bien —susurro llevando mis manos a sus mejillas, acunándolas entre mis palmas—. Te obligó a hacerlo. No tenías elección. Cualquier persona habría hecho lo mismo y tú al menos tuviste la oportunidad de salvarlas y sacarlas de allí. —Omito el hecho de que seguramente algunas de sus cicatrices antiguas sean por esas mismas mujeres—. No tienes culpa de que un monstruo haya decidido volver a joderle la vida a Dove y tienes que sentirte orgulloso de que hayas conseguido ayudarla.

—Pero a otras las he...

—De pero nada. Las ayudaste, Callum. Al igual que a Dove. Y al igual que a mí.

Junto mi frente con la suya y los dos nos quedamos un instante así, mezclando nuestros alientos y aguantándonos las lágrimas. Sé que él también está reprimiendo las suyas, aunque puede que sea por culpa de las lentillas que lleva hoy.

—Lo siento —sentencia en un murmullo—. Tenía miedo. Creía que dejándote entrar acabaría haciéndote daño como a mi madre y sobre todo después de lo del puente...

Mis labios se unen a los de él con una ternura que me hace temblar de pies a cabeza en sus brazos.

No voy a dejar que termine.

No cuando sé que va a volver a esa espiral de autodestrucción que le lleva consumiendo años.

Hay muchas cosas que todavía tenemos que zanjar, y una de ellas es el hecho de que Callum sabe algo de la muerte de mi mejor amiga que ni yo misma sé.

Puede que haya cosas que me tenga que contar, pero todo a su debido tiempo.

Me centro en el ahora.

En sus dientes raspando la carne de mis labios.

En mi lengua acariciando su piercing.

En sus manos ascendiendo por el interior de mi jersey.

En mis piernas rodeando su cintura para atraerle.

Deja de ser un beso tierno en cuanto su lengua invade mi boca, buscando en lo más profundo de mi ser esa chispa de ferocidad que le dé rienda suelta a su oscuridad.

Y yo se la entrego.

Vaya si lo hago.

Agarro de su pelo y muerdo su labio inferior con ansias, tirando de los mechones azabaches de su cabello para echarle la cabeza hacia atrás, lo que le arranca un gruñido.

—Sombra... —musita con voz ronca—. Como no paremos...

—Podemos estrenarlo...

Veo que frunce el ceño confundido.

—¿Estrenar?

Retiro una mano de su nuca y doy dos golpecitos al capó del coche. Sus comisuras se levantan hacia arriba igual que un puente levadizo y esa sonrisa socarrona que tanto me gusta aparece.

—Estamos en público.

—En Halloween eso no te pareció un problema —replico inclinándome a su oreja—. ¿Por qué ahora sí?

Aprieta el agarre en mis caderas y, el roce de su entrepierna, es el anuncio de un caos que precede a esta pequeña calma.

—Espero que seas consciente de lo que me estás pidiendo —dice al fin, bajando las manos y separándose un poco del coche para agarrarme bajo las rodillas.

Enarco una ceja.

—¿Aquí fuera?

—¿No querías aboyar el capó? —me reta cuando coloca mis botas en cada uno de sus hombros y yo me veo obligada a tumbarme—. Quiero ver tu coño en primer plano mientras me lo esté follando.

Me mantiene en esa posición, colocando una mano en mi cuello y la otra entre mis muslos, sin llegar a mi intimidad. Me preocupo de que alguien nos vea y miro a todos lados buscando alguna silueta, hasta que siento esa misma mano comenzar a deslizarse por mi piel. Es igual que una serpiente acercándose lentamente a su presa, subiendo poco a poco la falda de cuero que llevo hoy. Sus dedos se entrelazan con la rejilla de mis medias mientras sigue su camino, pero no las rompe.

Se toma su tiempo, uno que quiero que pase rápido para que llegue cuanto antes.

—Me encanta comprarte medias que luego sé que voy a destrozar —comenta con la voz ronca y jadeante, pasándose la lengua por el piercing.

Al instante que dice esas palabras, su mano desgarra el tejido y el frescor me golpea la piel expuesta, provocando otro escalofrío en mi cuerpo.

La sonrisa se le amplía aún más y juro que quiero tener esa imagen para siempre conmigo.

Esa satisfacción.

Ese deseo.

Esa ansia.

Esas ganas de hacerme suya de nuevo.

Como si todas las anteriores no hubiesen sido suficientes.

No espera mucho más y me penetra con dos dedos sin ningún tipo de dificultad debido a lo mojada que estoy. Arqueo la espalda y él se inclina, manteniendo la mano en mi cuello, apretando levemente.

—Eso es, arquéate para mí.

Pliega los dedos y hace eso que me vuelve loca.

—Callum...

—Mi nombre suena a gloria en tus labios, mi querida Sombra. —Retira la mano y lo siguiente que escucho es la cremallera de sus pantalones, bajandolos con la mano que ahora tiene libre—. Pero suena mejor cuando tienes mi polla dentro destrozándote.

Ya no necesita ir despacio. Y yo tampoco quiero que lo haga. Se introduce en mí de golpe, sin ningún tipo de piedad, dejando salir un gemido ronco que es música para mis oídos de lo sexy que es.

No acelera el ritmo. Entra y sale suavemente mientras suelta mi cuello y se lleva la mano al bolsillo trasero de su pantalón. Lo que saca de él, me pone aún más cachonda.

—Hay que volver a los inicios —susurra, sujetando la máscara negra con la cruz azul en su mano.

Se la coloca y juro que mi vagina se aprieta aún más alrededor de su polla al verle con ella puesta, recordando todas las fantasías que se han cruzado en mi cabeza y he hecho con él mientras la llevaba. No se la baja hasta el cuello, sino que deja la zona de sus labios descubierta, listos para besarme si lo necesito.

Trago saliva. Me agarro uno de los coleteros de la muñeca y se lo tiendo. Él ladea la cabeza.

—Átame.

Veo que suelta una risilla y asiente.

—Será un placer.

Vuelve a meter el coletero en mi muñeca y agarra mi otro brazo. Solo tiene que girarlo un par de veces y engancharlo a la otra muñeca, lo que me mantiene inmovilizada. Coloca mis brazos por encima de la cabeza y se inclina hacia mí para besarme.

Ese es todo el tiempo que tengo de prepararme antes de que empiece a embestirme con fuerza. El caos se desata y lo único que puedo hacer es aguantar cada empellón de su cadera con las mías. Mis piernas siguen apoyadas en sus hombros, aunque ahora prácticamente pegadas a mi cuerpo al tenerle cernido sobre mí.

Gimo en sus labios.

Él jadea en los míos.

Arqueo la espalda.

Él aprieta mis manos atadas.

Todo se envuelve en una vorágine de sonidos obscenos, súplicas, piel con piel chocando y palabras sucias.

—Joder, Callum...

—Puta gloria —murmura comenzando a acelerar el ritmo.

Ambos estamos al borde.

Lo noto por la manera en la que se muerde el labio para no correrse y en cómo sus brazos se tensan bajo la molesta sudadera que no me deja ver su cuerpo.

Pero yo no me reprimo. Alcanzo el clímax desesperada y mis paredes agradecen cerrarse alrededor de él. Al notarlo, Callum se detiene de pronto y sale de golpe. Se quita mis piernas de los hombros y retrocede un paso, señalando el cemento del suelo con el mentón.

—Al suelo —ordena cuando pone distancia.

No me lo dice dos veces. Sigo atada y él agarra mis manos por encima de mi cabeza en el aire a la vez que me acerca la pelvis y abro la boca para meterme toda su longitud en la boca. Apenas he dado dos lametones cuando siento un espesor salado y caliente llenar mi garganta.

Sí que estaba a punto.

—Mierda... —maldice echando la cabeza hacia atrás.

Su nuez se marca cuando traga saliva y yo hago lo mismo, solo que tragando su semen. Mis manos son liberadas por la suya y me retiro el coletero de ellas, dejándolo solo en una muñeca. Callum se retira la máscara y me coloca la mano en el mentón, instándome a levantarme de nuevo.

No dice nada cuando volvemos a estar casi en la misma altura.

Yo tampoco.

Ambos nos miramos el uno al otro, con el cabello revuelto, los pechos agitados y con las ganas de devorarnos de nuevo todavía presentes.

—A este paso, vas a acabar conmigo, Sombra —dice al fin, rompiendo el silencio—. Eso si no lo has hecho ya.

TREINTA Y DOS

CALLUM

Sábado 22 de noviembre

El camino de casa hasta el campo de *lacrosse* no es muy largo, por eso elijo ir en moto en vez de dejar que alguno de los chicos quiera acercarme. No tardo en llegar y, cuando aparco, veo en la esquina esa conocida sombra que ya tengo metida en la cabeza hasta el puto fondo. No se acerca cuando me bajo de la moto y me retiro el casco; me giro y me apoyo en la moto con la bolsa de deporte colgando del hombro.

Cruzo los tobillos y la observo, viendo como abandona su escondite y se acerca hacia mí. La miro de arriba abajo, fijandome en la ropa que lleva puesta hoy: unos pantalones *baggy* negros, un jersey de cuello alto gris y un abrigo acompañado por una bufanda.

Su mirada choca con la mía y arruga el ceño.

—¿No tienes frío? —pregunta señalando mis pantalones de chándal finos y la sudadera.

—No vengo a dar un paseo precisamente —respondo encogiéndome de hombros— ¿Cuánto tiempo llevas ahí esperando?

Ella me retira la mirada y sonríe.

—Poco —miente, mirando la moto.

—Sigues mintiendo fatal.

—Oh venga, no esperes que te sea sincera siempre —replica levantándose la manga del abrigo y agarrando uno de los familiares coleteros azules—. Quería darte algo.

Arrugo el ceño y ladeo la cabeza mientras ella deshace el nudo que ata la cinta al objeto. Su cara de concentración es todo un

espectáculo, intentando deshacerlo con la dificultad de esas uñas largas que tiene pintadas a juego con su pelo.

—Ya está —afirma victoriosa cuando separa ambas partes y se coloca la parte del coletero de nuevo en la muñeca—. Dame tu mano.

Una pequeña sonrisa se forma en mis labios ante su orden. Rodea la cinta en la muñeca derecha y hace varios nudos, colocándola a modo de pulsera. Su rostro se llena de satisfacción al ver que está bien anudada.

—Quiero que la lleves durante el partido —dice al fin, admirando su obra—. Seguro que te traerá suerte.

Los labios no abandonan su postura cuando contesto.

—Gracias. Sé lo mucho que significa para ti.

—No me hagas arrepentirme.

—Yo también quiero pedirte algo.

Sus dos orbes negros se levantan hasta mi bosque con un brillo que solo esos ojos son capaces de radiar.

—Átate el pelo —murmuro señalando su pelo suelto.

Ella se lleva instintivamente la mano a su cabeza.

—¿Con el coletero?

—Con los dos —corrijo.

Sus ojos se iluminan de nuevo y saca el otro coletero de su muñeca. No tarda mucho en hacerse las dos coletas, tal y como se las estaba haciendo aquella primera noche en el taller de Luka, antes de que la asaltara en el baño. Cuando las tiene hechas, se gira y me enseña el pelo.

—¿Están iguales?

Me separo de la moto y doy un paso hacia ella.

—Están perfectas.

Se gira con una sonrisa que, prácticamente, me llama para que la bese. Ignoro esos instintos, y me limito a alargar el brazo para acariciar sus labios carnosos con el dedo pulgar, recordando como hace cuatro días rodeaban mi polla y se tragaban cada puta gota de mi semen.

La boca se me hace agua y la erección comienza a doler cuando me detengo un segundo más de lo necesario en su labio inferior.

—¿Vas a querer verme después?

—Esa pregunta me ofende —respondo apretando un poco más el pulgar—. Voy a hacer mucho más que verte.

Traga saliva y levanta la barbilla mirándome.

—Callum...

—No digas nada. Ya lo arreglamos luego.

Le suelto la barbilla y rodeo su cuerpo, agarrando la bolsa de deporte e irme hacia los vestuarios. No sé muy bien cómo cojones voy a concentrarme en el partido y más sabiendo que, cada vez que me mire la muñeca, voy a ver esa parte de azul que ella representa.

Levanto el *crosse* y todos corremos hacia Judd, tras el placaje que el treinta y siete del equipo contrario le hace. Encima, ha sido el mismo puto idiota que le ha metido el *stick* en las costillas a Conrad.

—¿Estás bien? —pregunto con dificultad por culpa del bucal, tendiéndole la mano enguantada mientras escucho como algunos compañeros se quejan al árbitro.

Judd asiente y se ajusta bien el guante una vez que se pone de pie.

—Gracias, tío.

Niall aparece a mi lado y tras comprobar que Judd no tiene ninguna lesión grave, se gira hacia mí. Al igual que todos, lleva dos rayas negras pintadas en la parte baja de los ojos que ya están bastante emborronadas por culpa del sudor.

—Deja que Charlie haga el siguiente *face-off* —pide, colocándome una mano en el hombro.

Dirijo mi vista al contador, viendo que queda un minuto escaso. Judd se coloca bien el bucal e intercala la mirada entre ambos.

—¿Vamos a hacer *esa* jugada? —inquiere, levantando la voz.

Algunos compañeros, incluidos Conrad y Charlie, se acercan a nuestro lado, pero Niall no separa sus ojos de los míos.

—Si queremos desempatar, sí —sentencia.

—El entrenador nos va a matar —insinúa Conrad.

Charlie asiente y tras una breve pausa, asiento también en dirección a Niall, quien me dedica una sonrisa camuflada por el bucal y aplaude. Las posiciones cambian completamente cuando Charlie se coloca para hacer el *face-off* y los Ravens se quedan completamente descolocados.

El entrenador también.

—¡VOY A COLGARTE DE LOS HUEVOS, SHANAHAN! —exclama levantando los brazos.

Todos conocemos esta jugada. Y nunca ha salido bien.

Me coloco en posición y aprieto el palo entre mis dedos, dedicando una mirada rápida a mis compañeros.

Luka sonríe en *mi posición.*

Ken se mantiene en la defensa.

Conrad no cambia la posición.

Y Niall espera a que el árbitro de la señal.

Cuando el pitido resuena en el ambiente, nuestro número cincuenta y dos agarra la bola sin ningún tipo de problema. Divisa a Conrad, quien ya está desmarcado por el lateral para recibir la bola que Charlie le lanza.

Todos corremos mientras Conrad avanza y se va librando de varios jugadores, de una manera que hace que parezca sencillo. Por el rabillo del ojo, veo a Niall con varios jugadores del equipo contrario que le cubren para interceptar el pase.

Pero en un abrir y cerrar de ojos, no se esperan lo que pasa.

Conrad amaga el pase a Niall, pero la pelota no abandona la red del *crosse*. El cambio de dirección y el desconcierto es todo lo que el rubio necesita para aprovechar que sus piernas están más abiertas de lo normal y hacer un pase bajo.

Un *stick* recoge la bola.

Más concretamente, el mío.

Conrad suelta un grito de júbilo a la vez que las gradas empiezan a soltar chillidos y vítores mientras que corro por el campo. Cada paso que doy es más doloroso que el anterior, como si quisiera huir de algo.

El partido es sumamente importante para todo el equipo, y en especial para alguno de nosotros.

Durante ese momento, tengo la mente en blanco. Esquivo jugadores, apretando el palo entre mis manos enguantadas y me muevo como si me deslizase por la hierba, igual que una serpiente. Tengo la portería delante, hasta que dos defensas me cortan el paso.

«Todo o nada.»

Doy un paso hacia un lado con la pierna derecha y parece que la bola va a abandonar la red, pero rápidamente doy un salto, giro sobre mí mismo levantando el *stick* por encima del hombro y lanzo la bola con todas mis fuerzas.

A partir de ese momento todo a mi alrededor se ensordece.

Solo veo al portero tirar su palo enfadado, la pelota rebotar en la red y luego un montón de gente abrazarme como si acabase de darle la victoria al equipo.

¿Hemos ganado?

—¡Tus huevos morenos, *Skywalker*! —exclama Ken cuando llega a mi lado y choca su casco con el mío.

Ken nunca me llama así. Ni se suele poner tan eufórico.

Parece que sí, que hemos ganado.

Todos me abrazan, gritan y cuando levanto el brazo, veo bajo la manga la cinta azul que Karla me regaló.

Karla.

¿Lo ha visto?

Joder, que lo haya visto.

Me giro hacia las gradas como buenamente puedo y veo como Vesna la agarra y chilla, mientras ella mantiene la vista en el campo y sonríe ampliamente.

Una sonrisa que llena más que ese pequeño hueco que le reservé en su día. Ahora está por todos lados y el cosquilleo en mis dedos por las ganas de tocarla se hace insoportable.

¿Estoy jodido? Probablemente.

Pero ya me da bastante igual.

Salgo de los vestuarios pasándome una mano por el pelo húmedo, del cual caen varias gotas. Dos brazos me rodean el cuello de repente, y unos labios familiares se estampan contra los míos. No me da tiempo a corresponderlo cuando se separa y sus ojos negros me observan con una felicidad genuina.

—¿Ese gol ha sido para mí? —pregunta con tono sugerente acariciando mi nuca.

Durante unos instantes me deleito de cada estímulo que mi Sombra provoca en cada uno de mis sentidos.

Las suaves caricias que dejan las yemas de sus dedos.

El olor del argán inundando mis fosas nasales.

El sabor tan característico de sus labios.

El dulce tono de su voz.

El brillo oscuro de su sonrisa.

Karla Álvarez es un caos que quiero desatar y domar a la vez. Mi jodido y grotesco caos de perfección.

—¿Querías que lo fuera? —inquiero, rodeando su cintura con uno de mis brazos.

Siento su cuerpo tensarse bajo mi tacto, una reacción a la que ya estoy acostumbrado. Encaja a la perfección con el mío y joder, mucho me estoy resistiendo de no coger y llevarla a...

—¡Mierda!

El sonido de un portazo nos hace girarnos a ambos hacia la salida de los vestuarios, alarmados por el ruido. No tardo en ver a mis amigos caminar hacia nosotros. Niall tiene el rostro desencajado por la rabia, con el móvil en la mano. Va seguido de Luka, que habla en serbio con alguien por teléfono.

Me separo de Karla y veo a Conrad salir con el ceño fruncido murmurando cosas en alemán. Ken sale con las manos en los bolsillos y una postura aparentemente tranquila, pero el tic de su ojo me deja ver que algo está pasando.

—¡Voy a sacarle la puta lengua por la garganta! —exclama Niall.

—Eh, eh. —Me interpongo en su camino y todos se detienen a mi lado—. ¿Me explicáis qué coño pasa?

—Tienen a Dove —murmura Luka colgando el teléfono—. Nos pasaremos por el taller. Tengo armas allí.

Puedo ver por el rabillo del ojo como Karla da un paso atrás llevándose ambas manos a la boca igual de sorprendida que yo. Niall hace por moverse pero le detengo de nuevo.

—¿Quién tiene a Dove?

—Su puto ex. Derek es su ex, joder. Le hemos tenido delante de nuestras narices todo el tiempo —espeta señalándome casi con un empujón—. Es tu puta culpa, *Fox*.

Ken se adelanta varios pasos y agarra del hombro a Niall con expresión seria.

—Ni se te ocurra —dice en un murmullo peligroso que reverbera entre nosotros—. No vas a echarle las culpas a nadie de nada, *Irish*. Deja de comportarte como un puto idiota.

El rubio no separa sus ojos miel de mí, irradiando una ira que siento en cada poro de mi piel. Lo peor de todo es que no me ofende.

Le he fallado.

Nunca lo he hecho en ninguna de las noches que ha salido con el BMW para hacer el cabra y marear a la policía. Siempre ha confiado ciegamente en mí, desde que nos conocimos aquella noche a la salida de ese bar.

Lo hice. O al menos lo intenté.

Intenté buscar a ese idiota por todos lados.

Y no pensé que se estuviera escondiendo delante de nuestras putas narices. No se me ocurrió mirar en el lugar más obvio de todos.

El jodido Derek.

Un chasqueo de dedos me saca de mis pensamientos y los ojos rasgados de Ken se plantan delante de mí.

—¿Puedes hacerlo?

Sacudo la cabeza con el ceño fruncido.

—¿El qué?

Abre la boca para hablar, pero es otra persona quien lo hace.

—Rastrear el móvil de Dove para saber dónde está —susurra Karla, acercándose a mi lado.

Niall me mira con una decepción que duele, pero Luka y Conrad me miran con una confianza que contradice el gesto del irlandés.

Eso me anima a responder.

—Claro que puedo —respondo casi ofendido sin mirar a Karla.

Ken asiente y mira al resto.

—Vosotros id al taller a coger armas y prepararos. Nosotros iremos a casa, rastreamos el móvil de Dove y os enviaremos la ubicación.

Conrad y Luka asienten, pero Niall solo aprieta la mandíbula y camina hacia el Dodge negro del serbio sin decir nada más. Los otros dos me dejan un apretón en el hombro antes de alejarse uno hacia el coche y otro a su moto.

—Karla —dice Ken girándose hacia ella—. Lo mejor es que vayas con las chicas. Le diré a mi hermana que te recoja...

—Quiero ir con vosotros —interrumpe negando con la cabeza—. Sé que las chicas van a estar de los nervios y así yo puedo ir actualizándolas a ellas sobre lo que vaya pasando...

—No.

Se hace un silencio entre nosotros y me giro hacia Karla.

Ella me mira con una mezcla de preocupación y decepción que me duele. Así que me explico antes de que continúe.

—Es mejor que vayas con ellas. No sabemos lo que puede pasar.

Karla frunce los labios pero asiente y se acerca para darme un abrazo. Lo correspondo y apoyo mi mentón en su coronilla, ahogando un suspiro a la vez que veo que Ken se aleja a su moto.

Pasamos un rato así, pero me veo obligado a separarme y agarrarla de la barbilla. Sus ojos chocan con los míos y cuando habla, el corazón amenaza con salirse de mi pecho.

—¿Me llamarás? —pregunta en un susurro.

—Te buscaré —respondo al momento.

Ella sonríe.

Una sonrisa que duele y sana al mismo tiempo.

Una que consigue destruir y volver a recomponer cada maldita célula de mi cuerpo.

TREINTA Y TRES

KARLA

Domingo 23 de noviembre

No sé en qué momento todo se ha ido a la mierda.

O como se me ocurrió pensar en que todo saldría bien.

El ambiente en el coche es tenso.

Lottie está apoyada en mi hombro, llorando desconsolada. Saori se frota las manos nerviosa en el asiento del copiloto. Y Vesna conduce el Audi hacia el hospital como si se estuviera muriendo alguien.

Pero sí que hay alguien bordeando la muerte.

Niall.

Hace veinte minutos que Ken nos ha llamado para decirnos que le han apuñalado y que la situación no es buena. Por lo visto ha perdido mucha sangre y la cosa no pinta bien. Por suerte Dove está bien y no tiene heridas graves, pero él...

Lottie solloza y la aferro a mí cómo puedo.

Entiendo su dolor. Niall y ella son amigos desde hace tiempo, y él es el único que ha conseguido que Luka mantenga las distancias con ella para apaciguar las aguas.

Cuando llegamos al aparcamiento y bajamos del coche, vemos a Ken fumando en el parking. Nos ve y al momento se acerca, mirando a su hermana. Le dice algo en japonés que hace que a nuestra amiga se le cambie el semblante, pero solo asiente y entra seguida de Vesna.

Mis ojos viajan hacia el interior a la vez que dejo ir a Lottie, quien camina tras ellas.

—¿Y Callum? —pregunto cuando nos quedamos Ken y yo a solas.

—Dentro con Conrad. Luka ha tenido que ir a gestionar unas cosas.

—¿Está bien? ¿Le ha pasado...?

—Nosotros no fuimos —interrumpe—. Nos quedamos en casa gestionando todo. Conrad nos llamó como pudo, decía que Niall venía al hospital con Dove en la ambulancia por un apuñalamiento y Callum no se lo pensó dos veces.

Señala con su mentón una moto roja a nuestra derecha que se me hace familiar. El silencio que continúa a sus palabras es pesado y tenso, lo que me obliga a abrazarme a mí misma y comenzar a caminar al interior.

Pero la voz de Ken me detiene.

—Callum y Niall son uña y carne —comenta girándose hacia mí—. Todos somos una piña pero lo de ellos dos va más allá. Si algo le pasa a Niall, jamás va a ser capaz de perdonarse a sí mismo.

Le miro por encima del hombro, intentando reprimir las lágrimas. Tengo la intención de formar una sonrisa que apenas se convierte en una mueca.

—Gracias por el aviso.

No digo nada más mientras camino al interior y me acerco a la sala de espera de urgencias. Vesna está de pie, abrazando a Lottie, que sigue llorando sin parar y murmurando cosas inaudibles. Al mirar al fondo del pasillo, veo que Conrad está con la mirada perdida, la piel pálida y las manos temblando. Dove y Saori están sentadas a cada lado de él con Callum en un asiento a unos pasos de ellos con los codos apoyados en las rodillas y las manos hundidas en el pelo.

Lleva la misma ropa con la que le vi a la salida del partido y algo dentro de mí se calma cuando veo que no está manchado de sangre. Me acerco con pasos cautelosos, asegurándome con la mirada de que Dove está bien e ilesa, antes de sentarme al lado de Callum.

—Hola.

Deja de frotarse el cuero cabelludo con los dedos y gira su cabeza hacia mí. Cuando levanta la mirada, el pecho se me encoge

al ver que el bosque de pinos está más apagado que nunca. Sus globos oculares están completamente rojos y tiene los alrededores muy hinchados.

Ha llorado.

Mi cinta sigue atada en su muñeca, cosa que me alivia un poco.

No sé qué decir. Siempre he sido mala para estas cosas. Le coloco una mano en la espalda para intentar consolarlo y dejarle claro que estoy aquí. Sé que las palabras de "todo va a salir bien" no van a servir de nada.

A mí me las repitieron demasiadas veces mientras mi mejor amiga se debatía entre la vida y la muerte.

Hasta que se fue.

No hablo, y es a Saori a quien escucho.

—¿Hace mucho que llegasteis?

Veo a Dove negar con la cabeza y Conrad no reacciona.

Sigue con la mirada perdida en el suelo, y las manos apoyadas en las rodillas, sin dejar de temblar.

Veo algunas manchas de sangre, pero Dove es quien peor está. Su camiseta, sus brazos, su cara... El verde que tanto la caracteriza se ha perdido, ahora lleno completamente de un color carmesí apagado.

Mis ojos se posan de nuevo en Conrad, hasta que Callum me apoya una mano en el muslo.

—Tiene hematofobia —susurra, dejando un apretón que me obliga a mirarle—. Se supone que lo tiene superado pero hoy ha visto demasiada sangre.

Vuelvo la vista hacia Conrad que sigue congelado en la misma posición. Mi mirada regresa a Callum.

—¿Se sabe algo? —pregunto.

Pero él solo niega con la cabeza.

—Ha pasado poco tiempo. No sé si es bueno o...

—Se está mareando —murmura Saori, mirando a Dove—. Necesita tomar el aire.

Conrad y ella se levantan y empiezan a salir de allí bajo la atenta mirada de Ken, quien parece que ha vuelto a entrar para esperar con

el resto. Dove se acerca y se arrodilla frente a Callum, con los ojos en el mismo estado que los de él.

—No tienes la culpa —murmura, agarrándole la mano libre—. No quiero que pienses que la tienes cuando...

—Dove —le corta Callum—. No sigas. No cuando ambos sabemos que no es cierto. Le tuve delante todo el jodido tiempo y no supe buscar a la persona más obvia. —Su mano se tensa en mi muslo y baja la mirada—. Niall tiene razón. Es mi culpa que esté ahí...

Intento tragarme el nudo que tengo en la garganta y hablar, hasta que escucho a alguien... ¿reírse?

Los tres giramos la cabeza en dirección al sonido. Vesna está de pie con el ceño fruncido intentando acercarse a Lottie, que se está riendo mientras nos mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Culpables... —dice en un murmullo encogiéndose de hombros —. Todos somos culpables...

Vesna da un paso hacia delante.

—Lot...

—No.

La voz de Ken corta el aire y veo como da un paso hacia la serbia, como si la rubia fuese una amenaza para ella y él quisiera protegerla.

Lottie se da cuenta y comienza a intercambiar miradas entre ellos y... yo.

—Es bonito tener a alguien que te quiere —comenta señalándonos a mí y a Callum—. Y me alegro tanto de que Niall te haya encontrado a ti, Dove... —Ahoga un sollozo y se limpia las lágrimas con la manga de su sudadera—. Pero la he cagado.

La confusión cruza el rostro de todos los presentes y al instante me levanto del asiento para acercarme a ella.

—Lottie, ¿de qué estás hablando?

Más lágrimas recorren sus mejillas ante mis palabras y su mirada se fija en mí.

Única y exclusivamente en mí.

—Tú lo sabías... Te dije lo ilusionada que estaba... Llevaba sin estarlo desde... —Sus palabras mueren al mirar a Vesna, pero es un

movimiento fugaz antes de que sus ojos regresen a mí—. Me dijo que me quería. Pero solo me ha utilizado...

Callum se levanta del asiento y camina hacia ella con movimientos lentos.

—¿Quién te ha utilizado? —inquiere Callum, dando un paso hacia delante pero le detengo agarrando su brazo.

Lottie arruga los ojos intentando reprimir las lágrimas sin mucho éxito.

—Nada de lo que le conté de ti era para hacerte daño —solloza mirando a Dove—. Me dijo que me quería...

—¿Quién? —insiste Vesna, mirando a nuestra amiga—. ¿Quién te ha utilizado?

Lottie frunce los labios, pero es otra voz la que habla.

—Marco Ricci. —El nombre corta el aire y cuando miramos a la salida de la sala de emergencias, vemos a Saori mirando a Lottie con expresión seria—. Mis sospechas eran ciertas.

Todos nos tensamos y siento los músculos de Callum tensarse bajo mi mano. Dove se lleva una mano a la boca sorprendida, mientras que Ken aprieta la mandíbula y Vesna abre los ojos de sorpresa.

Marco.

Ese es el chico con el que Lottie estaba quedando en secreto.

—Yo no he querido que pasase esto... —implora mirándonos a todos—. Yo no quería...

Y cuando rompe a llorar, Saori está ahí para abrazarla y estrecharla entre sus brazos. El ambiente se vuelve pesado de cosas que le queremos decir, pero no podemos echarle nada en cara. Ninguno.

—Shh, ya está...

—Me avisaste... —llora Lottie en su hombro—. Lo siento. Lo siento tanto.

Escucho a Dove llorar a mi lado y no dudo un segundo en acercarme a ella y abrazarla. La sala de espera se llena de susurros inaudibles, sollozos, narices sorbiéndose y acto seguido, queda rota por un grito.

—¡Voy a matar a esos hijos de puta!

Conrad. Mucho más entero de lo que estaba antes de salir a tomar el aire con Saori. Sigue teniendo el rostro pálido, pero ahora tiene el semblante igual de expresivo que siempre. Lleva el móvil en la mano y lo agita con menos fuerza de la que en realidad tiene.

—Están en la puta cantera. Han organizado una carrera como si el sitio fuera suyo. Como si no hubiera pasado nada.

Lottie se tensa de pies a cabeza y a mi alrededor hay demasiadas reacciones como para enumerarlas todas. Pero sí que me fijo en la reacción de Callum, que pasa por mi lado hacia la salida y murmura algo a Ken, a lo que este asiente.

—Yo voy —añade Conrad.

—Ni de coña —replica Ken agarrándole del hombro—. Casi te desmayas. Deja que te echen un vistazo. Vamos Callum y yo.

Conrad no se queja, aunque sí suspira y se sienta sin levantar la mirada hacia ninguno. Suelto a Dove y salgo del hospital tras Callum, al cual no me cuesta alcanzar.

—¡Espera! —grito cuando veo que se está colocando el casco de la moto—. Déjame ir contigo.

Callum se gira con el ceño fruncido.

—¿Qué? Ni de coña.

—No voy a dejar que vayas solo.

—Voy con Ken.

Avanzo hacia él.

—Por favor. No voy a dejarte solo otra vez.

Puedo ver la duda en sus ojos enrojecidos y la rabia en el ceño fruncido. Todavía no se ha bajado el visor del casco.

No quiero que pase por esto solo.

No *puedo* dejar que pase por esto solo.

Aunque con ello me salte cada regla que me impuse de dejar de preocuparme tanto por los demás.

—¡Lottie, vuelve! —escuchamos a alguien gritar.

Vesna sale a trompicones tras la rubia de la salida que lleva a urgencias. Nuestra amiga no se detiene y hace caso omiso a las peticiones de Vesna, corriendo hacia el Audi con las llaves en la mano y el rostro consumido por la ira. Ya no llora, o eso es lo que consigo ver desde esta distancia.

—Me cago en...

—¡Lottie! —exclama Vesna de nuevo.

El Audi arranca y la serbia corre hacia el coche, hasta que las manos de Ken la rodean para detenerla. Intenta zafarse y grita una y otra vez.

—¡Suéltame joder! —exclama, dándole un codazo en el costado que apenas le hace cosquillas—. ¡Está fuera de sí, necesita ayuda!

—Iré yo —sugiere Ken girándola—. Iremos nosotros. Pero tienes que quedarte con Dove, Conrad y mi hermana. *Necesito* que te quedes con ellos y que me avises con cualquier novedad o si vuelve tu hermano.

Vesna se le queda mirando con lágrimas en los ojos, pero finalmente asiente y me dedica una última mirada por encima del hombro antes de regresar al interior del edificio.

Nosotros tres nos subimos a las motos y nos dirigimos a «La Cantera» para zanjar esto de una vez por todas.

Por Lottie. Por Dove. Por Niall.

TREINTA Y CUATRO

CALLUM

Domingo 23 de noviembre

La cabeza me va a una velocidad vertiginosa mientras conduzco, intentando cuadrar todo lo que ha pasado en solo unas horas. Jamás me hubiese pensado que Lottie estuviera teniendo algo con Marco y que, para colmo, se hubiera dedicado a utilizarla.

No puedo odiarla o culparla.

No más de lo que me culpo a mí mismo.

Porque ambos hemos hecho que de manera indirecta Niall acabe en una mesa de hospital, debatiéndose entre la vida y la muerte.

Lo único que me ata al presente y a la cordura que pende de un hilo es Karla, que me abraza mientras conduzco y deja pequeñas caricias en mi abdomen por debajo de la sudadera. Es lo único que consigue que cuando llegamos, no corra hasta Marco y quiera reventarle la cabeza.

También ayuda que Lottie esté pegando puñetazos torpes al aire mientras que Marco los esquiva y repite una palabra: loca. Esos golpes vacíos no duran mucho cuando Marco la inmoviliza apoyando su espalda contra su pecho y pasándole un brazo por la garganta.

Eso no me saca de mis casillas, pero ella se me adelanta.

Karla no tarda ni dos segundos en bajarse de la moto y correr hacia donde están ellos.

—¡Eh! —exclama Karla avanzando—. ¡Suéltala!

Marco no nos mira. Dibuja una sonrisa peligrosa y ladeada de hijo de puta que cree que lo tiene todo bajo control. Veo que aprieta el agarre contra Lottie, que rompe a llorar.

—Suéltame —jadea sollozando—. Marco, por favor...

—Cierra la boca.

Ese llanto es lo único que corta el silencio que se ha formado a nuestro alrededor. Tanto Ken como yo nos acercamos y consigo llegar a la altura de Karla antes de que pueda avanzar.

La gente a nuestro alrededor nos mira con respeto, sobre todo cuando el japonés da un paso hacia delante y fulmina con la mirada a todos los presentes.

Al fin y al cabo, estos terrenos son suyos.

—Quítale las manos de encima antes de que las cosas se pongan feas —sugiere con un tono de voz suave.

Sabemos lo que significa que las cosas se pongan feas.

Marco no contesta, sino que clava la mirada en una figura que se hace presente entre el corrillo de gente que nos rodea, como si fuésemos un puto circo.

—Cuánta tensión. Vamos a relajarnos un poco...

Esa voz...

Theo.

Sale con las manos levantadas, un cigarro colgando del labio y una sonrisa que está gritando que se la borren de la cara. Se coloca al lado de Marco cruzándose de brazos y mira por encima de nuestros hombros, buscando a alguien más.

—¿Y el resto? ¿Les habéis perdido por el camino? —pregunta arrastrando las palabras—. Pensaba que los lobitos siempre iban en manada. ¿Niall está lamiéndose las heridas?

Aprieto los puños.

—Hijo de...

Ken me coloca una mano en el hombro.

—No tienes ningún derecho a estar aquí, y menos a organizar una carrera sin permiso.

Theo hace un puchero.

—¿Y eso quien lo dice?

—Yo. Es nuestro territorio —replica Ken.

Theo suelta una carcajada. Marco también.

Pero nadie más se ríe.

—¿Vuestro territorio? —pregunta con burla—. Este sitio hace tiempo que no es de nadie. En realidad, creo que debería ser de quien tenga los huevos suficientes para mantenerlo. Y últimamente —añade encogiéndose de hombros—, parece que os han castrado.

Karla me roza la mano, intentando anclarme a ella.

Pero no funciona.

—Repítelo —ladro, dando un paso hacia delante—. Después de lo que habéis hecho esta noche, no sé cómo tienes los cojones de decir eso.

Theo ladea la cabeza y enarca una ceja con gesto divertido.

—Ay, Walker. De los cinco siempre has sido el que más pena me ha dado —provoca sin retirar la sonrisa—. Antes imponíais respeto pero ahora solo os dedicáis a jugar a las carreras y a llorar como unas putitas.

Algo se rompe dentro de mí. Sobre todo cuando Marco aprieta más a Lottie y ella gime de dolor.

No soy violento.

Nunca lo he sido.

Pero tiro de ese hilo de furia y me lanzo directamente hacia él, soltándome del agarre de Ken. Mi puño alcanza la mandíbula de Marco antes de que nadie pueda detenerme. Él trastabilla y se obliga a soltar a Lottie, quien cae de rodillas libre al fin.

Un destello de azul cruza por mi lado y se arrodilla junto a Lottie.

—Mírale —susurra Marco, escupiendo sangre—. Al final el lobito sí que sabe morder.

Estoy a punto de asestarle otro puñetazo hasta que Ken me agarra. Theo silba a su lado y asiente lentamente con falsa admiración.

No recuerdo la última vez que pegué a alguien. Tal vez fuese a ese señor que intentó ponerme una mano encima cuando tenía dieciséis años o cuando mi progenitor me obligó a pegarle una paliza a otro hombre. Esas veces fueron por supervivencia u órdenes, pero esta vez ha sido por pura rabia. Los nudillos me cosquillean y la necesidad de golpearle de nuevo regresa cuando Marco sonríe.

Ken se adelanta.

—Fuera —espeta en tono serio—. Todos.

Marco se limpia la boca con el dorso de la mano. De su pelo repeinado salen varios mechones y clava su mirada en mí de manera fulminante. No hace falta que abra la boca cuando lo veo cruzar por sus ojos.

Una idea. Peligrosa.

—¿Por qué no lo hacemos un poco más interesante?

Veo a Karla girar su rostro hacia mí y a Ken tensarse a mi lado. No respondo y dejo que continúe.

—Una carrera. Con copilotos.

Ken niega con la cabeza.

—Ni de coña.

Marco ensancha su sonrisa. De un rápido movimiento, se gira hacia la rubia y la agarra del brazo para levantarla del suelo.

—Yo con Lottie y tú con ella —añade señalando a Karla con el mentón—. Si gano, nos quedamos el terreno y Lottie seguirá siendo cosa mía. Si pierdo, todo se quedará como estaba y la dejaré en paz.

El silencio cae a nuestro alrededor, aunque soy capaz de escuchar varios murmullos entre la gente que nos rodea.

Ken suelta una pequeña risa.

—Haces esto porque *él* no está aquí. Y si se entera...

—No tiene por qué enterarse —interrumpe Marco—. ¿Verdad, cariño?

Lottie aguanta las lágrimas, pero no responde.

—Venga, Walker —me alienta Marco—. Demuestra que sabes hacer algo más que ser el perrito faldero de Niall.

Nunca corro.

No lo hago ni por ego ni para demostrar nada.

Pero por una vez puedo hacerlo por alguien más. Para ayudar de verdad.

—No tienes por qué hacerlo —susurra Ken a mi lado—. Puedo llamarle y acabar con esto ahora mismo.

Aprieto la mandíbula y miro hacia Karla, que me sostiene la mirada con firmeza. No hay debate en sus ojos negros y el leve asentimiento que me ofrece es leña suficiente para que el fuego que crece en mi interior crepite.

—Bien —sentencio mirando a Marco—. A ciegas.

Theo y Marco muestran una sonrisa triunfante y asienten.

Solo con eso sé que no hay vuelta atrás y que estoy fallando la primera regla que me puse con Karla: nunca ponerla en peligro.

TREINTA Y CINCO

KARLA

Domingo 23 de noviembre

Me detengo al lado de la moto de Callum, a la vez que Ken le coloca cinta americana a los laterales del visor y le comienza a dar indicaciones. Él asiente y aprieta la mandíbula, contestando con monosílabos y palabras cortas.

No me mira en ningún momento.

Mis ojos bajan hacia los nudillos de su mano, los cuales se aclaran y tensan cada vez que Callum flexiona la mano con gesto nervioso. La cinta sigue ahí, debajo de la sudadera, escondida como si buscase refugio ante lo que se viene ahora.

Sé la culpa que cargan.

Tanto él como Lottie.

Cuando giro el rostro hacia ella, veo que está sentada en un rincón con la mirada perdida y los ojos enrojecidos. No intenta correr o huir, como si ya no tuviera fuerzas para decir o hacer algo más tras la noche que llevamos.

—Sombra. —La voz de Callum me devuelve a la realidad—. Ven.

Trago saliva y me acerco a él casi arrastrando los pies, intentando que los nervios no se apoderen de mi cuerpo. Con una de sus manos sujeta el casco y la otra me la tiende para que llegue hasta él. Mis ojos se detienen en la cinta azul durante un momento cuando llego a su altura.

—Necesito que me escuches bien —empieza a decir colocándome esa mano en el brazo. Levanto la mirada hacia él y veo que toma

aire—. Esto no va a ser una carrera normal. Las carreras a ciegas son algo que rara vez se hace.

—¿Nunca has corrido ninguna? —pregunto con miedo.

—Nunca corro, Karla —responde negando con la cabeza—. Las carreras a ciegas se hacen a oscuras en el circuito asfaltado. La única iluminación que tendremos serán las bengalas rojas y las señales reflectantes en el suelo. —Hace una pequeña pausa y levanta el casco—. Mi visión también va a estar afectada por culpa de la cinta. No voy a poder ver lo que tenga en los lados, solo lo de delante.

—Como un túnel.

—Como un túnel —repite asintiendo—. Vas a ser mis ojos a los lados. Grítame todo lo que veas. Marco tampoco suele correr, pero sé que no juega limpio. Es importante que te fijes en las franjas reflectantes de la carretera. Las azules significan curvas, y suelen estar representadas con flechas. Las naranjas significan baches, pero no vas a saber la profundidad.

Un escalofrío me recorre la espalda y un pensamiento se me pasa por la cabeza en medio de toda la explicación.

—¿Qué pasa si me equivoco?

—Frenaré. Prefiero perder segundos a perderte a ti. No quiero ponerte en más peligro de lo necesario.

Se coloca frente a mí y me coge la cara con la mano libre, levantando mi mentón con sus dedos índice y corazón para apoyar su frente contra la mía y rozar sus labios contra los míos mientras habla.

—No te sueltes de mí en ningún momento. Sigue el movimiento de mi cuerpo en las curvas. Si quieres que baje la velocidad, dímelo. Si quieres que pare, también. —Traga saliva y cierra los ojos—. Aunque perdamos.

Abro la boca para decir algo, pero él aprovecha y me besa.

No es un beso muy largo ni tampoco muy intenso, pero sé lo que intenta decirme con él.

«Lo siento».

Cuando se separa, sus ojos verde pino están llenos de algo que me llena por dentro: esperanza.

—Esto solo funciona si confiamos el uno en el otro.

No puedo hacer otra cosa que contestarle con un gesto afirmativo.

—Va a intentar provocarte.

—Suerte que tengo la mecha muy larga —bromea sin una pizca de humor.

Ambos avanzamos hacia la moto y me tiende el otro casco.

—Si salimos de esta, tengo que contarte muchas cosas.

Puedo ver en sus ojos un brillo de culpa.

La duda me inunda.

¿Es sobre el mensaje que me llegó? ¿Realmente sabe algo de la muerte de Mónica?

Aparto todo eso a un lado y suspiro, agarrando el casco. Él se coloca el suyo y levanta el visor, mirándome como si tuviese mil cosas que decirme pero no encontrase el modo. Se sube a la moto y se coloca los guantes.

—Sube.

Me sitúo detrás tal y como él me ha pedido, rodeando su cintura con los brazos y apoyando la parte baja del casco en su hombro. Pego mi pecho todo lo posible a su espalda y siento como su respiración se acelera casi de manera imperceptible por culpa de mi tacto.

—No te sueltes —añade, bajando el casco—. ¿Lista?

—Sí.

Escucho como arranca la moto y nos acercamos a una señal reflectante custodiada por dos bengalas rojas, una a cada lado. Allí ya está Marco subido en una moto con Lottie agarrada a la parte trasera del vehículo para no tocarle.

Callum se acerca a la línea de salida con la tensión de sus músculos palpable bajo mis manos. Noto su respiración, profunda y lenta, preparándose para lo que se viene.

Theo aparece delante de nosotros acariciándose la cabeza, casi rapada, con la misma sonrisa estúpida en los labios. Justo en ese momento, Lottie no tiene más opción que agarrarse al cuerpo de Marco para aguantar el acelerón a la salida.

El circuito asfaltado por el que vamos a correr ya está completamente a oscuras, a excepción de las bengalas que chisporrotean y la línea de salida que se reflecta por culpa de la luz de los faros.

Esto es una idea estúpida.

Una idea de mierda.

—Eh —Callum gira el rostro aunque sé que no puede verme por culpa de la cinta americana—. Sea lo que sea que estés pensando, olvídalo.

Asiento aunque no lo vea y siento la vibración de la moto subirme por las piernas poco a poco. El miedo se mezcla al instante con la adrenalina, que me genera una presión en el esternón que no me pasa desapercibida.

Theo alza la mano y chasquea los dedos, aunque apenas se oye por encima de los motores.

Cuenta tres.

Cuenta dos.

Uno.

Y la baja.

Al momento siento el tirón hacia atrás y me aferro con más fuerza a Callum para evitar caerme. Hacemos una salida limpia, sin derrapar.

Mis ojos se fijan en el frente y en el poco camino que consigo ver con ellos.

—Todo recto —exclamo de inmediato—. No te pares.

Cumple mi orden y acelera. Seguimos el camino marcado por las bengalas, que tiñen de color rojo el asfalto. Más adelante puedo ver una franja reflectante de color azul que se extiende en forma de flecha hacia la derecha. Las azules significaban curvas…

El sonido de un motor muy cerca de nosotros me obliga a apartar la vista, observando como Marco se acerca poco a poco.

—Marco a la derecha.

Veo que hace un gesto afirmativo con la cabeza y no trata de buscarlo. Puedo imaginar lo claustrofóbico que tiene que ser para él solo poder ver lo que tenemos delante, pero aun así mantiene una calma envidiable que yo no poseo ahora mismo. Bajo mis palmas,

noto como el abdomen de Callum se contrae y corrige el rumbo, para mantener un poco más de distancia con Marco.

La marca reflectante se acerca cada vez más.

—Curva a la izquierda —anuncio entrecerrando los ojos—. Suave en tres, dos, uno…

Inclina el cuerpo y yo imito el movimiento para mantener el equilibrio en la moto. Ambos nos volvemos uno mientras seguimos el movimiento y retengo un grito cuando nos volvemos a enderezar.

Callum en cambio, sí que grita.

—¡Bien, joder!

El pecho se me encoge al escucharle así de eufórico y una pequeña sonrisa asoma en mis labios. No debería disfrutar de esto después de todo, pero me permito vivir el momento y disfrutarlo un poco. Aunque puede que no salgamos vivos de aquí.

La alegría dura poco. Escucho la moto de Marco acelerar de nuevo por nuestra derecha, intentando adelantarnos otra vez en una zona que está cubierta por la grava y no de asfalto.

En circunstancias normales no me importaría, pero mi amiga va subida en esa moto.

Estoy a punto de quejarme cuando la voz de Callum corta el aire.

—Karla, te necesito aquí —me ordena con voz grave, alzándose por encima del volumen del motor.

Asiento y miro hacia delante, justo para ver una franja de línea reflectante naranja. Bache.

—Bache a la derecha —digo.

Callum frena lo justo para evitar el bache y que no caigamos en el intento. Marco no tiene la misma suerte cuando suena un chasquido y un grito. Pero esta vez no miro atrás e intento ignorarlo dentro de lo posible.

Durante los siguientes tramos nos mantenemos en cabeza esquivando los baches y trazando las curvas sin arriesgarnos a perder segundos o caernos de la moto. Pero Marco no tarda en reaparecer.

Esta vez lo hace por la izquierda, lanzando la moto hacia el lateral en un intento de desestabilizarnos. Lottie grita y escucho un insulto por parte de Callum, que se ve obligado a moverse a la derecha para

esquivar las patadas de Marco. Ahogo un grito cuando en una de ellas me roza la pierna y nos mantenemos durante varios segundos en una recta ambas motos en paralelo.

—¡Hijo de puta! —exclamo, volviendo mi vista hacia Marco.

—¡Karla! —grita Callum—. ¡Aquí delante!

Pero cuando miro hacia delante, no hay líneas reflectantes que señalen nada, solo línea recta.

—¡Todo recto! —grito—. ¡No hay…!

—¿Confías en mí? —exclama de pronto, tensando cada músculo de su espalda. Me quedo en silencio hasta que él habla de nuevo—. ¡Contesta Karla!

—¡Sí! —respondo al momento.

Ese es todo el estímulo que Callum necesita para hacer una puta locura. Acelera girando a la derecha, alejándonos del camino asfaltado y las bengalas para adentrarnos hacia la grava y lo que parece ser un camino secundario. No consigo ver nada durante un momento por mucho que agudice la vista.

Hasta que lo siento.

Una pequeña bajada que casi me despega de Callum y hace que el corazón se me suba a la garganta, como si estuviera subida en una jodida montaña rusa. Esta vez no reprimo el grito mientras nos sacudimos y nos estabilizamos a duras penas en la moto.

—¡Callum!

—¡Busca bengalas!

Abro los ojos —ni siquiera sé en qué momento los había cerrado —, y no tardo en divisar a la izquierda una bengala casi apagada.

—¡Allí! ¡Izquierda! —señalo soltándome un momento de su abdomen.

Callum no duda y gira. El repiqueteo de las ruedas hace que nos movamos de un lado a otro por culpa de la falta de firmeza en el suelo, hasta que finalmente... cesa.

El suelo vuelve a ser llano.

Volvemos a pisar asfalto.

Ante nosotros, una gran recta aparece y puedo ver dos líneas reflectantes blancas con flechas hacia arriba. No recuerdo que me explicase nada de señales blancas.

—Callum hay flechas blancas señalando hacia arriba —intento decir por encima del ruido de la moto.

Nos acercamos más. Y más.

Y Callum no frena.

Acelera.

—Callum...

—¡Agárrate!

Y por instinto, lo hago.

La moto vibra bajo mis piernas y me aferro a él con todas mis fuerzas cuando de pronto noto que nos inclinamos hacia arriba y mi cuerpo intenta ceder por culpa de la gravedad. Dejo salir un grito desgarrador aferrándome a Callum y tardo bastante en darme cuenta lo que está pasando.

Está haciendo u*n* caballito.

Por eso las flechas.

Por las tetas de *Toji*, voy a morir.

«¿Y lo cachonda que te está poniendo esto qué?»

Por Dios, cierra la boca.

Noto el pecho de Callum vibrar cuando grita completamente consumido por la adrenalina y mantiene la posición de la rueda de tal manera que solo nos deslizamos con ayuda de la trasera. Aguanta la moto en la posición durante un tiempo, que se me hace interminable, sin ningún tipo de problema.

Pienso darle una buena bofetada cuando me baje, pero no puedo negar que la sensación es jodidamente increíble. No tengo miedo, cosa que le pasaría a cualquier persona sensata y con dos dedos de frente.

Pero está claro que yo no soy sensata.

Y ni mucho menos tengo dos dedos de frente.

Así que grito de euforia junto a él, deshaciendo el nudo de la adrenalina que tengo atascado en el pecho para que se funda con el ambiente. La emoción que corre por mi cuerpo hace que el corazón se me acelere y dejo que cada célula de mi cuerpo disfrute de este pequeño momento.

En apenas unos segundos, volvemos a estar a dos ruedas y Callum, empieza a frenar. No tardamos en cruzar las dos últimas

bengalas que indican el final y va frenando poco a poco dejando que la calma se apodere de la situación.

Jadeo apoyada en su espalda cuando detiene la moto e inmediatamente se gira hacia mí.

—¿Estás bien? —pregunta, colocándome una mano en el muslo.

—Sí... —murmuro bajándome de la moto—. Joder, estoy... más que bien.

Cuando Callum se quita el casco me dedica una sonrisa genuina que se desvanece tan pronto como llegó.

Todavía no me he recuperado y aún tengo las piernas temblando cuando escuchamos otro motor llegando. Me retiro el casco para dejarlo apoyado en la moto y Marco se detiene a nuestro lado, casi de golpe. No tardo ni dos segundos en correr hacia Lottie para ayudarla, mientras ella se retira el casco y baja de la moto.

Tiene el rostro completamente desencajado; sus ojos verdes y grandes están hinchados y enrojecidos de tanto llorar. Cuando me acerco, tira el casco al suelo y veo que está temblando de pies a cabeza.

—Ya está, Lot —susurro abrazándola, intentando de alguna manera tranquilizarla.

Siento sus brazos rodearme y su pecho rebota con el mío cuando vuelve a llorar. Apenas me da tiempo a decir algo más cuando veo de reojo a Theo acercarse a Marco y dos figuras más aparecer.

Ken y... Luka.

No sé en qué momento ha llegado, pero tiene una expresión de furia que jamás le he visto, con los puños apretados a los lados y caminando hacia Marco sentenciando una sola palabra con cada paso: venganza.

Lottie se separa y le ve, lo que hace que se eche a temblar de nuevo.

—Vaya, vaya... el macho alfa en busca de la...

Marco no termina de hablar.

No cuando Luka reduce la distancia y le propina un puñetazo a Marco que le hace trastabillar, cayendo contra la moto. Theo se adelanta para detenerlo, pero Ken ya está ahí agarrándole para que no intervenga.

Marco intenta incorporarse, pero apenas se ha levantado cuando otro golpe cae, esta vez en el lado contrario. El puñetazo es tan brutal que tanto Lottie como yo nos estremecemos al ver la sangre abandonar la boca del italiano, junto con un gruñido de dolor.

—Acercarte a ella ha sido una idea nefasta, Marco —ladra Luka propinando otro puñetazo, esta vez en la mandíbula—. Usarla para matar a mi amigo...

Marco intenta cubrirse a duras penas, pero no puede.

—La has usado. —Puñetazo—. La has tocado. —Golpe—. La has puesto en puto peligro. —Puñetazo—. Y eso solo puedo hacerlo *yo*.

Retiro la vista cuando empieza a asestar más golpes en la cara de Marco y me fijo en que todo el mundo observa la escena, pero nadie interviene. Incluso Callum, a quien no he estado prestando atención, mantiene la mirada con el casco en la mano y el ceño fruncido.

Todos comparten una opinión: se lo merece.

Pero si Luka sigue así...

Marco intenta arrastrarse, levantando una mano temblorosa.

—Para... —implora jadeando—. Ya vale...

Luka le agarra del cuello de la camiseta y le levanta del suelo. El puño apretado deja ver como se le marca cada vena del brazo tatuado y la tensión en la mandíbula me hace imaginarme lo peor.

¿Le va a...?

—No vuelvas a respirar su mismo aire. Ni te atrevas a mirar en su misma dirección. Y que no se pase por la cabeza la sola idea de tocarla, pedazo de mierda —sentencia cerca de su rostro—. Porque la próxima vez no será solo una paliza lo que te daré.

Le suelta y se acerca a nosotras con paso decidido.

—Charlotte. Al coche —ordena de manera cortante.

Me sorprende que la llame por su nombre completo y no por Lottie.

Ella se tensa de pies a cabeza y baja la mirada.

—Luka...

—He dicho que subas al puto coche —repite con firmeza.

Lottie, que sigue teniendo la cara empapada de lágrimas, no rebate ninguna de las palabras del serbio. Se separa de mí tras tragar saliva y camina hacia el coche mal aparcado del que ni

siquiera distingo el modelo. Doy un paso adelante para replicar que esto está mal.

Luka no va a ayudarla. Esa manera de hablarle... algo no me cuadra.

Una mano me detiene. Giro el rostro para encontrarme a Callum, pero no me mira a mí, sino a su amigo, que solo asiente y camina detrás de Lottie hacia el coche.

El silencio resuena en el lugar, interrumpido por el sonido de algunos motores encendidos y los gemidos de dolor de Marco a unos metros de nosotros. Luka sale de allí tan pronto como llegó, y yo me despego de Callum enfadada.

—¿Es que no piensas decirle nada? —inquiero señalando por donde se aleja el coche—. Se ha llevado a mi amiga.

—Estará bien con él.

Abro los ojos de sorpresa.

—¿Bien? Acaba de exigirle que se suba al coche.

—Luka lo solucionará todo. Va a estar bien.

Esto no puede ser cierto. ¿En serio está diciendo eso?

—¿En serio? —Me giro hacia Ken, que ya hace rato que ha soltado a Theo—. ¿Es que soy la única que ha visto lo que acaba de pasar? Eso no es estar bien.

Ken aparta la mirada justo cuando Theo se acerca a Marco y le saca de allí.

—¡Todos fuera! —exclama Ken—. ¡Se acabó el espectáculo!

La gente empieza a dispersarse a nuestro alrededor, pero yo sigo encarándole.

—Callum.

—Te estoy diciendo que con él está a salvo.

Suelto una risa irónica y enarco una ceja.

—¿A salvo de quién exactamente? —repongo levantando las manos.

Él aprieta la mandíbula y se coloca mejor el casco bajo el brazo, como si estuviese anclándose a algo para no ser directo.

—No opines de cosas que no sabes. Esto lo ha provocado ella. Nos ha mentido a todos. Por su culpa y la mía, Niall casi muere.

—¿La estás culpando?

—De la misma manera que me culpo a mí mismo —replica golpeándose el pecho con la mano—. Yo no supe dar con Erik sin saber que estaba delante de nosotros todo el tiempo, pero Lottie estaba con un tío, que sabía perfectamente, siempre ha buscado hacernos daño.

Me quedo en silencio durante unos instantes y asiento lentamente, frunciendo los labios.

—Sí. Tú también tienes la culpa. Pero no solo de eso.

El ceño de Callum se arruga cuando digo esas palabras.

—¿De qué coño hablas?

—¿Quieres culpar a personas por mentir? —continúo sin contestar a su pregunta—. Pues vuelve a señalarte a ti mismo.

No voy a callarme más. No cuando está culpando a Lottie de que alguien la haya utilizado. Me niego a dejar las cosas así y encima seguir de rositas, como si esta carrera, la pelea y esas palabras no hubiesen ocurrido.

Vamos a abrir el puto cajón de mierda.

—¿Cuándo pensabas decirme que sabes cosas de la muerte de Mónica?

Las palabras caen como bombas nucleares entre nosotros, intoxicando el aire que respiramos al instante. Su rostro, antes ceñudo, se transforma en un torbellino de tensión y culpabilidad que me confirma todas las sospechas que quería apartar.

Sí que lo sabe.

—¿Cómo lo...?

—Me enviaron un mensaje. —Saco el móvil y busco la captura de pantalla que le hice al mensaje antes de borrarlo para enseñárselo —. ¿Qué sabes, Callum? ¿Qué coño le pasó a mi mejor amiga?

Lee el mensaje varias veces. Lo sé por la velocidad con la que se mueven sus ojos una y otra vez. Durante unos instantes no dice nada, solo aparta la mirada del móvil, abriendo y cerrando los puños.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —farfulla en un tono bajo, casi dolido.

Guardo el móvil de nuevo en el bolsillo y ahogo un suspiro tembloroso.

—Porque pensaba hablarlo de manera coherente contigo.

—Ah, y decides soltarlo ahora para... ¿defender a Lottie?

—Esto no tiene nada que ver con ella —espeto acercándome a él. Levanto la mano para agarrarle de la barbilla y obligar a que sus ojos se claven en los míos—. Responde.

Callum tensa la mandíbula bajo mis manos y da un paso atrás, acercándose a la moto para dejar el casco que llevaba bajo el brazo sobre el asiento. Se toma su tiempo, repitiendo ese mantra físico en sus manos y cerrando los ojos para centrarse en su respiración.

Finalmente se detiene y me mira.

Algo en mí se rompe cuando lo hace, al darse cuenta de que nada bueno va a salir de esta conversación.

—Te conté que mi progenitor consigue chicas jóvenes para sus clubes en Las Vegas. Les promete trabajo, un sueldo generoso y estabilidad financiera para luego reducirlas a simplemente un agujero con el que sacar dinero. Ahora ha expandido su negocio de mierda a algo más internacional. ¿Sabes lo que son los *sugar daddies*? —Hace una breve pausa esperando a que responda, pero no lo hago—. Hombres poderosos que a cambio de un par de fotos en tanga, te ofrecen cantidades ingentes de dinero. A través de ese modo y gracias a las redes sociales, Max ha conseguido ampliar su alcance.

»Yo no sabía nada de esto hasta hace unos meses, aunque siempre me preguntaba cómo conseguía que chicas tan jóvenes cayeran en una trampa tan fácil. Lo descubrí en aquel último trabajo que me pidió que hiciera para él. Por el que me hizo las últimas heridas de la espalda. Había una carpeta que me llamó la atención y cuando entré, todo estaba lleno de nombres de chicas, incluido el de tu amiga Mónica. No sé de qué me sonó ese nombre. Puede que de alguna conversación el año pasado sobre lo mal que lo estabas pasando por ella o algo así. Pero lo encontré.

Trago saliva cuando se detiene y toma aire de nuevo, preparándose para soltar la bomba.

—Dentro de su archivo había mucha información sobre ella, tanto pública como privada. Mantenía conversaciones con varios socios de Max que se hacían pasar por esos *sugar daddies* y le daban dinero a

cambio de las fotos. Pero Mónica llegó un momento que se negó a seguir con aquello. Les dijo que quería parar, que no les mandaría más fotos, pero ellos la amenazaron con hacerlas públicas si dejaba de hacerlo. Dentro de su carpeta había más archivos e información, incluida la tuya. En cuanto las vi decidí borrarlas, pero Max se enteró y bueno, ya sabes el resto.

Sus dos ojos verdes se alzan hacia mí con una firmeza que por un momento me desestabiliza hasta el propio centro de gravedad de mi cuerpo.

—Por eso mismo me acerqué a ti y empecé a hablarte desde la cuenta de Tik Tok. Quería saber hasta qué punto estabas en peligro y si podía ayudarte de alguna manera. Todo empezó como un estúpido juego solo para estar más pendiente de ti, pero nunca pensé que llegaríamos a este punto.

Una presión comienza a anudarse en mi pecho a medida que cada pensamiento va aterrizando en mi cabeza. Primero empiezan a llegar poco a poco.

«Por eso te seguía.»

«Solo te ha utilizado para conseguir información.»

«Te ha mentido.»

«Te ha estado espiando.»

«Te ha estado utilizando.»

Camino hacia atrás con la mano en el pecho y otro tipo de pensamientos empiezan a aparecer respecto a Mónica, solo que esta vez en cascada y sin parar.

«Por eso estaba tan rara.»

«No confiaba en ti.»

«¿Te mintió para protegerte o para apartarte?»

«Podrías haberla ayudado.»

«Podrías haberla *salvado*.»

—Karla... —Su voz me ancla de nuevo a la realidad.

Veo sus pies avanzar hacia mí, pero yo retrocedo de nuevo.

—No —digo cortante—. No te acerques.

Es la segunda vez que se lo digo.

Un paso adelante. Otro atrás.

—Sombra por...

—No me llames así —le interrumpo, con lágrimas empañando mis ojos—. No vuelvas a llamarme así. No vuelvas a acercarte a mí. —Me paso la lengua por los labios y le miro—. *Menta*.

Esa palabra abandona mis labios antes de que pueda arrepentirme de ello. Cada paso que doy para alejarme de él es un ladrillo que coloco en un muro imaginario que levanto entre Callum y yo para dejar a su lado ese batiburrillo de sentimientos que empezaban a surgir.

Me ha manipulado.

Me ha mentido.

Me ha utilizado.

Nada de lo que ha pasado ha sido real.

Nada.

Esta vez no es como cuando descubrí quién era en realidad. Esta vez han pasado más cosas, hemos compartido más secretos. Y eso hace que duela aún más.

Dejo a Callum allí, rodeado de la poca gente que aún no se ha dispersado y busco a Ken con la mirada, deseando que me lleve de vuelta al hospital.

Que me aleje de ese lugar. De ese hombre. De sus mentiras.

De su asfixiante oscuridad.

TREINTA Y SEIS

KARLA

Jueves 4 de diciembre

Desde hace diez días, todo ha cambiado.

El cielo es más gris. Los días son más fríos. Las voces se han vuelto monótonas. Toda la gente a la que me cruzo me saluda e intenta transmitir una alegría que se da de bruces con mi negatividad y humor de perros.

Muchos factores se han juntado.

He tenido que posponer los billetes para España.

Mi hermana me llama "espía" por hablar con mamá a sus espaldas.

Hace tres días me bajó la regla.

Y él no ha vuelto a escribirme.

La verdad es que no sé qué me esperaba. Se lo pedí. Dije la palabra y él ha cumplido con ello.

Debería estar feliz, ¿no? Color de rosas y felicidad.

Pero la felicidad y yo nunca hemos ido juntas de la mano. Siempre hemos sido como esos ex tóxicos que lo dejan y vuelven todo el rato. Sí, nos odiamos —aunque no siempre—, pero tampoco somos capaces de vivir la una sin la otra.

Ahora mismo la odio.

La detesto con todas mis fuerzas.

Me sostuvo de la mano y me estuvo acompañando durante todo el mes para, finalmente, mandarme a la mierda y volver a poner mi vida en un estado de negro constante.

No esa oscuridad que he disfrutado durante todos estos meses como una fiel compañera y amiga. Es una oscuridad completamente distinta, una que me engulle por las noches y me absorbe la vitalidad poco a poco. Solo he encontrado una manera de hacer que desaparezca. Llorar.

Llorar y llorar.

Intento no hacerlo pero, cuando me tumbo en la cama, la cabeza se me llena de recuerdos que son imposibles de apartar o callar.

El ruido ya no funciona.

El silencio menos todavía.

Así que lloro hasta quedarme seca. O hasta que Saori viene y me abraza.

Últimamente tanto ella como Vesna están siendo los pilares de la casa, teniendo en cuenta que Dove se pasa el día en el hospital con Niall, y Lottie más de lo mismo.

No he vuelto a hablar con ella desde aquella noche que se subió al coche de Luka, pero sé lo culpable que se siente por lo que le pasó a Niall. Apenas llegué a casa esa noche la llamé como loca para asegurarme de que estaba bien y que a Luka no se le había ido la pinza. No fue hasta la mañana siguiente que la vi. Estaba como siempre, aunque algo dolida por todo lo ocurrido.

Nadie la ha culpado. Ni siquiera a Niall se le ha pasado por la cabeza echárselo en cara u odiarla. Tuve que ver como ambos se abrazaban mientras ella se echaba a llorar y susurraba algo de Luka, a lo que Niall respondía "tú sabes controlarlo mejor que nadie".

Sinceramente, no sé si quiero saber a qué se refiere con eso.

No todo han sido cosas malas en estos diez días. También he conseguido desconectar de las redes y he terminado mi proyecto que tenía que entregar en diciembre para la asignatura del profesor Salvatore.

Proyecto el cual, hoy me toca presentar delante de toda la clase.

Apoyo mi mejilla sobre el puño y finjo prestar atención al idiota de Cole Peterson mientras presenta su proyecto, con una idea bastante asquerosa sobre cómo hay que amarnos los unos a los otros pero de formas bastante obscenas. Es gracioso ver las caras

del profesor Salvatore, quien intenta mirar el dibujo durante más de dos segundos para fingir algo de interés.

—Es una idea de lo más interesante... —miente el profesor dedicándole una sonrisa fingida—. Pero tal vez demasiado tabú.

El profesor se acerca al ordenador y retira de la pantalla digital el dibujo de Cole, que vuelve a su asiento poniendo los ojos en blanco. La clase ríe y cuchichea mientras se sienta y apenas me da tiempo a escuchar los comentarios, cuando mi dibujo aparece en la pantalla.

—Karla Lilah Álvarez.

Tomo aire y las palabras del discurso que tenía preparado para la presentación comienzan a mezclarse en mi cabeza, a la vez que me levanto y camino hacia la pizarra con un bolígrafo en la mano. Cuando llego al lugar y me doy la vuelta, la luz del proyector no me deja ver las caras de mis compañeros, cosa que agradezco.

—Mi proyecto se llama "Las cicatrices de la serpiente". —Trago saliva y me giro hacia el dibujo—. La mancha, que a primera vista parece normal, representaría como un organismo con vida que se expande y crece, igual que cualquier otro ser vivo. —Señalo con el bolígrafo las marcas de escamas—. Si nos fijamos en las escamas, descubrimos que esta mancha pertenece a la piel de una serpiente, las cuales son totalmente similares y con un orden bien definido. O eso parece.

Me acerco al ordenador y el profesor me deja que amplíe la imagen a otras zonas del dibujo. Regreso a la pizarra y señalo esos lugares.

—Hasta que nos acercamos y vemos esto. Cicatrices. Un caos que rompe con ese orden y nos enseña el dolor de la mancha, del animal. El simbolismo detrás de este dibujo es enseñar que a pesar de que la serpiente mude su piel, las cicatrices que se formaron persisten ahí, como un recuerdo de todo lo que ha sufrido a lo largo su vida. Y esto también aplica a nosotros, los humanos. Por mucho que cambiemos, nos transformemos o queramos deshacernos de cosas o personas, siempre van a quedar marcas que van a permanecer en nosotros lo queramos o no.

La clase se queda en silencio cuando termino mi discurso. El profesor se queda en silencio cruzado de brazos mirándome...

¿cómo coño me está mirando?

Joder. Sabía que era una idea estúpida.

Sí, tal vez haya tomado la inspiración de cierto chico al que ahora mismo no quiero ver ni en pintura, pero no me importa haberle robado la idea, teniendo en cuenta todo lo que él me ha quitado a mí.

Y la verdad es que os mentiría si dijera que he dejado de lado estos hábitos de gastarme más de cien dólares en taxis para seguir cada paso que da, aunque ya no tenga ningún motivo para seguir haciéndolo.

Sigo su rutina todos los días e intento verle a la salida y entrada de todos los sitios a los que va a lo largo del día: universidad, gimnasio, entrenamientos, taller y casa.

Eso sí, no le he vuelto a hablar.

Ni a escribir.

Ni a nada.

He dejado de seguirle en redes pero no le he bloqueado como hice la primera vez. Simplemente me he regido por la filosofía de dejar ir y soltar, aunque sea algo contradictoria con respecto a mis actos. Pero algo me dice que él no va a hacer lo mismo, teniendo en cuenta la que montó en Halloween.

¿Es algo que me preocupa? Ni lo más mínimo.

No tendré problemas en enfrentarme a él si es necesario.

El sonido de los aplausos repentinos me hace dar un respingo y salgo de mi pelea mental con cierto hombre, regresando a la realidad del aula. El profesor se acerca y asiente con aprobación mientras mis compañeros aplauden. Una sonrisa tira de mis comisuras al ver las caras de mis compañeros —ya que el profesor ha apagado el proyector—, y me inclino un poco para dar las gracias.

No es hasta que miro a los cristales fuera del aula que veo como una sombra se retira por el pasillo. Su manera de andar mientras se aleja me hace tragar saliva, porque sé quién es.

Por supuesto que lo sé.

El profesor no tarda en dar por finalizada la clase y rápidamente agarro la mochila y salgo del aula casi a trompicones para llegar al

pasillo; mirando a cada lado, buscándole entre la multitud de alumnos que salen de las diferentes clases.

Lo he visto.

Estaba ahí.

Igual que todos estos días que no le he seguido yo a él.

Cuando salía de la facultad me encontraba su moto negra aparcada enfrente, pero sin rastro de él.

Otras veces la he visto por la noche, frente a la casa, justo antes de irme a dormir.

Lo más gracioso de todo es que no puedo echarle nada en cara cuando yo me dedico a hacer lo mismo.

Me coloco el abrigo y salgo de la facultad casi corriendo, empujando a la gente sin disculparme. Mis piernas se mueven por instinto y mi corazón acelera el ritmo cuando salgo a la calle y le busco.

Pero no está. Tampoco su moto. No le veo por ningún lado.

—¿Karla?

Miro a mi derecha al escuchar mi nombre y en la barandilla de las escaleras me encuentro a Vesna cruzada de brazos, con las cejas enarcadas, mirándome como si me hubiese dado una neura y de pronto llevase puesto algo rosa.

Los latidos se ralentizan ante la decepción y me doy una bofetada mental por ello.

—Ves... —saludo fingiendo una sonrisa y colocándome el bolso donde llevo la tableta gráfica—. ¿Qué haces aquí?

Ella levanta aún más las cejas hasta que pienso que se le van a unir con el pelo.

—Ahm, hoy le dan el alta a Niall. Quedamos en que te recogería e iríamos a casa de los chicos para buscar a Dove allí —responde arrastrando las palabras.

Trago grueso.

—¿A casa de los chicos?

—No tienes que bajarte del coche si no quieres —sugiere acercándose a mí para rodearme los hombros con su brazo—. Mi hermano me ha dicho que no está en casa, pero nadie va a obligarte a que te enfrentes a él.

Por supuesto que nadie va a obligarme.

«Pero quieres.»

Me jode admitirlo. Pero sí.

Aunque no sé de qué manera.

—¡Hombre! Si es mi hija favorita.

Sacudo la cabeza riéndome y muevo el dedo a modo de advertencia.

—Si Julia se entera de que dices eso...

—A Julia le digo lo mismo —rebate mi padre, haciendo una mueca graciosa.

Tiene la barba más corta, y parece que se ha teñido las canas. Ladeo la cabeza al darme cuenta y me acerco a la pantalla.

—No me lo puedo creer. Papá, ¿te has teñido?

Mi padre me dedica una sonrisa amplia y se pasa una mano por el pelo corto —perfectamente peinado—.

—Tu madre insistió. Cuando vengas en navidades vamos juntos a la peluquería —comenta acercándose a la pantalla—. Tienes las raíces fatal.

Arrugo la nariz y me paso una mano por el pelo de manera inconsciente. Después de todo, mi padre tiene razón. Me gusta demasiado llevar el pelo azul y normalmente no descuido tanto las raíces, lo que hace que mis citas a la peluquería sean bastante frecuentes.

Solo hay dos veces que lo he descuidado: cuando Mónica falleció y... ahora.

—No he tenido tiempo de ir a la peluquería —miento encogiéndome de hombros—. Muchos exámenes y proyectos.

Los ojos casi negros de mi padre me observan con atención, buscando cualquier rastro de mentira en mi expresión.

—¿Te acuerdas de bachillerato? —pregunta de pronto.

—¿A qué viene eso?

—Ah, ah —niega meneando la cabeza—. Esa táctica conmigo no te sirve. A lo que iba... ¿Te acuerdas del estrés que pasaste por culpa de "Historia de España"? Te salieron un montón de granos y Julia entró en pánico diciendo que no iba a hacer bachillerato si era tan difícil...

Ladeo la cabeza apoyando los codos en el tocador mientras le escucho.

—Julia entra en pánico por cualquier cosa.

—Eso es cierto. Pero a pesar de haber tenido un nivel de estrés horrible, no dejaste de retocarte las raíces.

Contengo la respiración cuando me doy cuenta del punto al que está intentando llegar. Apoyo la frente entre las palmas y cierro los ojos.

—Papá...

—¿Qué está pasando, Karla? —El tono ha cambiado completamente. Ahora es más serio y comprensivo—. Y no seas como tu hermana y me lo niegues, por favor.

Dejo salir el aire y siento como el pulso se me acelera de los nervios. Nunca he tenido problemas para hablar con mi padre de parejas, sobre todo cuando con dieciocho años le confesé que me gustaban también las chicas porque había estado triste al no ser correspondida por una. Mi madre y Julia tampoco pusieron ninguna objeción y Mónica solo dijo: "¡sabía que te gustaba Lorena! Pero es una capulla."

Levanto la vista hacia el móvil y mi padre vuelve a hablar.

—¿Es por un chico? ¿Una chica?

Me muerdo el interior de la mejilla.

—Un chico.

Veo como se recoloca en el asiento de cuero de su despacho y mira al móvil.

—Vale, eso significa que puedo amenazarle de muerte.

Abro los ojos de par en par.

—¡Papá!

—Era broma —confiesa riendo—. A no ser que te haya hecho daño.

Pongo los ojos en blanco y no reprimo una sonrisa cuando vuelvo a mirarle.

—Digamos que ha sido mutuo. O no. No lo sé...

—Háblame de él —me interrumpe apoyando un puño sobre la barbilla—. No hace falta que me cuentes que ha pasado. Solo... dime cosas de él.

Me miro las uñas pintadas de azul intentando mentalizarme, reuniendo la información que se me ocurre.

—Se llama Callum. Es de Las Vegas pero está estudiando ingeniería informática aquí, en Ashmont. —Veo como asiente, sin duda le está dando el visto bueno—. También es deportista. Juega al *lacrosse*, va en moto...

—No me gustan los que van en moto —interrumpe levantando el labio superior—. Es sinónimo de ser un chulito y que te van a romper el corazón.

—Callum no es así —replico, frunciendo el ceño.

—Así que le defiendes... —inquiere sonriendo.

Un bufido abandona mis labios a la vez que miro al techo para contener una sonrisa.

—¿También le gusta la música esa que escuchas tú?

—Todo lo contrario. La odia.

—Entonces me cae bien.

Se queda unos segundos callado y observa mi semblante como si me estuviera intentando sonsacar las cosas por telepatía. Parece que funciona cuando empiezo a hablar de nuevo.

—Es muy atento y paciente. Me escucha cuando le hablo de mis problemas y él tampoco ha tenido una vida fácil. He podido hablar con Callum abiertamente de Mónica y él también me ha contado muchas cosas íntimas de su vida. Cuando estoy a su lado, no me preocupo por lo que pueda pensar el resto y solo me importa cómo me veo en sus ojos. Supongo que es por eso por lo que no me he cuidado tanto las raíces.

Se queda unos segundos en silencio, mirándome, y justo cuando va a abrir la boca para hablar, escucho dos toques que vienen del móvil. Mi padre levanta la cabeza a la vez que un hombre habla de fondo.

—Lo siento cariño, tengo que dejarte. Pero no creas que esta conversación se queda aquí —murmura, pasándose una mano por la barba—. Nos vemos en una semana, te quiero.

—Y yo a ti papá.

Cuando cuelgo maldigo a su estúpido asistente por interrumpirnos, pero la maldición dura poco cuando veo un mensaje entrante de Callum.

Callum

Dijiste que podría ser una canción para pedir perdón.

Adjunta un enlace a Youtube, más concretamente, a una canción. «21 Questions» de 50 Cent.

TREINTA Y SIETE

CALLUM

Jueves 4 de diciembre

—Joder, que estoy bien. No soy una puta princesa —espeta Niall tirándole un cojín desde la cama al rubio, lo que le hace soltar un gemido de dolor.

—Niall —le reprende Dove, inclinándose para tumbarle de nuevo —. Estate quieto.

Luka me da un codazo y sonríe con socarronería mientras se separa del marco de la puerta.

—Dejemos a los tortolitos solos, que tienen cosas de mayores qué hacer.

Dove se sonroja notablemente, pero lo intenta disimular agarrando el cojín que Niall le había tirado a Conrad, el cual se queda a medio camino de hacer un gesto obsceno con las manos antes de que Ken le agarre del cuello y le saque de la habitación.

Luka sale delante de mí y antes de salir, me giro hacia ellos.

—Si necesitáis cualquier cosa, no dudéis en avisarme.

Dove asiente colocándose un mechón pelirrojo tras la oreja.

—Espera. —La voz de Niall me detiene antes de cerrar la puerta —. Ven un momento.

Vuelvo a entrar dejando la puerta abierta y Dove sale un momento con la excusa de ir a por agua.

Niall tiene unas pintas de mierda, pero puedo ver en sus ojos miel un atisbo de culpabilidad, como una espinita que sé que le lleva consumiendo desde que despertó en el hospital.

—Fui un capullo contigo —dice sin rodeos, apoyando la cabeza en el cojín—. Se supone que eres uno de mis mejores amigos y lo único que hice fue echarte la culpa cuando pasó lo de Dove.

Pongo los ojos en blanco con una sonrisa.

—Solo estás enchochado. Es normal.

—¿Y tú no lo estás?

Abro la boca para responder, pero Dove llega de nuevo y se acerca para dejar el vaso de agua al lado de la mesilla. Cuando vuelvo la vista hacia Niall, veo que tiene una ceja rubia enarcada.

—Ya hablaremos de eso —comenta moviendo la cabeza.

—Eres un imbécil.

—Se lo suelo decir continuamente —añade Dove con una sonrisa —. Gracias, Callum. Por todo.

Le dedico una pequeña sonrisa mientras camino hacia la puerta y salgo, cerrando la misma tras de mí para darles privacidad.

Apenas he bajado un par de escalones cuando escucho como Ken le sisea algo a Conrad sobre las obscenidades delante de las chicas. No consigo escuchar mucho más cuando Luka se detiene a mi lado y se apoya en la barandilla.

—Si Ken supiera las obscenidades que quiere hacerle a su hermana... —comenta con tono sardónico.

Me apoyo a su lado y ahogo un suspiro.

—Todavía no me has contado qué pasó esa noche.

Luka se gira hacia mí sin dejar de estar apoyado en la barandilla.

—¿A qué te refieres?

—Lottie —respondo al momento—. Karla pensó que ibas a hacerle daño.

Luka tensa la mandíbula y aparta la mirada.

—Lo que pase entre Charlotte y yo es cosa nuestra. Si Karla cree que alguna vez se me ocurriría ponerle la mano encima o hacerle daño, es que no me conoce una mierda.

Se separa de la baranda, claramente ofendido y se pasa la lengua por los labios.

—Sea lo que sea lo que haya pasado entre vosotros, ya sabes cómo tienes que solucionarlo. —Está a punto de alejarse cuando se

detiene y me coloca una mano en el hombro—. Te recuerdo que te debo una. Por lo de las motos de Theo.

Asiento y veo como se aleja tranquilamente por el pasillo, pero cuando está a punto de entrar a su habitación hablo de nuevo.

—Oye, sobre lo que pasó este verano en el taller...

Se detiene con la mano en el picaporte y me mira.

—Sí. Fue ella. —Se encoge de hombros abriendo la puerta—. Lo estoy solucionando. Como todo.

Entra en la habitación y me quedo solo apoyado en la barandilla con la cabeza yéndome a mil por hora. Saco el móvil del bolsillo y al instante entro en su conversación. El mensaje que tengo guardado en borradores aparece ante mí y no me lo pienso dos segundos antes de enviárselo.

Callum

Dijiste que podría ser una canción para pedir perdón.

Adjunto el enlace a la canción que le enseñé una de las noches que compartimos en el puto apartamento.

Es extraño.

Estoy furioso con ella, a pesar de que esta vez he sido yo quien la ha cagado hasta el fondo. He sido yo el que había descubierto el nombre de su mejor amiga entre los archivos de mi padre y fui un jodido hipócrita de callármelo mientras la tenía entre mis piernas y mi corazón se aceleraba por ella.

Yo he sido el que la ha fallado.

¿Entonces por qué no me siento culpable?

Quiero pensar que es porque se lo tiene merecido, pero me parece muy egoísta pensar así; teniendo en cuenta que no estamos hablando de ninguna tontería, sino de la muerte de una persona.

Tampoco ayudan sus putas contradicciones.

Me pide que no me acerque, pero es ella quien ha retomado sus viejas costumbres de seguirme a todos lados. Ahora sé que es por el mensaje que le llegó, pero no entiendo por qué sigue haciéndolo.

Yo también he retomado ese hábito, y los días que no lo hace ella, lo hago yo. Pero no dejo que me vea.

Me planto delante de la facultad y dejo la moto ahí aparcada, pero me escondo en otro lado para que no me vea.

Dejo que vea la moto por las noches en la acera frente a la casa de las chicas, pero me escondo en uno de los árboles bajo su ventana.

Y tampoco he dejado de vigilar su móvil.

También me colé en su facultad y vi la exposición. Me sorprendió que utilizara el tatuaje de mi espalda y mi historia para formar algo tan... único. No es algo que tenga pensado echarle en cara si arreglamos las cosas, pero solo de pensar que no he podido salir de esa cabecita suya, hace que quiera secuestrarla y llevármela de nuevo al apartamento.

No tengo derecho, lo sé.

Pero cada día se me hace más complicado.

Sobre todo cuando la veo en cada esquina, acechando como si fuese una sombra.

Mi Sombra.

Tampoco me he quitado la cinta de la muñeca desde que me la ató antes del partido. Es lo único que conservo de ella, y únicamente me la he desatado para ducharme.

El zumbido del móvil me saca de mis pensamientos y una sonrisa involuntaria se forma en mis labios al ver su nombre.

Descuelgo al momento y cuando me llevo el móvil a la oreja, ya está hablando.

—Si crees que una canción de mierda va a hacer que te perdone, estás muy equivocado. Creo que te dejé muy claro que no te acercaras a mí.

Me apoyo en la barandilla y me muerdo el piercing.

—No me he acercado a ti.

—Has estado siguiéndome. Hoy te has colado en mi facultad para espiarme en clase.

—Sí —admito sin ningún tipo de vergüenza—. Ha sido una buena exposición. Me gusta que me uses como inspiración.

—No te he... —Las palabras mueren en sus labios y escucho como toma aire—. Dije la palabra. Eso significa que se acabó.

—No estábamos follando. No cuenta.

—¿Qué? Eso no tiene nada que ver.

Puedo imaginarme su ceño fruncido mientras dice esas palabras.

—Si quieres decirla tendrá que ser mientras te estés ahogando con mi polla.

Se queda en silencio y oigo como coge aire para hablar, aunque solo emite tartamudeos.

—Eres insoportable —consigue murmurar.

—Pero sigues al teléfono.

—Mira... Deja de seguirme. Para...

Me relamo los labios y me separo de la barandilla para caminar a mi cuarto.

—Pues hazlo tú también. —De nuevo otro silencio, pero esta vez sigo hablando—. ¿Necesitas que te preste dinero para seguir espiándome? ¿Cuánto te has gastado estos días en taxis?

—¿Qué quieres conseguir con esto? —pregunta recurriendo a su táctica maestra—. ¿Pretendes que te perdone con una puta canción? Me mentiste, Callum. Y no tenías ningún derecho a ocultarme algo tan importante.

Me siento en la cama y me paso una mano por el pelo.

—¿Crees que disfrutaba sabiendo eso de tu amiga Mónica? —replico con tono duro—. ¿Crees que disfrutaba mintiéndote?

—No digas su nombre.

Cierro los ojos y me dedico a abrir y cerrar la mano libre que no sujeta el móvil.

—Lo siento —confieso cerrando los ojos—. Eso es lo que quieres oír, ¿no?

—Es que no puedo seguir así —dice de pronto. Creo que oigo pasos y las anillas de la cortina cuando la corre—. Me haces dudar de todo. Me haces buscarte en cada rincón aunque te odie.

—Deja de mirar por la ventana.

Su respiración se corta.

—¿Estás fuera?

—No —musito tumbándome en la cama.

Escucho que suspira decepcionada y el chirrido de su cama cuando vuelve a sentarse.

—Dime qué quieres de mí —añade sin rodeos—. *Por favor*.

Me muerdo de nuevo el labio y cierro los ojos.

—Que dejes de huir de mí. Sé que te duele más el hecho de no tenerme contigo que la mentira. Y eso es lo que te jode, Karla.

—No me conoces tan bien.

Abro los ojos.

—Ponme a prueba.

Suspira y otro silencio aparece a través de la línea.

—El control se pierde tan fácil como se gana —dice al fin—. Eso fue lo que te dije una vez. Y no quiero cederte ese control de nuevo. No voy a perdonarte.

—De momento.

—Callum. —Su tono es más serio y contundente—. No voy a perdonarte hoy.

Una de mis comisuras se levanta al escuchar esa palabra.

—Hoy no.

—Y tampoco quiero que te acerques hoy.

Asiento a pesar de que no me vea.

—Hoy no —repito.

Oigo como bufa y la sonrisa se me amplía.

—Eres un grano en el culo.

Domingo 7 de diciembre

Llevo un total de tres días cumpliendo mi palabra como un niño bueno.

Tres días en los que ella no me ha seguido, pero yo a ella sí.

Tres días en los que he salido del gimnasio, me he duchado y he venido aquí.

Tres días en los que llego a las diez en punto de la noche, aparco la moto enfrente de la casa de las chicas y me apoyo en ella para esperar.

Saori me vio el viernes y me saludó. Vesna solo puso los ojos en blanco ayer. Dove apenas ha notado mi presencia, ya que se pasa

todo el día en nuestra casa, y Lottie me ha ofrecido pasar dentro hace apenas una hora.

Pero prefiero esperar.

Y ya no me escondo bajo el árbol.

Llevo puesta una camiseta térmica para no helarme del frío —que grita nieve como un condenado—, una sudadera y los pantalones de chándal negros. También llevo el pasamontañas que suelo ponerme en invierno bajo el casco para no congelarme las putas orejas.

Puede parecer que estoy siendo un idiota, pero cada día que pasa, Karla se asoma más veces a la ventana solo para comprobar que yo sigo ahí, esperándola.

Porque me he dado cuenta que si se trata de *mi* querida Sombra, no me importa esperar.

Estoy jodido hasta las trancas por ella.

Cada una de las noches que paso aquí fuera me imagino que estoy con ella en su cama, respirando el olor a argán que siempre la acompaña, con su pelo azul envuelto en mi puño mientras la follo de nuevo, sus dos agujeros negros que tiene por ojos absorbiéndome el puto alma...

Karla es el puto pecado que quiero cometer una y otra vez, sin cansarme de ella. Hasta caer en la misma locura y que ella misma sea el jodido medicamento que me haga salir de esa espiral.

Pero ella prefiere rolear con *bots* fingiendo que soy yo.

Lleva tres días teniendo conversaciones con uno de ellos —que casualmente tiene mi nombre—, en los que practica como solucionar las cosas de una manera pacífica y con un final feliz. Pero esos bots tienen el mismo género que yo, una polla entre las piernas, y siempre termina roleando una conversación sexual con ellos.

Abro la aplicación del teléfono en la que tengo conectada el suyo y veo que hoy va por el mismo camino.

«Hoy sí.»

Por fin estamos de acuerdo en algo.

¿Quiere solucionar las cosas? Bien, pero esta noche quién va a darse un festín con su coño voy a ser yo, no su mano.

Guardo el teléfono en el bolsillo del chándal y me acerco al árbol donde me estaba escondiendo. Dejo el casco ahí, justo entre unos

arbustos y comienzo a subir hacia su ventana. No me cuesta demasiado, ya que las ramas del mismo árbol dan casi a la ventana y por suerte todavía no las han cortado. Imagino que hasta que no se le caigan las hojas no lo podarán.

Yo que sé. No entiendo de estas cosas.

Todavía me pregunto cómo cojones subí herido por la viga lateral la primera vez que me colé en su habitación.

Me acerco al alféizar de la ventana y cuando empujo el cristal, la ventana cede.

Como siempre.

Llevo sin subir desde que vine herido a su habitación, pero sé que nunca la cierra. Termino de empujar la ventana y muevo la cortina a un lado antes de entrar. No tardo mucho en empezar a escuchar algo que es música para mis oídos.

Gemidos.

Intento ser silencioso y aprovecho la oscuridad para entrar con el mayor sigilo posible. Me cuesta enfocar la vista a pesar de que llevo las lentillas pero cuando miro hacia su cama, veo que tiene la cabeza enterrada bajo el nórdico y las rodillas levantadas abultando el mismo.

Se está tocando.

Joder, se está tocando sin mí.

Por algo que no es real.

Por algo que puedo cumplir yo.

«Hoy sí.»

Hoy sí, joder.

Empiezo a sentir como la polla se me remueve en el pantalón de chándal, sobre todo cuando suelta un ruidito y escucho mi nombre salir de sus labios.

—Callum...

Joder.

Siempre lo mismo. Gemía mi nombre cuando no sabía que era yo y ahora gime mi nombre sin saber que yo estoy aquí.

Carraspeo alto para que me escuche y al momento, se detiene. Me mantengo en silencio viendo como empieza a bajarse el nórdico y su cabeza asoma por encima de él. Tiene hecho un moño cutre

por el que se le salen un montón de mechones azules y, a pesar de la oscuridad, puedo ver que tiene las mejillas enrojecidas.

Está cachonda.

Muy cachonda.

—No te he pedido que pares —murmuro al pie de la cama cruzado de brazos.

Ella saca el móvil bajo las mantas y lo bloquea lentamente, intentando ocultar un sucio secreto que por desgracia yo ya sé.

—¿Qué estás...?

—Sigue.

Lo deja sobre la mesilla y luego me mira.

—¿Qué?

—Que sigas tocándote —ordeno con la voz rasposa.

Alargo la mano hasta el nórdico y tiro de él con fuerza. Lo que me encuentro debajo me hace contener la respiración. Solo lleva una camiseta negra que le sube por encima de los pechos y abajo no lleva absolutamente nada. Está completamente desnuda, con el coño hinchado y goteando de humedad.

Ella intenta cubrirse pero cuando chasqueo la lengua se detiene.

—Venga, enséñame como te tocas mientras hablas por esa aplicación. Quiero ver lo que te haces en el coño mientras piensas en mí, Sombra.

Ella boquea buscando las palabras.

—¿Cómo sabes...?

—Cierra la puta boca y tócate.

Bajo la penumbra consigo ver como abre y cierra el puño con gesto nervioso, un hábito que parece que está copiando de mí. Traga saliva y comienza a bajar la mano poco a poco, pero repito el mismo sonido de antes.

—No he dicho que empieces por ahí.

Entiende mis palabras al momento cuando, con gesto dudoso, empieza a tocarse los pechos. Comienza con caricias lentas y relajadas, pero poco a poco va aumentando la intensidad. Se deja pellizcos que le provocan ligeros gemidos ahogados a la vez que se retuerce y cierra las piernas en busca de fricción.

—Abre las piernas, baja una mano y dime qué coño te dice ese puto *bot* de mierda.

Su mano derecha comienza a descender poco a poco y trago saliva al ver que cierra los ojos y abre las piernas tal y como le he ordenado.

Joder me encanta que sea tan dócil. Que me entregue el control aunque sepa que puedo ahogarla con él si quiero.

—Me dice... —comienza a decir acariciándose el clítoris en movimientos circulares—. Que va a saborearme. Que va a tomarme hasta que termine gritando su nombre.

Contengo la respiración y aprieto la mandíbula.

—Métete un dedo.

Ella ahoga un gemido ante mi orden y sigue toqueteándose el pecho con la mano izquierda a la vez que mete un dedo de la otra dentro de su coño. La polla me golpea contra los pantalones, exigiendo tomar su lugar.

Pero poco a poco.

—¿Cuál es el nombre que gritas? —pregunto, fijándome en cómo entreabre los labios mientras bombea su dedo.

Ella ahoga un gemido como respuesta antes de hablar.

—El tuyo.

—Métete otro dedo.

Obedece al momento y gime más fuerte.

—Mierda...

—Gímelo, Sombra. Gime mi puto nombre y te prometo que te dejaré tomar el control conmigo. Gime mi nombre y te juro por Dios que te voy a devorar hasta que termines temblando y me supliques que pare.

Ella traga saliva, pero no lo dice. Me acerco a la cama y me pongo de rodillas en ella, pero ella no se da cuenta.

—Gímelo.

—Callum... —jadea al fin, metiendo y sacando sus dedos a la vez que con el pulgar se frota su punto sensible—. Callum, joder... Callum.

Ese sonido rompe algo dentro de mí. Algo que llevo desde aquella noche en la cantera reteniendo para que no explote. Oír

como gime mi nombre, como me suplica, hace que el último atisbo de control que me sostenía se desvanezca.

Alargo ambas manos para agarrarle de los tobillos y tiro de ella hacia mí. Un gritito de pánico reverbera en el ambiente y la obliga a sujetarse a las sábanas para resistirse a mi fuerza, pero apenas lo consigue. No dejo que se retire o se resista y le clavo las manos en los muslos a la vez que me inclino hacia ella.

—Ábreme las piernas al puto infierno, porque no pienso ir con delicadeza —musito, apenas rozando mi aliento con su piel sensible y húmeda.

—Por Dios, no lo hagas... —responde levantando las caderas.

Sus palabras me sacan un gruñido completamente animal justo cuando empiezo a lamer de abajo hacia arriba, lo que la obliga a levantar aún más las caderas. No la detengo, dejo que tome ese control incluso cuando me agarra del pelo y me aprieta contra ella.

Me tomo mi tiempo a pesar de su impaciencia, dejando círculos lentos pero firmes alrededor de su clítoris y follándome su coño con mi lengua, con el fin de dejarla completamente seca. No reprime los gemidos y cuando lo intenta, muerdo ligeramente a modo de castigo.

Pero sé que le gusta.

—¿Qué más cosas te piden mientras te corres? —pregunto tras absorber sus labios inferiores—. ¿Qué gimas su nombre? ¿Qué les digas que eres suya?

Ella acaricia mi pelo y me aprieta contra ella cuando me detengo, pero esta vez no cedo.

—Callum...

—Responde y dejaré que me folles la cara —susurro dejando besos cortos en su piel—. Dejaré que me castigues por mis mentiras igual que lo hice yo cuando traicionaste mi confianza.

Le aprieto los muslos y ella levanta de nuevo las caderas, aunque esta vez no se lo permito.

—Sí... me piden... todo eso.

—¿Y si te lo pido yo? —Saco la lengua y rodeo su clítoris una sola vez—. Dime, Sombra. ¿Vas a gemir mi nombre? ¿Vas a decirme que eres mía?

Ella asiente arqueando la espalda, así que muerdo para volver a castigarla.

—Pues dilo.

—Joder, Callum... —Mi lengua acaricia su entrada y ella retuerce sus piernas contra mis manos—. Soy tuya. Mmm... Toda tuya.

Una sonrisa peligrosa tira de mis labios y me detengo varios segundos. Deja de moverse entre mis manos, veo como inclina la cabeza y me mira con los labios entreabiertos e hinchados. Tardo un poco en darme cuenta de que hemos vuelto al principio. A vernos en la penumbra. Aunque esta vez la luz de la luna consiga iluminar su silueta bajo mis putas manos.

—¿Qué quieres que haga?

Eso la pilla desprevenida, porque ladea la cabeza.

—¿Cómo?

—Pídeme lo que quieras. Lo que sea. —Retiro una de las manos de su muslo y acaricio su entrada con los dedos—. Te estoy cediendo el control. Quiero que lo tomes.

Se estremece cada vez que mis yemas rozan su entrada húmeda, pero no dice nada. Parece que lo medita cuando se sienta mejor en la cama y retira su coño de mi cara. Yo hago lo mismo, colocándome de rodillas frente a ella mientras la miro.

Le dejo espacio a que elija. No quiero presionarla y ya es suficiente que haya roto su regla colándome en la habitación, pero es lo que ella, en realidad, quería. Si no, no se habría tirado varios días tocándose y pensando en mí.

Veo como se gira hacia la mesilla y enciende la lamparita para dar algo de luz a la habitación.

—Creo que... no quiero —dice al fin, rompiendo el pesado silencio.

—¿No quieres?

—Que me des control. Me gusta que me... sometas. Que no dejes que me resista... —Se pasa una mano por el rostro avergonzada—. Dios, me estoy dando mucha vergüenza ajena.

Suelto una pequeña risa y me acerco a ella.

—Eh, mírame —pido acercando mi mano a su mentón, pero ella sigue escondida tras su mano—. Vamos, Sombra. No me vengas con

vergüenzas ahora.

Ella retira la mano y veo que se muerde el labio mientras me mira.

—Es que...

—Pídeme algo.

—¿Algo?

Suspiro asintiendo.

—Sí. Lo que sea.

Al decir eso, siento como sus ojos me examinan hasta volver a posarse en mí.

—Desnúdate.

No lo dice con firmeza, pero la palabra me hace levantar las cejas y sonreír con diversión. Con movimientos lentos, me levanto de la cama y me retiro cada capa de ropa que llevo por culpa del frío, comenzando por la parte de arriba y finalizando por los pantalones de chándal y las Nike. Al ver que me quedo en calzoncillos, ella ladea la cabeza.

—¿Qué?

—Te he pedido que te desnudes entero.

Señalo su camiseta con el mentón y ella no tarda ni dos segundos en quitársela. Así que yo hago lo mismo con los bóxer.

Su mirada se detiene en mi erección y el modo en que se pasa la lengua por los labios solo consigue que mil imágenes regresen a mi cabeza. Es entonces cuando yo ladeo la cabeza y ella retira su mirada de mi polla.

—¿Y ahora?

—Ahora viene cuando te das la vuelta, te pones a cuatro patas y me abres ese bonito culo para mí.

No me hace falta repetirlo dos veces cuando se coloca en dicha posición, abriendo las piernas e inclinando la espalda hacia abajo, como si hubiese estado en esta posición mil veces. Justo cuando me coloco tras ella, estira la mano hacia la mesilla y rebusca torpemente algo dentro del cajón. Veo que saca un condón y me lo tiende.

—En Málaga hablaré con mi ginecóloga... para empezar a tomar la píldora.

Agarro el envoltorio y lo abro con calma.

—¿Eso significa que me perdonas?

—No te hagas ilusiones.

Una risa ronca abandona mi garganta mientras me coloco el preservativo y tiro el aluminio a un lado.

—No tienes que empezar a usarla por mí. No me importa usar condón.

—Pero yo sí que quiero tomarla.

Contengo la respiración pero no digo nada más. Cuando parece que ella está a punto de decir algo más, llevo la punta a su entrada dejando una pequeña caricia. Yo también ahogo un jadeo cuando echa las caderas hacia atrás.

—Callum...

—Te toca pedir, Sombra —susurro dejando otra caricia.

Ella suspira arqueando la espalda hacia abajo y se agarra a las sábanas.

—Por favor...

—Por favor... ¿qué?

—Fóllame, Callum.

Una sonrisa victoriosa ilumina mis labios. Una de mis manos se aferra a su cintura y la otra ayuda a mi polla a empezar a introducirse en ella. Voy despacio, pero está tan jodidamente mojada que no me cuesta nada metérsela hasta el fondo. Mi pelvis choca con su culo y ella ahoga un gemido contra la almohada cuando estoy completamente dentro de ella.

Tensa, caliente, mojada y putamente cachonda.

Comienzo a moverme despacio, saliendo y entrando suavemente para acostumbrarla a mis embestidas. Ella mantiene el agarre a las sábanas y yo me inclino sobre su espalda para dejarle besos en la piel.

—Me encanta lo bien que me recibes. Me gusta tanto, que te voy a dejar que me pidas otra cosa.

Apenas he terminado de decir esas palabras cuando habla.

—Más fuerte. Más...

Muerdo su hombro y dejo que el piercing le raspe la piel.

—¿Seguro?

—Joder sí, Callum.

Su voz, más que una súplica o una pedida, suena a una jodida orden, así que le hago caso y dejo que todo lo que le esté pasando por su cabeza suceda. Deshago el moño de su cabeza, retirando el coletero y enredo los mechones en mi puño a la vez que me levanto un poco y empiezo a embestirla profundo y fuerte.

No le doy tregua y ella ahoga gemidos mientras se agarra a las sábanas e inclina la cabeza hacia atrás mientras le tiro del pelo. Pero no se queja.

Tampoco lo hace cuando la azoto y su puta mente retorcida le hace pedir más.

Es perfectamente grotesca a mi lado.

Es jodidamente dantesca conmigo.

Mi puta Sombra en la oscuridad, gimiendo mientras me la follo como a ella le gusta y tantas veces ha deseado, joder.

No le importan los gritos, los fluidos de su coño, mi mano tirando de su pelo, los azotes en sus nalgas y los moratones que le van a salir por mis mordiscos o mis chupetones en su cuello. Me demuestra que es un animal, al igual que yo, y su oscuridad se funde completamente con la mía cuando llega al orgasmo.

Me retiro de detrás y me tumbo en la cama, colocándola encima de mí.

—Callum...

—Me toca pedir —digo mientras la agarro de las caderas y la siento encima de mí—. Y quiero que me cabalgues la polla hasta que me supliques que pare.

Entra hasta el fondo y ella ahoga un gemido apoyando sus manos en mi pecho, abriendo los labios para dejar escapar mi jodido sonido favorito en ese puto mundo de mierda. Comienza a moverse de arriba abajo apoyando ambas manos en mis pectorales y yo le ayudo colocando las mías en su culo.

—Joder... Callum...

Cierra los ojos y sigue moviéndose sin parar.

Tiene una fina capa de sudor que le cubre todo el cuerpo y el pelo se le pega a los hombros y la cara por culpa de ello. Me dan ganas de manchar esos labios rosados con mi semen, de dejar sus tetas con marcas de mis dientes...

De marcarla como si ya fuera mía del todo.

—La serpiente... —jadea acariciando el tatuaje del cuello—. Nunca me has..., mmm..., contado por qué es.

Ella se detiene cansada y yo le levanto las caderas para empezar a embestirla desde abajo. Me concentro todo lo posible por llegar al orgasmo, convirtiendo mis embestidas en simples movimientos erráticos y torpes, hasta que finalmente, al sentir como sus paredes se contraen de nuevo, me corro dentro de ella.

Bueno, dentro del maldito condón.

Realmente me alegro de que vaya a tomar la píldora.

La tensión de mi espalda se disipa a medida que echo la cabeza hacia atrás y suelto un gemido ronco que ella calla cuando me besa con dulzura, todavía con mi polla dentro de su coño. Respondo el beso como puedo, mordiendo su labio y acariciándole la espalda, hasta que finalmente relajo todo el cuerpo. Ella la saca con cuidado, me quita el condón y le hace un nudo, para luego tirarlo a la papelera que hay bajo el escritorio.

No tarda en volver a la cama y regresar a mi lado. Abro los brazos y ella se tumba, colocando su cabeza en mi pecho y dejando caricias en mi abdomen.

No sé muy bien qué va a pasar ahora.

Me da miedo hablar.

Miedo.

¿Y si me pide que me marche?

¿Y si me dice que ha sido un error?

¿Y si...?

—¿Vas a contestarme?

Su voz me saca de la espiral mental y agacho la cabeza para mirarla, encontrándome con sus ojos negros.

—¿A qué?

—El tatuaje de la serpiente —dice acariciando mi hombro—. ¿Tiene significado?

Vuelvo a mirar al techo a la vez que siento como su dedo recorre la tinta, dejando la piel de gallina allá por donde pasa.

—Es por mi madre. De pequeño, me llamaba culebrilla —respondo al fin, acariciando el pelo de Karla—. Decía que me

deslizaba por todos lados sin que nadie me viera, como una serpiente.

—¿Por eso te agregaste en mi teléfono como "Culebra"?

Suelto una pequeña risa nasal y asiento.

—Sí. Ponerlo en diminutivo se me hacía raro. Ya no tengo nueve años.

—Pues que sepas que lo cambié.

—Se te ocurrirá un apodo mejor, estoy seguro —afirmo paseando mi lengua por los labios. Todavía me saben a ella—. Oye, ¿qué significa tu biografía de Instagram?

Ella levanta la cabeza.

—Podrías haber usado el traductor.

—Prefiero que me lo digas tú.

Se ríe. *Joder*. Se ríe y quiero que lo vuelva a hacer sin parar.

—Hay una película española muy famosa llamada «A tres metros sobre el cielo», donde el protagonista masculino es un chico malote que lleva moto y ella es una niña buena.

—Adivino. Él es "H" y ella Babi. —inquiero al recordar la frase de su biografía, a lo que ella asiente—. ¿"H" de...?

—Hugo. Así se llamaba el chico. La cosa es que tenían una relación complicada y bueno, la película era muy popular cuando yo era adolescente y tú me recordabas un poco a eso. Mónica estaba obsesionada con ella.

Enarco una ceja y le levanto el mentón.

—¿Pusiste esa biografía por mí?

Pone los ojos en blanco y sonríe.

—Ya me estoy arrepintiendo de habértelo contado —bufa levantándose de pronto.

No me da tiempo a prepararme cuando se vuelve a sentar a horcajadas sobre mí, lo que me hace esbozar una sonrisa socarrona y colocar mis manos en sus caderas.

—¿Ya quieres otra ronda?

Ella sonríe, pero sacude la cabeza y me acaricia el pecho.

—Quería saber... ¿Qué vas a hacer con tu cuenta de Tik Tok? Es que a ver, llevas ya bastantes días sin subir nada y yo no quiero que dejes de subir vídeos por mí o algo...

Un leve apretón en su piel es señal suficiente para que se calle.

—Podría subir vídeos contigo.

Abre los ojos de par en par.

—¿Conmigo?

—Sí.

—Es una idea nefasta.

—A mí me parece increíble.

—Pero vas a perder seguidoras.

—Por mí se pueden ir a la mierda si estás tú conmigo. —Subo mis manos por su espalda y la inclino hacia mí para que se tumbe sobre mi pecho—. Tú eres lo único que me importa ahora mismo, Karla y, si me das la oportunidad, quiero demostrarte que no soy tan mierda como he sido hasta ahora.

Su dedo pulgar acaricia el piercing de mi labio mientras me absorbe la vida con sus ojos.

—Va a tener que ser un proceso lento.

Me encojo de hombros besando su pulgar.

—Puedo esperar.

—Y no podemos ocultarnos más cosas —advierte ladeando la cabeza—. Si sabes algo más de Mónica o de tu padre...

Levanto una mano para acunar su mejilla y niego con la cabeza.

—No he conseguido averiguar nada más. Pero te juro que no voy a parar hasta saber quién coño te envió ese mensaje. Te lo juro por mi puta vida, Sombra.

Esas palabras consiguen calmar algo en ella. No me dice nada más cuando se recuesta en mi pecho y cierra los ojos, pero antes de dormirse, susurra unas palabras con las que consigue llevarse un trozo de mi corazón.

—No soportaría que te hiciera daño de nuevo por mi culpa, Callum.

TREINTA Y OCHO

KARLA

Jueves 11 de diciembre

—¿Llevas todo? —pregunta Vesna, agarrando mi maleta cuando llego al final de la escalera—. ¿Estás segura de que no quieres que te lleve al aeropuerto?

Muevo el hombro donde llevo una bolsa de viaje y niego con la cabeza dedicándole una sonrisa.

—Callum está fuera esperando.

—Como van cambiando las cosas —dice Saori, apareciendo por el pasillo—. Ya es la segunda de nosotras que se echa novio.

—No es mi novio —contradigo.

—Tiempo al tiempo —añade Vesna, ganándose una mirada de complicidad por parte de Saori—. El año que viene tenemos que pasar las navidades las cinco juntas.

Frunzo el ceño agarrando la maleta.

—¿No vas con tus padres?

Vesna niega con la cabeza y mira a la asiática.

—No quería que Saori se quedara sola en Ashmont —responde con voz melosa—. Además, alguien tiene que vigilar a su hermano.

—Y yo que pensaba que era porque me querías...

—Y te quiero. Pero hay que tener los ojos bien abiertos.

Saori pone los ojos en blanco detrás de las gafas y ambas me abrazan para despedirse de mí. Este año, tanto Saori como Vesna, van a pasar las navidades solas. Dove hace dos días que cogió un vuelo con Niall para poder presentarle formalmente a su familia y

Lottie este año lo pasará en Canadá con sus padres, aunque sabemos que están divorciados.

Yo también pensé en decirle a Callum que viniera. Pero todavía estamos arreglando las grietas que nos hemos hecho el uno al otro. Así que le pedí que, simplemente, me llevara al aeropuerto.

—¿Y Lot? —interrogo, acercándome a la puerta tras abrocharme el abrigo.

Vesna se encoge de hombros y Saori hace una mueca.

Está claro que una de ellas sabe algo.

Estoy a punto de volver a preguntar cuando suena el timbre y Vesna se tira a la puerta para abrirla.

—*Skywalker*.

Oigo un bufido a medida que me acerco y cuando me asomo, veo que está poniendo los ojos en blanco.

—Voy a matar a tu hermano.

—En realidad fue Conrad quien me lo contó.

Me fijo en su atuendo, un Carhartt negro a juego con unos pantalones de chándal y unas zapatillas no muy apropiadas para la nieve que lleva cayendo durante dos días.

Menos mal que no me han cancelado el vuelo.

—Dame eso —dice estirando el brazo para quitarme la bolsa de viaje del hombro. Después mira todas mis cosas—. ¿Llevas todo?

—Otro —replico con un suspiro—. Sí. Lo llevo todo.

—Vaya humos tiene la gótica cuando quiere. Enhorabuena por saber domarla —bromea Vesna a la vez que salimos Callum y yo.

Estoy a punto de tirarle una bola de nieve cuando cierra la puerta de la casa.

Callum me ayuda a guardar el equipaje en el maletero del Mustang que Niall le ha prestado y cuando nos subimos al coche, pone inmediatamente la calefacción. El camino no es muy largo, me sorprende cuando me da su móvil desbloqueado justo después de ponerse el cinturón.

—Pon algo de música —pide mientras conduce.

Me meto en Spotify enarcando una ceja.

—¿Da igual el qué?

—Por una vez voy a dejarte elegir.

Ladeo la cabeza y no dudo ni dos segundos en buscar a Holy Priest y poner «Vielleicht, Vielleitch» a todo volumen.

Suelta un bufido con una sonrisa de medio lado, pero yo no le hago caso. Empiezo a mover los brazos y la cabeza al ritmo de la música como si estuviera bailando en el putísimo *Tomorrowland*. Puedo sentir su mirada de reojo de vez en cuando mientras chapurreo un alemán cutre y muevo la cabeza.

Cuando la canción se acaba, bajo el volumen y le miro sonriendo.

—Has dicho que te daba igual el qué —puntualizo encogiéndome de hombros.

—Tendré que acostumbrarme a tu estilo raro de música —se burla a la vez que se detiene en un semáforo—. Me toca elegir. Ponme algo de Tupac.

Frunzo el ceño.

—¿De quién?

El semblante le cambia a uno de desconcierto total.

—¿No sabes quién es Tupac? —pregunta completamente estupefacto.

—Ahm, pues no.

—Oh, por Dios. ¿Tampoco conoces a Biggie?

Levanto los brazos.

—¿Debería?

—Vale, cuando vuelvas, vamos a hacer una maratón de documentales sobre ellos.

Enarco una ceja justo cuando él continúa al ponerse el semáforo en verde.

—Bien —acepto buscando el nombre que me ha dicho—. Entonces tendremos que hacer una maratón de *Jujutsu Kaisen* e ir a Bélgica al *Tomorrowland*.

Justo cuando va a replicar, reproduzco la primera canción que sale, y él empieza a cantar siguiendo el resto del camino entre bromas y risas.

Salgo de la terminal con la maleta en una mano y la bolsa de viaje en la otra, mirando a todos lados en busca de mi padre. No tardo en ver a Felipe, un hombre de pelo canoso y alto, vestido completamente de negro y con un físico que nada tiene que ver con su edad. Al verme, sonríe y se retira las gafas de sol.

—Buenos días, Karla —me saluda agarrando el equipaje—. ¿Qué tal el vuelo?

Le entrego la bolsa de viaje y me froto el hombro con gesto cansado.

—Tan horrible como siempre —respondo ahogando un suspiro—. No es que me sienta decepcionada de verte, ¿pero no se supone que venía mi padre?

Ambos caminamos a la salida y recuerdo ponerme la capucha de la sudadera que Callum me dio antes de subirme al avión y las gafas de sol para ocultar mi rostro ante los posibles paparazzis que estén acechando en cualquier puta esquina.

Huele a él. A azafrán. Y menta.

—Su padre está en Marbella. Ha venido su madre, está esperando en el coche —anuncia acercándonos al famoso Porsche Cayenne con las lunas tintadas.

Entro en la parte trasera mientras Felipe guarda las maletas y me encuentro a mi madre sentada, sonriéndome con una felicidad que no cabe en ella.

—¡Mi pequeña!

Se abalanza a mis brazos y la rodeo sonriendo mientras me frota los brazos.

—Hago veintitrés años en unos días... —murmuro saliendo del abrazo.

Cuando se separa, se queda mirando la sudadera con el ceño fruncido y la cabeza ladeada.

—¿Y esa sudadera?

Enarco una ceja y me muerdo el interior de la mejilla.

—Me la compré allí —contesto mirando a mis manos.

Pero ella me conoce demasiado bien.

—¿Es de Callum?

Justo en ese momento Felipe sube al coche y cierra la puerta para empezar a conducir. Mi cara debe ser un completo poema cuando mi madre ahoga una carcajada y me señala el cinturón para que me lo coloque.

—Papá se ha ido de la lengua, ¿verdad?

—Fui yo quien se lo sonsaqué —contesta con un tono de orgullo a la vez que se acaricia la melena castaña—. Debería de ofenderme porque no me lo hayas contado a mí...

—Mamá...

—¿Por qué no le has invitado?

La miro con incredulidad y saco el móvil del bolsillo de la sudadera.

—Porque no somos novios. Todavía estamos en una fase inicial.

Mi madre resopla con gesto infantil.

—Ni que fuera un videojuego.

Una sonrisa involuntaria se forma en mis labios a la vez que le escribo un mensaje a Callum para decirle que ya he llegado a España y que estoy con mi madre. No lo lee, así que seguramente esté dormido.

—Quiero que me hables de él. Necesito que me cuentes tanto las cosas buenas como las malas, sobre todo para poder aconsejarle a él de las tuyas.

—Mamá... —repito con tono de advertencia.

Ella se gira hacia mí y me agarra una de las manos.

—Lo siento. Sé que me pongo muy intensa con estas cosas pero papá te vio muy ilusionada aunque estuvieseis enfadados y no puedo estar más orgullosa de que alguien te esté haciendo feliz. Estoy encantada de que hayas hecho amigas nuevas este último año y hayas conseguido seguir adelante a pesar de lo que pasó con Mónica. —Sus ojos están aguados y cuando parpadeo, me doy cuenta de que los míos también lo están—. Estoy muy orgullosa de ti, cariño. Y ella también lo estaría.

Tiro del cinturón todo lo que puedo para inclinarme sobre ella y abrazarla con fuerza. Noto como me acaricia el pelo mientras me abraza con firmeza y cuando se aleja, me enjuga las lágrimas con los dedos.

—Sabes que odio llorar —susurro mordiéndome el labio.

—Hoy no llevas maquillaje. No tienes excusa. —Veo como levanta una mano y me toca el pelo, observando el cuero cabelludo—. Ya he pedido cita para que te retoquen las raíces el miércoles que viene.

Me coloco en el asiento.

—¿Cuándo viene Julia?

Su semblante cambia y resopla.

—Tiene el tren el lunes por la tarde. Le dije que viniera antes pero me dio largas. No sé qué le pasa últimamente.

Arrugo la nariz y la miro con comprensión.

No sé qué está pasando con Julia para que se haya vuelto tan distante con mi madre. Siempre han sido uña y carne; ninguna de las dos solemos ocultar lo que nos pasa, sobre todo ella.

Yo he fallado a ese código demasiadas veces.

—Tengo pensado ir al cementerio. Le pediré que me acompañe y así podré hablar con ella.

TREINTA Y NUEVE

KARLA

Lunes 15 de diciembre

Lottie
¿Cómo está yendo la cosa?

Vesna
Eso, eso. ¿Se ha cargado tu padre ya a Niall?

Karla
Oye, no seáis tan crueles.

Dove
Todavía no se han visto mucho. Mi padre está adelantando trabajo antes de Nochebuena, pero Niall está cagado.

Saori
¿Y si nos grabas la cena?

Vesna
Eso. Saori y yo necesitamos entretenimiento en casa. Estoy harta de ver series que tienen un final de mierda y solo hacen que tenga ganas de salir con el coche y por desgracia está nevando así que no puedo conducir.

Karla
El día que aprendas a usar una coma, dejarás de robar la plancha del pelo.

Saori
¡HOSTIA!

Lottie
¡Sabía que era ella!

Dove
JAJAJAJAJAJA.

Veo como Vesna escribe algo por el grupo pero me meto en el chat de Callum y leo el último mensaje que me ha enviado hace unos minutos.

Culebrilla
Quinto día pidiendo que me cambies el puto nombre. ¿Sigues teniéndome agregado así?

Esbozo una sonrisa y le respondo.

Karla
Solo hablaré en presencia de mi abogado, gracias.

Culebrilla
Si fuera Conrad te diría "el que tengo aquí colgado", pero prefiero decirte que te ahogaré con mi polla como vea que no me cambias el nombre.

Karla
Deja de ser tan basto.

Culebrilla
Pues deja de ser tan cabezona. ¿Ha llegado ya tu hermana?

Estoy a punto de responderle cuando la puerta principal de la casa se abre y escucho los gritos poco amistosos que provienen de allí.

—¡Te he dicho que no subas hasta hablar con tu hermana! —exclama mi madre dejando el bolso en la entrada.

Me incorporo en el sofá, viendo como ella y mi hermana entran en la casa, ambas envueltas en una discusión bastante acalorada. Lo que me sorprende de todo no es solo los gritos que se pegan la una a la otra, sino el nuevo aspecto de Julia.

Su larga melena castaña ha desaparecido.

Completamente.

Ahora tiene el pelo corto y ondulado por los hombros, algo que me deja completamente descolocada, teniendo en cuenta que mi hermana siempre ha adorado su pelo largo.

—¿Para qué me dé la misma tabarra que tú? —exclama girándose hacia ella sin percatarse de mi presencia—. Solo le has contado putas mentiras. ¡No tienes ni idea de nada!

—Juls —la llamo con cautela.

No es hasta que se gira y me mira, que no me doy cuenta de que la persona que está delante de mí se ha tenido que comer a mi hermana y que la verdadera Julia ha desaparecido por algún lado. Jamás se le ocurriría alzar la voz a mi madre o mirarme con suficiencia, lo que hace que algo dentro de mí se rompa.

Me acerco un par de pasos y le dedico una sonrisa.

—¿No piensas saludarme o qué? —intento bromear extendiendo una mano hacia ella.

Pero Julia retrocede. Sus ojos me examinan de pies a cabeza para finalmente decir.

—Tienes que retocarte las raíces.

No dice nada más cuando camina escaleras arriba con su equipaje y da un fuerte portazo al entrar en la habitación que me deja helada. Los sollozos de mi madre al lado del mueble de la entrada me hacen pisar tierra y acercarme a ella para consolarla.

—No sé qué le pasa... —dice con la voz completamente rota, señalando a la escalera—. ¿Has visto su pelo?

Asiento colocando una mano en el hombro de mi madre.

—Para no verlo.

Mi madre se limpia las lágrimas y suspira, intentando controlar las emociones que la desbordan ahora mismo.

—Voy a comer algo y a darme una ducha. —Se gira hacia mí—. Si puedes...

—Lo intentaré —termino diciendo antes de que siga—. A mí me escuchará.

Tras dejarme un beso en la frente, se encamina a la cocina con paso tranquilo, los hombros caídos y soltando suspiros sin parar.

El móvil me vibra de nuevo en la mano.

Culebrilla

¿Todo bien?

Tomo aire y cierro los ojos un segundo.

Karla

Luego te llamo.

Subo los escalones de dos en dos y cuando llego frente a la puerta de la habitación de Julia, siento como si entre nosotras se acabase de abrir un abismo enorme en el que si te asomas no ves el fondo.

Llevo mucho sin tener esta sensación que me deja completamente vacía. Para ser más concretos, desde que Mónica empezó a distanciarse de mí y cerrarse en banda. Ahora, sabiendo todo lo que estaba pasando —seguramente por las extorsiones—, llego a entender porque se cerró tanto y nunca quiso confiar en mí.

Pero no voy a estancarme en eso.

Si pasara algo con mi hermana, ella sí que me lo contaría. No tiene ningún sentido que no se haya abalanzado a mis brazos nada más verme. Las contestaciones y las malas palabras a mi madre. Ese cambio radical en su corte de pelo.

Frunzo los labios y tras inhalar aire varias veces, doy dos golpes a la puerta con el puño. Espero a que abra con la mejor de mis sonrisas, intentando ocultar los nervios que me están comiendo las entrañas.

¿Por qué estoy nerviosa? Es mi hermana, joder...

La puerta se abre, encontrándome a una Julia que me mira con una ceja gruesa y castaña enarcada.

—¿Qué quieres? —pregunta con hastío.

—Conmigo esa actitud no te sirve —advierto, empujando la puerta y colándome en su habitación como hacía ella conmigo de pequeña.

—¡Eh! —se queja interponiéndose—. ¿Qué crees que haces?

Mi ceño se arruga y la fulmino con la mirada.

—Tener una conversación normal con mi hermana, a la cual llevo desde agosto sin ver. Porque sí, a lo mejor lo has olvidado Julia, pero tienes familia que se preocupa por ti y con la cual últimamente tienes contacto cero. —Tengo las manos dentro de los bolsillos de la misma sudadera con la que llegué a España—. Siéntate.

Señalo la cama con el mentón y ella mantiene la puerta abierta.

—Vete.

Parpadeo sorprendida.

—¿Disculpa?

Parece que le sorprende mi pregunta y mi tono, porque se encoge y baja la mirada.

—Es que... tengo que hablar con alguien.

—Me la suda con quién tengas que hablar, Julia —espeto con un tono firme que me sorprende hasta a mí—. Cierra la puerta y ven aquí.

Veo cómo resopla y hace cada cosa que le digo, hasta que finalmente se sienta a mi lado en la cama y frunce los labios enfadada.

—¿Desde cuándo eres tan mandona? —pregunta sin mirarme.

—¿Y tú tan maleducada? —replico, ladeando la cabeza—. Te estás comportando como una puta idiota, Juls. Con mamá, con papá y ahora conmigo. Llevan ya un tiempo diciendo que estás rara, que les hablas mal y ahora llegas gritando, dando portazos y con ese cambio tan radical.

Finalmente me mira con el ceño tan fruncido como el mío.

—¿No te gusta?

Arrugo la nariz.

—No te pega.

Veo como pone los ojos en blanco y se agarra las mangas del jersey. Durante unos segundos ambas nos quedamos en silencio y

puedo ver como cada pensamiento viaja por su cabeza, ya sea para pedir perdón, explicarse o incluso contraatacar.

—Si te lo cuento no puedes decírselo ni a papá ni a mamá.

—¿Por qué?

—Porque mamá se ilusiona con cualquier novio que tenga y papá iría a arrancarle la cabeza como si fuese un águila real.

Una pequeña sonrisa se asoma por mis labios.

—¿Tienes novio?

Su peso se ensancha y veo que agacha la cabeza.

—No es mi novio. Solo hablamos a veces y bueno, él me sugirió que me cortase el pelo, aunque yo no quería. Pero dice que así estoy preciosa y que me queda muy bien.

—Y a ti se te ocurre hacerle caso a un hombre.

Ella gira su rostro hacia mí.

—Pero me quiere y yo quiero hacerle feliz.

Resoplo. A veces se me olvida lo inocente que puede ser Julia, aunque vaya a cumplir diecinueve años en unos meses. A lo largo de nuestra adolescencia siempre se metían mucho con ella, sobre todo por su acné y no es que haya tenido demasiadas relaciones románticas en esa etapa. Es más, es la primera vez que me confiesa que está quedando con alguien.

—Querer no es obligar a que tu pareja cambie, Juls. Si de verdad te quiere, tiene que hacerlo con todo lo que eres, tanto las cosas buenas y maravillosas como las malas y feas. Y para su desgracia, en este pack también van tus defectos. No tienes que cambiar por nadie y menos alejarte de tu familia por que un chico te lo pida.

La mirada que me dedica es inquisitiva. Una que sí reconozco.

—La Karla de agosto no me habría dado un consejo así.

—Y la Julia de agosto no habría gritado a mamá.

Al instante, retira la mirada avergonzada y se pasa una mano por el pelo con gesto nervioso. Puedo ver cada uno de sus gestos familiares y si no fuera por eso, pensaría que me han arrebatado a la Julia original.

—¿Tanto la he cagado?

—Demasiado.

—Joder... Lo siento.

Le coloco una mano en el hombro.

—A mí no me tienes que pedir perdón. Aunque puedes compensármelo viniendo conmigo el miércoles a la peluquería.

Ella alza varias cejas.

—¿Eso es chantaje?

—Reconciliación más bien —digo chocando mi hombro con el suyo.

Se ríe y abro los brazos para envolverla en ellos. Me corresponde el abrazo y al sentir sus toques con el dedo índice en mi espalda, algo en mí se relaja y el abismo se cierra un poco más.

Miércoles 17 de diciembre

Dejo las flores junto a la lápida y limpio los pequeños rastrojos de pino que han caído sobre la misma con cuidado. La piedra gris está demasiado fría y me raspa contra las yemas, igual que cada una de las veces que vengo aquí.

De manera inconsciente, trazo el nombre que hay escrito.

Mónica Ortega.

Sorbo la nariz intentando contener la mucosidad que empieza a aparecer por culpa de las lágrimas y doy un paso atrás para incorporarme.

Ya no duele como la primera vez. Tampoco como la segunda.

El dolor al ver su nombre ahí escrito es distinto. Es como una herida que se empieza a curar poco a poco, después de haber estado demasiado tiempo retirando la costra una y otra vez. Ya no siento ganas de arrancarme la felicidad que recubre su recuerdo para solo quedarme con las cosas malas.

Tengo ganas de abrazar el recuerdo de su sonrisa. El calor de sus abrazos. La melodía de su risa. Por ello quiero recordarla como era ella para mí, mi media mitad.

Siempre bromeábamos con que ningún chico o chica conseguiría arrancarnos la una de la otra, pero cuando ella se echó su primer novio con quince años estuvimos una semana sin hablarnos. Al final

acabó dejando a ese chico por mí y me dijo que nunca más tendría novio.

No cumplió su promesa, pero fue distinto.

Eso es lo que quiero recordar de ella.

No la negatividad que rodea su muerte, sino la felicidad que transmitía a mi vida.

Quiero acariciar esa herida y notar la cicatriz, pero que ya no duela más de lo necesario. Solo sentir ese escozor que te hace pensar "ha pasado", pero te deja claro que lo has superado y avanzar con el dolor agarrado de mi mano.

Quién me iba a decir a mí que acabaría pensando así. Tal vez sea porque ahora tengo una nueva razón para vivir.

Porque no solo Antonia me ha ayudado a ver las cosas de una manera completamente distinta, también todo lo sucedido con Callum me ha hecho darme cuenta de que todavía me quedan muchas cosas por vivir.

Y espero que todas ellas sean con él a mi lado.

—¡Señorita Karla! —La voz de Felipe a unos metros detrás de mí me hace girarme—. Quedan quince minutos para su cita en la peluquería.

Asiento, inclinándome para dejar un pequeño beso en la lápida, me levanto y comienzo a acercarme hacia el Porsche aparcado fuera del cementerio. No es hasta que estoy a punto de subirme, que veo a unos metros otro coche negro con una matrícula que no parece ni siquiera europea.

Frunzo el ceño y me subo al coche. Julia está pendiente del móvil y no dice nada.

—¿Y esos de atrás?

Felipe comienza a conducir y mira por el retrovisor con el ceño fruncido.

—Ni idea, pero no se han bajado del coche cuando han llegado.

Miro por el retrovisor y veo que no se mueven de ahí mientras nosotros nos alejamos.

CUARENTA

KARLA

Martes 23 de diciembre

Hay pocas cosas que se me suelen dar bien cocinar, pero siempre he tenido un talento natural para las crepes. La primera vez que las hice, fue a modo experimental, cuando iba a segundo de la ESO y fue en ese momento cuando descubrí que tenía buena mano para la repostería.

Siempre que vengo, hago una tarde de crepes por eso mismo.

Para mi sorpresa, la idea ha sido de Julia y ella misma se ha ofrecido a ir al supermercado que queda a diez minutos andando de casa para comprar cosas para echarle.

Estoy esperando a que la masa se caliente para darle la vuelta, cuando el móvil me vibra en la mesa.

El nombre me roba una sonrisa.

Culebrilla.

Descuelgo y pongo el móvil en altavoz.

—Antes de que digas nada, nunca me preguntaste.

Se queda un segundo en silencio.

—Vaya, hola Callum. Cuanto te he echado de menos... —dice con ironía en la voz—. La gente normal saluda así.

—No —repongo—. Tú quieres que te salude así.

Puedo imaginar cómo se encoge de hombros.

—Puede ser. ¿Lo dices por la historia de Instagram? —pregunta con tono divertido—. Porque si lo dices por la que has subido haciendo las crepes, ya ajustaremos cuentas cuando vuelvas.

Retiro la masa que ya empieza a dorarse y le doy la vuelta con la paleta.

—¿Ajustar cuentas?

—Sí. Ya me he imaginado como: tú cocinando después de follar, solo con una camiseta mía puesta, mi semen goteando...

—¡Callum! —Suelto la crepe en el plato—. Que estás en altavoz.

Oigo que suelta una risita y vuelve a hablar.

—Te llamaba para decirte que he hablado con los chicos y están dispuestos a regalarte el coche. Así que tendremos que empezar nuestras clases de conducir.

—¿Y piensas enseñarme tú? —inquiero, ladeando la cabeza aunque no pueda verme.

—¿Qué otro profesor va a premiarte dejando que lo cabalgues después de haber aparcado bien en diagonal?

—¡Callum! —farfullo—. Joder, mis padres van a oírte.

—¿No les has hablado de mí?

Me sonrojo a la vez que agarro el cucharón de cocina para coger más mezcla y echarla a la sartén.

—Sí, pero ya te dije que las cosas tenían que ir despacio y no quiero que te oigan hablar... así —le regaño echando la mezcla en la sartén—. ¿Qué tal todo por allí?

Oigo como bufa.

—Luka vive demasiado la Navidad y a Ken ni siquiera le gusta. Hemos decidido invitar a Vesna y a Saori para que pasen la Nochebuena con nosotros, pero Ken no está por la labor.

Muevo la sartén para expandir la masa.

—¿Y Conrad?

—En Alemania. Al final ha ido.

Arrugo la nariz a la vez que coloco la sartén en el fuego.

—Mal asunto.

—Sí. ¿Y qué tal las cosas por allí?

—Bueno... —Me quedo mirando el azulejo de la cocina un segundo, recapitulando información—. Mi padre ayer tiró el árbol sin querer y mi madre se ha enfadado porque este año quería poner el belén.

—¿Belén?

—Ahm sí. Es representar el nacimiento de Jesús con figuritas y decorado —explico, moviendo la paleta para dar énfasis a las palabras, aunque no me vea—. Mi madre no lo quiso poner el año pasado por el momento que estábamos pasando, así que este año le hacía ilusión.

Él chasquea la lengua y se ríe, dejando un pequeño silencio en la línea.

—¿Y Julia? —pregunta finalmente.

—Pues... bien.

—¿Solo bien?

Carraspeo un momento y enciendo la campana extractora.

—Quiero decir... La cosa ha mejorado bastante estos días. Está más separada del teléfono y ha bajado un poco los humos con los que llegó de Madrid. —Comienzo a separar los bordes con la paleta —. Ahora ha ido a comprar sirope para echarle a las crepes.

—Eso es bueno —admite con un tono tranquilizador—. Significa que ese gilipollas no la tiene tan bien atada como se piensa. Siempre puedes pasarme la IP de ese chico y llenarle el portátil de porno o algo así.

Ahogo una carcajada a la vez que le doy la vuelta a la crepe.

—No seas cruel.

—Mejor prevenir que curar, Sombra. Por cierto. ¿Te acuerdas que dijimos que no más mentiras?

Aprieto la paleta entre mis dedos y frunzo el ceño.

—Eh, sí. ¿Por qué?

—Primero prométeme que no me vas a odiar todavía más.

Dejo la paleta en la encimera y me pellizco el puente de la nariz.

—Callum...

—Vale, vale. Pues a ver... ¿Te acuerdas del día que tuvimos que ir a vuestra clase para ayudar con el virus? —Hago un sonido de afirmación—. Pues cuando cogí tu teléfono creé una clave de acceso a él. Por eso descubrí que hablabas por esas aplicaciones con *bots*.

Frunzo los labios y entrecierro los ojos.

—Pero solo lo hice para saber si mi progenitor tenía algo de ti, no para espiarte...

—¿Por eso sabías todo el rato donde estaba?

—Puede ser —responde al momento.

Chasqueo la lengua y le doy otra vuelta a la crepe.

—¿Estás enfadada? —inquiere con un tono cauteloso.

¿Estoy enfadada? Sinceramente no. Creo que en parte me lo esperaba. Quiero decir, siempre ha ido diciendo que sabe demasiadas cosas de mí y fardando de ello. Tal vez si me hubiese enterado me hubiera cabreado. Pero a estas alturas de la película, prefiero que sea sincero.

—¿Sombra?

Carraspeo y sacudo la cabeza.

—Para tu desgracia, no. Creo que después de todo, puedo dejarlo pasar.

—Qué pena. Me gusta mucho cuando frunces esas cejas.

Me río, aunque solo durante unos segundos. Me giro para mirar el reloj de la cocina y arrugo el ceño al ver lo tarde que es. Hace más de cuarenta minutos que Julia fue al supermercado y todavía no ha vuelto.

—Oye, voy a colgarte para llamar a Julia. Está tardando demasiado y quiero asegurarme de que todo esté bien.

—Sin problema —contesta con tono de alerta—. Avísame con lo que sea.

Cuelgo y al instante, busco el número de mi hermana en la agenda. Después de varios tonos, salta el buzón de voz y la llamada se cuelga. Opto por enviarle un mensaje mientras que saco la última crepe de la sartén.

Karla

Mueve tu culo. Las crepes ya están y no vamos a esperarte.

Dejo el móvil a la vez que saco los platos y empiezo a servirlas y repartirlas; dos para cada uno. Unos pasos a mi espalda me sacan de mi concentración cuando mi madre se detiene a mi lado.

—Hace un buen rato que Julia salió —señala con el ceño fruncido sacando las tazas para preparar café.

Muevo la cabeza con desdén.

—Ya sabes como es. Se habrá entretenido con alguien o vete tú a saber.

Intento sonar convencida, pero una alarma en mi interior se activa. Saco el móvil de nuevo, dejando un plato en la mesa y llamo otra vez. Mi madre se concentra en la cafetera mientras prepara el café en cuatro tazas distintas.

Llamo. Ahora en cambio, no da tono.

—El teléfono al que llama se encuentra apagado...

—Mierda —mascullo cuando cuelgo—. Mamá voy a ver si la veo. Te llamo con lo que sea.

Mi madre asiente frente a la cafetera, agarro el abrigo y las llaves para salir de casa. Vivimos en una zona acomodada y con buena seguridad. A pesar de vivir algo alejadas de la zona céntrica y no tener tan cerca el supermercado, no tardamos tanto en llegar al que se encuentra en el exterior de la urbanización. Así que no debería tardar tanto. Cuando me estoy abrochando el abrigo y salgo de casa, mi móvil empieza a sonar.

No tardo ni dos segundos en sacar el móvil del abrigo y ni siquiera miro quién es.

—¿Julia?

Un suspiro suena al otro lado. Ronco. Tranquilo.

—¿Eres tú la famosa Karla Álvarez? —pregunta de vuelta una voz *demasiado* educada.

Frunzo el ceño deteniéndome en seco al escuchar esas palabras. Lo más sorprendente de todo, es que no me están hablando en español, si no en un inglés con un acento estadounidense muy marcado.

—¿Y tú quién coño eres? —espeto al teléfono, intentando que no se me note el temblor en la voz.

Una risa oscura resuena por el altavoz y cada vello de mi cuerpo se pone de punta al escucharle hablar.

—Veo que te ha hablado poco de mí. Es una pena, porque yo sé bastantes cosas de ti —murmura de manera pausada, resaltando cada palabra—. Imagino, querida Karla, que quieres ver a tu hermana con vida, ¿verdad?

Siento un ligero tembleque en las piernas y la tensión en la mandíbula cuando aprieto los dientes.

—Como le toques un pelo...

—¿Qué? —alienta, cambiando el tono—. ¿Qué vas a hacerme, Karla? Vamos, no te quedes en silencio. Ilumíname. Cuéntame con todo lujo de detalles lo que una chica como tú podría hacerle a un hombre como yo.

Me quedo en silencio mirando a todos lados y parpadeo varias veces para despejar las lágrimas de mis ojos.

—Voy a confesarte algo, solo para que sepas que puedes confiar en mí. —Se hace un breve silencio en la línea—. Tu amiga Mónica lo intentó. Era una chica muy valiente, sí señor. Pero por desgracia, sabía demasiado. Si no quieres que tu querida Julia acabe igual, haz que él venga. Mañana a las nueve en el cementerio. Lleva un buen cordero para la cena. Y nada de policía.

Lo siguiente que escucho es el pitido cuando cuelga.

Luego los latidos de mi corazón errático.

Siento la presión en el pecho y las lágrimas derramarse por mis mejillas.

No sé en qué momento mis dedos se mueven erráticos por la pantalla para buscar el nombre de Callum.

Y le llamo.

Solo a él.

CUARENTA Y UNO

CALLUM

Martes 23 de diciembre

—¿Acabas de hacer trampas? —acusa Luka señalando el tablero.

—No sé de qué coño estás hablando —se defiende Ken con tono orgulloso—. No es mi culpa que seas tan malo jugando al parchís.

Me tapo la boca con la camiseta para disimular mi sonrisa mientras los veo discutir.

—Has movido esa ficha una casilla de más.

—Mentira —replica el japonés, agarrando el vaso de whiskey.

Luka me mira buscando algún tipo de apoyo pero yo me encojo de hombros todavía cubriéndome la boca con la camiseta.

—Tío, tú lo has visto —me señala el serbio—. Venga.

—Por estas cosas no juego con vosotros —murmuro dejándome caer en el sofá para apoyar los pies en la mesa a un lado del tablero —. Lo que te jode es que te está ganando.

Luka abre los ojos de par en par.

—¿Estás conmigo o contra mí?

—Deja de ser tan envidioso —repone Ken agarrando los dados—. Si no tiras tú...

Luka se los arrebata y los mete en su cubito para menear antes de tirarlos. Le sale un cinco y un dos, así que decide sacar una de las fichas que tiene todavía en "casa".

Esta normalidad a veces me extraña. No solemos celebrar las navidades, más que nada porque Ken no es católico, aunque Luka sí es bastante creyente por todo el tema de su familia y la relación que tienen los clanes serbios con la iglesia.

Conrad normalmente suele pasar las fiestas con nosotros, pero este año su madre le ha dejado claro que tiene que ir a Múnich a pasar las navidades sí o sí. El único que normalmente no suele estar es Niall, que viaja todos los años a Irlanda para pasarlo con su madre.

Yo en cambio, no tengo más familia que la de aquí.

El año pasado sí es verdad que Max me ofreció ir a Las Vegas, pero ni de coña acepté. Antes muerto que pisar una fiesta que organice ese hombre.

Por suerte este año apenas me lo insinuó cuando vino a Ashmont y después no volvió a insistir, así que puedo pasar tiempo con estos idiotas y verlos discutir por tonterías.

El móvil vibra sobre la mesa y Luka me da un pequeño golpe en la zapatilla.

—La españolita.

Me inclino y veo el nombre de Karla en la pantalla.

—Ahora vengo.

No dicen nada cuando salgo del salón y descuelgo una vez que estoy en el pasillo. No tardo en llegar al baño y encerrarme. Apenas he abierto la boca cuando la escucho sorberse la nariz.

—¿Karla?

Su respiración es rápida y escucho sus botas de plataforma cuando camina de lado a lado.

—Tienen... a Julia. Alguien tiene a Julia. Me han dicho que no avise a la policía o le harán daño y ha dicho que me conoce y que solo podía avisarte a ti, aunque no dijo tu nombre en ningún momento y... —Se detiene un momento para sorberse de nuevo la nariz—. Dice que tenemos que estar mañana a las nueve en el cementerio y que tienes que venir. Callum por favor...

—Respira —murmuro apoyándome contra la puerta del baño—. Respira conmigo, Karla. Venga. Inhala. —Tomo aire—. Exhala.

Lo dejo salir.

—No puedo... Callum tiene a...

—Sí puedes cariño. Venga.

Repito el proceso y aunque al principio le cuesta, se acopla a mi respiración. Se toma su tiempo para tomar cada bocanada, pero poco a poco, su respiración se vuelve más regular y el tono es más tranquilo.

—Vale. ¿Ha dicho nombres? —pregunto con calma.

—No... —dice, tomándose una pausa—. Pero me ha hablado en inglés. Con acento americano.

Me muerdo el piercing del labio y flexiono los dedos de la mano.

—¿Qué más te ha dicho?

Se queda en silencio un momento.

—Ha dicho su nombre. Ha mencionado a... Mónica. Ha dicho que ella intentó enfrentarse a él pero que sabía demasiado.

Empiezo a sentir como las paredes del baño se cierran a mi alrededor y tengo que cerrar los ojos para intentar relajarme.

Por un momento ya no estoy en Ashmont.

Estoy en el sótano del club, con el pecho apoyado en el respaldo de la silla recibiendo nuevos cortes.

Lo único que llega a mis fosas nasales es el olor a puro y sangre.

Mis gritos se funden con las risas.

Los gemidos con las lágrimas.

El móvil en mi oreja es más pesado. Como una pistola apuntando a la sien de esa chica o en este caso, a la mía.

Abro los ojos y mi reflejo me devuelve la mirada verde. Esos ojos que han visto tantas cosas que un niño no debería de ver, que han llorado por personas que no le han importado y han desafiado a matones más grandes para sobrevivir.

Ese Callum es el que me devuelve la mirada.

—Necesito que me escuches. Primero, vuelve a casa y quédate allí. No les cuentes absolutamente nada a tus padres. Ponles alguna excusa de alguna amiga o lo que sea.

Su voz tiembla cuando habla.

—¿Mentir a mis padres? Tengo que llamar a la policía.

—No. Nada de policía. Solucionaremos esto a *su manera.*

Salgo del baño al momento y me encamino de nuevo al salón.

—Entonces... ¿vas a venir?

Asiento, aunque sé que no es capaz de verme.

—Sí. Iré. Pero necesito que confíes en mí y sobre todo, que no hagas nada sin decírmelo antes. ¿Queda claro?

—Me llama mi madre. Avísame con todo. Solo confío en ti.

La llamada se corta justo cuando llego al salón y mis dos amigos me miran con un semblante completamente serio.

—¿Pasa algo? —pregunta Ken con tono firme.

Luka no dice nada, pero me mira sabiendo la respuesta.

—Necesito ayuda —respondo con seriedad—. Tiene a su hermana.

Ken suspira pellizcándose el puente de la nariz y Luka se levanta.

—Dime lugar y hora. Tendrás todo lo que necesites, Callum.

—Mañana por la noche. En Málaga.

Luka asiente sin pensarlo dos veces y le lanza una mirada a Ken.

—Procura que mi hermana no se meta en líos —espeta señalándole, a lo que Ken solo levanta los brazos. Después se gira hacia mí—. Despegamos en un par de horas.

No tarda en agarrar el móvil y salir de allí, comenzando a hacer llamadas a diestro y siniestro mientras que Ken recoge el parchís sin decir nada.

Sé que él no puede ayudarme. La Yakuza no se mete en problemas de los que no puedan sacar provecho y, aunque la familia de Luka tampoco sea trigo limpio, sé que Davor no le pondrá pegas a su hijo para ayudarme. Hace mucho tiempo que quiere la cabeza de Max.

Mi progenitor cree que puede hacer cualquier cosa sin consecuencias, y lo peor de todo es que sé por qué está haciendo esto.

Cree que tiene el control absoluto sobre mí.

Pero hay una persona en concreto que me ha enseñado que el control es caprichoso, y se gana tan fácil como se pierde.

Y pienso demostrárselo al asqueroso de Maxwell.

Miércoles 24 de diciembre

Cuando llegamos al aeropuerto de Málaga, me separo de mi amigo y sus guardaespaldas, buscando el Porsche Cayenne que Karla me indicó antes de subirme al *jet* privado que, el mismísimo padre de Luka, nos ha prestado para venir aquí.

El viaje ha dado para organizar un plan y, tras buscar planos del cementerio —el cual hemos repasado una y otra vez—, hemos podido establecer y ubicar a cada hombre que nos ha prestado Davor.

Creo que no fui consciente de la seriedad de la situación hasta que Luka me entregó una pistola. Llevo sin coger una desde que empecé la universidad y me alejé de todo el ambiente de mi padre, así que al sentir el tacto del metal frío, un tsunami de recuerdos apabullantes me han vuelto a la cabeza.

Odio las armas. Odio la violencia.

Pero la única manera de acabar con ese hombre es con su mismo lenguaje.

Un hombre canoso y con buen físico me espera al lado del Porsche y agarra mi equipaje para meterlo en el maletero. Me hace un asentimiento como saludo y cuando entro a los asientos traseros, Karla está ahí.

Tiene unas bolsas enormes bajo los ojos. Sus globos oculares, normalmente blancos, ahora están mancillados por un rojo que me chiva que ha estado llorando más de la cuenta. Apenas he cerrado la puerta cuando se abalanza sobre mí y me rodea con los brazos. Sentir su calor me reconforta al momento, pero verla tan dolida hace que me rompa un poco más por dentro.

No dudo ni un segundo en devolverle el abrazo y estrecharla contra mí. Cuando lo hago, sus hombros tiemblan y su agarre se endurece.

—Ya está... —susurro, acariciando su espalda con la palma—. Ya estoy aquí...

Nos quedamos varios segundos abrazados hasta que finalmente se aleja y usa la manga del jersey para quitarse las lágrimas. Se me

hace tan raro verla así, sin el ceño fruncido, sin enfadarse, sin usar esa lengua viperina que tiene...

—Necesito que me actualices —murmuro mientras me tiende el móvil y yo saco de mi mochila el portátil—. ¿Te ha escrito o llamado otra vez?

Niega con la cabeza y cuando el chófer sube, suspira.

—Felipe es el único que sabe todo. Me está ayudando a encubrirlo hasta que solucionemos esto...

Entiendo que Felipe es el chófer porque me mira por el retrovisor y asiente de nuevo. Cuando conecto el teléfono al portátil y rastreo el número desde el que le llamaron, me encuentro con la respuesta obvia. Número prepago.

—Mierda —mascullo arrugando la nariz—. No puedo rastrear nada. Es un desechable.

Intento buscar algo más de ese número sin demasiado éxito, hasta que finalmente Karla habla.

—¿Quién ha venido contigo? —pregunta inclinándose todo lo que el cinturón le deja—. No me creo que vayas a hacer esto solo.

Tomo aire y la miro a través de las gafas. Es cuando me fijo en su pelo, cuando veo que se ha retocado las raíces, lo que me arranca una pequeña sonrisa. Es jodidamente preciosa y está claro que, en algún momento, voy a tener que decirle todo lo que tengo guardado dentro.

Me estoy muriendo por hacerlo.

Pero no puedo decirle que he venido con Luka. No sé si tienen su teléfono pinchado, y prefiero que no sepa nada para que no se le escape ninguna información.

—Te dije que confiaras en mí —susurro alargando una mano hasta su mejilla, recorriendo con el pulgar una lágrima sin secar—. Y solo espero que hagas eso por mí, Sombra.

Sus ojos se cierran ante mi tacto y contengo la respiración al sentir como la piel se me pone de gallina.

Miro la hora en el portátil. Las cinco menos cuatro minutos de la mañana.

Necesito que esto salga bien. Si no, no sé qué coño voy a hacer.

CUARENTA Y DOS

CALLUM

Miércoles 24 de diciembre

«Nada puede salir mal.»

«Nada puede salir mal.»

«Nada puede salir mal.»

Esas cuatro palabras toman protagonismo el resto del día en mi cabeza y se repiten como un disco rayado. No he salido del maldito hotel en todo el día y he intentado de todo para adelantar las cosas y encontrar a mi progenitor.

Pero no ha habido manera.

Luka me llamó para repetir el plan y asegurarse de que todo quedaba claro. No puede haber fallos. No podemos permitirnos que una pieza no encaje.

«Nada puede salir mal.»

Pero hay una parte del plan que nadie conoce. Una que me incluye a mí y que no le he contado a nadie.

Es mi culpa. De nuevo, alguien está en problemas por mi jodida culpa. Si no fuese por la relación que tenemos Karla y yo, su hermana no habría terminado en las garras de Max. Pero hay una pieza del puzle que se me escapa. ¿Por qué se ha llevado a Julia y no a Karla?

Esta mañana me ha contado que hace unos días vio un coche negro al salir del cementerio, así que yo le confesé que también la estaban siguiendo a ella en Ashmont y que, por eso mismo, iba detrás de ella a todos lados.

El caso es que la han tenido ahí. Delante de sus narices.

Pero se han decantado por Julia.

¿Por qué?

Siento el metal de la pistola en la cinturilla del vaquero en mi espalda mientras camino con Karla agarrada de la mano. Cada vez que avanzamos un paso me aprieta un poco más, aferrándose a mí en busca protección.

Es ella la que me guía hacia el lugar donde su amiga Mónica está enterrada y cuando llegamos, no me sorprende en absoluto ver a mi progenitor junto a su lápida. Va impoluto con un traje gris, su pelo castaño casi rubio repeinado hacia atrás y una barba de un par de días que no estoy acostumbrado a ver en él.

No está solo. Por supuesto que no.

Le escoltan sus dos gorilas favoritos: Tom, el calvo sin dientes y el hombre delgado que hace unos meses no conocía y conducía el coche cuando me hicieron su pequeña visita en Ashmont.

También hay más hombres alrededor. No son demasiados, tal vez seis o diez acordonando la zona para que nadie se acerque.

Cuando acortamos las distancias, Max esboza una sonrisa y abre los brazos con falsa hospitalidad.

—Míralos. La pareja del momento... —dice dando palmadas y mirando a sus hombres. Algunos se ríen, otros miran al suelo—. Te dije que nos veríamos en Navidad, Remus. ¿Te acuerdas?

Las cicatrices me cosquillean al recordar nuestro último encuentro. Karla me mira de reojo al escuchar el nombre, pero yo solo le aprieto la mano y me adelanto un paso.

—Dime qué quieres y acabemos con esto.

Escucho como chasquea la lengua.

—La paciencia es una virtud importante, hijo mío. No puedes adelantarte a los acontecimientos solo porque a ti te apetece. —Dirige una mirada hacia uno de los hombres más alejados y hace un ademán con la cabeza—. Primero, tenemos que estar todos. La familia al completo.

Un hombre, armado con una calibre cincuenta, se acerca hacia nosotros tirando de la que parece ser Julia. Apenas se tiene en pie y

se tambalea de un lado a otro. Seguramente la hayan drogado, y Karla no tarda en llegar a la misma conclusión.

—¿Qué coño le has hecho? —espeta a mi lado dando un paso hacia delante, con las lágrimas llenando sus ojos.

—Vaya lengua tiene tu novia, Remus —advierte Max sin dedicar ni una sola mirada a Karla—. No me hagas cortársela.

Julia pasa a las manos del gorila calvo y el otro hombre se retira al mismo rincón del que había salido. La única iluminación que tenemos son las tenues farolas de los senderos del cementerio y la luz de la luna.

Max camina hacia Julia y aprieto la mandíbula al ver que levanta la mano hacia su mejilla para acariciarla.

—Es una mujer preciosa, sin duda. —Se gira hacia nosotros—. Las dos lo son. Pero a ti siempre te han gustado las rebeldes. Yo, en cambio, prefiero a las sumisas.

Karla frunce los labios y la voz le tiembla cuando habla.

—Julia no es sumisa —murmura Karla.

Max gira por primera vez su rostro hacia ella y le dedica una sonrisa de suficiencia.

—Julia tiene muchos secretos. Al igual que los tenía tu querida amiga Mónica.

Me tenso de pies a cabeza cuando dice su nombre y no me hace falta mirarla para saber que la reacción de Karla es exactamente la misma. No hace falta que preguntemos lo obvio, porque mi padre responde al momento.

—Siempre intento familiarizarme con mis chicas a fondo. Me gusta conocer sus miedos, sus deseos, sus ilusiones, sus fantasías... —Se gira hacia la lápida de Mónica y ladea la cabeza—. Mónica era una chica que quería salir de la norma. Quería ser rebelde, alocada y desobediente. Decía todo el rato que su amiga era así y que quería ser como ella. —Vuelve la vista a Karla—. Tenía envidia de ti. De tu forma de ser, de tu manera de ver la vida y enfrentarte a ella... El divorcio de sus padres le estaba pasando factura, y yo le ofrecí una nueva vida. Le dije que en Las Vegas tenía la oportunidad de ser la mujer que estaba destinada a ser, lejos de la presión mediática en España y de ser una simple sombra a tu lado.

Se detiene un segundo tomando aire y girándose hacia Julia.

—Y casi la convenzo. —Alarga la mano hacia un mechón de su pelo revuelto y lo hace girar en su dedo—. Casi lo hago, joder. Casi se vuelve mía. Pero la niñata tuvo que amenazar con ir a la policía, y yo por ahí no paso. Así que extorsioné al chófer para que provocara el accidente a cambio de no meterle en la cárcel por posesión de pornografía infantil. Una suerte que tampoco sobreviviera.

La respiración de Karla empieza a agitarse y cuando me voy a acercar para abrazarla, me doy cuenta de que no es por miedo, sino por pura rabia. Está llorando, pero sus fosas nasales se ensanchan y el puño libre lo tiene tan apretado que se está clavando las uñas en la carne.

—Hijo de... ¡puta!

Karla se abalanza y apenas me da tiempo de agarrarla por la cintura para que no avance. Forcejea contra mí, pero no se detiene hasta que mi padre saca una pistola y apunta a la cabeza de Julia con la misma.

—Controla a tu putita, Remus. O mato yo a la mía.

—No es tu putita, cabronazo —espeta Karla furiosa.

Max ladea la cabeza con la misma sonrisa que antes.

—¿Estás segura? Me encantaría enseñarte, como pruebas, las fotos que le ha estado mandando a uno de mis hombres.

El pecho se me encoge y Karla deja de moverse.

—¿De qué estás hablando? —pregunto frunciendo el ceño—. Su nombre no estaba en los archivos.

Mi progenitor suelta un suspiro exasperado y mueve la pistola con desdén.

—Todo lo que pasó con el señor Miller fue una jodienda, pero en esas carpetas no estaba toda la información. Aunque sí es cierto, que si eso hubiese llegado a manos de la policía... —Silba mirando al resto de hombres, los cuales ríen como respuesta. Después señala con el arma a Julia—. Esta preciosidad lleva más de un año hablando con uno de los míos. Solo era un nombre más. Una chica de la que sacar fotos para venderlas en *dark* webs de pornografía infantil, teniendo en cuenta que era menor cuando empezó. Pero cuál fue mi

sorpresa al ver que sus apellidos coincidían con la mejor amiga de Mónica, cuyos datos, tú mismo borraste.

Todo mi cuerpo se tensa.

—Por eso empezamos a seguirla y llegamos a la guinda del pastel. —Suelta una carcajada señalándome con la pistola—. ¡Que tú mismo te la estabas follando! Vaya giro de trama. ¡Qué jodido espectáculo, joder! Fue fácil encontrar su número y jugar un poco con ella al enviarle ese mensajito.

Todos se ríen, pero Karla empieza a tambalearse en mis brazos sin separar los ojos de su hermana, que parece que no sabe, ni entiende nada de lo que está pasando a su alrededor.

Yo tampoco estoy asimilando la información de manera normal. Nunca he sentido tantas ganas de matar a alguien como las tengo ahora. La ira intenta apoderarse de cada puto pensamiento racional de mi cerebro y lo único que me detiene es ese pensamiento.

«Nada puede salir mal.»

Retiro los brazos del cuerpo de Karla y la coloco detrás de mí.

—Deja de creerte el protagonista. Si me quieres joder, hazlo. Me iré contigo si hace falta, pero déjalas a las dos.

Karla agarra mi brazo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta tirando de mí y cuando me giro y veo sus ojos llenos de lágrimas, me arrepiento de la decisión que voy a tomar—. No puedes irte con él. Volverá a hacerte daño. Volverá a...

La abrazo contra mí y ella rodea con sus manos mi abdomen para acercarme a ella.

—Déjame que arregle esto, Sombra... —susurro contra su pelo.

Ella niega con la cabeza y se separa para mirarme.

—Tiene que haber otra manera. No puedes irte con él.

Levanto una de mis manos a su mejilla y limpio las lágrimas que aún no han llegado a su mandíbula.

—Todo esto es culpa mía...

—No —me corta—. No voy a dejar que te hagas esto otra vez. No es culpa tuya. Nada de esto lo es...

Apoyo mi frente en la suya.

—Eso ya da igual. Pero ambos sabemos que yo soy el único que puede solucionar esta cagada —susurro, ignorando los comentarios de Max—. Desde que entré en tu vida solo te he traído desgracias y problemas. Y yo he provocado el más gordo de todos.

—No me has...

No dejo que siga hablando cuando uno mis labios con los suyos. El sabor salado de sus lágrimas es lo primero que recibo y sé que mi plan se va a ir a la mierda haciendo esto. Ya no solo porque me prometí que no la besaría si decidía cambiarme por su hermana, sino porque es la señal para que todo empiece.

Ella apenas tiene tiempo para corresponder el beso porque cuando me separo, hablo de nuevo.

—Te espiaría. Te escribiría. Te seguiría. Te acorralaría. Te besaría. Te protegería. Repetiría toda esta historia de nuevo si me diesen la certeza de que en cada una de esas veces yo acabaría enamorándome de ti, Sombra. —Me separo de ella y empiezo a escuchar los pasos, llevando mi mano a la parte trasera de la espalda—. Coge a tu hermana y corre.

La señal termina y con ella empiezan a llegar los hombres de Luka. El disparo de varios silenciadores obliga a los gorilas de mi padre a sacar sus armas y comenzar a mirar a todos lados con gesto asustado.

Max me mira con la pistola en alto.

—i¿A quién coño has avisado?! —grita apuntándome con el arma.

Pero no me da tiempo a responder cuando todos sus hombres empiezan a disparar y, al contrario de los de nuestro bando, estos no llevan silenciadores. El calvo suelta a Julia y se acerca a mi progenitor para protegerle, así que Karla no duda y corre hacia ella bajo los disparos.

No sé de dónde saca esa valentía, pero me dedico a disparar para cubrirla.

Cuando finalmente veo que uno de los hombres de nuestro bando las agarra y se las lleva de allí, dedico toda mi atención en intentar avanzar hasta el gorila sin dientes que se lleva al puto Maxwell. Por el rabillo del ojo veo a Luka disparar al mismo hombre

que antes trajo a Julia, dando órdenes a diestro y siniestro por el pinganillo que lleva.

Pero no le veo.

¿Dónde coño se ha escondido la rata de los cojones?

—¡Les superamos en número! ¡Podemos contenerlos! —grita Luka, llamando mi atención—. ¡Han ido hacia la zona de los nichos!

Asiento a modo de agradecimiento y rodeo el camino para no pasar entre el fuego cruzado. Mientras avanzo, reviso que la pistola tenga balas y las cuento, asegurándome de no quedarme sin ellas cuando esté a punto de acabar con ese cabronazo.

Cuando llego a la zona de los nichos, escucho unos gritos.

—¡Nos han tendido una emboscada! ¡Decías que lo tenías todo bajo control!

—Lo siento señor. Yo...

Un disparo resuena por la zona y varias palomas salen volando. De fondo ya apenas se escucha el fuego cruzado, lo que significa que seguramente la mayoría de sus hombres hayan muerto.

De nuevo otro disparo.

Y otro.

Dos más.

Pum. Pum. Pum.

Ocho balas.

Me adelanto varios pasos y cuando cruzo la esquina a la siguiente fila de nichos, me encuentro a mi padre apretando el gatillo una y otra vez al cuerpo sin vida del hombre.

—Jodida escoria... —masculla levantando una pierna para darle una patada, pero suelta un quejido de dolor y casi cae de rodillas.

Avanzo varios pasos y veo un reguero de sangre que le baja del muslo derecho, lo que apenas le permite mantenerse en pie.

Lo tengo aquí. Solo. Desarmado.

A mi jodida merced.

—Maxwell.

Su nombre me sabe a ceniza en los labios pero el pánico en sus ojos me llena el pecho de satisfacción.

Al instante levanta la pistola hacia mí y dispara. El chasquido le hace soltar un gruñido al darse cuenta de que no le quedan balas y

lo único que hace es tirarme la pistola a los pies.

Yo no me molesto en levantar la mía. Solo avanzo hacia él con paso tranquilo.

—No te acerques —murmura cuando avanzo varios pasos, pero no me detengo—. ¡Te he dicho que no te acerques!

—¿O qué? —pregunto dando otro paso hacia delante—. ¿Qué coño vas a hacerme?

Jadea mientras camina hacia atrás.

—Voy a arrebatarte todo lo que quieres. ¡Todo! Vas a tener que lamer la suela de mi zapato para... ¡Ah!

Cae de espaldas cuando trastabilla con el cuerpo del hombre que él mismo ha matado y cae encima de él, manchándose el traje gris de su sangre. Suelta un alarido de dolor agarrándose la pierna herida y no tardo en acercarme a él hasta encañonarle con la pistola.

Su cuerpo entra en tensión al sentir el metal rozar su pelo y, lentamente, levanta su mirada hacia mí.

—No vas a quitarme nada más —murmuro, clavando mis ojos en él—. Me quitaste mi infancia. Destrozaste mi puta dignidad. Me arrebataste a mi madre.

Max escupe a un lado.

—Esa zorra tuvo lo que se merecía por desobedecer.

—¿Y tú qué te mereces? —espeto apretando el cañón contra su piel—. ¿Cuántas vidas has usado, arrebatado, violado y destrozado? ¿Qué mereces por cada una de las personas que han acabado jodidas por tu culpa?

Veo como pone los ojos en blanco.

—Las vidas humanas son un negocio peligroso, pero muy lucrativo —responde con una sonrisa de suficiencia—. Pero ambos sabemos que no vas a matarme para hacerte el héroe, Remus.

Retiro la pistola de su cabeza y dejo un disparo en su otro muslo. Un alarido de dolor corta el aire y me siento como un jodido robot cuando veo la sangre teñir de carmesí su pantalón.

—Hay villanos peores que tú. Y héroes mejores que yo.

Cuando subo la pistola a su cabeza para disparar, levanta los brazos.

—¡Está bien, joder...! ¡Está bien! —berrea de manera desesperada—. Dejaré que te vayas y no volveré a molestarte a ti o a...

—Cierra la boca.

—¡Haré lo que quieras! —suplica con un grito ahogado y patético —. Por favor Re...

Disparo.

Creo que sin querer. O queriendo.

No lo sé.

Cuando pulso el gatillo, el silenciador ahoga todo el sonido, pero retumba en mi pecho como si alguien estuviera tocando el tambor a mi lado. Al momento en el que veo el cuerpo de Max caer a un lado, una corriente eléctrica me obliga a soltar el arma y retroceder ambos pasos.

El corazón me cabalga a una velocidad vertiginosa dentro de la caja torácica, lo que me obliga a coger aire y soltarlo más rápido de lo que el cuerpo me permite. Las manos me tiemblan y caigo de rodillas al sentir un pinchazo fuerte en mi pecho.

Mierda.

Hacía demasiado tiempo que esto no pasaba.

Me ahogo buscando un aire que no llega a los pulmones y todo empieza a llenarse de negro a la vez que el mundo baila frente a mí, como si se estuviera riendo en mi putísima cara.

«Acabas de matar a una persona.»

«Todo ha salido mal.»

No es momento de escuchar esa voz, pero me aferro a ella mientras caigo al suelo y la oscuridad me abraza como si fuera una vieja amiga.

CUARENTA Y TRES

KARLA

Jueves 25 de diciembre

Mentiría si dijera que he pegado ojo desde que llegamos del hospital hace un rato, pero apenas he dormido unas horas sueltas. Lo he intentado, sentándome en el *puf* que tengo al lado de la cama mientras él está tumbado, pero cada vez que cierro los ojos, siento que la oscuridad me engulle y un montón de miradas me observan inquietas.

Hasta que los abro y veo a Callum.

No me he separado de su lado en ningún momento, exceptuando para vigilar a Julia y comprobar que estuviera bien. Por lo visto le habían suministrado algún tipo de droga similar a la burundanga y por lo que dice, no recuerda absolutamente nada de lo que pasó en el cementerio.

Ha sido complicado explicárselo a mis padres. Al parecer, el mismísimo padre de Luka se ha personado aquí y ha tenido que hablar con ellos para decirles que se encargarán de todo con tal de ayudarnos para que no nos salpique de manera legal o mediática.

Así que a ojos de la policía y los medios, ni ha habido un tiroteo en el cementerio, ni han secuestrado y drogado a Julia Álvarez. Todo ese asunto lo han llevado los hombres de Luka y, cuando le escribí a Vesna, me dijo que confiara en ellos.

Gracias a ellos sigo viva hoy en día. Así que no te preocupes por lo que pase a partir de ahora.

Tras asegurarme de que mi hermana esté bien atendida, me he quedado todo el rato con Callum; quién ahora mismo se encuentra durmiendo en mi cama. Creo que es la primera vez que le veo tan relajado, sin el ceño a medio fruncir o la mandíbula apretada. Todavía lleva un apósito en la muñeca donde le pusieron una vía en el hospital.

Los médicos dijeron que había sido un ataque de ansiedad severo lo que le provocó un colapso total. No entendí el motivo hasta que llegué con Luka y nos lo encontramos con dos hombres muertos frente a sus pies.

Uno de ellos era su padre.

Al instante Luka se acercó y le llamó para despertarlo, pero estaba inconsciente. Yo apenas pude acercarme cuando un hombre corpulento me detuvo, diciendo algo de no mancharme y que era una escena horrible para que una mujer la viera.

Si supiera que veo películas mucho más sangrientas que aquella escena...

Me levanto de la cama con cuidado de no despertarlo y me miro en el espejo de cuerpo entero que tengo en mi habitación. Intento arreglarme el pelo en un moño para disimular lo mal peinado que lo tengo, sintiendo los mechones normalmente suaves con algunos nudos.

Me gustaría no parecer un nido de pájaros cuando Callum abra los ojos, a ser posible.

Miro por la ventana y veo que el cielo sigue tan gris como ayer. Regreso a la cama y me siento en la orilla, fijando mi vista en el hombre que está tumbado en ella.

A mi yo de quince años le daría un infarto si viera esta escena.

Y a mi yo de julio también, para qué negarnos.

Ninguno de los dos somos aquellas personas que se conocieron en ese maldito puente. Los dos hemos superado nuestros propios demonios y hemos luchado contra ellos apoyándonos en el otro. Jamás hubiese pensado que mi vida estaría tan conectada a Callum y, aunque nuestra historia haya sido complicada, eso no quita que sea única.

Alargo la mano para acariciar su pelo azabache y no necesita más para abrir los ojos poco a poco. El verde está enrojecido e intenta averiguar dónde se encuentra, gira su rostro y me mira.

Su semblante cambia de pronto.

—¿Karla...? —murmura con la voz ronca.

Asiento sin dejar de acariciar su pelo.

—Estoy aquí. Estás en mi casa.

Sorbe la nariz y se incorpora de golpe, con los ojos abiertos de par en par.

—Luka, Maxwell...

—Eh, tranquilo. —Le agarro del mentón—. Mírame.

Cuando lo hace, el pecho se me encoge.

Puedo ver cada imagen que se le pasa por la cabeza, cada momento que vivió justo antes de desmayarse a los pies de su padre. Su pecho empieza a subir y bajar, boqueando en busca de aire.

—Respira conmigo. Como hicimos por llamada, ¿vale? —Asiente con rapidez y tomo aire—. Inhala... Exhala...

Al principio le cuesta. Apenas puede controlar el temblor y la rapidez con la que su cuerpo pide oxígeno, pero finalmente consigue controlar su respiración.

—Eso es —susurro inclinándome hacia él—. Ya está. Estás aquí.

—Pensaba que estaba en...

—Estás conmigo.

—Estoy contigo —repite apoyando la cabeza en mi hombro—. Joder, Karla...

Le rodeo con mis brazos y dejo que se apoye, aunque no pueda sostener del todo su cuerpo.

—¿Y Julia? —pregunta separándose un poco.

Sonrío con cierta tristeza.

—Bien. Mi madre está con ella.

Se pasa la mano por la cara y se mira el cuerpo, como si estuviera comprobando que no tiene heridas. Después cierra los ojos y suelta un pequeño suspiro.

—Joder, Karla. Pensaba... pensaba...

—No —interrumpo acunando sus mejillas con mis palmas—. No empieces con esas de nuevo. No voy a dejar que te cargues otro peso más en los hombros ahora que por fin te has deshecho de una mochila enorme.

Se queda en silencio, mirándome con una intensidad que no sé cómo descifrar.

—¿Y ahora qué? —pregunta.

Le paso el pulgar por la mejilla y le sonrío con algo que sé que ahora mismo necesita: esperanza.

—Ahora te toca vivir. Como una persona normal.

—No soy normal —se burla sin mucha gracia.

Me encojo de hombros.

—Ninguno de los dos lo somos. Pero tampoco eres el monstruo que siempre has creído que eres.

Se queda un momento en silencio, fijándose en cada uno de mis rasgos, como si de esa manera pudiera grabarme a fuego en su memoria.

—No me siento mejor después de hacerlo. Pensaba que al acabar con él, todo el dolor se iría, pero no. En realidad... la única persona que consigue calmar cada una de las imágenes que se me están clavando en la cabeza, eres tú.

Niego con la cabeza.

—Callum...

—Déjame terminar, por favor. —Traga saliva y ahoga un suspiro —. No voy a dejar que te separes de mí otra vez. Eres lo único en lo que puedo confiar al final del día y quien consigue que todo el ruido se quede en silencio, solo cuando estás aquí conmigo —susurra levantando una mano para colocar un mechón azul tras mi oreja—. Quiero que seas mi Sombra en los días soleados y en los grises. Quiero que lo seas hasta cuando todo esté oscuro y no haya ni una pizca de luz.

La confesión hace que me muerda el labio y contengo las lágrimas que empiezan a humedecer mis ojos.

Eso es lo que siempre nos ha definido.

La falta de luz y la belleza de las sombras.

Así que sí. Quiero ser eso y más para él.

—Entonces tendré que seguirte allá a donde vayas, culebrilla.

Su pecho vibra y su aliento llega hasta mi rostro cuando suelta una pequeña risa. Con un rápido movimiento, me agarra de la muñeca y acabo tendida encima de él.

Cuando me besa, todo desaparece.

Cuando me toca, nada más importa.

Callum Walker ha conseguido salvarme.

Y yo le he salvado a él.

EPÍLOGO

KARLA

Sábado 27 de diciembre

Tres días para olvidar son pocos.

He insistido en que no hace falta, que puedo estar un año sin celebrar mi cumpleaños, pero el lema hoy es claro.

No todos los días una cumple veintitrés años.

Mi madre, Julia y Callum se han encargado de absolutamente todo y a mí me han tenido todo el día aburrida, encerrada en la habitación viendo *Shingeki no Kyojin* por novena vez. Las veces que me he asomado a la barandilla solo he oído risas y comentarios sobre mí y las cosas que me gustaban de pequeña.

Los tres han hecho piña y ambas mujeres han aceptado a Callum sin ningún problema.

El que me preocupa es mi padre.

No es que no confíe en él, pero no se tomó de la mejor manera que el padre de mi novio secuestrase a su hija. Así que digamos que se lo va a tener que currar bastante.

Agarro el móvil y veo que tengo varios mensajes del grupo que todavía no he leído.

Vesna

FELIZ CUMPLEAÑOS GÓTICA CULONA. Suerte con tu padre y Callum hoy.

Saori

¿Qué pasa hoy?

Dove
Que su padre y su novio van a estar sentados en la misma mesa. Callum ha estado pidiéndole consejos a Niall para poder caerle bien.

Karla
No es mi novio.

Saori
Y yo soy rubia.

Lottie
No, la rubia soy yo. Felicidades Kar.

Saori
Eso, ¡felicidadeees!

Vesna
Espero que Callum te de una buena barra de carne como regalo de cumpleaños.

Karla
¡Serás bruta! Muchas gracias, chicas. Espero que podamos celebrarlo con una buena borrachera en el Iron cuando vuelva.

Dove
Eso ni se insinúa. ¡Por supuesto que sí!

Escucho dos toques en la puerta de la habitación y bloqueo el móvil, incorporándome en la cama. Julia asoma la cabeza, con el pelo corto recogido con pinzas y me dedica una pequeña sonrisa.

—Papá llegará en un rato. Hemos terminado de poner la mesa y preparar la comida —anuncia entrando en la habitación y dedicándome una sonrisa—. Por cierto, Callum es muy majo.

Me levanto de la cama para acercarme.

—Me alegro de que te caiga bien.

Julia asiente y levanta las cejas.

—A mamá ya la tiene en el bolsillo —bromea saliendo por la puerta antes que yo—. Papá...

—¿Esas dos son tuyas?

La voz de mi padre resuena hasta donde estamos y la conversación se hace más nítida cuando bajamos las escaleras.

—¿No se supone que papá estaba en Marbella? —pregunto a mi hermana mientras bajamos las escaleras.

Julia se encoge de hombros y cuando llegamos al salón, veo a mi padre con las gafas puestas mirando algo en el teléfono de Callum.

—Siempre quise tener una moto así, pero aquí hay muchos accidentes y los extranjeros van como locos —murmura mirando las fotos—. Sin ofender.

Mi hermana suspira y me da un codazo.

—Ya se lo ha ganado.

Cuando camino hacia ellos, mi padre le devuelve el móvil, se levanta para darme un abrazo y felicitarme.

—¿Estás durmiendo bien? —murmura en español cuando se separa.

Lleva dos días preguntándome lo mismo.

—Estoy bien, papá —respondo manteniendo el idioma dedicándole una media sonrisa—. Pensaba que ibas a ser más exigente con él.

Mi padre da un paso hacia atrás y se rasca la barba intercalando la mirada entre Callum y yo.

—Le gustan las motos, eso me ha ganado. Aunque ya entiendo por qué le defendías tanto. Pero como se le ocurra hacerte daño, ni la moto más rápida que tenga le va a salvar de mí.

Abro los ojos de par en par y agradezco que esté usando el castellano para decir esas cosas. Callum frunce los labios, reprimiendo una sonrisa mientras me mira. Noto como se pasa una mano por el pelo nervioso y mete la otra en el bolsillo de la sudadera negra.

—Bueno, vamos a ir sentándonos —dice al fin mi padre volviendo al inglés—. A ver qué nos has preparado, chaval.

Julia y él se adelantan al comedor, a la vez que Callum se acerca a mí y me rodea con una mano la cintura.

—¿Ha amenazado con cortarme los huevos si te hago daño? —interroga ladeando la cabeza e inclinándose hacia mí.

Reprimo una sonrisa apoyando mis manos en su pecho.

—Algo así.

—Suerte que eso no va a pasar. Aunque con lo que ha sucedido, bastante bien están yendo las cosas.

Suelto una pequeña risa nasal y asiento.

—Sé tú mismo. Es lo que mejor se te da.

Le dejo un casto beso en los labios y ambos caminamos al comedor. La comida ya está servida. Al parecer han preparado carne mechada al estilo andaluz, un plato que a mi madre siempre le ha salido increíble. El olor hace que se me llene la boca de agua y cuando nos sentamos, cada uno va sirviéndose la comida en sus platos.

—Callum, tengo que decir que eres un ayudante de cocina excepcional —le felicita mi madre agarrando el tenedor.

—Muchas gracias, señora Álvarez.

—Oh, por Dios. Llámame Jessica.

Escondo una sonrisa tras el vaso al ver a mi padre enarcar una ceja.

—A mí no —responde mi padre—. A mí me llamas señor Álvarez.

Julia se ríe y yo casi me ahogo con el agua.

Callum solo asiente y levanta la mirada hacia mí buscando ayuda, pero yo solo me encojo de hombros.

El resto de la comida transcurre con normalidad y de vez en cuando, mi padre y Callum tienen conversaciones distendidas en las que parece que no tiene ganas de ahogarle con la salsa de la carne. Cuando terminamos de comer, uno a uno empiezan a acercarse con bolsas de regalos.

Mis padres me regalan una tableta gráfica nueva, algo que ya les había pedido antes de iniciar el curso, así que me lo esperaba. Julia se ha decantado por una sudadera con la cara del jodido *Toji Fushiguro* en primer plano, que le ha hecho enarcar una ceja al mismísimo Callum cuando lo ha visto.

—¿Y ese quién es?

Julia suelta un ruidito de sorpresa.

—¿No conoces a tu competencia?

Callum levanta ambas cejas.

—¿A mi qué?

Mi hermana se dedica a realizar una breve presentación de quién es mi novio ficticio y por qué Callum va a tener que hacer de todo para quitarle el puesto —aunque ya lo ha hecho—, lo que le deja completamente descolocado.

Cuando llega el turno de Callum, Julia sonríe y le da un codazo.

—Que sepas que yo le ayudé.

Enarco una ceja a la vez que saco uno de los dos regalos. No hace falta que lo abra para adivinar que es un nuevo par de medias de rejilla que sé que, tarde o temprano, terminará rompiendo. No me atrevo a levantar la mirada hacia él mientras saco el otro regalo, pequeño y envuelto.

—¿Más medias? —pregunta mi padre, mirando a Callum con advertencia.

Es mi madre quien le regaña dándole un pequeño codazo, pero yo me centro en abrir el papel de regalo que sé que le ha prestado Julia.

Cuando lo desenvuelvo, me quedo completamente en *shock*.

Son dos coleteros *crunchy* de color negro con detalles azules que tienen atados una cinta con exactamente los mismos colores a su alrededor. Cuando las observo con detenimiento, me doy cuenta de que los detalles azules son pequeñas serpientes reptando por la tela.

Levanto la mirada hacia Callum, que tiene una sonrisa de orgullo en el rostro.

—¿Te gustan?

Asiento palpando la tela y escucho a Julia murmurar algo de que ella le ayudó a encontrarlo en una tienda, pero yo solo me pierdo en sus ojos, mientras los míos se llenan de lágrimas de felicidad. Callum alarga una de sus manos y toma la mía para llevarla a sus labios y besar mis nudillos.

Sin decir nada, lo deja todo claro.

Mi padre estuvo dando la tabarra con que debía de haber una distancia de diez metros entre Callum y yo pasadas las diez de la noche, pero solo bastó unas palabras de mi madre y que le arrastrara a su habitación para que se olvidase de la dichosa norma.

Estoy sentada en la cama, mirando los dos coleteros que Callum me ha regalado por mi cumpleaños, con la sonrisa más estúpida que cualquier ser humano ha esbozado en su vida.

Nos hemos prometido estar ahí. El uno para el otro.

Y esta es su manera de decirme que no va a irse nunca.

—Como sigas mirándolos así voy a pensar que quieres que te ate con ellos.

Su voz me saca de mis pensamientos y levanto la cabeza para verle apoyado en el marco de la puerta de mi baño, solo con una toalla alrededor de la cintura. Cada uno de los músculos se le marca al estar cruzado de brazos y algunas gotitas relucen bajo la tenue luz de la lámpara que se encuentra en mi mesilla de noche.

Tiene que ser un delito que este hombre oculte ese cuerpo y más aún que lo reserve solo para mí.

—Esa mirada tampoco ayuda —murmura separándose del marco para acercarse a su maleta.

Veo cómo se ata la cinta a la muñeca; es la misma que le regalé antes del partido y levanta su mirada hacia mí con una sonrisa socarrona. Solo se la quita para ducharse, y que siempre lleve una parte de mí con él me llena de felicidad. Siento el calor subir por mis mejillas y me obligo a bajar la mirada para esconder el rubor.

—Seguro que solo me los has regalado para eso —rebato con burla dejando los coleteros en la mesilla de noche.

—Sí. Y las medias para romperlas antes de follarte encima de la moto otra vez.

Levanto la vista justo para ver cómo se coloca unos bóxer que hace que se le marque una erección demasiado evidente.

—Eres...

—Cuida lo que vas a decir, Sombra. No tengo ganas de despertar a tus padres y a tu hermana con tus gritos.

Le lanzo uno de los tantos cojines de *Kuromi* que adornan mi cama y él lo alcanza al vuelo con una media sonrisa, acercándose.

A pesar de las insinuaciones, se acerca a la cama y se tiende, abriéndome los brazos. Cuando me tumbo a su lado y le abrazo, el tacto frío de su piel me provoca un pequeño escalofrío que me estremece de pies a cabeza y me estrecha a su lado para guardarme con su calor.

—Sabes que mi padre te mataría si entrase y me encontrase de *esa* manera —susurro, dejando caricias sobre su abdomen.

Él se ríe un poco y cuando levanto la cabeza, veo que está negando.

—Que va. Como mucho me daría una colleja, pero ese hombre es un cacho de pan. Eres igual que él.

Pongo los ojos en blanco con una sonrisa y de un rápido movimiento, me coloco encima de él a horcajadas. Sus manos rápidamente vuelan a mis caderas, jugando con la cinturilla de mi pantalón del pijama.

—Entonces tiene que ir acostumbrándose.

Callum me mira con incredulidad.

—¿Qué...?

Me inclino hacia él apoyando las manos en su pecho.

—Cállate y bésame, Callum.

No duda un instante en colocar una mano en mi nuca y unir nuestros labios en un beso que profundiza al momento. Últimamente cada vez que nos besamos en privado siempre es así, urgente, decidido y con una pizca de miedo.

Se aferra a mis labios como el que agarra clavo ardiendo, sabiendo que aunque queme y le haga daño, necesita de ese pequeño dolor para poder mantenerse cuerdo un segundo más.

Así que dejo que lo haga, porque quiero tantas cosas con él...

Hace tiempo que no me imaginaba un futuro feliz. Nunca me importó no ver la luz al final del túnel. Y ahora solo quiero abrazar a la oscuridad que me aguarda y esperar a saber que me depara en ese futuro con él a mi lado.

Él es mi oscuridad. Y yo la sombra que le seguirá a todas partes. Vaya donde vaya.

AGRADECIMIENTOS

Terminar otro libro y llegar a este punto, aunque sea la tercera vez, es algo que no me acostumbro a que pase. Puede que si sigo plasmando mis ideas a la larga acabe acostumbrándome, pero creo que el proceso de escritura y todo lo posterior cambia según muchos motivos, entre ellos la gente que te acompaña.

La escritura, edición y maquetación de Oscuridad Salvaje ha estado acompañada por una montaña rusa de emociones que sin duda van a hacer que cada vez que mire este libro, tenga un sentimiento agridulce.

Como siempre, he tenido a mis lectoras beta al pie del cañón, ayudando a mi síndrome del impostor a que se quede tranquilito en un rincón mientras que ellas han leído esta historia.

Gracias a Alicia, Laura Espiñeira, Luna, Claudia, Cristina, Marta, Kenji y Laura Martín por hacerme sentir un poco mejor con cada comentario, sticker y microfuna que me habéis hecho durante todo el proceso. Jamás voy a encontrar a lectoras tan dedicadas y maravillosas como vosotras. Espero poder seguir contando con todas vosotras, porque sin vuestro cariño y dedicación este libro sería un poco distinto.

A Johanna. Confías tan ciegamente en mí que a veces pienso que no sé qué he hecho para encontrar a una persona como tú. Gracias por unirte a esta pequeña aventura y por el cariño que le pones a las ilustraciones que haces de mis personajes y las que has hecho para este libro. Es por ti que mucha gente pudo poner cara a Dove y a Niall, y espero que en este libro puedan tener una imagen mental de la máscara de Callum.

A Victoria. Te has pasado días corrigiendo como una posesa para dejarme el mejor resultado y de verdad que no podría haber confiado en alguien mejor que tú. Has aguantado tantos lloros y quebraderos de cabeza que yo no sé como no me has bloqueado de

WhatsApp todavía. Creo que me lo merezco. Igualmente gracias por soportarme, pero que sepas que no he terminado.

A Vero. Eres de las personas que más me apoya con esto fuera de mi entorno principal y de verdad que no entiendo como sigue aquí después de tantos años. Gracias por apoyarme en esto, por ayudarme y no dejar que me desmorone cuando parece que no veo salida. No somos las personas más positivas del mundo pero me gustaría ver a nuestras yos de catorce años y enseñarlas que aquí seguimos, igual de idiotas que entonces, solo que con los problemas de la vida adulta.

A Pitu. Te acabo de conocer pero gran parte del resultado de la maquetación te la debo completamente a ti. Has ayudado a que este libro y la segunda edición del primero tengan este aspecto tan único así que veía injusto no agradecértelo. Gracias también por dibujar las cochinadas que te pido y hacer ARTE con esas manos. Eres maravillosa y espero poder seguir contando contigo para mis ideas cochinorras.

A mamá. Aunque me da una vergüenza horrible que leas estos libros por las cochinadas que escribo, me apoyas muchísimo con esto. Sería totalmente justificable y entendible que dijeras que solo estoy haciendo tonterías y que no voy a llegar a nada, pero tú no eres así. Siempre has visto una parte de mí de la que nadie más ha conseguido darse cuenta hasta que he empezado a explotarla. Gracias por esa confianza ciega que depositas en mí. Te quiero.

A la familia que me lee. Tengo mucha familia y aunque sé que no tenga relación con toda, sé que hay mucha que me lee y me apoya, algo que a mí SÍ me importa. Espero que podáis mirarme a la cara sin problema cuando me veáis en persona.

A mi novio. Por apoyarme cuando el síndrome del impostor cuando me consume, por escuchar cada idea de trama que se me va ocurriendo, por emocionarte tanto como yo cuando consigo salir de un bloqueo y por apoyar mis ideas cuando pienso que son putas locuras. Gracias por ser mi mayor fuente de inspiración y la persona que más me aguanta a diario. Cada personaje tiene algo de ti, pero a lo mejor no es muy correcto explicar qué tiene Callum. Aunque puede que en unos años sí que tengas la moto...

Y por último, de nuevo a ti. Por cada comentario, cada me gusta, cada apoyo, cada reseña... Gracias a ti por darle una oportunidad a alguien que no ha tenido nada por lo que esforzarse en mucho tiempo y ahora empieza a ver como uno de sus sueños comienza a hacerse realidad tras dedicarle horas y horas de cariño y esfuerzo. La oportunidad que le hayas dado a mi libro es lo que me hace feliz, y eso es lo que cuenta.

Como siempre, gracias por darle una oportunidad a este *pedazo de mi cabeza*.

DEDICATORIA ESPECIAL

A Yaiza.
Porque sé que te encontraré en cada página que lea, en cada historia que me emocione y en cada librería a la que entre para buscar una nueva historia con la que enamorarme de nuevo.
Ojalá el tiempo nos hubiese dado más tiempo ahora que por fin había algo que nos unía.
Este libro va enteramente dedicado a ti.
Te echaremos de menos.
